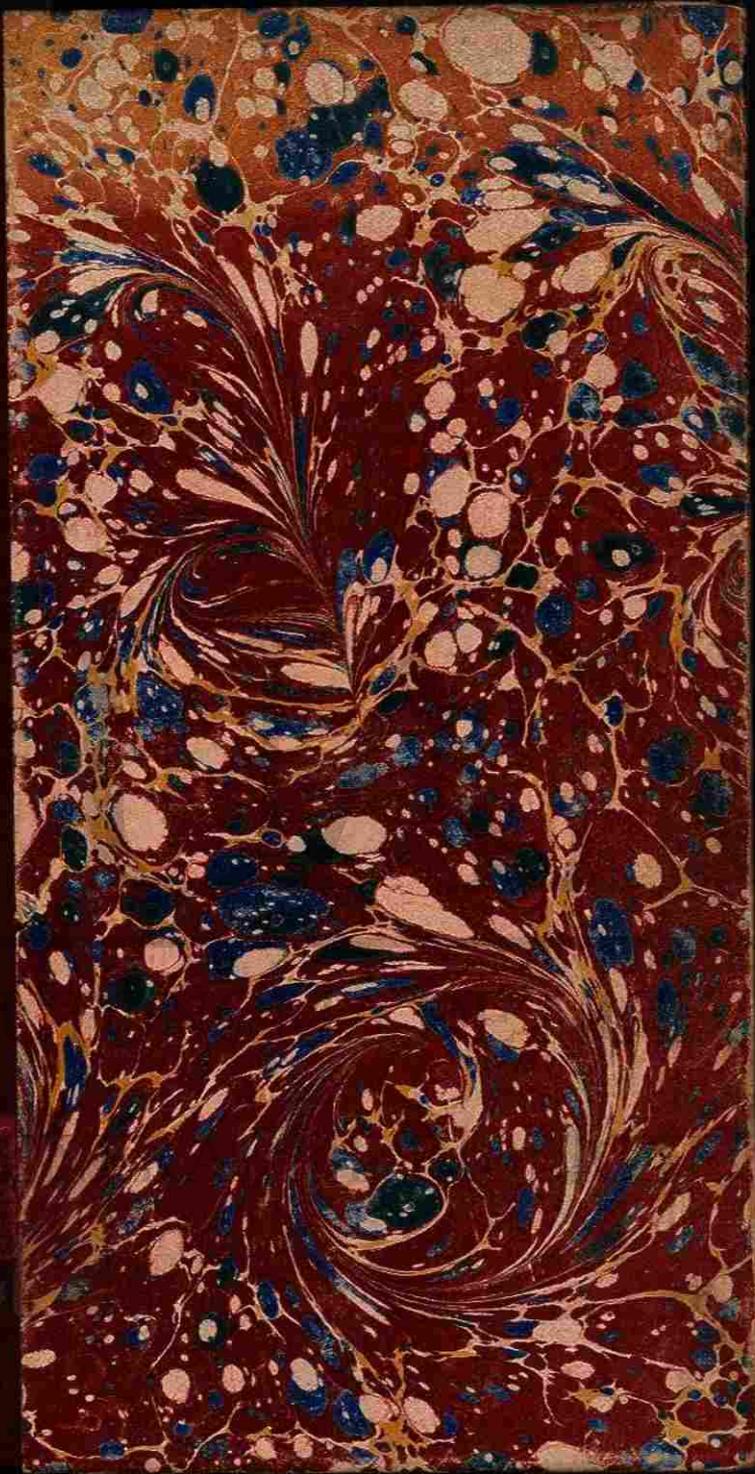


216



DAUDET

NUMA

NUMESTIA

PQ 2216

.N9

S6

1882



1020026223



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUMA ROUMESTAN.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor DL 382 30  
Núm. Adg. 29897  
Procedencia -8-  
Precio AS  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó cy  
Catálogo \_\_\_\_\_

ALFONSO PAUDET

# NUMA ROUMESTAN

VERSION CASTELLANA

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

POR \*\*\*\*

4.<sup>a</sup> EDICION



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 2625 MONTEPERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

ALFREDO DE CARLOS HIERRO, EDITOR

3, Plaza de Colón, 3

(PASADU DE LA CASTELLANA)

29897

098499

8/3  
9

PQ 2246

.N9  
S6  
1882



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Reservados todos los derechos de  
reproducción y traducción.  
El Error.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO X EL SABIO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

MADRID, 1882. — Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Arbau y C.<sup>a</sup>,  
SUCCESORES DE RIVADENEYRA.

## PRÓLOGO.

Habíamos comenzado á escribir un pequeño prólogo, examinando la presente novela y bosquejando en breves rasgos un estudio comparativo entre el naturalismo de *Nana* y el naturalismo de *Numa Roumestán*.

Teníamos una razon poderosa para este exámen y este bosquejo: varios críticos franceses, cuando se publicó la obra de Daudet en las páginas de *L'Illustration*, la consideraron como *hija natural* de la escuela que representa y dirige Zola, y por ende, espúrea y bastarda; y áun alguno la calificó de «imitación ridícula y nada concienzuda», en cierto empalagoso artículo dedicado á encomiar *La Bureuse de perles*, novela de Mario Uchard, que se ha publicado recientemente, por vez primera, en el folletín de *Le Figaro*.

Y no hablamos de los críticos españoles, si es que los hay, porque á ninguno se le ha ocurrido estudiar á fondo las obras de Zola para trazar la línea divisoria que, á nuestro juicio, las separa de las de Alfonso Daudet:

crítico hay en España, aquí donde se suele hacer alarde ostentoso de mucha sabiduría para encubrir con él la más vulgar ignorancia, que se atreve á hablar de las obras de Zola como si las conociese perfectamente, y demuestra en un artículo que ni siquiera ha saludado una gramática del idioma en que están escritas, hasta el punto de publicar en letras de molde que *Le Ventre de Paris*, título de una de aquéllas, se traduce en castellano así: *El Viento de París*.

Tal era la razon poderosa que nos asistia para escribir, repetimos, un pequeño prólogo: establecer la diferencia que existe, segun nuestro leal saber y entender, entre el naturalismo de Zola y el naturalismo de Daudet, digan lo que quieran ciertos críticos franceses, y haciendo caso omiso, en absoluto, de los críticos españoles.

Pero ese *Prólogo* está hecho, y hecho por el mismo Emilio Zola: este insigne escritor, declarando primero que ha leído con verdadero deleite, «con avidez personal», la novela *Numa Roumestan*, coloca despues el libro delante de su analítica pluma, y le desmenuza y le examina de la manera que pueden ver nuestros lectores en las páginas siguientes:

«Alfonso Daudet es un observador y un evocador: la Naturaleza le ha puesto en ese punto preciso del fiel de la balanza en que la poesía concluye y la realidad comienza; á la vez, ofrece un documento auténtico de su observacion, y le ilumina con los resplandores de su ge-

nio. ¡Hé ahí la causa de su irresistible seducción! ¡Hé ahí todo su encanto!

» Pero observad que no tiene imaginacion, en el sentido que se da á esta palabra por los novelistas; quiero decir, que él se reconoce incapaz de dibujar fábulas en el aire, de amontonar romancescas aventuras, ó por lo ménos, desdeña el oficio de novelista al pormayor.... La realidad es lo único que para él tiene sólida base, y siempre resaltará una historia verdadera en sus obras más limadas, más esmaltadas con los ricos detalles de su inspiracion individual; este poeta, que se entrega muchas veces á las divagaciones de su libre fantasía, ha observado por espacio de muchos años el mundo real, y resumido por la noche, en breves apuntes, lo que habia visto y sentido durante el dia, y estos apuntes de todas clases eran como un vasto almacén de documentos que le han servido admirablemente para sus estudios parisienses....

» Desde que elige el asunto, desde que extrae de sus notas los personajes y los episodios necesarios para dar forma á su idea primera, Alfonso Daudet vive en su libro y para su libro: le evoca, le realiza por virtud de constante esfuerzo de su imaginacion; y téngase en cuenta que empleo aquí esa palabra en la única acepcion filosófica y literaria que hoy puede tener.

» Él mismo confiesa con alegría que se convierte desde entónces en atormentador implacable de todas las

personas que le tratan: se agarra, por decirlo así, á su familia y á sus amigos; les cuenta su novela; ensaya en ellos los capítulos y hasta las frases del diálogo; se sirve de sus observaciones para censurarse y fustigar su propia obra, para burlarse de sus propias ideas, para llegar, en fin, á un estado de excitación, de embriaguez cerebral, que le impele á trabajar, y sin el cual no podría ni mover la pluma en su mano.

» Quien conozca á Alfonso Daudet no podrá leer su libro sin creer que oye hablar al autor: en los diálogos, en su *causerie* especial, que maneja admirablemente, sabe tocar las cuerdas más delicadas del corazón humano; prepara la sucesión lógica de importantes escenas, y las pone en acción y en movimiento con su voz ardiente y sus gestos apasionados, antes de fijarlas con la pluma en el papel blanco, tan frío y tan impersonal.

» Y todavía no las fija por completo, como hombre y maestro que domina sus sensaciones y su oficio: las escribe á grandes rasgos, cual si temiese que se habría de apagar el fuego de su inspiración; examina despues el primer texto escrito, y lo copia dos ó tres veces, para despojarle de las frases y las palabras inútiles..... ¡Pasó ya su excitación mental, el ardor febril de su cerebro, y sólo queda el retórico y el literato, que pulimenta y perfecciona su obra!

» Leed una novela de Alfonso Daudet, y veréis su estructura: en el fondo, lo repito, la verdad, lo real: no

hay allí un personaje, ni un episodio, ni un hecho, que no haya existido, que no haya sido observado por el autor; pero sobre esos hechos, sobre esos tipos y personajes, opera la inspiración del poeta un trabajo maravilloso de creación fecunda y ardiente, de filigrana esmaltada de primores; infunde en ellos la vida, una vida propia, una vida literaria, que esta henchida de la personalidad del autor.

» Los personajes adquieren su verdadero carácter, y tienen la intensidad de su ternura, de sus pasiones meridionales; los episodios, los mismos objetos inanimados que describe, parece como que lloran ó ríen con él mismo.

» Agítanse dos fuerzas poderosas: las lágrimas y la ironía; sus libros viven por ellas; gimen con los desgraciados y los débiles, y azotan sin piedad con látigos de acero la espalda de los malvados y los imbéciles.

» Leed, por ejemplo, *Numa Roumestan*: el asunto se puede encerrar fácilmente en treinta líneas.

» Numa, terrible provenzal, que miente más por naturaleza que por necesidad, se casa con Rosalía Le Quesnoy, hija de un alto magistrado y carácter recto y activo; Numa falta la primera vez á su mujer, quien llega á peligro de muerte, al saberlo, por consecuencia de un aborto; le falta despues otra vez, y esta segunda falta

da ocasion á una ruptura definitiva entre los dos esposos, en los precisos días en que nuevamente van á tener un hijo; para el desenlace, Hortensia Le Quesnoy, jóven hermana política de Numa, cuya segunda falta contribuye algo á que sienta Hortensia un amor romancesco por el tamborilero Valmajour, sucumbe á una enfermedad del pecho, y reconcilia en su lecho de muerte al matrimonio.

»Ahora, si examinamos los personajes secundarios y los episodios que enriquecen el principal argumento, hallaremos en todos el terreno sólido de lo real, la nota previamente apuntada, la observacion directa. Los Valmajour: en primer lugar, el tamborilero, á quien yo he conocido como Daudet; despues, la hermana Oliverta, una provenzal perezosa y feroz, metalizada por entero, que se ahoga de cólera ante la idea de sufrir una pérdida;—una de las mejores figuras del libro, retratada con verdad cruel; luégo, la pequeña Alicia Bachellery, descarada ramera, de quien Numa se enamora; falsa jóven, á la que su madre pinta las cejas y las pestañas; una charlatana cuyas intrigas casi hacen caer á un ministro; los secretarios del Ministro, retratos bien perfilados, que todo el mundo conoce; Bompard, el embustero extravagante, que vive en perpétuo sueño con sus colosales invenciones; todas las siluetas, en fin, que pasan por

el fondo de la novela, y cuyo dibujo es tan franco que se las reconoce en el acto, por haberse uno codeado con los personajes que reproducen.

»La nota, los apuntes han dado ahí su concurso; pero despues ha intervenido la evocacion, para inspirar la vida en aquellos documentos inertes, y con frecuencia sin enlace alguno entre ellos.....

»¡Cuántas páginas adorables y enérgicas en *Numa Roumestan!* El argumento es vulgar, porque una traicion conyugal más ó ménos apenas se debe contar como una invencion; y sin embargo, la historia es típica, inolvidable, hasta el punto de que en lo sucesivo Numa Roumestan vivirá, quedará siempre como una variedad de los grandes impostores: es el producto de una raza y de una época, porque se agita en su propio elemento, porque el novelista se ha limitado á rodearle de la atmósfera que le pertenece, sin disminuirle ni agrandarlo.

»Ved á Numa en las Arenas. El episodio que abre el libro es maravilloso por su verdad, bajo el sol esplendente de la Provenza: no tiene, no, el interes ficticio y ampuloso de una página de Eugenio Sué ó de Dumas padre; se lee apasionadamente aquella reconstruccion de la verdad; se tiene el sol delante de los ojos; se oyen los clamores de la muchedumbre: allí está la misma escena real, que vibra y resplandece con la originalidad del artista..... Las novelas de Alfonso Daudet tienen vida

propia, porque están escritas en uno de los estilos más originales y seductores que yo conozco.

«Sería menester citarlo todo : las escenas en el Ministerio son de un corte cómico tan delicado como verdadero; las aventuras de los Valmajour, que recorren como azorados las calles y aceras del inmenso París; las páginas tan llenas de colorido sobre Arvillard-les-Bains, donde la pequeña Bachelery se vende á Numa; los episodios de Provenza, en casa de la tía Portal; la muerte de Hortensia y el bautizo con que termina la obra; Numa hablando al pueblo de Aps desde el alto balcon de su casa, mientras Rosalia mece blandamente en sus rodillas al recién nacido, y le pregunta en voz baja : — Dime : ¿serás tú también un embustero?

»La terrible farsa de la política actual permanece oculta entre los bastidores del escenario : el novelista ha formado de su héroe un ministro, por las exigencias de ese tipo de hombre del Mediodía, fanfarron y mentiroso, que alarga la mano á todo el mundo, que se pone á la cabeza de las gentes para hacerles promesas que olvida en cuanto vuelve la espalda; pero dibujado el cuadro, le abandona inmediatamente, porque el objeto que se ha propuesto es sólo el estudio de un carácter. La atención del observador se atrae de especial manera sobre el antagonismo de Numa y de Rosalia.

»En el libro se indican apénas algunos rasgos sobre el mundo oficial, y es de sentir, en verdad, esta discre-

cion voluntaria, por lo mismo que esos rasgos contienen indicaciones muy vivas y curiosas, en su brevedad, acerca de la política. ¡Qué magnífico libro se podía escribir aún, tomando por principal asunto á un ministro que está encenagado hasta la garganta en la inmundicia de la política moderna!»

Basta lo que antecede para nuestro objeto, que no es otro sino el de presentar al lector esta obra : *Numa Roumestan*.

Resumiendo : el naturalismo de Alfonso Daudet debe ser considerado, como el mismo Zola afirma, desde el punto preciso en que la poesía concluye y la realidad comienza ; es una mezcla afortunada, por decirlo así, de observacion vulgar y de ráfagas brillantísimas del genio.

BIBLIOTECA RECREATIVA CONTEMPORANEA.  
(ECONOMICA.)

OBRAS PUBLICADAS.

	Madrid. — Pesetas.	Provincias. — Pesetas.
<i>El Médico de las Locas</i> (5. <sup>a</sup> edición), por J. de Montepín.....	3	3
<i>La Escuela del Gran Mundo</i> , por G. Graell.....	2	2,50
<i>La Cigarra</i> (2. <sup>a</sup> edición), por J. O. Munilla.....	2,50	2,50
<i>Sor Lucila</i> (continuación de <i>La Cigarra</i> ), tercera edición, por J. Ortega Munilla.....	2	2,50
<i>Don Juan Solo</i> , por J. Ortega Munilla.....	2	2,50
<i>El Fiacre número 13</i> , por Javier de Montepín, tres tomos.....	4,50	4,50
<i>Nana</i> (4. <sup>a</sup> edición), por E. Zola, dos tomos..	3	3
<i>Solos de Clarín</i> (Leopoldo Alas).....	2,50	2,50
<i>Teresa Raquin</i> (2. <sup>a</sup> edición), por E. Zola....	3	3
<i>Mi tío Barbassou</i> , por E. Uchard.....	3	3
<i>La Reputación de una mujer</i> , por la Princesa Rattazzi.....	1,50	1,50
<i>Concepción</i> , por Juan Tomas Salvany.....	2,50	2,50
<i>Poesías de Juan Tomas Salvany</i> .—Estas composiciones, varias de las cuales han sido vertidas al portugués y al alemán, forman un tomo en 4. <sup>o</sup> mayor francés.....	5	5
<i>La Halcía</i> (La Carée) (2. <sup>a</sup> edición), por Emilio Zola.....	3,50	3,50
<i>Los Reyes en el destierro</i> (2. <sup>a</sup> edición), por Alfonso Daudet.....	2,50	2,50
<i>Una página de amor</i> , por Emilio Zola.....	3	3
<i>La Literatura en 1881</i> , por Armando Palacio y Leopoldo Alas (Clarín).....	2	2

NUMA ROUMESTAN.

I.

¡A las Arenas!

Aquel domingo, un domingo de Julio, caldeado al blanco, celebrábase, con ocasión del concurso regional, una gran fiesta de día en las Arenas de Aps-en-Provence. Toda la ciudad había acudido: los tejedores del Chemin-Neuf, la aristocracia del barrio de la Calade, y hasta la gente de Beaucaire. «¡Cincuenta mil personas, lo menos!», decía *El Foro* en su crónica del día siguiente; pero debe tenerse en cuenta la exageración meridional.

La verdad es, que muchedumbre enorme se escalonaba, se oprimía sobre la abrasada gradería del viejo anfiteatro, como en el buen tiempo de los Antoninos, y la fiesta de los comicios no entraba por nada en este desbordamiento del pueblo. Era preciso otro aliciente mayor que las carreras *landesas*, las luchas para hombres y *medios hombres*, los juegos del *ahorcagato* y del *salto sobre el odre*, los concursos de flautillas y tambores, espectáculos más gastados que la piedra enrojecida de las Arenas, para estar dos horas de pié sobre losas que echaban lumbre; dos horas bajo un sol que mata; dos horas ce-

gándose, respirando llama y aire de olor de pólvora, desafiando á las oftalmías, á las insolaciones, á las fiebres perniciosas, á todos los peligros y todas las torturas de lo que llaman por allá una fiesta de día.

El gran atractivo del concurso era Numa Roumestan.

¡Ah! El proverbio que dice: «Nadie es profeta.....» es ciertamente verdadero respecto de los artistas y de los poetas, cuya superioridad son los últimos en reconocer sus compatriotas, por lo mismo que es ideal, en suma, y sin efectos visibles; mas no podría aplicarse á los hombres de Estado, á las celebridades políticas ó industriales, á esas fuertes glorias de relacion, que se amonedan en favores, en influencias, y se reflejan en bendiciones de todas clases sobre la ciudad y sobre el habitante.

Hé aquí que Numa, el gran Numa, el diputado *leader* de todas las derechas, es profeta en tierra de Provenza; diez años hace que la ciudad de Aps tiene para este hombre ilustre las ternuras, las efusiones de una madre, y de una madre del Mediodía; de manifestaciones, de gritos, de caricias gesticulantes.

En cuanto llega, por el verano, cuando la Cámara está en vacaciones, y en cuanto aparece en la estacion, comienzan las ovaciones: allí están los orfeones, hinchando con coros heroicos sus estandartes bordados; los ganapanes, sentados en las escaleras, aguardan á que la vieja carroza de familia, que viene á buscar al *leader*, haya dado tres vueltas entre los frondosos plátanos de la Avenida Berchère; entonces se colocan ellos mismos en las varas y arrastran al grande hombre, en medio de los vivas y de los sombreros en alto, hasta la casa Portal, donde desciende.

Y este entusiasmo ha pasado de tal modo á ser tradicion, á formar parte del ceremonial de la llegada, que los caballos se detienen espontáneamente, como en un relevo de posta, en la esquina de la calle donde los ganapanes acostúmbren á des-

engancharlos, y todos los latigazos serian inútiles para hacerles avanzar un paso más.

Desde el primer día, la ciudad cambia de aspecto: ya no es la triste prefectura, la de las largas siestas arrulladas por el grito estridente de las cigarras que campean sobre los árboles abrasados del Coso.

Aun á las horas de sol, las calles, la explanada, se animan y se pueblan de gentes atareadas, con sombreros de visita, vestidas de paño negro, enteramente desentonadas en la viva luz, recortando sobre los muros blancos la sombra epiléptica de sus gestos. La carroza del Obispo y la del Presidente hacen estremecer la calzada: despues, delegaciones del arrabal, donde Roumestan es adorado por sus convicciones realistas; diputaciones de tejedoras llegan por bandadas á lo ancho del *boulevard*, con la cabeza erguida bajo la cofia arlesiana; las posadas están llenas de gente campesina, labradores de Camargue ó de Cran, cuyas carretas desenganchadas interceptan, como en los días de mercado, las pequeñas plazas, las calles de los barrios populosos; por la noche, los cafés, atestados de gente, permanecen abiertos hasta muy tarde, y las vidrieras del círculo de los Blancos, iluminadas á deshora, se conmueven bajo los estallidos de la voz de Dios.

¡No hay profeta en su patria! No habia más que ver las Arenas en aquel azul domingo de Julio de 1875: la indiferencia del público por lo que pasaba en el circo; todas las caras vueltas al mismo sitio; ese fuego cruzado de todas las miradas sobre el mismo punto; el estrado municipal, donde Roumestan estaba sentado en medio de los trajes recargados y de las sedas tersas, multicolores, de las sombrillas de ceremonia; no habia más que oír las conversaciones, los gritos de éxtasis, las sencillas reflexiones en alta voz de aquella buena plebe de Aps, las unas en provenzal, las otras en un francés bárbaro, como si estuviera empapado en ajo, todas con un acento tan

implacable como el sol de la comarca, que recorta y da valor á cada sílaba y no perdona un punto sobre una i.

— ¡Dieu, qu'es bèou.....! ; Dios qué hermoso es.....!

— Su cuerpo ha aumentado un poco de volúmen desde el año pasado.

— Tiene el aire más imponente!

— No empujeis tanto.....! ; Hay sitio para todo el mundo!

— Chiquito, ¿ves á nuestro Numa? Cuando seas grande, podrás decir que le has visto, ¿qué?

— Siempre su nariz de Borbon! ; Y ni un diente le falta!

— Y no tiene ni un cabello blanco!

— Ya, ¡cáspita.....! Aun no es tan viejo..... Es del 32, el año en que Luis Felipe tiró las cruces de la misión; ¡*pécarié!*

— ¡Ah bribon de Felipe!

— No los representa, sus cuarenta y tres años.

— Cierzo que no, que no los representa..... ¡Qué hermoso astro!

Y con un gesto atrevido, una buena moza, con ojos de brasa, le enviaba desde lejos un beso, que resonaba en el aire como el grito de un pájaro.

— Ten cuidado, Zette.... ; Si te viera su esposa!

— ¿Es la de azul su señora?

No; la de azul era su cuñada, la señorita Hortensia, una linda jovencilla recién salida del convento y que ya «montaba á caballo» como un dragon.

La señora Roumestan era más juiciosa, de más asiento; pero tenía el aspecto mucho más altanero..... ; Estas señoras de París están tan engreidas!

Y con el pintoresco descaro de su lengua semilatina, las mujeres, de pié, con las manos formando pantalla sobre los ojos, detallaban en voz alta á las dos parisienses, sus sombreros de viaje, sus trajes cañidos, sin alhajas, formando un contraste tan grande con los tocados locales, recargados con

cadena de oro, guardapiés verdes ó rojos, y enormemente ahuecados.

Los hombres enumeraban los servicios prestados por Numa á la buena causa, su carta al Emperador, su discurso en pro de la bandera blanca. ¡Ah, si en la Cámara hubiera habido una docena como él, Enrique V estaría en el trono hace mucho tiempo!

Ebrio con estos rumores, soliviantado por aquel entusiasmado ambiente, el buen Numa no podía estarse quieto: se recostaba sobre su ancho sillón, con los ojos cerrados, con el rostro dilatado, y se volvía de un lado á otro; despues se alzaba, botaba, recorría la tribuna á grandes pasos, se inclinaba un instante hácia el circo, husmeaba aquella luz, aquellos gritos, y volvía á su sitio; familiar, buen muchacho, con la corbata suelta, poníase de rodillas sobre su asiento, y con la espalda y las suelas de los zapatos vueltas hácia la multitud, hablaba á sus parisienses, que estaban sentadas detras y más en alto que él, y trataba de comunicarles su alegría.

La señora Roumestan, sin embargo, se aburría: veíase esto en la expresion de despego, de indiferencia, que se pintaba en su rostro de bellas líneas y de frialdad algo altiva cuando no las iluminaban el fulgor gracioso de sus dos ojos grises, dos ojos de perla, verdaderos ojos de parisiense, y la sonrisa entreabierta de una boca centelleante.

Estas alegrías meridionales, formadas de turbulencias, de familiaridades, y esta raza verbosa, siempre exterior, superficial, tan opuesta á su natural tan íntimo y grave, la disgustaban, y quizá, sin darse bien cuenta de ello, porque encontraba en este pueblo el tipo multiplicado, vulgarizado, del hombre con quien vivía desde hacía diez años, y al que había aprendido á conocer, á sus expensas. Ni aun siquiera le agradaba aquel cielo de brillo excesivo y de color

do. ¿Cómo se las arreglaba para respirar toda aquella gente? ¿Dónde hallaba aliento para tantos gritos? Y se ponía á soñar en un lindo cielo parisiense, gris y nebuloso, y en un fresco chubasco de Abril que humedecía las aceras relucientes....

— ¡Oh Rosalía! ¡Si se pudiese decir!....

Su hermana y su marido se indignaban; sobre todo su hermana, una hermosa jóven, deslumbradora de vida y de salud, erguida, cuan alta era, para ver mejor. Era la primera vez que iba á Provenza, y hubiérase dicho, no obstante, que todo aquel aparato de gritos y de gestos, bajo un sol italiano, removía en ella una fibra secreta, un instinto dormido, los orígenes meridionales que revelaban sus largas cejas, unidas sobre sus ojos de hurí, y la palidez de un cútis que el fuego del estío no lograba entrojecer lo más mínimo.

— Veamos, mi querida Rosalía—decía Roumestan, que procuraba convencer á su mujer—levantaos y mirad allá.... ¿Habeis visto jamas en Paris algo semejante?

En el inmenso anfiteatro, ensanchado en elipse, que recortaba un gran trozo de cielo azul, millares de caras se unían sobre las graderías sobrepuestas con el punteado vivo de las miradas, el reflejo variado, el mariposeo de los tocados de fiesta y de los trajes pintorescos.

De allí, como de una cuba gigantesca, subían gritos alegres, estrépitos de voces y trompetas, volatilizados, por decirlo así, por la intensa luz del sol; y aunque apenas distinto en las gradas inferiores, donde empolvaban la arena y los alientos, este rumor se acentuaba al subir y se aclaraba en el aire puro.

Distinguiase, sobre todo, el grito de los vendedores de bollos de leche, que paseaban de grada en grada su canastilla guarnecida de lienzos blancos: *Li pan on la ... li pan on la!*, y las vendedoras de agua fresca, balanceando sus cánta-

ros verdes y barnizados, que os daban sed al oírlas chillar: *¡L'aigo es fresco!.... ¿Quan voit boire?....* «El agua está fresca.... ¿Quién quiere beber?»

Luégo, en lo más alto, los niños, corriendo y jugando en la cresta de las Arenas, colocaban sobre aquella gran barahunda una corona de sonos agudos, parecida á un vuelo de vencejos en el reino de las aves.

Y sobre todo esto, ¡qué admirables juegos de luz, á medida que—avanzando el día—el sol daba vuelta lentamente al rededor del vasto anfiteatro como en el disco de un cuadrante solar, haciendo retroceder á la muchedumbre, agrandándola en la zona de la sombra, determinando el vacío en los sitios demasiado expuestos al vivo calor, espacios de losas rojas separadas por hierbas secas, donde incendios sucesivos han dejado negras huellas!

Á veces, de los pisos superiores del viejo monumento desprendíase una piedra bajo la presión del gentío, rodaba de gradería en gradería en medio de gritos de terror, de oscilaciones, como si todo el circo se viniera abajo, y esto producía sobre los tendidos un movimiento análogo al asalto de un escarpe por la mar furiosa; porque en esta raza exuberante, impresionable, el efecto nunca está en relación con la causa, sino aumentada por visiones y percepciones desproporcionadas.

De tal suerte poblada y animada, la ruina parecía revivir, perdía su fisonomía de monumento de *cicerone*, y al mirarla, se experimentaba la sensación que da una estrofa de Píndaro recitada por un ateniense actual; es decir, la lengua muerta tornada en viva, no teniendo ya su aspecto escolástico y frío.

Este cielo tan puro, este sol de plata vaporizada, estas entonaciones latinas conservadas en el idioma provenzal; aquí y allá, sobre todo en los sitios pequeños, ciertas actitudes á la entrada de una bóveda; posturas inmóviles que la vibración del aire hacia antiguas, casi esculturales, el tipo de la co-

marca; esas cabezas acuñadas como medallas, con la nariz eorta y rígida, las anchas mejillas bien afeitadas, la barba redonda de Roumestan, todo completaba la ilusión de un espectáculo romano; hasta el bramido de las vacas landesas, que repercutía el eco en los subterráneos, de donde salían en otro tiempo los leones y los elefantes de combate, completaba la ilusión.

Hasta cuando sobre el circo vacío y de amarillenta arena se abría el enorme agujero negro del *podium*, cerrado con una claraboya, esperábase ver saltar á las fieras en vez del pacífico y campestre desfile de bestias y de personas premiadas en el concurso.

En aquel momento tocaba la vez á mulas enjaezadas, conducidas á mano, cubiertas de suntuosas albardas provenzales, llevando erguidas sus finas cabezas, adornadas con campanillas de plata, penachos, nudos, borlas, y sin asustarse de los grandes restallidos del látigo, cortantes y claros, como petardos, como culebrillas, de los muleros que iban encaramados sobre cada una de ellas.

En la multitud, cada aldea reconocía sus objetos premiados, y los anunciaba en voz alta: «¡Mirad á Cavaillon!... ¡Ahí está Maussane!...»

La larga fila se desarrollaba alrededor de la arena, que estaba como henchida de estrépito centelleante, de repiqueteos luminosos, y se detenía ante el palco de Roumestan, haciendo restallar, como aldabada de honor, sus latigazos y sonar sus campanillas; luego continuaba su marcha circular, bajo la dirección de un buen jinete, con pantalón estrecho y botas de montar, uno de los señores del Círculo organizador de la fiesta, quien lo estropeaba todo sin darse cuenta, mezclando la provincia con la Provenza, dando á aquel curioso espectáculo local un vago aspecto de cabalgata Franconi.

Por lo demás, fuera de algunas gentes del campo, nadie

miraba: no había ojos más que para el estrado municipal, invadido hacia un momento por personas que iban á saludar á Numa: amigos, clientes, antiguos camaradas de colegio, orgullosos de sus relaciones con el grande hombre y de mostrarlas allí, sobre aquellos tablados, muy á la vista de todo el mundo.

La ola se sucedía sin interrupción: componíanla viejos, jóvenes, hidalgos campesinos en traje completamente gris, desde el botín al sombrero; jefes de taller con sus redingots domingueros llenos de arrugas; despues, *caseros*, arrendatarios del contorno de Aps con chaquetas redondas, y un piloto del puerto Saint-Luis, retorciendo su gruesa gorra parecida á la de un presidiario, todos con el tinte del Mediodía en la cara, ya les invadieran hasta los ojos esas barbas de palisandro, que la palidez de los tintes orientales hace aún más negras, ó ya estuviesen afeitados al estilo de la antigua Francia, con el cuello corto, encendidos y rezamando sudor, como alcarrazas de tierra cocida; todos con los ojos negros, fogosos, fuera de la órbita, y con el gesto familiar y excesivamente franco.

Y ¡cómo los acogía Roumestan, sin distinción de fortuna ó de origen, con la misma efusión inagotable!

— ¡Té, señor de Espalion! ¿Y cómo va, marqués?...  
;Hé, bé! mi viejo Cabantous, ¿y el pilotaje?... Saludo de todo corazón al señor presidente Bedárride.

Y apretones de manos, abrazos, y esos buenos manotones en el hombro que duplican el valor de las palabras, demasiado frías siempre para expresar una simpatía meridional.

La conversación no duraba mucho tiempo. El *leader* sólo escuchaba con una oreja, y la mirada distraída, y proseguía hablando y saludando con la mano á los recién llegados; pero nadie se ofendía por su manera de despedir á la gente con buenas palabras.

—Bien, bien..... Yo me encargo de eso..... Haced vuestra solicitud..... yo la llevaré.

Eran promesas de estancos, de impuestos; hasta lo que no se pedía lo adivinaba, y alentaba las ambiciones tímidas y las provocaba.

—¡Mi buen Cabantous, todavía sin premiar despues de veinte salvamentos! ¡Enviadme vuestros papeles!..... ¡Me adoran en Marina!..... repararémos esta injusticia.....

Sonaba su voz cálida y metálica, golpeando, destacando las palabras. Hubiérase dicho que eran monedas de oro nuevas que rodaban. Y todos se iban encantados con aquella moneda brillante; descendían del estrado con la frente radiante del escolar que recoge su premio.

Lo mejor en aquel hombre endemoniado era su prodigiosa ductilidad para tomar las maneras y el tono de las personas á quienes hablaba, y esto de la manera más natural y más inconsciente del mundo: *zalamero*, con el gesto redondo y la sonrisa en los labios cuando hablaba con el presidente Bedárride, y el brazo magistralmente extendido, como si sacudiera su toga en estrados; aire marcial, sombrero á lo maton, para hablar al coronel Rochemaure; enfrente de Cabantous, las manos en los bolsillos, las piernas arqueadas, y el vaiven de hombros de un lobo marino. De vez en cuando, entre dos abrazos, volvíase hácia sus parisienses, radiante, limpiándose la frente empapada en sudor.

—Pero, mi buen Numa—le decía Hortensia en voz baja con una risa graciosa—¿dónde adquirís todos los estancos que les prometéis?

Roumestan inclinaba su gran cabeza crespá, un poco calva en lo alto, y decía:

—Está prometido, hermanita; no está dado.

Y adivinando un reproche en el silencio de su mujer, añadía:

—No olvideis que estamos en el Mediodía, entre compatriotas que hablan la misma lengua..... Todos estos buenos mozos saben lo que vale una promesa, y esperan su estanco lo mismo que yo trato de dárselo..... Se contentan con hablar de ello; esto les divierte; su imaginación viaja. ¿Por qué privarles de este placer? Por lo demas, mirad; entre meridionales las palabras nunca tienen más que un sentido relativo..... Es cuestión de nada (1).

Como la frase le gustaba, la repitió dos ó tres veces, recalando el final: «de nada..... de nada.»

—Me agradan estas gentes..... —dijo Hortensia, que decididamente se divertía mucho.

Pero Rosalía no estaba conforme, y decía:

—Sin embargo, las palabras significan algo.....

Y lo repetía muy seria, como dirigiéndose á lo más profundo de su sér.

—¡Querida mía, eso depende de las latitudes!

Y Roumestan ratificó su paradoja con un movimiento de hombros, que le era familiar, parecido á el «adelante» de un buhonero que levanta su fardo.

El gran orador de la derecha conservaba, como se ve, algunos hábitos corporales, de que nunca se habia podido despojar, y que en otro partido le hubieran hecho pasar por un hombre ordinario; pero en las alturas aristocráticas donde se sentaba, entre el Príncipe de Anhalt y el Duque de la Rochetaillade, eran señal de fuerza y de gran originalidad, y el barrio de Saint-Germain enloquecía por este movimiento de hombros de la ancha y fornida espalda que sustentaba las esperanzas de la monarquía francesa.

Si la señora Roumestan habia compartido en otro tiempo las

(1) El autor emplea un equívoco sobre la palabra *point*, que significa punto y nada absolutamente.—(N. DEL T.)

ilusiones del barrio, al presente estas ilusiones habían terminado, á juzgar por el desencanto de su mirada y la casi imperceptible sonrisa que fruncía su boca á medida que el *leader* hablaba, sonrisa aún más pálida de melancolía que de desden.

Peró su marido la dejaba bruscamente, atraído por los sonos de una extraña música que subía de la arena en medio de los clamoreos de la muchedumbre que, de pié y frenética, gritaba:

— ¡Valmajour! ¡Valmajour!

Vencedor en el concurso de la víspera, el famoso Valmajour, primer tamborilero de Provenza, venía á saludar á Numa con sus más preciosos aires.

El tal Valmajour tenía en verdad bella presencia; plantado en medio del circo, con su chaqueta de jerga amarilla en el hombro, y al rededor de los riñones su justillo, de un rojo vivo, que destacaba sobre la almidonada pechera de la camisa; tenía su largo y ligero tamboril colgado del brazo izquierdo por una correa, y con la mano del mismo brazo llevaba á sus labios un pequeño pífano, mientras con la derecha tocaba el tamboril, con aire arrogante y adelantando una pierna.

Con ser tan pequeño, aquel pífano llenaba el espacio como el grito estridente de las cigarras, y era muy á propósito para una atmósfera límpida, cristalina, donde todo vibra; al paso que el tamboril, con su voz profunda, sostenía el canto y sus *fioriture*.

Al són de esta música agrillada y salvaje, mejor que todo cuanto le enseñaban desde que estaba allí, Roumestan veía surgir ante él su infancia de pilluelo provenzal, veíase corriendo para ir á las fiestas de campo, danzando bajo los plátanos frondosos de las plazas de aldea, con el polvo blanco de las carreteras sobre el espliego de las costas abrasadas.

Una emoción deliciosa humedecía sus ojos, porque, á pesar de sus cuarenta años cumplidos y de la vida política, tan propia para secar la fuente de todo sentimiento, conservaba toda-

via, por un beneficio de la Naturaleza, mucha imaginación y esa sensibilidad de superficie que engaña acerca del fondo verdadero de un carácter.

Y luego, Valmajour no era un tamborilero como los demás, uno de esos vulgares menestrales que coleccionan finales de cuadrillas, refranes de cafés-cantantes y encanallan su instrumento queriéndole adaptar al gusto moderno. Hijo y nieto de tamborileros, nunca tocaba más que aires nacionales, aires canturriados por las abuelas en las veladas; sabía muchos; jamás se cansaba. Después de los villancicos de Saboly, ritmados como minuetes, como rigodones, entonaba la *Marcha de los Reyes*, con la cual Turena, en el gran siglo, conquistó y asoló el Palatinado. Á lo largo de las gradas corrían en seguida los tarareos como vuelos de abeja; la multitud, electrizada, marcaba el compás con los brazos, con la cabeza, seguía aquel ritmo soberbio, que pasaba como una racha de mistral en el gran silencio de las arenas, interrumpido tan sólo por el silbo enamorado de las golondrinas que volteaban en todos sentidos allá arriba, en el azul verdoso, inquietas y suspensas como si investigasen, á través del espacio, qué invisible pájaro lanzaba aquellas notas agudas.

Al terminar Valmajour, estallaron locas aclamaciones. Los sombreros, los pañuelos dábanse al aire. Roumestan llamó al músico al estrado y le abrazó con efusión, diciéndole: « ¡ Me has hecho llorar, amigo mio! » Y mostraba sus ojos, grandes ojos, moreno-dorados, preñados de lágrimas. Orgullosísimo de verse en medio de los bordados y de las espaldas de nácar oficiales, el otro aceptaba estas felicitaciones y estos abrazos sin demasiada cortedad. Era un buen mozo, la cabeza regular, la frente alta, perilla y bigote de un negro lustroso sobre el rostro atezado, uno de esos altivos campesinos de la cuenca del Ródano, que no tienen nada de la humildad astuta de los aldeanos del centro. Hortensia notó en seguida

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO X EL SABIO"  
1475 MONTECARMEN, BURGOS

cómo su mano, guarecida por el guante, era blanca y fina. Miró el tamboril, su palillo con punta de marfil, se asombró de la ligereza del instrumento, el cual llevaba doscientos años en la familia, y cuya caja de nogal, adornada con ligeras esculturas, bruñida, adelgazada, sonora, parecía como suavizada por el trascurso del tiempo. Admiró, sobre todo, la chifla, la sencilla flauta rústica con tres orificios, de los antiguos tamborileros, á la que Valmajour había vuelto por respeto á la tradición, y cuyo manejo había conquistado á fuerza de habilidad y de paciencia. Nada más conmovedor que el pequeño relato que hacía de sus luchas, de su victoria. «Esto se me ocurrió, decía en su frances extraño; esto se me ocurrió de noche, oyendo cantar al ruiseñor. Yo pensaba en mí mismo: ¿cómo, Valmajour! ahí tienes al pájaro del buen Dios, á quien basta su garganta para todos sus trinos, ¿y lo que él hace con un agujero, tú, con los tres agujeros de la flautilla, no lo podrias hacer?» Hablaba pausadamente, con un hermoso timbre seguro y dulce, sin excitar el ridículo. Por otra parte, nadie hubiera osado sonreír en presencia del entusiasmo de Numa, que levantaba los brazos y pateaba hasta hundir la tribuna. «¡Qué hermoso es!.... ¡Qué artista!....» Y después de él, el Alcalde, el General, el presidente Bédarride, M. Roumavage, un gran fabricante de cerveza de Beaucaire, vice-cónsul del Perú, ceñido con un traje de carnaval, todo de plata; y muchos más, arrastrados por la autoridad del *leader*, repetían con un acento convencido: «¡Qué artista!» También era éste el parecer de Hortensia, y lo expresaba con su naturaleza expansiva: «¡Oh, sí, un gran artista!....», mientras la señora Roumestan murmuraba: «Pero vais á volverle loco á ese pobre mozo.» Sin embargo, ni remotamente lo parecía, á juzgar por el aire tranquilo de Valmajour, quien no se conmovió, ni aún oyendo á Numa decirle bruscamente:

—Vén á Paris, muchacho; tu fortuna está hecha.

—¡Oh! mi hermana no querría nunca dejarme ir—contestó sonriendo.

Su madre había muerto. Vivía con su padre y su hermana en una hacienda que llevaba su nombre, á tres leguas de Aps, en el monte de Cordone. Roumestan juró ir á verle antes de partir. Hablaría á sus parientes; estaba seguro de arreglar el asunto.

—Yo os ayudaré para conseguirlo, Numa—dijo una voccita detras de él.

Valmajour saludó sin decir una palabra, giró sobre sus talones y descendió por el ancho tapiz del estrado, su caja al brazo, recta la cabeza, con ese ligero contoneo del provenzal, amigo del ritmo y de la danza. Abajo le aguardaban los camaradas; le estrechaban las manos. Después resonó un grito: «¡La farándula!» clamor inmenso, doblado por el eco de las bóvedas de los corredores, de donde parecían salir la sombra y la frescura que invadían entonces las Arenas y estrechaban la zona del sol. En un instante el circo estuvo lleno, pero lleno hasta hacer saltar sus barreras, de una multitud de aldeanos, una mezcla de pañoletas blancas, de zagalejos chillones, de cintas de terciopelo agitándose en las cofias de encajes, de blusas pasamaneadas, de chaquetas de jerguilla; á un redoble de tamboril, esta batahola se alineó, desfiló por bandas, con los jarretes tendidos, las manos unidas. Un trino del pífano hizo ondular todo el circo, y la farándula, guiada por un mocton de Barbantane, el país de los bailarines famosos, se puso en marcha lentamente, desenvolviendo sus anillos, dando sus brinco casi en el mismo sitio, llenando de un ruido confuso, de un choque de telas y de alientos, el enorme hueco del vomitorio, donde poco á poco se precipitaba. Valmajour seguía con paso igual, solemne; al andar rechazaba su grueso tamboril con la rodilla, y tocaba más fuerte á medida

que el compacto hacinamiento de la Arena, medio anegada ya en la ceniza azul del crepúsculo, se devanaba como un ovillo de oro y seda.

— ¡Mirad allá arriba! — dijo Roumestan de pronto.

Eran las primeras bailarinas, que asomaban entre los arcos de bóveda del primer piso, mientras el tamborilero y los últimos faranduleros perneaban todavía en el circo. Al marchar, la ronda se alargaba con todos aquellos á quienes el ritmo arrastraba. ¿Pues quién, entre aquellos provenzales, hubiera podido resistir á la flautilla mágica de Valmajour? Llevada, lanzada por los sacudimientos del tamboril, oíase á un tiempo en todos los pisos, pasando por las verjas y los respiraderos abiertos, dominando los gritos, las exclamaciones de la turba. Y la farándula subía, llegaba á las galerías superiores, que el sol bordaba aún con una luz amarillenta. El inmenso desfile de los bailarines saltarines y graves se destacaba entónces sobre los altos huecos cintrados del circuito, en la cálida vibración de aquella caída de tarde de Julio; una procesion de finas siluetas animaba sobre la piedra antigua uno de esos bajo-relieves como los que hay en el fronton desmoronado de los templos. Abajo, en el estrado abandonado— porque se marchaban y el baile adquiría más grandeza encima de las gradas vacías— el buen Numa preguntaba á su mujer, colocándole un pequeño chal de blonda sobre los hombros para resguardarla del fresco de la noche:

— ¿No es esto hermoso?... ¿No es bello?

— Muy hermoso — prorumpió la parisiense, cuya naturaleza de artista se había conmovido esta vez hasta lo más íntimo.

Y el grande hombre de Aps pareció más orgulloso de esta aprobación que de los estrepitosos homenajes con que se le abrumaba hacia dos horas.

## II.

### El revés de un grande hombre.

Numa Roumestan tenía veinticinco años de edad cuando llegó á Paris para terminar la carrera de Jurisprudencia, que habia empezado en Aix, y era en aquella época un buen muchacho, alegre, vivo, de enardecida sangre, con grandes ojos de batracio, y una cabellera negra toda rizada, que le comía la mitad de la frente, como un gorro de piel sin visera.

No habia siquiera la sombra de una idea, ni de una ambicion, bajo aquel encespado monte de cabellos.

Era un verdadero estudiante de Aix, fuerte en el billar y en el tute, sin igual para beber una botella de champagne, para rondar por las calles hasta las tres de la madrugada, en aquella vieja ciudad aristocrática y parlamentaria; pero nada le interesaba; no abría jamás un libro ni un periódico; estaba como embutido en su ingenua indiferencia provinciana, encogándose de hombros por todo, y cubriendo la ignorancia con cierto renombre de buen sentido.

El barrio Latino de la gran ciudad le despabiló un poco, y sin embargo, no habia para qué. Numa se instaló, como todos sus compatriotas, en el café de Malmus, alta y tumultuosa barraca, que ostenta sus tres filas de vidrieras, anchas como las de un almacén de géneros de novedad, en el extremo de la calle Four-Saint-Germain, en el cual resonaban á

que el compacto hacinamiento de la Arena, medio anegada ya en la ceniza azul del crepúsculo, se devanaba como un ovillo de oro y seda.

— ¡Mirad allá arriba! — dijo Roumestan de pronto.

Eran las primeras bailarinas, que asomaban entre los arcos de bóveda del primer piso, mientras el tamborilero y los últimos faranduleros perneaban todavía en el circo. Al marchar, la ronda se alargaba con todos aquellos á quienes el ritmo arrastraba. ¿Pues quién, entre aquellos provenzales, hubiera podido resistir á la flautilla mágica de Valmajour? Llevada, lanzada por los sacudimientos del tamboril, oíase á un tiempo en todos los pisos, pasando por las verjas y los respiraderos abiertos, dominando los gritos, las exclamaciones de la turba. Y la farándula subía, llegaba á las galerías superiores, que el sol bordaba aún con una luz amarillenta. El inmenso desfile de los bailarines saltarines y graves se destacaba entónces sobre los altos huecos cintrados del circuito, en la cálida vibración de aquella caída de tarde de Julio; una procesion de finas siluetas animaba sobre la piedra antigua uno de esos bajo-relieves como los que hay en el fronton desmoronado de los templos. Abajo, en el estrado abandonado — porque se marchaban y el baile adquiría más grandeza encima de las gradas vacías — el buen Numa preguntaba á su mujer, colocándole un pequeño chal de blonda sobre los hombros para resguardarla del fresco de la noche:

— ¿No es esto hermoso?... ¿No es bello?

— Muy hermoso — prorumpió la parisiense, cuya naturaleza de artista se había conmovido esta vez hasta lo más íntimo.

Y el grande hombre de Aps pareció más orgulloso de esta aprobación que de los estrepitosos homenajes con que se le abrumaba hacia dos horas.

## II.

### El revés de un grande hombre.

Numa Roumestan tenía veinticinco años de edad cuando llegó á Paris para terminar la carrera de Jurisprudencia, que habia empezado en Aix, y era en aquella época un buen muchacho, alegre, vivo, de enardecida sangre, con grandes ojos de batracio, y una cabellera negra toda rizada, que le comía la mitad de la frente, como un gorro de piel sin visera.

No habia siquiera la sombra de una idea, ni de una ambicion, bajo aquel encespado monte de cabellos.

Era un verdadero estudiante de Aix, fuerte en el billar y en el tute, sin igual para beber una botella de champagne, para rondar por las calles hasta las tres de la madrugada, en aquella vieja ciudad aristocrática y parlamentaria; pero nada le interesaba; no abría jamás un libro ni un periódico; estaba como embutido en su ingenua indiferencia provinciana, encogándose de hombros por todo, y cubriendo la ignorancia con cierto renombre de buen sentido.

El barrio Latino de la gran ciudad le despabiló un poco, y sin embargo, no habia para qué. Numa se instaló, como todos sus compatriotas, en el café de Malmus, alta y tumultuosa barraca, que ostenta sus tres filas de vidrieras, anchas como las de un almacén de géneros de novedad, en el extremo de la calle Four-Saint-Germain, en el cual resonaban á

todas horas los chasquidos de las bolas de billar y las vociferaciones de una clientela de canibales.

Todo el Mediodía francés se solazaba allí, en sus diversos matices: el gascon, el provenzal, el de Burdeos, el de Tolosa, el de Marsella, el perigordino, el auvernies, el arieges, el ardeches, el pirenaico.... otros muchos nombres terminados en *as*, en *us*, en *ac*, resonantes y bárbaros; nombres que parecían salir de la llave de una escopeta, en acentuación feroz.

Y aquellos estallidos de voces, nada más que para pedir una taza de café; y aquellas estentóreas carcajadas, semejantes al derrumbamiento de un montón de piedras; y aquellas barbas espesas, gigantescas, muy negras, con azulados reflejos, barbas que arañaban á la navaja de afeitar, y que les subían hasta los ojos y se reunían en las cejas, saliendo como en rizos de pelote de la nariz acaballada, ancha, abierta, y de las grandes orejas.... no llegaban, por cierto, á disimular la inocencia y la juventud de los rostros, como sepultados bajo tales vegetaciones.

Además de los cursos que seguían asiduamente, aquellos estudiantes pasaban la vida en el café Malmus, agrupándose por provincias, por campanarios, alrededor de mesas ya de antiguo elegidas, que debían guardar el acento del *crú* en el eco dormido del mármol, como los pupitres guardan los arañazos del cuchillo de los colegiales.

Pocas mujeres había entre aquella muchedumbre: apenas se veía á dos ó tres en cada sala, pobres muchachas conducidas allí por sus amantes, de aspecto como avergonzado, y que pasaban la noche al lado de ellos, y ante un *bock*, inclinadas sobre los periódicos de grabados, mudas, tristes, cual si estuvieran fuera de su centro entre aquella juventud del Mediodía, educada en el desprecio de las mujeres.

¡Bah! ¡Té! Ellos ya sabían dónde hallar á sus queridas,

en la noche ó en el momento, pero nunca para largos meses, porque no les seducían los almuerzos en el campo.

Querían más bien quedarse en casa de Malmus, hablar *patois*, y compartir su tiempo entre el café, las aulas y la mesa de la patrona.

Si pasaban los puentes, era para ir al teatro Frances, en una noche de repertorio, porque su raza es clásica en espectáculos de sangre: iban por compañías, gritando muy fuerte en las calles, pero acobardados en su interior, y volvían sombríos, taciturnos, con los ojos hinchados de polvo trágico.... y todavía jugaban una partida, á media luz y con las llaves de las puertas echadas.

De cuando en cuando, con ocasión de un examen, se celebraba en el café una francachela improvisada, y llenaba la atmósfera fuerte olor de guisado y ajo; y el nuevo bachiller ó licenciado descolgaba del estante su pipa con iniciales, y se marchaba luego, notario ó sustituto, á algún agujero de ultra-Loire, á contar sus hazañas de París á los provincianos; de París, que él creía conocer y donde jamás había entrado.

En medio de tan abigarrada muchedumbre, Numa fué pronto un águila: primero gritaba más fuerte que todos; además adquirió una superioridad, ó por lo menos originalidad, por su afición decidida á la música.

Dos ó tres veces por semana se permitía el lujo de un asiento de *parterre* en la Opera ó en los Italianos, y volvía con la boca llena de recitados y de aires melódicos, que él cantaba con hermosa voz, aunque rebelde á toda disciplina musical.

Cuando llegaba á casa de Malmus, y avanzaba teatralmente á través de las mesas, tarareando algún final de ópera italiana, recibíasele con hurras de alegría en todas las salas, y cien bocas gritaban:

—¡Eh! ¡El artista!

Y esta palabra, que lleva cierta curiosidad afectuosa al áni-

mo de las mujeres, en labios de los hombres tenía una intención de envidiosa ironía.

Esta reputación de *amateur* artístico sirvióle maravillosamente en el poder y en los negocios, y aún hoy no hay en la Cámara una comisión artística, un proyecto de ópera, una reforma en las Exposiciones, donde el nombre de Roumestan no figure en primera línea.

Todo esto lo debía y lo debe á las noches que pasó en los teatros de canto.

Adquirió el aplomo de un actor, y cierta manera de hablar á la señora del mostrador, que hacía decir á sus maravillados compañeros:

— ¡Oh! ¡Este Numa para todo es igual!

En las aulas tenía la misma buena fama: nunca estaba preparado, porque era perezoso; temía el trabajo y la soledad; pero siempre sus exámenes eran brillantes, gracias á su audacia y sutileza meridionales, con las que sabía descubrir el lado flaco de la vanidad del profesor.

Y luego, su fisonomía franca y amable le servía como de estrella de ventura, iluminando el camino delante de él.

Desde que se hizo abogado, sus padres le llamaron, porque la modesta pensión que le pasaban imponía muy duras privaciones; pero la perspectiva de ir á encerrarse en Aps, villa muerta, que se deshace en polvo sobre sus ruinas antiguas, no podía tentar la ambición indefinida que sentía el provenzal en su interior por la inteligencia y el movimiento de París.

Con grandes sacrificios obtuvo todavía permiso por dos años para disponerse al doctorado, y cuando éstos pasaron, y recibió orden irrevocable de volverse á su país, encontró en casa de la Duquesa de San Donnino, en una de aquellas fiestas musicales adonde le conducían su linda voz y sus relaciones líricas, á Sagnier, el gran Sagnier, el abogado legiti-

mista, hermano de la Duquesa, y melómano distinguido, y á quien Numa sedujo por su verbosidad, demasiado ruidosa en la monotonía mundana, y por su entusiasmo por Mozart.

Sagnier le ofreció una plaza de cuarto secretario: los emolumentos eran nulos, pero así entraba en el primer bufete de París, con grandes relaciones en el barrio Saint-Germain y en la Cámara.

Desgraciadamente el padre Roumestan se empeñó en quitarle la pensión, con el objeto de que, sitiado por hambre, el hijo único, el abogado de veintiseis años, se ganase la vida.

Entonces intervino el cafetero Malmus.

Este Malmus era un tipo muy original: grueso, asmático, pálido, de simple mozo de café había llegado á ser propietario de uno de los más grandes establecimientos de París, por el crédito y por la usura. Primeramente, adelantaba á los estudiantes el dinero del mes; pero se hacía pagar el triple cuando recibían la mesada.

Más tarde, ya rico, al frente de la casa donde estuvo por espacio de quince años detras del mostrador, perfeccionó su tráfico, púsole todo entero en el crédito, un crédito ilimitado, que dejaba exhaustos, al concluir el día, los tres cajones del café; pero en cambio alineaba interminables columnas de *bocks*, de almuerzos, de copas, etc., en sus libros comerciales, con esas famosas plumas de cinco puntos, que están en boga entre los tenderos parisienses.

La combinación del buen hombre era muy sencilla: abandonaba al estudiante el dinero del bolsillo, toda su mensualidad, y le prestaba el consumo que hacía en el establecimiento, y aún á algunos privilegiados les daba también un cuarto en la casa. Durante el tiempo de los estudios no pedía un céntimo, y acumulaba los intereses en suma considerable, pero no con aturdimiento, sino con gran vigilancia.

Malmus pasaba dos meses del año, los meses de vacacio-

nes, en dar vueltas por las provincias, para asegurarse de la salud de los padres y de la situación de las familias: su asma le ahogaba cuando subía á los picos de las montañas y descendía por las curvas del Languedoc; mas se le veía errante y misterioso, con sus toscos pelos blancos, mal peinados, y su mirada suspicaz bajo unos párpados hinchados, como de antiguo camarero nocturno, á través de las barriadas más lejanas.

Quedábase en cada lado un par de días; visitaba al notario y al alguacil; inspeccionaba por encima los muros de la casa ó de la fábrica de su cliente, y.... ya no se volvía á oír hablar de él.

Todo lo que averiguó en Aps le infundió gran confianza en Roumestan.

El padre, antiguo hilandero, arruinado por reveses de fortuna y por invenciones desgraciadas, vivía modestamente desempeñando una plaza de inspector de seguros; pero su hermana, la Sra. Portal, viuda de un rico magistrado, y sin hijos, debía dejar toda su fortuna al sobrino.

Por lo cual Malmus procuraba guardarle en París, diciéndole:

—Entrad en casa de Sagnier.... Yo os ayudaré.

Y como el secretario de un hombre de negocios no podía vivir en la humilde habitación de estudiante, le amuebló un pequeño cuarto de soltero en el muelle Voltaire, en el piso bajo, y se encargó del alquiler y de la pensión.

Así es como el futuro *leader* entró en campaña, con todas las apariencias de una vida fácil, pero en el fondo terriblemente necesitado, sin lastre, es decir, sin un céntimo en el bolsillo.

La amistad de Sagnier valió á Numa las relaciones más soberbias.

¡ El *faubourg* le aceptaba! Pero.... sus triunfos en el gran

mundo, las invitaciones que recibía, en París y para la *villegiatura* en la estación de verano, y á las cuales tenía que ir bien vestido y acicalado, no servían sino para aumentar sus gastos.

Su tía Portal, á fuerza de súplicas, le ayudaba un poco, mas con gran precaución y parsimonia, acompañando á la remesa de fondos largas y burlonas epistolas, y aún amenazas bíblicas contra ese París, que arruina á todo el mundo....

La situación no podía prolongarse, y al cabo de un año Numa buscó otro destino; Sagnier no era el hombre que necesitaba; había en él, como buen meridional, una indolencia invencible, horror al bufete, al trabajo asiduo y sosegado.

Faltábale radicalmente la profundidad en la atención, y en cambio su mente siempre se agitaba; había un perpétuo movimiento de ideas en su cabeza, una movilidad de espíritu que se reflejaba hasta en los rasgos de su letra, que nunca se parecían.

Todo en él era exterior, voz y gestos, como en un tenor de zarzuela.

—Cuando no hablo, no pienso.

Así solía decir francamente, y decía la verdad pura: la palabra no brotaba en él por la fuerza del pensamiento, sino que, al contrario, precedía á éste y le despertaba con su ruido maquinal.

Al hablar, descubría en sí mismo una sensibilidad que él no sospechaba; se conmovía con la vibración de la voz, y aún algunas entonaciones le oprimían el corazón y le llenaban de lágrimas los ojos.

Todo esto era lo que constituye las buenas cualidades del orador; mas él lo ignoraba entónces, porque en casa de Sagnier no había tenido ocasión de manifestarlas.

Y no obstante, el tiempo que estuvo en casa del abogado legitimista fué lo que motivó el acto decisivo de su vida:

salió de allí con convicciones, afiliado á un partido político, y ambicionando la fortuna y la gloria.

La gloria fué la que alcanzó primero.

Algunos meses despues de su salida de casa del *patron*, el título de secretario de Sagnier, que él se ponía en las tarjetas como esos actores que se intitulan *de la Comedia Francesa*, por haber figurado dos veces en este teatro, le valió el honor de defender á un pequeño diario legitimista, *Le Furet*, que tenía muchos suscritores entre la gente bien acomodada.

Defendióle con éxito y fortuna: fué al tribunal sin haberse preparado, metidas las manos en los bolsillos de la toga, y habló durante dos horas con verbosidad insolente y con tanto gracejo, que obligó á los jueces á que le escucháran hasta el fin.

Su acento, aquel terrible *ceceo* de que su pereza le había impedido deshacerse, daba algo de mordacidad á su ironía: era, ciertamente, una fuerza aquel ritmo de elocuencia meridional, escénica, familiar, que tenía sobre todo la lucidez, la clara luz que destella en todas las obras de las gentes de allá abajo, como en los paisajes de su tierra, límpidos y sonrientes hasta en el fondo.

Naturalmente, el periódico fué condenado, y pagó en multas y en prision el gran éxito del abogado: así, en muchas obras que fracasan en el teatro, y que son la ruina del autor y del empresario, un artista de talento se labra una reputación imperecedera.

El viejo Sagnier, que fué á oírle, abrazóle en plena audiencia, y le dijo:

—¡Dejaos pasar á grande hombre, mi querido Numa!

Y la verdad es que estaba no poco sorprendido de haber incubado aquel huevo de gerifalte....

Pero el más sorprendido de todos fué el mismo Roumestan: salió de la audiencia como si saliese de un sueño, con el

eco de sus palabras en los oídos, mientras que descendía casi lleno de aturdimiento la vasta escalera sin tramos del Palacio de Justicia.

Despues de este éxito, de esta ovacion, de una lluvia de cartas de elogio, de sonrisas envidiosas de sus colegas, el abogado pudo creer que estaba ya en el camino que se había trazado, y esperó pacientemente los negocios en su gabinete del piso bajo, delante de un pobre fuego de viuda, encendido por el portero de la casa; pero nada llegó, ni un negocio, salvo algunas invitaciones á banquetes y un excelente bronce del comercio de Barbedienne, que le ofreció la Redaccion de *Le Furet*.

El nuevo grande hombre se hallaba enfrente de las mismas dificultades, de la misma incertidumbre sobre lo porvenir.

¡Ah! Estas profesiones que se llaman liberales, que no pueden agarrar la clientela, tienen muy duro comienzo, ántes de que en la pequeña antesala, amueblada á crédito, con divanes mal forrados, con un reloj simbólico entre dos candelabros torcidos, vayan á tomar asiento los clientes formales y que pagan.

Roumestan tuvo que reducirse á dar lecciones de Derecho entre la gente legitimista y católica; pero este trabajo le parecía muy inferior á su reputación, indigno de su éxito en la audiencia y de los elogios con que adornaban su nombre los periódicos del partido.

Lo que más le entristecía, lo que le obligaba á sentir más su miseria era la comida que tenía que ir á buscar á casa de Malmus, cuando no le enviaban ninguna invitación para comer fuera, ó cuando el estado de su bolsa le prohibía entrar en los *restaurants* á la moda: la misma mujer de mostrador, incrustada en los mismos ponches y los mismos vasos; la misma estufa cerca del estante de las pipas; los gritos, el acento, las barbas negras de los hijos del Mediodía se agitaban allí, como en otro tiempo....

Pero su generacion, sus compañeros de estudio habian desaparecido; y él miraba todo aquello con esos ojos desconfiados, que tiene en la madurez de la edad un hombre sin posicion, para los veinte años que le dejan atras....

¿Cómo habia podido vivir entre semejantes fruslerías? ¡Pero en otro tiempo los estudiantes no eran tan imbéciles! Su misma admiracion, y los aullidos de perros que le dirigian para celebrar su autoridad, le eran insoportables.

Mientras que comia, el dueño del café, orgulloso de su pensionista, iba á sentarse á su lado en el divan rojo y marchito que hacia tambalear con las sacudidas de su asma, y en la mesa cercana se instalaba una muchacha delgada, alta, la única figura de su tiempo que allí quedaba; figura huesosa, sin edad, conocida en el barrio Latino con el nombre de *Antigua de todos*, y á quien algun buen muchacho, entónces ya casado y establecido en su pais, habia abierto cuenta, al marcharse, en el café Malmus.

La pobre criatura, rodando por espacio de tantos años sobre el mismo pavimento, ignoraba lo que ocurría fuera de allí; ignoraba hasta los triunfos de Roumestan, y le hablaba con acento de conmiseracion, como á un postergado por la fortuna y de la misma promocion que ella.

—¡Eh!—le decia—mi pobre viejo.... ¿Tú no sabes? Pompon se ha casado; Laboulbene ha permutado, y pasa de sustituto á Caen....

Roumestan apenas le respondía.

Y al cruzar por las calles del barrio, llenas de ruidosos bodegones, sentía la amargura de una existencia carcomida, y como una impresion de desaliento.

Pasáronse algunos años así, durante los cuales se agrandó su reputacion, siempre sin otro provecho material que algunos objetos de arte de casa de Barbedienne; mas despues fué llamado á defender á un negociante de Avignon, que habia

hecho fabricar *foulards* sediciosos, que representaban una diputacion al rededor del Conde de Chambord, bastante confusa en la estampacion del tejido, pero con el epigrafe imprudente H. V., surmontado de un escudo de armas; y Roumestan, en la defensa, desempeñó una linda escena de comedia, indignándose de que se viese allí la menor alusion política: H. V. queria decir Horacio Vernet presidiendo una comision del Instituto....

Esta ocurrencia tuvo un éxito que hizo más en su favor que todos los reclamos parisienses, empezando por que le conquistó las simpatías de su tia Portal; simpatías que se revelaron, en primer lugar, por una remesa de aceite de oliva y de melones blancos, y despues por otra infinidad de provisiones: higos, pimientos, arrope de Aix, pastas de dulce, acerolas.... frutos y ofrecimientos bien pequeños, de los que la vieja estaba apasionada, y que el abogado dejaba que se pudrieran en el fondo de su armario.

Pero algun tiempo despues recibió una carta, que tenía en sus gruesos caracteres, borrajeados con pluma de ave, toda la brusquedad del acento de la tia....

Numa pudo, en fin, deletrear que la buena mujer queria casarle con la hija de un magistrado de Paris, M. Le Quesnoy, cuya esposa, una señorita Soustelle d'Aps, habia sido educada con ella por las Hermanas de la Calade.... Gran fortuna, linda muchacha, viva de genio, quizás un poco fria.... ¡pero el matrimonio lo calienta todo!

Y si ese matrimonio se arreglaba, ¿qué es lo que habia de darle á Numa la buena tia Portal? ¡Cien mil francos en buen dinero, en *tin-tin* contante, el dia de sus bodas!

Bajo los provincialismos del lenguaje, habia allí una proposicion seria, tan seria, que á la mañana siguiente Numa recibió una invitacion para comer en casa de los Le Quesnoy; y fué, no poco emocionado.

El magistrado, á quien él encontraba con frecuencia en el palacio de Justicia, era uno de los hombres que más le impresionaban: alto, delgado, de rostro altanero y pálido, los ojos brillantes y como indagando siempre, y la boca cerrada; el viejo magistrado, natural de Valenciennes, que parecía como fortificado, acasamatado por Vauban, le fastidiaba horriblemente con su frialdad de hombre del Norte.

La elevada situación que Le Quesnoy debía á sus excelentes obras sobre Derecho Penal, á su gran fortuna y á la austeridad de su vida, situación que hubiera sido más considerable aún sin la independencia de sus opiniones y el aislamiento en que se había encerrado desde la muerte de un hijo de veinte años de edad; todas estas circunstancias pasaban delante de los ojos del meridional, mientras subía, una tarde de Setiembre de 1865, la ancha escalera de piedra del hotel Le Quesnoy, uno de los más antiguos de la plaza Real.

El gran salon donde se le introdujo; la solemnidad de los elevados techos, que se enlazaban con las puertas por la ligera juntura de los entrepaños; la tapicería de damasco á rayas blancas y de color leonado; las maderas abiertas de un balcón antiguo.... todo esto, en verdad, no era lo más á propósito para disipar la impresión de Numa.

Pero la acogida que le dispensó la Sra. Le Quesnoy le devolvió enseguida su desembarazo natural: esta pequeña señora, de sonrisa triste y dulce, siempre forrada con pieles, por los dolores reumáticos que sufría desde que habitaba en París, guardaba el acento y las costumbres de su querido Mediodía, el amor á todo lo que se lo recordaba.

Hizo sentar á Roumestan cerca de ella, y dijo, mirándole con enternecimiento:

—; Es el retrato de Evelina!

Este dulce nombre de la tía Portal, que Numa no estaba acostumbrado á oír, le conmovió como un recuerdo de la infancia.

Hacia mucho tiempo que la Sra. Le Quesnoy tenía deseo de conocer al sobrino de su amiga; pero la casa estaba triste; su luto les había alejado del mundo, de la vida; y si ahora recibían alguna vez, no era porque su dolor fuese ménos vivo, sino por sus hijas, la mayor principalmente, que iba á cumplir los veinte años de su edad....

Y volviéndose la buena señora hácia el balcon, donde resonaban francas risas de juventud, llamó:

—; Rosalia!.... ; Hortensia!.... Venid, venid.... Aquí está el Sr. Roumestan....

Diez años despues de este dia, acordábase Numa de la aparición sonriente y tranquila, en el cuadro de la alta ventana y á la luz tenue del Poniente, de aquella linda niña, alisándose el peinado, que se le había descompuesto con los juegos de su hermana menor, y acercándose á él con la mirada límpida, sin el menor embarazo de coqueta. Y se sintió al punto lleno de confianza y de simpatía.

Sin embargo, durante la comida, una ó dos veces Numa creyó sorprender en la expresión del bello perfil de color purísimo que tenía á su lado una especie de estremecimiento de altanería, sin duda aquel aire de frialdad á que se refería la tía Portal, y que era la semejanza de Rosalia con su padre; pero el pequeño mohín de su boca entreabierta, el frío de sus ojos azules, se trasformaban en seguida en atención benévola, en encanto de sorpresa, que ella no intentaba siquiera ocultar.

Nacida y educada en París, la Sra. Le Quesnoy había sentido siempre cierta aversión hácia el Mediodía, cuyo acento, costumbres y hasta paisajes, entrevistados en sus excursiones veraniegas, le eran por igual antipáticos.

—; Nunca me casaré con un hombre del Mediodía!— acostumbraba á decir riendo la joven Rosalia.

Y ella se figuraba un tipo de hombre arrebatado, grosero, nulo, de tenor de ópera ó de mercader de vinos de Burdeos,

de fisonomía regular y expresiva: Roumestan se asemejaba un poco á esa visión de muchacha parisiense, burlona y decidora; pero su palabra ardiente, musical, tenía aquella noche una fuerza, un atractivo irresistible, que exaltaba y aún afinaba su fisonomía.

Después de algunos paréntesis á media voz, esos *hors-d'œuvres* de la conversacion, que circulan entre los vecinos de mesa con los mariscos y el caviar, la conversacion se hizo general, y se habló de las últimas fiestas de Compiègne y de aquellas cacerías de trajes, en las que los invitados parecían ser damas y caballeros de la corte de Luis XV.

Numa, que conocía las ideas liberales del viejo Le Quesnoy, se lanzó á una improvisacion soberbia, casi profética; mostró á aquella corte como representando en un circo, cabalgando bajo un cielo tempestuoso, y corriendo á cazar un venado á la luz de los relámpagos y de lejanos rayos; después, en medio de la fiesta, el diluvio, el grito del que se ahoga, todo el carnavalesco aparato de la corte revolcándose en fangosa laguna de sangre y cieno.

Entonces el semblante dulce de la Sra. Le Quesnoy se iluminaba con un resplandor de malicia, y parecía como que anhelaba preguntar á su hija:

—¿Qué tal? ¿Qué te parece el hombre del Mediodía?

Rosalía estaba como embargada: en la parte más íntima de su naturaleza sufría la poderosa influencia de aquella voz, de aquellos pensamientos generosos, que estaban de acuerdo con su juventud, con su pasión de libertad y de justicia.

¡Oh! ¡Si ella hubiese sabido cuánta insustancialidad había en aquellas frases de abogado, cuán poco excitaban á Numa las galas de Compiègne, y cuán mucho había él anhelado una invitacion con membrete imperial para confundirse en aquellas cabalgatas, donde su vanidad, su instinto de juglar y de cómico se hubieran fácilmente satisfecho!

Pero ella estaba encantada: parecía que los semblantes somnolientos de los convidados, un presidente de sala y un médico del barrio, se transfiguraban; y cuando se pasó al salón, la araña, encendida por primera vez desde la muerte de su hermano, le causó el desvanecimiento ardiente del verdadero sol.

El sol era Roumestan. Él reanimaba aquella majestuosa casa, él arrojaba el negro luto que se había amontonado en todos los rincones, los átomos de tristeza que flotan en las viejas moradas señoriales, encendía las facetas de los grandes espejos, devolvía la vida á los deliciosos entrepaños, desvanecidos hacía ya un siglo.

—¿Os gusta la pintura, caballero?

—¡Oh, señorita, cuánto la amo!

La verdad era que él no entendía de Bellas Artes; pero de la pintura, como de otras cosas, tenía un almacén de ideas y de frases dispuestas siempre; y mientras preparaban las mesas de juego, la pintura fué un buen pretexto para hablar de todo con la linda muchacha, mirando el viejo decorado del techo y algunos cuadros de excelentes maestros, que se ostentaban en labrados marcos Luis XIII, admirablemente conservados.

Pero de los dos, Rosalía era la artista: educada en un centro de inteligencia y de buen gusto, la vista de un bello cuadro, de una escultura primorosa, le causaba emoción profunda, más bien para sentirla que expresada; mas al ver á los dos reunidos y oír la elocuente seguridad con que el abogado peroraba, con enérgicos ademanes de hombre del oficio, en presencia de la atención, del recogimiento de Rosalía, hubiese dicho cualquiera que Numa era un maestro famoso dando lección á una discípula.

—Mamá, ¿no se podría entrar en tu cuarto?..... Porque deseo enseñar á este caballero el *panneau* de la cacería.....

En la mesa de *whist* hubo una mirada furtiva é interrogadora de la madre para aquel á quien ella nombraba con indecible acento de humildad *Monsieur Le Quesnoy*; y despues de una débil seña del magistrado, declarando conveniente la cosa, la mamá consintió.

Los dos jóvenes atravesaron un pasillo entapizado de libros, y llegaron á la sala de los padres, majestnosa y centenaria como el salon.

El *panneau* de la cacería estaba encima de una puerta finamente labrada.

— ¡No se puede ver nada! — exclamó la niña.

Y elevó el candelabro de dos mecheros que había tomado en una mesa de juego: con el brazo en alto y la cabeza levantada alumbraba al *panneau*, el cual reproducía á la diosa Diana, con la luna en la frente, rodeada de hermosas cazadoras, en un paisaje paradisiaco.

Pero en aquella actitud de Canéfora, que ponía sobre su cabeza una doble llama; con sus ojos brillantes, con su sonrisa altiva, y la gallarda silueta de su cuerpo virginal, ella, Rosalía, era más Diana que la misma diosa.

Roumestan la miraba.... y vencido por aquel encanto púdico, por aquel candor de verdadera juventud, olvidábase de lo que ella era, de lo que él hacía allí, de sus ensueños de fortuna y de ambición.

Asaltábale el loco pensamiento de estrechar en sus brazos aquel flexible talle, de besar aquella suelta cabellera, cuyo delicado perfume le embriagaba; de arrebatar aquella hermosa niña para que fuera el encanto y la felicidad de toda su vida.... y algo también le decía que si él lo intentaba, ella dejaría hacer.... porque había sido vencida, conquistada, desde el primer momento.

¡Oh fuego y viento del Mediodía, sois irresistibles!

### III.

#### El revés de un grande hombre.

(CONTINUACION.)

Si ha habido alguna vez dos seres no creados para vivir reunidos, ciertamente que ninguno como ellos: contrarios en instinto, en educación, en temperamento y por raza, no teniendo siquiera idea comun sobre nada, ella era el Norte en presencia del Mediodía, y sin esperanza de fusión.

Pero el amor vive de tales contrastes, y se ríe cuando alguien se los señala, comprendiéndose el más fuerte; pero en el curso ordinario de la existencia, en el círculo monótono de los días y las noches, bajo un mismo techo, el vapor de la embriaguez que produce el amor se disipa, y se ve, y se juzga.

En el nuevo hogar matrimonial el despertar no llegó tan pronto, al ménos para Rosalía; porque, previsora y sensata para lo demás, permaneció largo tiempo obcecada delante de Numa, sin comprender hasta qué punto ella era superior á él por todos conceptos.

Él tuvo bien pronto algo que reprocharse: la fogosidad del Mediodía es rápida, en razón directa de su violencia, y además, el meridional está de tal manera convencido de la inferioridad de la mujer, que cuando se casa, tranquilo por su suerte, se instala en el hogar como dueño, á lo sultan, aceptando el amor á guisa de homenaje y confesándose que esto es ya bastante.

En la mesa de *whist* hubo una mirada furtiva é interrogadora de la madre para aquel á quien ella nombraba con indecible acento de humildad *Monsieur Le Quesnoy*; y despues de una débil seña del magistrado, declarando conveniente la cosa, la mamá consintió.

Los dos jóvenes atravesaron un pasillo entapizado de libros, y llegaron á la sala de los padres, majestnosa y centenaria como el salon.

El *panneau* de la cacería estaba encima de una puerta finamente labrada.

— ¡No se puede ver nada! — exclamó la niña.

Y elevó el candelabro de dos mecheros que había tomado en una mesa de juego: con el brazo en alto y la cabeza levantada alumbraba al *panneau*, el cual reproducía á la diosa Diana, con la luna en la frente, rodeada de hermosas cazadoras, en un paisaje paradisiaco.

Pero en aquella actitud de Canéfora, que ponía sobre su cabeza una doble llama; con sus ojos brillantes, con su sonrisa altiva, y la gallarda silueta de su cuerpo virginal, ella, Rosalía, era más Diana que la misma diosa.

Roumestan la miraba.... y vencido por aquel encanto púdico, por aquel candor de verdadera juventud, olvidábase de lo que ella era, de lo que él hacía allí, de sus ensueños de fortuna y de ambición.

Asaltábale el loco pensamiento de estrechar en sus brazos aquel flexible talle, de besar aquella suelta cabellera, cuyo delicado perfume le embriagaba; de arrebatar aquella hermosa niña para que fuera el encanto y la felicidad de toda su vida.... y algo también le decía que si él lo intentaba, ella dejaría hacer.... porque había sido vencida, conquistada, desde el primer momento.

¡Oh fuego y viento del Mediodía, sois irresistibles!

### III.

#### El revés de un grande hombre.

(CONTINUACION.)

Si ha habido alguna vez dos seres no creados para vivir reunidos, ciertamente que ninguno como ellos: contrarios en instinto, en educación, en temperamento y por raza, no teniendo siquiera idea comun sobre nada, ella era el Norte en presencia del Mediodía, y sin esperanza de fusión.

Pero el amor vive de tales contrastes, y se rie cuando alguien se los señala, comprendiéndose el más fuerte; pero en el curso ordinario de la existencia, en el círculo monótono de los días y las noches, bajo un mismo techo, el vapor de la embriaguez que produce el amor se disipa, y se ve, y se juzga.

En el nuevo hogar matrimonial el despertar no llegó tan pronto, al ménos para Rosalía; porque, previsora y sensata para lo demás, permaneció largo tiempo obcecada delante de Numa, sin comprender hasta qué punto ella era superior á él por todos conceptos.

Él tuvo bien pronto algo que reprocharse: la fogosidad del Mediodía es rápida, en razón directa de su violencia, y además, el meridional está de tal manera convencido de la inferioridad de la mujer, que cuando se casa, tranquilo por su suerte, se instala en el hogar como dueño, á lo sultan, aceptando el amor á guisa de homenaje y confesándose que esto es ya bastante.

Por otra parte, el amar y ser amado hace perder mucho tiempo, y Numa estaba muy ocupado con el nuevo tren de vida que necesitaban su casamiento, su gran fortuna y la elevada posición de yerno de Le Quesnoy en el Palacio de Justicia.

Los cien mil francos de la tía Portal habían servido para pagar á Malmus y al tapicero, pasando así la esponja sobre su dolorosa é interminable existencia de soltero, y la transición le pareció muy halagüeña desde las humildes banquetas de veludillo desgastado, y cerca de *La Antigua de todos*, al elegante comedor de la calle de Scribe, donde él presidía, enfrente de su linda parisiense, los suntuosos banquetes que ofrecía á los príncipes de la curia y del canto.

El provenzal amaba la vida brillante, los placeres de la glotonería y del fansto; pero los amaba sobre todo en su propia casa, al alcance de su mano, con esa atmósfera de franqueza que permite el cigarro y la historieta picante.

Rosalía lo aceptó todo, se acomodó á la casa siempre abierta, á la mesa siempre puesta, diez, quince convidados todas las noches, y nada más que hombres; trajes negros, entre los que aparecía como una mancha su blanco vestido, hasta el momento en que, servido el café, y abiertas las cajas de habanos, cedía el puesto á las discusiones políticas, á las risas enérgicas de los postres en una comida de jóvenes aturdidos.

Solamente las amas de gobierno saben que un servicio semejante, y de todos los días, ofrece complicaciones y dificultades: Rosalía las superaba sin exhalar una queja; procuraba arreglar del mejor modo posible aquel desorden, provocada siempre por la viveza de su terrible grande hombre, que la agitaba con todas sus turbulencias, y que de vez en cuando sonreía á su *pequeña* entre dos truenos gordos.

Ella no deploraba más que una cosa: no tenerle á él á su lado bastante tiempo.

Hasta en el almuerzo, en ese almuerzo matinal de los abogados que tienen que ir á la audiencia, Numa tenía siempre algun amigo, al compañero servicial, en cuyo brazo se apoyaba familiarmente y á quien confiaba la cartera de los expedientes, demasiado pesada, cuando iba al Palacio.

¡Ah! ¡Con cuánto gusto le hubiera ella acompañado! ¡Qué dichosa hubiera sido, en los días de lluvia, yendo á esperarle en su *cupé*, y volver los dos juntos á casa, muy juntitos, detrás de los húmedos vidrios del carruaje!

Pero no se atrevía á pedirle esta gracia, bien convencida de que tendría siempre un pretexto, una cita dada á cualquiera de los trescientos amigos íntimos de quienes decía el meridional con acento enternecido:

—¡Me adora! ¡Se echaría al fuego por mí!

Esta era su manera de comprender la amistad.

Su fácil buen humor y la vivacidad de su capricho le inclinaban al primer advenedizo, y cada ocho días un nuevo autojo, un nombre que repetía en todas sus frases, y que Rosalía apuntaba cuidadosamente, en cada comida, sobre la pequeña tarjeta del *menu*, y que despues desaparecía repentinamente, como si la personalidad del caballero hubiese sido tan frágil y tan fácilmente desvanecida como los dibujos en colores que adornaban la historizada tarjeta.

Entre estos amigos de paso, uno solo era constante, y éste era ménos un amigo que una costumbre de la niñez, porque Roumestan y Bompard habían nacido en la misma calle.

Este hombre formaba parte de la casa, y la joven esposa halló instalado, desde el primer día, en el puesto de honor, como un mueble de familia, á aquel delgado personaje de cabeza griega, de gran nariz aguileña, de ojos como bolas de ágata, de piel estampada y azafranada como un cuero de Córdoba, arañado con esas arrugas especiales á los monos, y á los rostros forzados por contorsiones continuas.

Sin embargo, Bompard no había sido cómico: en cierta ocasión cantó en los coros de los Italianos, y allí le encontró Numa; pero, salvo este detalle, era imposible precisar nada con relación á aquella misteriosa existencia.

El lo había visto todo, había ejercido todos los oficios, había ido á todas partes.

No se hablaba delante de él de un hombre célebre ó de un suceso famoso sin que él afirmase:

—¡Sí es mi amigo!

O bien:

—¡Es verdad! Allí estaba yo cuando ocurrió el lance, ó de allí vengo.

Y en seguida, por vía de prueba, contaba una historieta; ponía en relación directa el principio con el fin, y llegaba á combinaciones estupendas.

Bompard, en el mismo año en que ocurrió el suceso, mandaba una compañía de desertores polacos en el sitio de Sebastopol, dirigía la capilla del Rey de Holanda, y trataba de enamorar á la hermana del Rey, lo que le había valido una encerrona de seis meses en la fortaleza de La Haya, aunque esto no le impidió (siempre en la misma fecha) hacer una excursión al África, de Laghuat á Gadamés, en pleno desierto....

Y todo esto lo decía con fuerte acento provenzal, casi solemne, con muy pocos gestos, pero con ciertos juegos mecánicos de fisonomía, que producían fatiga á quien los miraba, como las evoluciones de los pedazos de vidrio encerrados en un caleidoscopio.

El presente de Bompard era tan oscuro y misterioso como su pasado. ¿Dónde vivía? ¿De qué? Tan pronto hablaba de sus grandes negocios en asfalto, de un barrio de París que debía ser pavimentado según su sistema económico, como del descubrimiento de un remedio infalible contra la filoxera, añadiendo que sólo esperaba una carta del Ministerio para tomar

la ofrecida recompensa de los 100.000 francos, arreglar su cuenta en el pequeño bodegón donde comía, y á cuyos patronos había vuelto medio locos con su ilusión y esperanza extravagantes.

Este meridional en delirio hacía las delicias de Roumestan, quien se servía de él como de un autómatas, excitándole, animándole, haciendo que su loca manía estallase.

Cuando Numa se paraba en el boulevard para departir con algún amigo, Bompard se apartaba un poco dignamente, en actitud de quien va á encender un cigarro.

Se le veía en los entierros y en las primeras representaciones, preguntando siempre con anhelo:

—¿Habeis visto á Roumestan?

Y así llegaba á ser tan conocido como el mismo Numa.

En París este tipo de satélite, digámoslo así, es bastante frecuente: todas las gentes conocidas llevan tras de sí un Bompard, que camina á su sombra, y en ella se prepara una especie de personalidad.

Pero Rosalía no podía sufrir á este comparsa de su felicidad, siempre colocado entre ella y su marido, estorbándolos en los raros momentos en que hubieran podido estar solos.

Los dos amigos hablaban entre sí un *patois* que á ella le dejaba aparte, y lo que Rosalía más le reprochaba era, sobre todo, su empeño en mentir, aquellas invenciones en que al principio había creído, porque la impostura era perfectamente extraña á su naturaleza franca y pura, cuyo mayor encanto consistía en el acorde armonioso de la palabra y del pensamiento, acorde sensible en la sonoridad y la pureza de su voz argentina.

—Yo no quiero ni verle.... Es un embustero....—decía con acento profundamente indignado, que causaba risa á Roumestan.

—No, mujer, no—contestaba él, defendiendo á su amigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

—no es un embustero; es un hombre de imaginación.... un soñador despierto que habla de sus sueños.... Mi país está lleno de gentes como él.... ¡Es el sol, el acento!.... Ya ves tú mi tía Portal.... Y yo mismo.... á cada momento, ¡si no estuviese siempre alerta!....

Una pequeña mano protestaba, tapándole la boca:

—¡Cállate! ¡Cállate!.... Si tú fueras de ese Mediodía.... yo no te amara....

Y sin embargo, lo era: á pesar de su traje parisiense, del barniz mundano que le daba algún brillo, ella misma había de ver salir á aquel terrible Mediodía, rutinario, ilógico, brutal.

La primera vez fué con motivo de la religion: sobre esto como sobre lo demas, Numa tenía las tradiciones de su provincia; era el provenzal católico que no practica, que no va nunca á la iglesia sino para buscar á su mujer á la conclusion de la misa, y se queda en el fondo oscuro, cerca de la pila del agua bendita, con el ademan superior de un papa en cualquier espectáculo de sombras chinescas, y que no se confiesa sino en tiempo de cólera; pero que se dejaría ahorcar ó martirizar por aquella fe cristiana que no siente, que no modera en nada ni sus pasiones ni sus vicios.

Al casarse, sabía que su mujer era de su mismo culto, que el cura de Saint-Paul-Saint-Gervais les había prodigado elogios en razon directa de las luces, los almohadones y los ramos de flores que corresponden á un matrimonio de primera clase; y no preguntó más.

Todas las mujeres que él conocía, su madre, sus primas, su tía Portal, la Duquesa de San Donnino, eran católicas fervientes; así es que se sorprendió mucho, despues de algunos meses de matrimonio, de ver que Rosalia no practicaba.

Y le hizo esta observacion:

—No vais nunca á confesaros?

—No, amigo mio—dijo ella sin commoverse—ni vos tampoco, segun veo....

—¡Oh! ¡Yo!.... No es lo mismo....

—¿Por qué?

Y ella le miró con ojos tan sincera y luminosamente asombrados; ella tenía tan poca apariencia de duda de su inferioridad de mujer....

Él no supo qué contestar, y la dejó explicarse.

¡Oh! ¡No era una libre-pensadora, un *esprit fort!* Educada en un excelente colegio de pensionistas de Paris, que tenía por capellan un cura de Saint-Laurent, hasta los diez y siete años, hasta su salida del pensionado, y aún en su misma casa por espacio de algunos meses, había continuado con las prácticas religiosas al lado de su madre, una devota del Mediodía; pero en cierta ocasion.... algo se había roto en ella.... declaró á sus padres la aversion, la verdadera aversion que le causaba el acto de confesarse....

La madre intentó vencer lo que ella creía un capricho, pero M. Le Quesnoy se interpuso.

—Dejadla, dejadla.... A mí me sucedió lo mismo, y en la misma edad....

Y desde entónces ella no tuvo que tomar consejos ni direccion sino de su propia conciencia.

Por lo demas, parisiense, mujer de la alta sociedad, con horror á independencias de mal gusto, si Numa tenía que ir á la iglesia, ella le acompañaría gustosa, como había acompañado á su madre por espacio de tantos años, sin consentir en la mentira y sin mofarse de creencias que no profesaba.

Él escuchaba lleno de estupor, espantado de oír tales cosas, dichas por ella con tal energía y tal afirmacion de su sér moral, que echaban por tierra todas sus ideas sobre la dependencia femenil.

—Pero ¿tú no crees en Dios?—dijo él con su más hueco

acento de abogado, levantando solemnemente el dedo hacía las molduras del techo.

—Pero ¿es eso posible?—respondió ella con grito tan espontáneo, tan sincero, que valía por un acto de fe.

Entonces él habló del mundo, de las conveniencias sociales, de la solidaridad de las ideas religiosa y monárquica.... Todas las señoras practicaban: la Duquesa, la señora D'Esparbés, y recibían á su confesor á su mesa y en sus *soirées*.... ¡Esto cansaría un efecto deplorable si se supiese!....

Se detuvo, comprendiendo que todo era inútil, y la discusión terminó así; pero dos ó tres domingos consecutivos, Numa puso gran empeño en llevar á misa á su mujer, lo que valió á Rosalía el derecho de un paseo del brazo de su marido....

Pronto, por lo demas, se cansó él de semejante régimen, pretextando negocios, y toda manifestación católica cesó.

Esta primera desavenencia no turbó en nada la paz del matrimonio: el despertar, sin embargo, no podía tardar mucho para la joven esposa, y fué brusco y doloroso.

Pasaban el verano en Orsay, en la propiedad de los Le Quesnoy, y un día, ella, su padre y su marido, habiendo marchado á París, según costumbre diaria, notó que la faltaba un pequeño modelo en la canastilla que estaba preparando.

¿Una canastilla? Sí, Dios mío, sí; aunque se venden ya hechas y soberbias, la madre, la verdadera madre, desea cortar y coser ella misma, y á medida que se va llenando la caja donde amontona las ropitas, parece que se va apresurando el advenimiento del hijo ansiado, y que cada prenda le acerca más y más al natalicio de ese hijo.

Rosalía por nada en el mundo hubiera querido privarse de este placer, ni habría permitido que otra hubiese puesto mano en la obra gigantesca que ella había emprendido hacía ya cinco meses, desde que estuvo cierta de su felicidad....

Estaba, pues, en Orsay, en el banco donde ella trabajaba, á la sombra de un árbol, y donde tenía un montón de gorritas que ensayaba en su puño, y chambras de franela, y almillas finisimas, que con sus mangas derechas simulaban la vida y los movimientos pesados del pobre recién nacido.... ¡Y justamente la faltaba el mejor modelo!

—Envía á tu doncella á buscarlo—le dijo su madre.

¡Vamos! A su doncella.... Pues qué, ¿había de saber la doncella elegir el modelo?

—No, no....—contestó Rosalía.—Voy yo misma.... Haré mis compras antes de mediodía, y despues iré á sorprender á Numa y á comerme la mitad de su almuerzo.

La idea de este almuerzo con su marido, en su gabinete de la calle de Scribe, á medio cerrar, sin cortinas en los cristales, y con los muebles enfundados, la divertía como una escapatoria de colegiala.

Reiase sola al subir, hechas ya las compras, la escalera sin alfombra de su casa de París en el verano, y se decía, al meter con precaución la llave en la cerradura para sorprender á su esposo:

—Llego un poco tarde.... Ya habrá almorzado....

En efecto, no quedaban ya sobre la mesa del comedor sino los restos de un pequeño festín de gastrónomo, de dos cubiertos, y el ayuda de cámara instalado delante de la mesa, en actitud de devorar los platos y las botellas vacías.

Ella no se fijó primero sino en que faltaba su parte, por haberse detenido tanto tiempo en el almacén de novedades, delante de las lindas fruslerías de bordados y de encajes.

—¿Ha salido ya el señor?

Y nada, sin embargo, llamaba su atención; ni la lentitud del criado en contestarla, ni la palidez súbita de aquella ancha faz impudente, aplastada entre largos bigotes.

Ella sólo creía que la emoción del doméstico era debida

sencillamente á haber sido sorprendido en su robo y en su glotonería.

Él tuvo que decirle que el señor estaba allí todavía..... en negocios..... y que tendria para algun tiempo..... Pero todo esto lo dijo casi balbuciente, y ¡qué manos temblorosas tenia aquel hombre para dejar limpia la mesa y poner el cubierto de su señora!

—¿Ha almorzado solo?

—Sí, señora..... es decir..... con Mr. Bompard.

Pero ella vió entónces un encaje negro que habia sobre una silla..... y el villano lo miró tambien, y las miradas de ambos se encontraron clavadas en el mismo objeto.....

Aquello fué como un rayo de luz para ella: sin decir una palabra, bruscamente, lanzóse á traves de la pequeña antecámara, fué derecha á la puerta del gabinete, abrióla de par en par..... y cayó desmayada, rígida.

Los culpables ni siquiera se habian encerrado.

¡Y si hubieseis visto á la mujer! Era una rubia marchita de cuarenta años, y en sus párpados caidos como una piel de guante viejo, y bajo los ojos, en círculos de color de violeta, se veian las cicatrices de una vida de placeres; sus hombros eran cuadrados; su voz, casi cascada.

Pero era noble..... ¡la Sra. Marquesa de Estarbés!..... y para un hombre del Mediodía eso es lo primero de todo: el blason le ocultaba á la mujer.

Separada de su marido por un proceso escandaloso, habiendo roto los lazos que la unian á su familia y á las casas más aristocráticas del *faubourg*, la Sra. de Estarbés se declaró partidaria del Imperio, y abrió un salon político, diplomático, vagamente policiaco, el cual frecuentaban, sin sus mujeres, los hombres más elevados de la época; y despues, pasados dos años de intrigas, cuando se creó un partido y tuvo influencias, apeló contra la sentencia del proceso.

Roumestan, que la habia defendido en primera instancia, no podia negarle el apoyo de su palabra en la segunda, aunque vacilaba, no obstante, á causa de sus opiniones bien fijas; pero la Marquesa le comprometió de tal suerte, y supo lisonjear tan hábilmente su vanidad de abogado, que todas las resistencias se desvanecieron.

Y ahora, estando ya cercana la vista pública, se veian diariamente, unas veces en casa de él y otras en la de ella, y conducian así el negocio rápidamente y por partida doble.....

Rosalía creyó morir ante aquel horrible descubrimiento, que la heria de repente en su sensibilidad de mujer, en visperas de ser madre, cuando tenia en su seno dos corazones, dos focos de sufrimiento.

El hijo murió; la madre sobrevivió.

Y cuando, despues de tres dias de anonadamiento, pudo recobrar la memoria y hallar en ella la causa de su mal, estalló en una crisis de lágrimas, un río de amargura, que nada podia contener ni agotar.

Sin un grito, sin un lamento, cuando acabó de llorar por la traicion del amigo y del esposo, sus lágrimas se aumentaron ante la cuna vacía, donde reposaban, ellos solos, los tesoros de su infantil canastilla bajo las cortinas de trasparente azul.

El pobre Numa estaba casi desesperado.

Aquella esperanza de un pequeño Roumestan, de un primogénito, el cual siempre da gran prestigio á las familias provenzales, habia sido destruida, aniquilada por culpa suya; y aquel pálido rostro de mujer, ahogado en una expresion de dolorosa angustia, y aquella inmensa pena de dientes apretados, de comprimidos sollozos, le partian el corazon, tan diferente en sus manifestaciones, en la grosera sensibilidad que mostraba, sentado al pié del lecho de su víctima, con los ojos hinchados y los labios trémulos.

— ¡Rosalia, vamos, vamos!.....

Y no hallaba qué decir sino *vamos, vamos*; pero ¡cuántas cosas ocultaban esas palabras, pronunciadas con el acento fácilmente compasivo del Mediodía!

Y añadía por lo bajo:

— No te apesadumbres tanto, mi pobre niña.... Pues qué, ¿vale eso la pena? ¿Me ha de impedir que yo te ame?

Y la verdad era que él la amaba tanto como le permitía su ligereza; no pensaba en otra mujer para dirigir su casa, para cuidarle, para hacerle caricias.... y él, que decía ingenuamente: «Yo tengo necesidad de una abnegación á mi lado....», comprendía á las mil maravillas que aquella era la más completa, la más amable que pudiera desear, y le exasperaba la idea de perderla.... ¿No era eso amor?

¡Ay! Rosalia se había figurado otra cosa: su vida estaba destrozada; el idolo había caído al suelo; la confianza quedó perdida para siempre.

Y, sin embargo, perdonó: perdonó por piedad, como una madre que cede al hijo que llora y se humilla, y también por el nombre de su padre, á quien el escándalo de una separación le hubiera anonadado, y porque no podía arrebatar á su familia la ilusión de creerla dichosa.

Pero con aquel perdon concedido tan generosamente, ella le advirtió que no tuviera que contar con clemencia si se renovaba el ultraje; ¡no, jamás! porque entonces sus dos existencias se separarían cruelmente delante de todo el mundo....

Y esto fué dicho con un tono, con una mirada en que la altivez de la mujer se vengaba de todas las trabas y conveniencias sociales.

Numa lo comprendió así, y juró sinceramente no reincidir: temblaba aún de haber arriesgado su dicha, aquel plácido reposo que estimaba tanto, por un placer que no satisfacía sino su vanidad; y el alivio de haberse desembarazado de

su gran señora, de aquella Marquesa de salientes huesos, que (el blason aparte) no hablaba casi á sus sentidos sino como la *Antigua de todos*, del café Malmus, y no tener ya más cartas que escribir, ni citas que fijar, el desvanecimiento de toda aquella prendería sentimental, que no sentaba muy bien á su genio, le embelesaba casi tanto como la clemencia de su mujer, la paz interior reconquistada.

Y fué tan feliz como ántes, no haciendo el menor cambio en las apariencias de su vida: siempre la mesa puesta, y el mismo tren de fiestas y de recepciones, en las que Roumestan cantaba y declamaba, hacia la rueda á las damas, sin dudar, empero, de que allí cerca dos bellos ojos le miraban, atentos siempre y casi velados con verdaderas lágrimas.

Y ella veía ahora á su grande hombre, que la miraba, que le dirigía dulces palabras, bueno y generoso algunas veces, pero de bondad pobre, de capricho, de ostentación, por el fútil deseo de agradar.

Ella, en fin, conocía el poco fondo de aquella naturaleza, tan vacilante en sus convicciones como en su odio; asustábase por ella y por él mismo de la debilidad que se escondía bajo sus necias y altaneras palabras; debilidad que la indignaba, pero que al mismo tiempo la unía más á él, por ese anhelo de protección maternal en que la mujer apoya su abnegación cuando el amor ha huido de su alma.

Y siempre dispuesta al sacrificio, á pesar de la traición de Numa, sólo abrigaba este temor secreto:

— ¡Con tal de que él no me desaliente!

Rosalía, previsora siempre, conoció bien pronto el cambio que se operaba en las opiniones de su marido; sus relaciones con el *faubourg* se enfriaron; el chaleco blanco del viejo Sanguier y la flor de lis del alfiler de su corbata ya no le inspiraban la misma veneración; él suponía que aquella gran inteligencia se debilitaba; que sólo su sombra tomaba asiento en la

Cámara; una sombra somnolienta, que representaba fielmente á la legitimidad dinástica, con su lánguido adormecimiento, tan cercano á la muerte....

Así Numa lo involucraba todo suavemente, y entreabría la puerta de su casa á las notabilidades imperialistas que encontraba en el salon de la señora de Esparbés, cuya influencia habia preparado semejante cambio.

— Ten cuidado con tu grande hombre.... Yo creo que vacila.... — dijo el magistrado á su hija, cierto dia en que la burlona verbosidad del abogado se habia complacido en mostrarse, durante la comida, del partido de Frosdorf, comparándole con el Pegaso de madera de Don Quijote, inmóvil siempre, aunque su jinete, con los ojos vendados, se imaginaba que hendia el ancho azul espacio.

Ella no tuvo que preguntarle nada; por disimuladas que pudieran ser, eran tan ingenuas sus mentiras, que siempre caia en contradiccion.

Al entrar una mañana en su gabinete, Rosalia le sorprendió muy engolfado en la composicion de una carta, é inclinando la cabeza por encima de los hombros de Numa, preguntó:

— ¿ A quién escribis?

El grande hombre vaciló y quiso hallar alguna disculpa; mas perseguido por aquella mirada, tenaz como una conciencia, tuvo un arranque de forzosa franqueza.... Era una carta, escrita en estilo enfático, en ese estilo de fiscal de Audiencia, que gesticula hasta con las mangas de su toga, y dirigida al Emperador.... aceptando el puesto de Consejero de Estado.

La carta comenzaba así:

« *Vendeano del Mediodía, educado en la fe monárquica y en el culto respetuoso á lo pasado, yo no creo violentar á mi honor ni á mi conciencia....* »

— ¡ No enviaréis eso ! — dijo ella vivamente.

Él comenzó por arrebatarse, hablar en voz alta, brutal, como un legitimo *bourgeois* de Aps que discute en su propia casa. ¿ A qué se mezclaba ella en tales cosas? ¿ Qué entendia de eso? ¿ La atormentaba él por ventura con ridiculas observaciones sobre la forma de sus sombreros ó la hechura de sus vestidos?

Y tronaba, como en la Audiencia, delante de la tranquilidad muda, casi desdeñosa, de Rosalia, quien dejaba pasar aquel arrebato, últimos restos de una voluntad destruida de antemano.

Tal es la derrota de los hombres de mal genio: estas crisis les fatigan y les desarmán.

— ¡ No enviaréis esa carta ! — replicó ella. — Eso sería mentir, hacer traicion á vuestra historia, á vuestros compromisos....

— ¿ Qué compromisos? ¿ Con quién?

— ¡ Conmigo!.... Acordaos de cómo nos hemos conocido, de cómo vos me embargasteis el alma con vuestra hermosa indignacion contra la mascarada imperial.... Y me cuidaba ménos de vuestras opiniones que de una linea de conducta recta y segura, de una firme voluntad de hombre de carácter, que admiraba en vos....

Él se defendió: ¿ debia petrificarse toda la vida en un partido helado, sin movimiento, en campo siempre oculto bajo la nieve? Además, él no iba hácia el Imperio; era el Imperio el que venia hácia él.... El Emperador era un hombre excelente, de grandes ideas, muy superior á las gentes que le rodeaban....

Rosalía no aceptaba ningun pretexto, y bajo la felonía de su evolucion, le hacia ver su propia torpeza.

— Vos no observais cuán inquietas están esas gentes; no veis cómo sienten que la tierra está minada y se abre al rededor de ellos.... El menor choque, una piedra que rueda, basta

para que todo se derrumbe..... ¡ Y en qué sima tan negra y tan honda!

Ella precisaba, daba detalles, resumía en pocas palabras lo que una mujer callada recoge y medita, cuando los hombres, despues de comer y en grupos aparte, hablan y discuten.

Roumestan se admiraba.

— ¡ Qué diablo de mujer! ¿ Adónde habrá aprendido lo que me dice?

Por ningún concepto creía que ella estuviera tan fuerte; y en una de esas violentas mudanzas que son el atractivo de los caracteres veleidosos, cogió entre sus manos aquella pequeña cabeza pensadora, que encantaba con la brillantez de la juventud, y envolviéndola en una nube de tiernos besos, exclamó:

— ¡ Tienes razon! ¡ Tienes cien veces razon!... Lo contrario es lo que debo escribir....

Y cuando iba á hacer pedazos el borrador de la carta, acordóse de que en el principio había una frase de su gusto, que podía servir todavía, modificándola un poco.

Y escribió así:

*«Vendeano del Mediodía, educado en la fe monárquica y en el culto respetuoso á lo pasado, creeria violentar á mi honor y á mi conciencia aceptando el puesto que Vuestra Magestad.....»*

Esta negativa, muy limada, pero firme, habiéndose publicado en los periódicos legitimistas, valió á Roumestan una situación nueva, é hizo de su nombre el sinónimo de la fidelidad incorruptible....

*¡ Indescosible!* — decía el *Charivari* bajo una chistosa caricatura, mostrando la toga del gran abogado violentamente disputada por todos los partidos.

Algun tiempo despues el Imperio se hundia, y al reunirse la Asamblea en Bordeaux, Numa Roumestan se vió en el caso de tener que elegir entre varios distritos del Mediodía, que le

nombraban su diputado, únicamente á causa de la famosa carta....

Sus primeros discursos, elocuentes é inspirados, convirtiéronle bien pronto en jefe de todas las derechas de la Cámara, merced tambien á la influencia del viejo Sagnier, que estaba allí; y como en esta época de medianías los hombres de carácter son raros, el nuevo *leader* triunfó en los escaños de la Asamblea tan fácilmente como en otro tiempo en los divanes descoloridos del café de Malmus.

Consejero general de su departamento, idolo de toda la comarca del Mediodía, realzada su situación aún por la magnífica posición de su suegro, que había sido nombrado, despues de la caída del Imperio, Presidente del Tribunal de Casacion, Numa estaba predestinado á ser ministro cualquier dia....

Y entre tanto, el grande hombre para todo el mundo, ménos para su mujer, paseaba su temprana gloria por Paris, Versalles y la Provenza, amable, familiar, buen muchacho, llevando su aureola en los viajes, pero dejándola en la caja de su sombrero, como un *claque* de ceremonia.

en blanco, hacen reclinarse la *r*—*encorrvado el hierro*—de manera que no os permiten ni sombra de duda.

La raza de Aps es altiva y fiel; pero de gran vivacidad de impresiones, de una intemperancia de lenguaje extravagante; la tía Portal, verdadero tipo de la clase media local, puede servir de ejemplo.

Enorme, apoplética, rebosando la sangre en sus mejillas rechonchas, en contraste con un cutis de vieja rabia; la garganta muy blanca; la frente adornada con amplias cocas de nacarado mate, que salían de una papalina de cintas de color de malva; con aspecto majestuoso y agradable sonrisa: así se os aparece la Sra. Portal en medio de su salón, siempre herméticamente cerrado, según la moda del Mediodía, y semejante á un retrato de familia, á una anciana marquesa de la época de Mirabeau, perfectamente colocada en aquella vieja casa que hizo construir há ya cien años Gonzaga Portal, consejero jefe del Parlamento de Aix.

Pero cuando habláis con la tía de Numa, si tenéis la genialidad de decir que los protestantes valen tanto como los católicos, ó que Enrique V no está próximo á subir al trono, aquel viejo retrato se lanza violentamente de su marco, y las venas del cuello se le hinchan, sus manos crispadas desarreglan á tirones las bellas cocas, embárgale espantosa cólera mezclada de injurias, de amenazas, de maldiciones; una de esas cóleras famosas en la ciudad, y de la cual se refieren lanceos muy originales.

En una *soirée*, en su propia casa, su criado dejó caer una bandeja llena de vasos: la tía Portal grita, se subleva poco á poco, llega al delirio violento, y su indignación no encuentra palabras para expresarse; y entonces, ahogando todo lo que aún le resta que decir, y no pudiendo pegar al malhadado criado, que prudentemente había huido, se pone su falda de seda en la cabeza, se oculta allí, comprime y retuerce sus gru-

## IV.

## Una tía del Mediodía.—Recuerdos de la infancia.

La casa Portal, donde habita el grande hombre de Aps mientras permanece en la Provenza, se cuenta entre las curiosidades de la localidad: figura en la *Guía del viajero*, lo mismo que el templo de Juno, el Anfiteatro y la Torre de los Antoninos, antiguos vestigios de la dominación romana, de los que la ciudad se enorgullece, conservándolos cuidadosamente.

Pero lo que más se señala á la admiración de los extranjeros en aquella vieja construcción provinciana, no es la puerta que da á la carretera, pesada, casi oculta bajo enormes cabezas de clavos que la fortalecen; ni las altas ventanas, erizadas de espesas rejas, que figuran simbólicos hierros de lanza: es el balcon del primer piso, un balcon estrecho, de negros barrotos, que se levanta encima del pórtico.

Allí es donde Roumestan, cuando llega, se presenta á la muchedumbre y la arenga; y toda la ciudad podría atestiguar que las rudas puñadas del orador han bastado para hacer aquella curva graciosa, aquel aplastamiento original en el balcon, en otro tiempo más recto que una escuadra.

—¡Té! ¡Vé!.... Nuestro Numa ha encorvado el hierro....  
Y cuando os dicen esto las gentes, poniendo los ojos casi

ñidos y sus muecas de furor, no importándole un bledo enseñar á sus convidados los bajos de sus blancas y almidonadas enaguas.

En cualquiera parte del mundo se la hubiera tratado de loca; pero en Aps, país de cabezas calientes, explosibles, ya puede uno contentarse con no hallar más que una señora Portal.

Verdad es que si se cruza por la plaza Cavalerie, en una tarde bochornosa, en que el canto de la cigarra y algunos arpegios de piano animan el silencio claustral de la población, se suelen oír, á través de las rendijas de la antigua morada, extrañas exclamaciones de la dama excitando el celo de sus domésticos:

—¡ Monstruo! ¡ Bandido! ¡ Asesino! ¡ Ladron de curas!..... Yo te cortaré un brazo..... Yo te arañaré la piel del vientre.....

Y las puertas golpean, los tramos de las escaleras tiemblan bajo las bóvedas resonantes, enjalbegadas con cal; las ventanas se abren con estrépito, como para dejar paso á los jirones arrancados á los infelices criados, quienes continúan sin embargo desempeñando su oficio, acostumbrados ya á tales tempestades y sabiendo que son en ella una simple manera de expresarse.

Pero, en resumen, es una excelente mujer, apasionada, generosa, con esa necesidad de agradar, de prestar favores, de ponerse á cuatro piés, como se suele decir, por el bien de cualquiera; y de esto, que es una de las cualidades de la raza, Numa había experimentado, más que nadie, los buenos efectos.

Desde que fué elegido diputado, la casa de la plaza Cavalerie era suya, habiéndose únicamente reservado la tía Portal el derecho de habitar allí hasta su muerte.

Y ¡ qué alegría era para ella la llegada de sus parisienses, con todo el ruido y el movimiento de las serenatas, las recep-

ciones, las visitas con que la presencia del grande hombre animaba su vida solitaria, ávida de exuberancia!

Ademas, amaba á su sobrina Rosalia por el mismo contraste de sus dos naturalezas, y con todo el respeto que le imponía la hija del presidente Le Quesnoy, el primer magistrado de Francia.

Y verdaderamente, la jóven señora Rosalia necesitaba una indulgencia singular, el culto de la familia, que habia recibido de sus padres, para sufrir por espacio de dos meses las genialidades, las pesadas sorpresas de su marido, de aquella imaginacion en desórden, siempre sobreexcitada, tan movable como perezoso era su enorme cuerpo.

Sentada en el fresco vestibulo como en un patio morisco, donde se concentraba un fuerte olor á humedad, á cuarto cerrado, Rosalia, con una labor de tapicería entre los dedos, ya que, como buena parisiense, no podia permanecer ociosa, escuchaba durante dos horas las confidencias sorprendentes de la buena y gorda mujer, que se hallaba como sepultada en un sillón, enfrente de ella, con las manos libres para gesticular mejor, recorriendo hasta perder el aliento la crónica chismográfica de la ciudad, sus historias con las criadas y con el cochero, de las cuales hacia, segun la hora y el capricho, ó dechados de perfecciones, ó monstruos, apasionándose siempre en pro ó en contra de cualquiera, y llevando la antipatia en ocasiones á referir lances espantosos, romancescos, invenciones sombrías y sangrientas.....

Pero Rosalia, viviendo cerca de su Numa, habia adquirido ya la costumbre de sufrir aquellas exageraciones, aquel frenesí de palabras: apénas se preguntaba alguna vez cómo habia podido entrar en semejante familia de cómicos, hinchados de frases y de gestos; y era menester que la historia fuese muy fuerte para que, como al descuido, tratase de contenerla, diciendo:

— ¡Oh, tía, por Dios!.....

— ¡Ah! — solía contestar la tía Portal. — Teneis razon, niña mía..... Quizás exagero un poco.....

Y, sin embargo, no se calmaba sino para referir su único viaje á París, y las maravillas del pasaje del Salmon, donde se había hospedado en un hotel que frecuentaban todos los comerciantes del país; y en todas las historias de la buena mujer aparecía siempre ese pasaje del Salmon, como centro de la elegancia y mundano por excelencia.

Y estas conversaciones vanas y fastidiosas se tenían en el lenguaje más divertido, más original que puede imaginarse, porque la tía Portal detestaba el lenguaje del país, aquel *patois* admirable, lleno de colorido y encanto, que vibra como un eco latino por encima del mar azul.

El desprecio de la señora del Mediodía hacía el idioma de su provincia se extendía á los usos, á las tradiciones, hasta á las costumbres locales: del mismo modo que la tía Portal no quería que su cochero hablase el provenzal, no hubiera sufrido en su casa una sirviente con las cintas y el *fichú* arlesianos.

No permitía que *llevasen sombrero*: el sombrero en Aps es el signo distintivo, jerárquico, de una ascendencia acomodada, y él solo basta para que se conceda el título de señora á quien le usa; título que se niega á las mujeres del pueblo.

Es necesario ver con qué afectación de superioridad la esposa de un capitán retirado ó de un oficial de la alcaldía con mezuquino sueldo, que va ella misma á la compra todas las mañanas, habla desde lo alto de su gigantesca capota á alguna riquísima hortelana de Crau, que ostenta en su cabeza una *cambresina* guarnecida de verdaderos encajes antiguos.

En la casa Portal las señoras llevaban sombrero hacía más de un siglo, y esto bastaba para que la tía fuese desdeñosa con todo el mundo.

Ocurrió, por tal causa, una terrible escena á Roumestan, algunos días después de la fiesta de las Arenas.

Era un viernes, á la hora del almuerzo; un almuerzo del Mediodía, fresco y agradable á la vista, pero rigurosamente frugal, compuesto de platos ligeros entre alcarrazas de agua fría y frascos de vino dulce, mientras que afuera vibraban los rayos del sol, y un vivo destello rubio se deslizaba por las rendijas en el inmenso comedor, embovedado como refectorio de convento.

Humeaban, empero, en medio de la mesa dos hermosas chuletas para Numa; porque aunque este nombre era bendecido en todas las congregaciones y mezclado en todas las oraciones, y tal vez por eso mismo, el grande hombre de Aps tenía una despensa de obispo, y se atracaba brutalmente, el único entre todos los de la familia, cortando la ensangrentada carne con sus manos gruesas, perfectamente sereno, sin ocuparse de su mujer y de su cuñada, que se llenaban de higos y melones.

Rosalía estaba ya acostumbrada: aquel ayuno ortodoxo de dos días por semana formaba parte de su dote anual, con el sol, el polvo, el mistral, las historias de la tía y los oficios del domingo en Santa Perpétua; pero Hortensia comenzaba á sublevarse con todas las fuerzas de su joven estómago, y era necesaria la autoridad de su hermana mayor para taparle la boca, cuando soltaba algunas frases alusivas, de niña mimada, que destruían todas las ideas de la Sra. Portal acerca de la educación y la obediencia de las señóritas.

La muchacha se contentaba con comer todas las frustrerías que le daban, mirando al soslayo las chuletas destinadas á Roumestan, y diciendo por lo bajo á Rosalía:

— ¡Qué poco es esto!..... Justamente he corrido mucho á caballo esta mañana, y tengo un hambre que no veo!.....

La joven estaba aún con su traje de amazona, que caía

UNIVERSIDAD DE QUÉZQUEN LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MORETTE, MEXICO

fectamente sobre su talle largo y flexible, y con su pequeño cuello de muchacho que adornaba su garganta:

—Á propósito, Numa..... ¿Y Valmajour? ¿Cuándo iremos á verle?

—¿Á quién, á Valmajour?—dijo Numa, cuya cabeza ligera había perdido ya el recuerdo del tamborilero.—¡Té! ¡Es verdad! ¡Valmajour! Ya no pensaba en él.... Pero he prometido ir á ver á sus padres antes de mi regreso á París.... ¡Qué artista!

Y se exaltaba, y figurábase que veía los arcos de las Arenas como estremeciéndose al ritmo sordo del tamborilero, que repetía en su memoria y que le escarbaba en el estómago.

Y decidiéndose de repente, exclamó:

—Tía Portal, prestadnos la berlina. Irems despues de almorzar....

El entrecejo de la tía Portal se frunció sobre sus dos grandes ojos, que brillaban como los de un idolo japonés.

—La berlina..... vaya..... ¿Y para qué? Al ménos, no llevarás á estas señoras á la casa de ese gaitero de *tutu-panpan*....

Este *tutu-panpan* imitaba tan bien al doble instrumento, flauta y tambor, que Roumestan se echó á reír; pero Hortensia tomó la defensa del tamborilero provenzal con gran vivacidad.... De todo lo que llevaba visto en el Mediodía, aquello era lo que más le había impresionado, y además no sería justo faltar á la palabra dada á tan buen muchacho.

—¡Un gran artista, Numa!.... Vos lo habeis dicho.

—Sí, sí; teneis razon, hermanita; es necesario ir.

La tía Portal, sofocada, no comprendía cómo su sobrino, diputado, se rebajaba hasta ir á visitar unas gentes que, de padres á hijos, tocaban la flauta en las fiestas de la aldea; é identificándose por completo con su idea, imitaba los gestos del músico, doblaba los dedos de una mano como si

los pusiera sobre una flauta, y con la otra golpeaba la mesa.

—¡Vaya una linda cosa para enseñarla á las señoritas!.... No, no es posible que haya otro hombre como este Numa.... ¡Ir á casa de los Valmajour, Santa Madre de los Angeles!....

Y así, exaltándose por momentos, empezaba á cargarles de todos los crímenes conocidos, á hacer una familia de monstruos, tan histórica y ensangrentada como la familia de Trestaillou.... cuando se apercibió de que Menielo, el criado, que era del país de los Valmajour, se hallaba al otro lado de la mesa, y lo oía todo, mostrando el asombro en su faz embohada.

Al punto, con voz terrible, le mandó que fuera á mudarse á escape, y que tuviera enganchada la berlina para las dos.... ménos un cuarto.

Todas las cóleras de la buena mujer concluían de igual modo.

—¡Oh! ¡Bravo! ¡bravo!—gritó Hortensia tirando su servilleta y corriendo á abrazar á la gruesa señora y á besarla en las dos mejillas.

Y reía y saltaba de contento, exclamando:

—Despáchate, Rosalia....

La tía Portal miraba á su sobrina.

—¡Ah, ya! Rosalia, yo espero que no iréis á correr por esos caminos con estos dos muchachos....

—No, tía mia, no; me quedaré con vos—respondió la joven, sonriéndose ante el papel de vieja, que su resignacion amable había concluido por darle en aquella casa.

Menielo estuvo dispuesto á la hora señalada, pero se le dijo que fuera delante y que esperase en la plaza de las Arenas, mientras Roumestan partía á pié con su cuñada, deseosa de ver la poblacion de Aps, del brazo del grande hombre, y la casa donde él había nacido, y seguir por las callejuelas los pasos que anduvo en su niñez y en su juventud.

Era la hora de la siesta: la ciudad dormía, desierta y silenciosa, acariciada por el *mistral*, que soplabá como un poderoso abanico, ventilando, vivificando el estío ardiente de la Provenza, pero haciendo difícil la marcha á lo largo de aquellas angostas callejuelas por donde él podía circular libremente.

Hortensia, agarrada con las dos manos al brazo de su compañero de viaje, andaba con la cabeza baja, desvanecida y sofocada, y sin embargo, alegre y feliz al sentirse impulsada, levantada por aquellas ráfagas que parecían olas, por sus gritos, por sus ayes, por su turbia polvareda.

Roumestan quería llegar pronto al carruaje; pero ella se encariñaba con tan difícil paseo, y anhelante, derrotada por el torbellino que le arrollaba tres veces al sombrero el velo de crespon azul, y que la arrebuja por delante su traje corto de viajera, decía:

— Pero ¡qué infame es la Naturaleza! Rosalia detesta el viento, y dice que le arranca las ideas, que la impide pensar.... Yo no: ¡el viento me exalta!....

— Como á mí.... — exclamó Numa, que tenía los ojos llenos de lágrimas y que agarraba el sombrero para que no volase....

Y de repente, al doblar una esquina, gritó:

— ¡ Ahí está mi calle! ¡ Ahí he nacido yo!

El viento amainaba; es decir, se le oía soplar á lo lejos, como cuando se oye en el fondo del puerto, en tranquila bahía, el ruido de la mar lejana al quebrarse las olas en los arrecifes.

Había allí, en una calle bastante ancha, empedrada de puntiagudos guijarros y sin aceras, una casucha oscura y gris, entre un convento de Ursulinas, sombreado por grandes plátanos, y un antiguo *hotel* de apariencia señorial, con escudo de armas, y en él esta inscripción: *Hotel de Rochemaure*, y

enfrente, un monumento muy viejo, sin carácter, bordado de columnas rotas, de torsos de estatuas, de piedras tumulares atestadas de cifras romanas, y que se intitulaba *Academia*, en letras deslucidas, sobre una lápida de mármol verde.

Allí era donde el ilustre orador había venido al mundo, el día 15 de Julio de 1832.

Roumestan estaba conmovido, como siempre que los azares de la vida le ponían cara á cara con su propia personalidad: hacia ya muchos años, lo ménos treinta, que no había pasado por aquel sitio, y la inmovilidad de todo le impresionaba fuertemente; reconocía en los muros hasta las huellas de sus caprichos de niño; los fastes de las columnas, los preciosos detalles de la vieja Academia proyectaban la sombra clásica de los mismos sitios; los laureles del hotel tenían igual olor acre....

Y mostraba á Hortensia la angosta ventana desde la cual su madre le hacía señas, cuando él volvía del colegio, para decirle á voces:

— ¡ Sube pronto, que ya ha venido tu padre!

Y á su padre no le gustaba esperar.

— ¡ Cómo, Numa! ¿ Es verdad eso? ¿ Habéis sido educado por frailes?

— Sí, hermanita; hasta los doce años de mi edad.... A los doce, la tía Portal me puso en el colegio de la Asunción, el más *chic* de la ciudad....

Y recordaba temblando toda su vida de niño: las correas de cuero, la inmensa clase donde recitaba de rodillas las lecciones, donde el menor castigo consistía en palmetazos, el fraile, tieso y rígido bajo su vieja sotana, el hermano *Bota de cocer*, según se le llamaba, porque también á la cocina pertenecía; hasta el ¡ *han!* del buen fraile y el abrasador golpe de la palmeta en la punta de los dedos llenos de tinta y henchidos por el dolor del hormigueo de picaduras....

Y como Hortensia se indignase de la brutalidad de semejantes castigos, Roumestan le contaba otros más feroces todavía: cuando era necesario, por ejemplo, barrer con la lengua el suelo recientemente regado, cuando el polvo estaba convertido en cieno, desollando, dejando en carne viva el tierno paladar de los culpables....

— ¡Pero eso es horrible! ¿Y vos defendeis á esas gentes? ¿Vos habláis en la Cámara á favor de ellas?

— ¡Ah, hija mia! Tal es la política.... —dijo Roumestan sin turbarse.

Y hablando así, seguían por un dédalo de callejuelas oscuras, orientales, donde las mujeres viejas dormían sobre una piedra, á la puerta de la casa, y por otras calles ménos oscuras, atravesadas en su latitud por grandes tiras de percalina impresa, balanceándose á manera de enseñas, cuyas inscripciones decían: *Mercería, Pañería, Zapatería*....

Llegaron á la que se llama en Aps la *plazuela*: un cuadro de asfalto en liquefacción bajo el sol ardiente, rodeado de almacenes, cerrados en aquella hora, silenciosos, á cuya sombra roncaban algunos limpia-botas, apoyando la cabeza en la caja de su industria, tendidos á lo largo, como si estuvieran ahogados entre los brazos de la tempestad que se había desencadenado sobre la población.

Un monumento sin concluir adornaba el centro de la plaza: Hortensia quiso saber lo que significaba aquel pedestal blanco y desocupado, y Roumestan sonrió, diciendo algo contrariado:

— ¡Oh! ¡Toda una historia!

La municipalidad de Aps le había votado una estatua; pero como los liberales del país protestaron muy alto contra aquella apoteosis de un hombre que aún vivía, sus amigos no se atrevieron á concluir el monumento. La estatua estaba hecha: sólo se esperaba la muerte de Numa para colocarla sobre el pedestal....

En verdad que es muy lisonjero pensar que vuestros funerales han de ser una gran fiesta cívica, y que se cae en el sepulcro para levantarse al día siguiente en mármol ó en bronce; pero aquel zócalo vacío, resplandeciente con los rayos del sol, le causaba á Roumestan el efecto de un suntuoso sepulcro de familia, y fué necesario que los dos paseantes llegaran á las Arenas para que él lograra dejar ideas tan fúnebres.

El viejo anfiteatro, despojado de la animación ruidosa del domingo, abandonado á su solemnidad de ruina inútil y grandiosa, mostraba sus anchos corredores y pasadizos, húmedos y fríos, donde el fulgor del sol caía por intervalos, donde las piedras se desmoronaban bajo el peso de los siglos.

— ¡Qué triste es eso! —dijo Hortensia, recordando con pesar al tamborilero de Valmajour.

Pero eso no era triste para Numa; en su infancia había gozado allí sus más dulces placeres y alegrías.

¡Oh! Los días de corridas de toros, merodeando al rededor de las puertas con otros niños tan pobres como él, que no tenían diez sueldos para comprar el billete....

Bajo aquel sol ardiente del Mediodía, y con la ansiedad que produce la vista lejana del placer prohibido, miraban lo poco que les permitían los altos muros: un rincón del circo, las pantorrillas de los toreros, los saltos furiosos de la fiera, el polvo del combate que se levantaba entre los gritos, las risas, los bravos, los gruñidos de la muchedumbre que llenaba el monumento....

Detras de éste, la berlina esperaba, al abrigo del sol y del viento, y fué necesario despertar á Meniclo, que se había dormido en el pescante, entre dos cestos de provisiones, enfadado en su pesada levita de color azul realista.

Pero Roumestan, ántes de subir al carruaje, mostró á su cuñada una antigua casucha, la *Posada del Pequeño San Juan*, cuya fachada blanca y grandes cobertizos ocupaba

todo un lado de la plaza de las Arenas, inundado de carros desuncidos y polvorientos, de carretas rurales de toldos grises y con sus largas lanzas á lo alto.

—Mira eso, hermanita—dijo con emocion.—Ahí me embarqué yo para Paris, hace ya veintiun años.... ¡Entonces no había camino de hierro!.... Se tomaba la diligencia hasta Montlimart, y despues, el Ródano.... ¡Oh Dios mio! ¡Qué contento estaba yo, y cuanto me asustaba vuestro Paris!.... Era de noche : me acuerdo....

Hablaba con rapidez, sin orden, á medida que los recuerdos le asaltaban.

—Eran las diez, si, en Noviembre.... ¡Una luna tan clara!.... El mayoral se llamaba Fouque, casi un personaje.... Mientras que enganchaba el carruaje, nos paseábamos con Bompard.... Bompard, ya sabeis ; como que ya éramos grandes amigos.... Él era, ó se imaginaba ser, alumno de Farmacia, y contaba con reunirse conmigo en Paris.... Hacíamos grandes proyectos, grandes sueños de vida comun, para ayudarnos mutuamente y llegar más pronto al fin.... Mientras tanto, él me animaba, me daba consejos ; como que tenía más edad que yo.... Todo mi temor consistía en ser ridículo.... La tia Portal me habia dado un gran raglan para el camino, y yo dudaba un poco del raglan de mi tia Portal ; pero Bompard me hacia andar delante de él.... ¡Ah diablo! Aún veo su sombra al lado mio.... Y, gravemente, con aquel acento severo que tenía, me dijo : «Puedes llevarlo, hombre, que te sienta muy bien : no está ridículo....» ¡Ah, juventud, juventud!....

Y Hortensia, que temia no salir jamas de aquella ciudad, donde el grande hombre hallaba un recuerdo en cada piedra, le impelia suavemente hácia el carruaje, diciendo :

—Si subiésemos al coche, Numa.... Tambien podríamos hablar durante el camino....

## V.

## Valmajour.

Desde Aps al monte de Cordoue se va en dos horas, sobre todo cuando el viento sopla en popa. Más que arrastrada por los dos viejos caballos, la berlina parecia ir sola, impulsada por el maestral, que la sacudia, la levantaba, hundiendo el cuero de su capota ó inflándolo á manera de vela. El viento ya no bramaba como en torno de las murallas ó bajo las bóvedas de las poternas ; libre, sin obstáculo, el maestral parecia arrojar delante de él la inmensa llanura ondulada, en la que algunas quintas aisladas mostraban su masa parda rodeada de verduras, pareciendo una aldea dispersada por la tempestad, que pasaba cual humareda sobre el cielo, sobre los altos trigos, sobre los olivares, cuyas hojas plateadas agitaba formando remolinos, que levantaban oleadas del polvo que crujía bajo las ruedas, al mismo tiempo que obligaba á doblar las cabezas á las apretadas filas de cipreses y de cañas, cuyas largas y murmuradoras hojas producian la ilusion de que un fresco arroyo corria á orillas del camino. Cuando el viento se acallaba durante un minuto, como si le faltára el aliento, se sentía todo el peso del estío ; un calor africano se levantaba de la tierra, que disipaba rápidamente la sana y vivificante borrasca, que extendia su regocijo á lo más lejano del horizonte, hácia las indecisas y parduseas co-

linas que forman el fondo de todo paisaje provenzal, pero que el sol poniente matiza de tintas fantásticas.

Apénas andaba gente por el camino. De cuando en cuando aparecía una carreta, que venía de las canteras cargada de piedras enormes, que deslumbraban la vista heridas por los rayos del sol; luego pasaba una vieja campesina de la villa Des-Baux, encorvada bajo un manojo de hierbas aromáticas; despues aparecía la capucha de un fraile mendicante, con sus alforjas al hombro y el rosario en la cintura, con el cráneo duro y reluciente cual los guijarros de un río. Matronas y muchachas vestidas de gala volvían en carretas de una romería á la Virgen del Bálamo Santo ó á Nuestra Señora de la Luz, luciendo sus bellos ojos negros y sus moños atrevidos, en los que flotaban al aire lazos de mil colores. Pues bien, el maestral daba á todo esto, así á la dura faena, á las miserias, á las supersticiones del país, la misma apariencia de salud, de buen humor, recogiendo y sacudiendo al cruzarse los gritos con que los carreteros animaban á las caballerías, y los cascabeles y los anillos de vidrio azul de éstas, como á la salmodia del monje, á los cánticos agudos de las romeras, y á la copla popular. Roumestan, inspirado por el aire natal, entonaba, haciendo grandes gestos, líricos que desbordaban por las dos portezuelas:

Bello sol de la Provenza,  
Compadre alegre del maestral....

Interrumpióse al llegar aquí, y exclamó: — ¡ Eh! Meniclo.... Meniclo!....

— ¿ Qué ocurre, señor Numa?

— ¿ Qué ruina es aquella que se ve allá abajo, al otro lado del Ródano?

— Es el *Joujou* de la reina Juana....

— ¡ Ah! sí, es verdad.... Ya me acuerdo.... ¡ Pobre *Joujou*! Tan desmantelado está su nombre como él.

Numa contó á Hortensia la historia del *donjon* ó torre Real, porque sabía á fondo su leyenda provenzal. Aquella torre arruinada, que se veía en la altura, databa de la invasión sarracena y era ménos vieja que la abadía, de la que no lejos se veía una pared medio arruinada, por los huecos de cuyas estrechas ventanas y de un ancho pórtico ojival se veía el azul del cielo. Mostróle la senda que se veía en la pendiente pedregosa, por la que los monjes bajaban á pescar truchas y anguilas, para la mesa del abad, al estanque reluciente que se destacaba reflejando el cielo cual metálico espejo. Con este motivo explicaba, como de paso, que en los sitios más amenos se instalaban los frailes para gozar la vida recogida y glotona de los conventos que descollaban en las cumbres, de las que descendían para cobrar el diezmo sobre todos los bienes de la Naturaleza en las aldeas circunvecinas.... ¡ Ah! la Edad Media en la Provenza fué la edad de oro de los trovadores y de las gentes de amor.... Ahora las ortigas crecen entre los lares en los que Estefanita y Aralais habían dejado arrastrar sus largos trajes, y en las ventanas, al pié de las que cantaban los trovadores en las oscuras y apacibles noches, se oyen los graznidos de las aves nocturnas. No obstante, aún parecía respirarse en este claro paisaje un aroma de elegante coquetería, de dulzura italiana, el eco de la viola flotando y extinguiéndose en la pureza del aire.... Numa se exaltaba olvidando que no tenía más que á su cuñada y la levita azul de Meniclo por auditorio, y se perdía despues de algunas repeticiones sobre los banquetes regionales ó las sesiones académicas, en una de esas improvisaciones ingeniosas y brillantes, que mostraban en él al descendiente de los superficiales trovadores provenzales.

— Allí está Valmajour — dijo inopinadamente el cochero, inclinándose para mostrárselo con la punta del látigo.

Habían dejado la carretera y subían al monte de Cordoue

por estrecho sendero, resbaloso á causa de las muchas hierbas que, estrujadas por las mismas ruedas, esparcían perfumes penetrantes. Allí era donde habitaban los Valmajour de padre en hijo, año tras año, en el sitio ocupado por el viejo castillo, cuyo nombre habían heredado. Y ¿quién sabe! Acaso aquellos campesinos descendían de los príncipes de Valmajour, que fueron aliados de los condes de Provenza y de la casa de Baux. Hortensia encontró muy de su gusto esta suposición, emitida con imprudencia por Roumestan: así se explicaba ella las maneras verdaderamente nobles del tamborilero. Meniclo oía esta conversacion estupefacto, porque el nombre de los Valmajour estaba muy esparcido en la comarea; habia los Valmajour de arriba y los de abajo, segun que habitaban el valle ó la montaña. « ¡Si serán todos grandes señores!... » Pero el astuto provenzal se calló lo que pensaba. Mientras que subían lentamente descubriendo á cada vuelta del camino el grandioso paisaje, la jóven, á quien la conversacion animada de Roumestan habia lanzado en plena novela histórica, en el coloreado sueño del pasado, apercibiendo en la altura una campesina sentada al pié de las ruinas, medio vuelta y con la mano sobre los ojos para poder mirar el coche que llegaba, se imaginó ver alguna princesa cubierta de rico traje en lo alto de su torre y en posicion romántica.

La ilusion cesó apenas cuando los viajeros, descendiendo del carruaje, se encontraron delante de la hermana del tamborilero, ocupada en tejer los zarzos de jumco para los gusanos de seda. La vieja no se levantó, aunque Meniclo le gritaba desde lejos: « ¡Eh, Oliveria! Aquí hay gente que viene á ver á tu hermano. » Su fina-faz, regular, oblonga y verde como una oliva, no mostró gozo ni sorpresa; guardó la expresion concentrada que acercaba sus espesas cejas negras bajo su frente, que revelaba ternedad. Roumestan, un poco sorprendido con tanta reserva, se dió á conocer, diciendo:

— Numa Roumestan..... el diputado.....

— ¡Oh! os conozco bien..... dijo ella gravemente; y dejando su trabajo, añadió: Entrad, mi hermano va á llegar.

Puesta en pié, la castellana perdía parte de su prestigio. Era muy pequeña y andaba con un contoneo poco gracioso, que desairaba su linda cabeza, finamente entonada con su pequeña gorra de Arles y su ancho pañuelo de muselina blanca, que formaba azulados pliegues. Entraron. La habitacion de aquellos campesinos tenia gran apariencia. Apoyábase en una torre arruinada, pero que conservaba el escudo de armas, de piedra, encima de la puerta, que en parte cubría una mampara de carrizos, que crujían al sol, y una gran tela á cuadros, tendida como cortina á causa de los mosquitos. La sala, que debió serlo de armas en otro tiempo, tenia blancas las paredes y el techo agujereado; estaba adornada con una antigua chimenea que le daba carácter, y no recibía la claridad más que á través de pequeños vidrios verdosos y de la cortina de la entrada.

En aquella media oscuridad se distinguía el suelo de madera negra, á manera de sarcófago, esculpido de espigas y de flores, y coronado con su panera de claraboya y campanillas moriscas, en la que el pan se conserva fresco, como en todas las casas de campo provenzales. Dos ó tres imágenes de vírgenes y santas, y la de la Tarasca; una pequeña lámpara de cobre de forma antigua, colgada de una hermosa *noque* de madera blanca, tallada por un pastor, y el salero y la harinera, colocados á ambos lados de la chimenea, completaban el adorno de la ancha sala, con un caracol marino para llamar los animales, y cuya concha brillaba sobre la cobertura del hogar. En medio de la sala habia una gran mesa rodeada de bancos y taburetes. Del techo pendían sartas de cebollas, ennegrecidas por las moscas, que se removían haciendo un sordo ruido cada vez que alguien levantaba la cortina de la puerta.

— Descansad, señor y señora; vais á merendar con nosotros.

En aquel país se merienda al aire libre, en el sitio mismo donde se trabaja; bajo un árbol, cuando lo hay; á la sombra de una rueda de molino ó en un hoyo; pero Valmajour y su padre trabajaban cerca, en su propia tierra, y merendaban en su casa. La mesa estaba puesta, y la merienda se componía de olivas, de una ensalada de lechugas reluciente de aceite, y en la canasta de junco, donde se colocaban las botellas y los vasos, Roumestan creyó ver algo de vino, por lo que preguntó:

— ¿Aun conservan VV. la viña por aquí?

Dijo esto con el aire más amable que pudo, para ver si humanizaba á la extraña y ruin campesina; pero al oír la palabra viña, brincó cual pudiera una cabra picada por el escorpion, y su voz subió de un golpe al diapason de la furia.

— ¡La viña!; Ah, sí, lindamente!.... Les quedaba algo de viña.... De cinco no pudieron salvar más que una; la más pequeña, y eso á condición de tenerla sumergida seis meses en el agua, que les costaba los ojos de la cara; y todo esto ¿por qué? ¿quién tiene la culpa? Los rojos, esos puercos, esos monstruos de rojos y su república sin religion, que habia desencadenado sobre el país todas las abominaciones del infierno....

A medida que hablaba con tanta pasión, sus ojos parecían más negros, de un negro más siniestro; su linda cara, trastornada, hacia muecas; torciasele la boca; las cejas formaban un nudo apretado en medio de la frente. Lo más extraño es que, aunque su cólera aumentaba, no dejaba de preparar el fuego y el café para sus hombres, yendo y viniendo, y ocupadas las manos con el soplador y la cafetera, ó con sarmientos encendidos de la chimenea, que blandía mientras hablaba, cual la antorchá de una Furia. De pronto se humanizó y dijo:

— Aquí está mi hermano....

Apartóse la rústica persiana, inundó la luz la sala, y entró Valmajour seguido de un viejecillo sin barba, calcinado, contorneado y negro como un sarmiento enfermo. Eran el padre y el hijo, y ni uno ni otro se conmovieron más que Oliverta al ver á los visitantes que recibían. Despues de los primeros cumplimientos, sentáronse en torno de la mesa, agregando á las aceitunas y á la aceitosa ensalada las vituallas que los viajeros llevaban en la berlina. Al verlas, los ojos del viejo Valmajour, que debia ser tragon, echaron chispas de regocijo. Roumestan, que no volvía en sí viendo la poca impresion que producía en sus compatriotas, habló en seguida del gran éxito alcanzado el domingo en las Arenas. ¡Aquello sí que debió haber agradado al viejo!....

— Ciertamente, ciertamente, murmuró el viejo clavando las olivas con la punta de su cuchillo.... Pero tambien yo, en mi tiempo, obtuve premios de tamborilero.

En su maligna sonrisa se veía el mismo torcimiento de boca que en la de su hija habia producido la cólera algunos momentos ántes. Los hombres merendaban en la mesa; la mujer, muy tranquila en aquel momento, estaba sentada sobre las baldosas del hogar, con el plato en la rodilla; porque, aunque dueña de la casa, y dueña absoluta, seguía la costumbre provenzal, que no consiente á las mujeres sentarse á la mesa con los hombres. En aquella postura humilde escuchaba atentamente lo que decían, y meneaba la cabeza oyendo hablar de las fiestas de las Arenas. No le gustaba el tamboril que tocaba su padre.... Su madre habia muerto de la mala sangre que le hizo la música del papá.... «Todo eso, ya sabeis, son oficios tontos, que distraen del trabajo y cuestan más dinero que producen.»

— Pues bien; que venga á París, dijo Roumestan, y os respondo que con su tamboril ganará dinero.

Ante la credulidad de la campesina, él procuraba explicar

lo que eran los caprichos de París, y hasta qué punto los pagaba caros. Contóles los antiguos triunfos del tío Methurin, que tocaba el violín en la *Clocerie des genets*. ¡Y qué diferencia tan grande no hay entre el violín breton, grosero, chillón, hecho para los bailes de los esquimales, á orillas de la mar salvaje, y el tamboril de Provenza, tan esbelto y elegante! Todas las parisienses perderían la cabeza; todas querían bailar la paretola.... Hortensia también se mezclaba en la conversacion, mientras el tamborilero sonreía vagamente y alisaba su bigote con gesto que no desdenara el vencedor del bello Nicolas.

—Pero, en fin, ¿qué pensais que podría ganar con su música? preguntó la campesina.

Roumestan se quedó pensativo, no acertando á fijar la cantidad; pero al fin dijo:

—Entre trescientos cincuenta y doscientos francos.

—¿Cada mes! preguntó el padre, entusiasmado.

—No, cada día.

Los tres campesinos se estremecieron y cambiaron ávidas miradas. De otro que no fuera el señor Numa, diputado, miembro del Consejo general, pudieran suponer una farsa; pero de tal señor la cosa les parecía seria.... ¡Doscientos francos diarios! ¡Caracoles, y qué ganga!.... El músico está ya dispuesto. La hermana, más prudente, quisiera que Roumestan les firmara un papel; y dueña de sí misma, con los ojos bajos, temerosa de que su afán de lucro le hiciera traición revelándose en ellos, discutía con voz hipócrita, aunque con ademán solemne. Valmajour, decía ella, hacia mucha falta en la casa. Él cultivaba la tierra y podaba la viña, porque el padre ya no tenía fuerza. ¿Qué sería de ellos si él se iba! ¿Y qué haría él mismo, solo, en París! De seguro que languidecería. ¿Y qué haría él con doscientos francos diarios, en villa tan grande? Su voz se hacía áspera al hablar de aquel

dinero, que ella no guardaría, que no podría encerrar en lo más profundo de sus arcas.

—Pues venios á París con él, dijo Roumestan.

—¿Y la casa?

—Arrendarla, venderla.... Cuando volvais compraréis otra mejor.

Una mirada inquieta de Hortensia le detuvo, y como sorprendido por el remordimiento de turbar el reposo de aquella buena gente, añadió:

—Después de todo, el dinero no es toda la vida.... y vosotros sois felices aquí....

Oliverta lo interrumpió con viveza, diciendo:

—¡Oh, felices! la existencia es muy penosa.... Ahora no es como en otros tiempos.

Así diciendo, recomenzó su taravilla sobre las viñas, el bermellón, los gusanos de seda, todas las riquezas del país, que habían desaparecido. Según ella, era necesario tostarse al sol, trabajar como sátiros. Verdad es que podían contar, para lo futuro, con la herencia del primo Ruifourcal, colono en la Argelia, hacia ya treinta años; pero la Argelia estaba tan lejos.... Y de repente, aquella astuta personilla, para reanimar al señor Numa, que ella se acusaba interiormente de haber enfriado un poco más de lo que convenia, dijo á su hermano, con el aire más insinuante é intencionado:

—Valmajour, vaya, ¿por qué no tocas una sonata que dé gusto á esta bella señorita?

La astuta campesina no se había equivocado en su cálculo, pues en cuanto sonó el tamboril, Roumestan volvió á entusiasmarse hasta el delirio. La escena pasaba delante de la casa: el tamborilero se apoyaba en el brocal de un pozo, á cuyo arco de hierro se enredaba una higuera silvestre que realizaba maravillosamente su talle elegante y el tinte moreno de su fisonomía. Tenía los brazos desnudos, descubierto el pecho, y

con la ropa empolvada del trabajo, habia cierta fiereza y apariencia, más noble aún que la mostrada en las Arenas donde su gracia se engalanó, á pesar de todo, con un barniz teatral. Y los viejos aires del rústico instrumento, poetizados con el silencio y la soledad de un bello paisaje, parecia como que despertaba de su sueño de piedra á aquellas ruinas que doraba el sol poniente. El viento habia caído. El sol, declinando, iluminaba oblicuamente la linea violeta de los montes, y forjaba en las concavidades de las rocas una verdadera apariencia de estanque de pórvido líquido, de oro en fusion, y sobre el horizonte, una vibracion luminosa, las cuerdas tirantes de una lira ardiente, de la que semejaba la sonoridad el canto continuo de las cigarras y el sonido del tamburin.

Hortensia estaba encantada; habiase sentado sobre el parapeto de la antigua torre, y apoyaba los codos en un trozo de columnita, de debajo de la cual salia un raquitico granado, y escuchaba y admiraba, dejando divagar su cabecilla romántica, llena de leyendas recogidas durante el viaje. Imaginábase que veia el viejo castillo levantarse de sus escombros, enderezar sus torres, redondear sus poternas, las arcadas de su claustro, llenas de hermosas de encorcelada cintura y de pálida fisonomia, á la que los grandes calores impiden colorearse. Ella misma imaginábase princesa de Banx, y que el músico que le daba la bienvenida era príncipe tambien, acaso el último de los Valmajour, bajo los hábitos del campesino. Y concluida la cancion, como se dice en las crónicas de los torneos de amor, ella cortó un ramito del granado, del que pendia una flor purpúrea, y la dió por precio de la bienvenida al hermoso músico, quien con mucha galanteria la colgó en los cordelillos de que pendia su tambor.

## VI.

¡Ministro!

Tres meses han pasado desde el viaje al monte de Cordone. Las cámaras acabau de abrirse en Versalles, bajo un verdadero diluvio de Noviembre, que envuelve ambos Cuerpos Colegisladores en húmeda tristeza y en la oscuridad, pero que no basta á enfriar las cóleras políticas. La legislatura debe ser terrible. Los trenes de diputados se cruzan, se siguen, silban, gruñen, sacuden sus columnas de humo amenazador, animados á su manera por los odios y las intrigas, que conducen bajo torrentes de lluvia; y en esta hora, que podria llamarse del wagon, en la que domina el ruido de la rueda sobre el hierro, continúan las disensiones con la misma aspereza y furor que en las tribunas. El más agitado, el que más bulla mete es Roumestan. Desde la reapertura ha pronunciado ya dos discursos. Habla en las comisiones, en el salon de conferencias, en los corredores, en la estacion, en el restaurant, y hace temblar la bóveda de cristal de los salones de la fotografia en los que se reunen todas las derechas. No se ve otra cosa por doquiera más que su silueta removedora, aunque pesada, sus anchos hombros, temidos por el ministerio que está en tren de derribar segun las reglas, como listo y vigoroso luchador del Mediodia. ¡Ah, qué léjos están ya el cielo azul, los tamborines, las cigarras, toda la luminosa decoracion de las vacaciones!

con la ropa empolvada del trabajo, habia cierta fiereza y apariencia, más noble aún que la mostrada en las Arenas donde su gracia se engalanó, á pesar de todo, con un barniz teatral. Y los viejos aires del rústico instrumento, poetizados con el silencio y la soledad de un bello paisaje, parecia como que despertaba de su sueño de piedra á aquellas ruinas que doraba el sol poniente. El viento habia caído. El sol, declinando, iluminaba oblicuamente la linea violeta de los montes, y forjaba en las concavidades de las rocas una verdadera apariencia de estanque de pórvido líquido, de oro en fusion, y sobre el horizonte, una vibracion luminosa, las cuerdas tirantes de una lira ardiente, de la que semejaba la sonoridad el canto continuo de las cigarras y el sonido del tamburin.

Hortensia estaba encantada; habiase sentado sobre el parapeto de la antigua torre, y apoyaba los codos en un trozo de columnita, de debajo de la cual salia un raquitico granado, y escuchaba y admiraba, dejando divagar su cabecilla romántica, llena de leyendas recogidas durante el viaje. Imaginábase que veia el viejo castillo levantarse de sus escombros, enderezar sus torres, redondear sus poternas, las arcadas de su claustro, llenas de hermosas de encorcelada cintura y de pálida fisonomia, á la que los grandes calores impiden colorearse. Ella misma imaginábase princesa de Banx, y que el músico que le daba la bienvenida era príncipe tambien, acaso el último de los Valmajour, bajo los hábitos del campesino. Y concluida la cancion, como se dice en las crónicas de los torneos de amor, ella cortó un ramito del granado, del que pendia una flor purpúrea, y la dió por precio de la bienvenida al hermoso músico, quien con mucha galanteria la colgó en los cordelillos de que pendia su tambor.

## VI.

¡Ministro!

Tres meses han pasado desde el viaje al monte de Cordone. Las cámaras acabau de abrirse en Versalles, bajo un verdadero diluvio de Noviembre, que envuelve ambos Cuerpos Colegisladores en húmeda tristeza y en la oscuridad, pero que no basta á enfriar las cóleras políticas. La legislatura debe ser terrible. Los trenes de diputados se cruzan, se siguen, silban, gruñen, sacuden sus columnas de humo amenazador, animados á su manera por los odios y las intrigas, que conducen bajo torrentes de lluvia; y en esta hora, que podria llamarse del wagon, en la que domina el ruido de la rueda sobre el hierro, continúan las disensiones con la misma aspereza y furor que en las tribunas. El más agitado, el que más bulla mete es Roumestan. Desde la reapertura ha pronunciado ya dos discursos. Habla en las comisiones, en el salon de conferencias, en los corredores, en la estacion, en el restaurant, y hace temblar la bóveda de cristal de los salones de la fotografia en los que se reunen todas las derechas. No se ve otra cosa por doquiera más que su silueta removedora, aunque pesada, sus anchos hombros, temidos por el ministerio que está en tren de derribar segun las reglas, como listo y vigoroso luchador del Mediodia. ¡Ah, qué léjos están ya el cielo azul, los tamborines, las cigarras, toda la luminosa decoracion de las vacaciones!

Numa ya no piensa en ella ni un minuto; envuelto en el torbellino de su doble vida de abogado y de hombre político, sólo se preocupa de sus negocios. Como el viejo Sagnier al entrar en la Cámara, no ha renunciado á los tribunales, todas las tardes, de las seis á las ocho, sus clientes acuden á su despacho de la calle de Scribe. Este despacho está montado como una legacion. Hay en él un primer secretario, brazo derecho del jefe, su consejero, su amigo; es un excelente abogado y hombre de negocios, llamado Mejean, meridional como todo el personal que rodea á Numa; pero del mediodía cevenól, del mediodía pedregoso que se parece más á España que á Italia, y guarda en sus ademanes, en sus palabras, la prudente reserva y el buen sentido práctico de Sancho. Grueso, robusto, ya calvo, con el tinte bilioso de los grandes trabajadores, Mejean hace solo toda la faena del despacho, maneja los legajos, prepara los discursos, procura meter los hechos dentro de las sonoras frases de su amigo, de su futuro cuñado, según dicen los que pasan por bien informados. Los otros secretarios son Rochemaure y de Lappaza, jóvenes ambos, emparentados con la más antigua nobleza provenzal; sólo están en el despacho del abogado por adorno; en realidad, lo que hacen en casa de Roumestan es su noviciado político. Es Lappaza un buen mozo, grandullon, de tinte cálido, de barba fuerte, hijo del viejo Marqués de Lappaza, jefe del partido en el Bordeles, muestra bien el tipo del criollo meridional, hablador, aventurero, aficionado á desafíos y á huelgas. Cinco años de París, cien mil francos derretidos en el casino, y pagados con los diamantes de su madre, han bastado para darle el tinte del *boulevard*, el buen tono de pollo elegante. El vizconde Charlexis de Rochemaure, compatriota de Numa, es persona muy distinta del ardiente Lappaza. Educado por los Padres de la Asuncion, estudió derecho en provincias, bajo la vigilancia de su madre y de un abate, y conservó de su edu-

cacion candores y tímideces de levita, que contrastaban con su ejecutoria de Luis XII, descubriéndose en él á veces el aire de un refinado y de un mojonato.

El gran Lappaza se propuso iniciar á este joven Paurceaynac en la vida parisiense, enseñándole á vestirse, lo que es de gusto y lo que no lo es, á andar con la nuca adelante, con boca de estúpido, á sentarse de golpe con las piernas extendidas para no hacer rodilleras en los pantalones. Quiso hacerle perder la fe incanta en los hombres y las cosas y el gusto por el trabajo; pero no, el Vizconde amaba su faena, y cuando Roumestan no lo llevaba á la cámara ó al tribunal, pasaba horas enteras escribiendo y revoiviendo papeles en la mesa instalada por los secretarios, inmediata al gabinete del jefe.

El Bordeles hacia todo lo contrario. El día en que pasan las escenas bosquejadas en este capítulo habia arrastrado hasta cerca de la ventana una bataca, y con las piernas extendidas y el cigarro en la boca veía caer la lluvia, y los carruajes que se detenían ante la acera delante de la casa, porque era juéves, día en que recibía madama de Roumestan. ¡Cuánta gente y aún no ha concluido! ¡todavía llegan coches! Lappaza que se gloria de conocer á fondo las grandes libreas de París, las anuncia á su colega en alta voz: « La Duquesa de Sannodonino..... El Marqués de Bellegarde..... Mazette..... También los Marcel..... Pero ¿qué hay? ¿qué significa esto? » Así diciendo, volviéndose hácia un flaco y largo personaje, que secaba delante de la chimenea sus guantes de punto, su pantalón de color, demasiado delgado para la estacion y remangado por encima de las botinas de tela para no enlodarlos, y le dijo:

— ¡Hola, Bompard! ¿Sabeis algo de nuevo?

— ¡Ya lo creo que sé!

Bompard era el mameluco de Roumestan, especie de cuarto secretario, que hacia el trabajo externo yendo á inquirir noticias y paseando por París la gloria de su patron. Este oficio

no le enriquecía, á juzgar por su apariencia; mas no era culpa de Numa. Una comida diaria, un par de duros de cuando en cuando era cuanto podía hacer aceptar á tan singular parásito, cuya existencia era un enigma hasta para sus amigos más íntimos. Preguntarle, por ejemplo, si sabía algo; dudar de la imaginación de Bompard, era una candidez.

— Sí, señores.... sé algo y muy grave....

— ¿Qué sabéis?

— Acaban de tirar un tiro al Mariscal.

Hubo un instante de estapor. Los jóvenes se miraron conmovidos, y Lappaza, sin moverse de su butaca, preguntó tranquilamente:

— Y nuestros asfaltos, ¿qué se han hecho, buen amigo?

— ¡Ah! Los asfaltos.... Ahora tengo un negocio mucho mejor.

Sin sorprenderse por el poco efecto producido por la noticia del asesinato del Mariscal, empezó á exponer su nueva combinación.

— Es un negocio tan soberbio como sencillo. Se trata de ganar los 120.000 francos de prima que paga cada año el Gobierno federal para los tiros federales.

Bompard había sido cazador de gorriones en su juventud, y le bastaría practicar un poco para asegurarse los ciento veinte mil francos de renta hasta el fin de su vida. Todo se reducía á pasearse por Suiza, con la escopeta al hombro á pequeñas jornadas de canton en canton.

El visionario se animaba, hacía descripciones, subía á las neveras, bajaba á los valles, y cruzaba los torrentes y sacudía las avalanchas ante los jóvenes, que le oían estupefactos. De todas las invenciones de aquel cerebro frenético aquella era la más extraordinaria, expuesta con aire convencido, con mirada febril, que revelaba un fuego interior que desbordaba por la frente cruzándola de profundas arrugas.

La brusca entrada de Mejean, que volvía del Tribunal muy sofocado, acabó con sus divagaciones.

— ¡Gran noticia!.... dijo arrojando sobre la mesa la bolsa de los papeles.... ¡Ha caído el Ministerio!

— ¡Es posible!

— Roumestan es ministro de Instrucción pública.

— Ya lo sabía, dijo Bompard.

Y viendo que sonreían, añadió:

— Perfectamente, señores.... Yo estaba allá abajo y ahora llego.

— ¿Y por qué no lo deciais?

— ¿Para qué? si nunca me creen.

— ¡Roumestan ministro!

— ¡Ah, hijos míos, qué listo es nuestro jefe! repetía el grandullon de Lappaza, extendiéndose en su butaca y con los pies en dirección del techo.... ¡Con qué destreza ha manejado su negocio!

Rochemaure se endereza, se escandaliza y dice:

— No hablemos de destreza, querido.... Roumestan es toda una conciencia.... Él va por el camino recto adelante como una bala.

— Ante todo, querido, ya no hay balas; no hay más que granadas, que hacen así.... y con la punta de la bota, levantando en arco la pierna, describía la curva que hacen los proyectiles huecos.

— Siempre serás bromista.

— Señores.... señores....

Mejean pensaba entre tanto en la singularidad de la complicada naturaleza de Roumestan, que aun, visto de cerca, podía ser juzgado tan diversamente, que unos le tuvieran por un hombre sin conciencia, y otros por toda una conciencia. Esta doble corriente de opiniones se reflejaba en el público, y él, que lo conocía mejor que nadie, sabía hasta don-

de llegaba la ligereza y la pereza que modificaban el temperamento de su amigo ambicioso. ¿Pero era verdadera la noticia de que lo habían hecho ministro? Ansioso de asegurarse, Mejean pasó á las habitaciones de madama Roumestan.

Desde la antesala, donde los lacayos esperaban con los abrigos de pieles al brazo, se apercibía el murmullo de las voces que resonaban en la sala, á pesar de lo alto de los techos, de los tapiées y colgaduras que lo atenuaban. Habitualmente recibía Rosalia en su salóncito, que simulaba un jardín de invierno, en el que sólo penetraba la luz por el tamiz de las hojas de plantas de todas clases y de arbustos colocados ante las ventanas. Esto bastaba á su intimidad y carácter de *burguesa* parisiense, oscurecida á la sombra de su gran hombre, desinteresada de toda ambicion, y pasando fuera del pequeño círculo en el que estaba reconocida su superioridad por una buena persona que carecía de importancia; más aquel día las dos piezas de recepción estaban llenas, y sin cesar entraban nuevos amigos y hasta gentes apenas conocidas, fisonomías que Rosalia no hubiera podido designar por sus nombres. Estaba sencillamente vestida con un traje de reflejos violetas, que mostraba su esbelta cintura, la elegante armonía de su persona, y acogía á los que llegaban con igual sonrisa, aunque algo forzada, con aquel airecillo de que hablaba en otro tiempo la tía Portal. Ella no mostraba el menor deslumbramiento por su nueva fortuna; ántes bien, algo de sorpresa y de inquietud; y se adelantaba de grupo en grupo, mientras los criados encendían las lámparas y candelabros, y el salón tomaba el aspecto de las noches de fiesta, ostentando sus ricos tapiées orientales con colores brillantes, que los hacían parecer bordados de pedrería.

Al ver al señor Mejean, Rosalia se le acercó, feliz al ver un amigo íntimo entre aquella turba mundana. Ambos se com-

prendían: el Meridional y la Parisiense tenían idénticas maneras de juzgar y de ver, y equilibraban bien las debilidades y los arrebatos de Numa.

—Venía para asegurarme de la verdad de la noticia; pero ahora ya no tengo duda, dijo Mejean.

Ella le dió el telégrama que le había mandado su marido, y le dijo por lo bajo: «¿Qué decis de esto?»

—Es pesado, pero iréis al Ministerio.

—Y vos también, dijo ella estrechando su mano, y dejándole para recibir á los que llegaban.

Nadie se marchaba; todos esperaban al *Leader*; querían saber de su boca los detalles de la sesión, y como de un estrechónazo los había estrujado á todos. Ya los últimos llegados repetían los ecos de la Cámara, frases sueltas de los discursos, que producían un estremecimiento de satisfacción en los oyentes. Las mujeres, sobre todo, mostraban su apasionada curiosidad. Bajo los grandes sombreros que empezaban á entrar en escena, sus lindas caras se coloreaban con ese ligero sonrosado, con esa fiebre característica de los jugadores de Monte Carlo. ¿Eran acaso las modas de la Fronda, los chambergos con largas plumas, lo que les impulsaba así á la política? Todas aquellas damas parecían muy fuertes, y en el más perfecto lenguaje parlamentario, agitando sus manguitos para interrumpir, celebraban la gloria del nuevo Ministro. «¿Qué hombre! ¿Qué hombre!» repetían en coro.

En un rincón de la sala, el viejo Béchut, profesor en el Colegio de Francia, hombre feo, todo nariz, gorda nariz de sabio, que caía sobre los libros, con pretexto del éxito de Roumestan discutía una de sus tesis favoritas; la flaqueza del mundo moderno procede del puesto que toman en él la mujer y el niño. Ignorancia y trapos, caprichos y ligerezas. «Y bien, señor, la fuerza de Roumestan consiste en eso. No ha tenido hijos y ha sabido librarse de la influencia femenina....»

Esto explica el que haya seguido la línea recta con tal firmeza. Ni curva ni ruptura.»

El grave personaje á quien se dirigia era un alto funcionario del Tribunal de Cuentas. Su mirar era ingenuo; pequeño y redondo el cráneo, en el que el pensamiento hacia el ruido del grano que cae en una calabaza vacía; y oyendo al otro se inflaba magistralmente y aprobaba lo que decia con ademán que significaba:

«Yo también, señor, soy hombre superior.... yo también escapo á la influencia de que habláis.»

Viendo que se acercaban para escuchar, animóse el sabio y citó ejemplos históricos, tales como César, Richelieu, Federico de Prusia, Napoleon; probando científicamente que la mujer estaba muchos escalones más baja que el hombre en la esfera de la inteligencia. «En efecto, añadía, si examinamos los tejidos celulares....»

Más curioso que el examen de esos tejidos eran las fisonomías de aquellas señoras, que los escuchaban sentadas una al lado de la otra y tomando una taza de té, pues acababan de servir esta pequeña merienda, que mezcla á la excitación de las conversaciones el sonido de las cucharas finas que chocan con la porcelana del Japon, el cálido vapor del Samonar y las pastas que salen calientes del horno.

La más joven, madame Boé, habia, por sus influencias de familia, convertido á su esposo, noble arruinado, acerbillado de deudas, en magistrado del Tribunal de Cuentas, y todo el mundo temblaba al saber que la inspección del empleo de los dineros públicos estaba en manos de aquel derrochador, que tan rápidamente habia devorado la fortuna de su mujer y la suya. Cuanto á Madama Bechut, en otros tiempos hermosa, aún conservaba sus grandes ojos espirituales, una fisonomía con facciones finas, á la que sólo la boca hacia traición con una especie de movimiento doloroso, que revelaba los com-

bates contra la vida, el encarnizamiento de una ambición sin descanso ni escrúpulos, consagrada á elevar á los primeros puestos la medianía de su sabio marido, para el que habia forzado las puertas del Instituto y del Colegio de Francia, por medio de sus relaciones desgraciadamente demasiado conocidas. Todo un poema parisiense se leía en las sonrisas que aquellas dos mujeres cambiaban por encima de sus tazas. Acaso brujuleando bien entre aquellos señores se hubieran encontrado muchos otros á quienes no habia perjudicado la influencia femenina.

De repente entró Mr. Roumestan, que en medio del tumulto de los visitantes que le daban la bienvenida, atravesó rápidamente el salon hasta llegar adonde estaba su esposa, á la que dió un beso en cada mejilla ántes que ella pudiera defenderse de esta manifestación un poco embarazosa, pero que era el mejor mentis dado á las aserciones del fisiologista. Todas las señoras exclamaron: «¡Bravo, bravo!» Hubo en seguida muchos apretones de manos y muchas efusiones amistosas; pero se restableció el silencio cuando el nuevo Ministro, apoyado en la chimenea, comenzó la relación de la jornada. El gran golpe preparado desde hacia una semana, las marchas y contramarchas, la desesperada rabia de la izquierda en el momento de la derrota, el triunfo por él obtenido, su centelleante aparición en la tribuna, hasta las entonaciones de su oportuna respuesta al Mariscal, diciéndole: «Eso depende de vos, señor Presidente», todo lo precisab acon alegría y calor comunicativo.

Después tornóse grave y enumeró las pesadas responsabilidades del puesto que ocupaba hacia algunos instantes. Había que reformar la Universidad, preparar la juventud para la realización de grandes esperanzas, frases cuyo sentido todos comprendieron y saludaron con entusiasmo; pero él contaba con rodearse de hombres ilustrados, hacer una llamada

á las buenas voluntades, á todas las adhesiones, y conmovido las buscaba en el círculo de que estaba rodeado, diciendo:

«Cuento con mi amigo Beclut, y con vos tambien, querido Boé.»

Aquella hora era tan solemne, que nadie se preguntó á sí mismo en qué podia servir para la reforma de la Universidad la nulidad del magistrado del Tribunal de Cuentas. Por lo demas, el número de personas de igual fuerza á quienes Roumestan habia pedido aquella tarde su colaboracion para los grandes deberes de la instruccion pública era verdaderamente incalculable. Para las nobles artes se encontraba más á sus anchas, seguro de que nadie negaria su competencia....

Un murmullo halagador de risas, de interjecciones, le impidió continuar. Todo París reconocia su aptitud, y hasta sus enemigos le consideraban como el hombre indicado. En fin, habria un Jurado, teatros liricos y arte oficial. El Ministro puso fin á los ditirambos, y observó con tono familiar y risueño que el nuevo Gabinete se componia casi exclusivamente de meridionales. De los seis ministros, el Perigord, el Bordeles, el Languedoc y la Provenza habian dado cuatro, y excitándose añadia:

—«¡El Mediodía sube! ¡El Mediodía sube!...., París nos pertenece, y con él lo tenemos todo. Señores, debeis tomar nuestro partido. Por segunda vez los latinos han conquistado la Galia.»

Él era en verdad un latino de la conquista, con su cabeza de medalla, su tinte cálido y sus bruscos ademanes, tan impropios de aquel salon parisiense. Entre las risas y aplausos producidos por su discurso final, se alejó rápidamente de la chimenea, como buen comediante que sabe retirarse en cuanto ha producido el efecto; hizo un signo á Mejean para que le siguiera, y desapareció por una de las puertas interiores, dejando á Rosalia el cuidado de excusarlo. Él comia en Versá-

lles con el Presidente de la República, y apenas le quedaba tiempo para prepararse y firmar algunas cartas.

—Venid á vestirme, dijo al doméstico, que estaba poniendo en la mesa los tres cubiertos para el señor, la señora y Bompart, en torno del ramillete que Rosalia hacia poner en la mesa y renovar cada vez que á ella se sentaba.

El nuevo ministro estaba gozoso de no comer aquel dia en su casa. El entusiasmo tumultuoso que habia dejado tras la puerta cerrada de su salon lo excitaba á buscar el mundo y su ruido. Ademas, el meridional no es el hombre del hogar doméstico. Son las gentes del Norte, de los climas inhospitalarios, las que han inventado el hogar, la intimidad del círculo de las familias, al que en la Provenza y en Italia prefieren las terrazas, el ruido y la agitacion de la plaza pública.

Entre el comedor y el despacho del abogado estaba el saloncillo de espera, ordinariamente lleno de clientes del abogado á aquella hora. Aquella noche los habia despachado Mejean, pensando, con razon, que Numa no podria darles audiencia. Sin embargo, se habia quedado uno, gran mozo por cierto, empaquetado en un traje comprado en almacen de ropa hecha, y llevado con tan poco garbo cual pudiera sargento vestido de paisano.

— ¡Eh! Adios.... Señor Roumestan.... ¿Cómo va?... ya hace tiempo que os esperaba.

Numa no se acordaba dónde, pero le parecia haber visto antes en alguna parte al personaje que así le hablaba.

— ¿Ya no me conocéis?... Yo soy Valmajour el tamborilero....

— ¡Ah! sí, muy bien.... perfectamente.

Numa quiso pasar; pero Valmajour se plantó ante él y empezó á contarle que habia llegado la antevispera.

— Solamente, ya sabeis, no he podido venir más pronto.

Cuando se desembarca así con toda una familia en país desconocido es difícil instalarse.....

—¿Con toda una familia? dijo Roumestan abriendo desmesuradamente los ojos.

—Ya se ve que sí; el papá, la hermana..... hemos hecho lo que nos dijisteis.

El Ministro hizo un gesto de embarazo y de despecho, como siempre que se encontraba en presencia de una de esas cartas de pago, de uno de esos plazos, tomados por él con entusiasmo á impulso de su necesidad de hablar, de dar, de ser agradable..... En verdad, él quisiera servir á aquel buen muchacho..... Vería, buscaría el medio..... pero aquella noche tenía mucha prisa..... Circunstancias excepcionales..... El favor con que el Jefe del Estado..... Viendo que el campesino no se iba, le dijo bruscamente: «Entrad aquí», y lo metió en el despacho.

Mientras que, sentado ante la gran mesa, leía y firmaba apresuradamente muchas cartas el amo de la casa, Valmajour miraba aquella vasta habitación suntuosamente tapizada y amueblada; la estantería de la biblioteca, que cubría las paredes rematando en bronce, bustos y objetos de arte, recuerdos de causas gloriosas, entre los que sobresalía el retrato de Enrique V, cuya firma se veía debajo, al pie de algunas líneas escritas de su puño y letra, y el campesino se sentía impresionado por la solemnidad del sitio, la grandeza de los esculpidos sillones, el gran número de libros, y sobre todo por la presencia del criado, correcto, vestido de negro, que iba y venía, colocando con precaución en los sillones la ropa blanca y los vestidos del amo. Allá abajo, á la cálida luz de la lámpara, veía la buena y ancha faz, el conocido perfil de Roumestan, y esto le tranquilizaba un poco. Cuando hubo despachado el correo, el gran hombre se puso en manos del ayuda de cámara, y con la pierna extendida, para que le sacara el

pantalon y las botas, interrogaba al tamborilero, y no sin terror oía de su boca que los Valmajour, ántes de salir para París, lo habían vendido todo, moreras, viñas y casa.

—¡Habeis vendido la casa, desgraciados!

—Á la hermana no le faltaba miedo..... pero el papá y yo nos mantuvimos firmes..... Como yo le decía: ¿qué temes tú que arriesguemos cuando Numa está allá abajo y es él quien nos hace ir?

Necesaria era toda su inocencia para que se atreviese á hablar del Ministro con tan poca ceremonia en su presencia; pero no era esto la que más molestaba á Roumestan. Pensaba en los numerosos enemigos que ya le había proporcionado su incorregible manía de hacer promesas. ¿Qué necesidad tenía yo de ir á turbar la vida de esos pobres diablos? Pensando así, recordaba los más mínimos pormenores de su visita al monte de Cordone; las resistencias de la campesina y sus frases para decidirla. Y todo ¿por qué? ¿Qué demonio había en el tamborilero? El campesino le parecía horroroso. Numa ya no se acordaba de su talento; sólo veía la tarea que se había echado encima. De antemano oía los reproches de su mujer y sentía el frío de su mirada severa. La oía decir:

—«Las palabras significan algo.»

En su nueva posición, al comienzo de todos los favores de la fortuna, ¿cuántos embarazos no le iba á crear su fatal benevolencia! Sin embargo, la idea de que era ministro, el conocimiento de su poder le tranquilizaron casi inmediatamente. ¿Acaso á tales alturas pueden preocupar las tonterías? Dueño absoluto en las Bellas Artes, con todos los teatros bajo su mano, nada le costaría ser útil á aquel desgraciado. Realizado á sus propios ojos, cambió de tono con el campesino, y para impedirle que se familiarizara con él, le hizo saber solemnemente, de muy alto, á qué importantes dignidades acababa de ser elevado. Desgraciadamente, en aquel

momento estaba á medio vestir, sin zapatos, lo que le hacia parecer más pequeño y con la panza prominente envuelta en la blanca franela de los calzoncillos, y Valmajour no pareció conmoverse al oír la mágica palabra de ministro, que no se ligaba en su mente con la estampa de aquel hombre barrigudo en mangas de camisa, y continuó llamándole señor Numa, y continuó hablándole de su música, de los nuevos aires que había compuesto, vanagloriándose de no temer la rivalidad de ningún tamborilero de París.

— Esperad.... vais á oír.... y diciendo esto iba á dirigirse á la antesala para traer el tamborin; pero Roumestan lo detuvo diciéndole :

— ¡Qué diablo! Ya os he dicho que tengo prisa....

— Bien va.... Otro día será.... replicó á esto el campesino, con el aire más bonachon imaginable; y viendo que Mejean se acercaba, creyó deber á su admiración la historia del flautin con tres lenguas :

— *Esto se me ocurrió de noche, oyendo cantar al ruiseñor. Yo pensaba en mí mismo: ¡Cómo! Valmajour....*

Era la misma relacion que habia hecho allá abajo en la estrada de las Arenas. El éxito le habia hecho conservarla en la memoria y reproducirla luégo ingénuamente; mas en esta ocasión la recitaba con timidez y su emoción aumentaba por minutos á medida que veía á Roumestan trasformarse ante él y aparecer en la ancha y blanca pechera los botones de perlas, y el frac negro, de corte severo, que el ayuda de cámara le ponía.

Ahora el señor Numa le parecia más grande: su cabeza erguida, que no inclinaba temeroso de arrugar el cuello, y la larga corbata, daban á su aspecto solemne rigidez, y los pálidos reflejos del gran cordon de Santa Ana colgado al cuello, y la gran placa de Isabel la Católica, que brillaba como un sol en su pecho, le hacian parecer otro hombre á los

ojos del campesino, que de repente se sintió poseido de un respeto parecido al miedo, comprendiendo al fin que estaba en presencia de uno de los privilegiados de la tierra, de un ser misterioso, casi quimérico, del poderoso ministro hácia el que los votos, los deseos, las súplicas, las plegarias no se llevan más que en papel de gran tamaño; tal está él de levantado, que los humildes nunca lo ven; hasta tal punto es soberbio, que no se atreven á pronunciar su nombre más que á media voz con una especie de temor concentrado y con el énfasis de la ignorancia: ¡El Ministro!

Tan turbado estaba el pobre Valmajour, que apenas entendió las benévolas palabras con que Roumestan lo despachaba invitándole á volverle á ver, pero despues que pasáran quince días, cuando ya estuviere instalado en el Ministerio.

— Va bien, va bien, señor Ministro....

Diciendo esto, se dirigia á la puerta andando hácia atras, deslumbrado por el brillo de las condecoraciones y por la extraordinaria expresion de Numa transfigurado. Éste quedóse tan hueco al ver la súbita timidez del campesino, que le daba la más alta opinion de lo que llamó desde entónces *su aire ministro*, el tipo majestuoso, el gesto reservado, el grave fruncimiento de las cejas.

Algunos instantes despues el coche conducia á Su Excelencia á la Estacion del ferro-carril, olvidando el grande hombre el ridículo incidente del campesino con el movimiento acumador del cupé, que lo llevaba rápidamente hácia altos y nuevos destinos.

Ya preparaba los efectos de su primer discurso; combinaba sus planes; su famosa circular á los rectores; pensaba en lo que diria el país y Europa al siguiente día al saber su nombramiento, cuando á una vuelta del boulevard, á la luz del gas, sobre el húmedo asfalto, se apareció el tamborilero plantado junto á la acera, con su larga caja, que le caía sobre las piernas.

Ensordecido, aburrido el pobrete, esperaba para atravesar la vía pública un instante de parada en el movimiento de los carruajes, innumerables á aquella hora en todo París, pues es la hora en que vuelven apresurados á sus domicilios, así los carretones de mano, que desfilan entre las ruedas de los coches, como los ómnibus llenos y los tranvías, cuyas cornetillas avisan á los transeuntes para que se pongan á salvo.

En la noche, que se venía encima á más andar; en la calle cubierta de lodo, entre el vapor de aquella multitud en actividad, el desgraciado tamborilero parecía perdido, sin darse cuenta de dónde estaba, con la mirada en el suelo, como si lo aplastaran las altas paredes de las casas de cinco pisos, y se parecía tan poco al soberbio Valmajour, que tocando su tamborin espantaba á las cigarras en la puerta del ruinoso castillo del monte de Cordoue, que Roumestan apartó la vista, sintiéndose sobrecogido de un remordimiento, que durante algunos minutos cubrió como con una sombra de tristeza el deslumbramiento de su triunfo.

## VII.

### El pasaje del Salmon.

Al fin fueron á París los Valmajour, y provisionalmente, mientras llegaban los muebles, mandados por pequeña velocidad, se apearon en el famoso pasaje del Salmon, al que van de tiempo inmemorial los viajeros de Aps y sus cercanías, y del que la tía Portal había conservado recuerdo tan sorprendente.

Una pieza y un gabinete aguardillados servían de habitación á toda la familia. Los dos hombres se embutían en el gabinete, que parecía una leñera, donde no entraban luz ni aire; pero la salita, que era un poquito más grande, les parecía soberbia con su cómoda de caoba roída por la polilla, su alfombra raída, que dejaba ver los ladrillos gastados, y su ventana aguardillada, por la que se veía un poco de cielo, tan amarillento, tan confuso como la larga montera de cristales que cubría el pasaje. En aquel nicho la familia conservaba el recuerdo del país, con el olor de ajos y de cebollas, y guisando ellos mismos en un fogoncillo su exótico alimento. Al viejo Valmajour, que era gloton, le gustaba la compañía y hubiera preferido bajar á la mesa redonda, porque le exaltaba ver el blanco mantel y las vinagreras y saleros de plaqué, y mezclarse en la ruidosa conversacion de los representantes del comercio, á quienes oía reir desde su quinto piso á las

Ensordecido, aburrido el pobrete, esperaba para atravesar la vía pública un instante de parada en el movimiento de los carruajes, innumerables á aquella hora en todo París, pues es la hora en que vuelven apresurados á sus domicilios, así los carretones de mano, que desfilan entre las ruedas de los coches, como los ómnibus llenos y los tranvías, cuyas cornetillas avisan á los transeuntes para que se pongan á salvo.

En la noche, que se venía encima á más andar; en la calle cubierta de lodo, entre el vapor de aquella multitud en actividad, el desgraciado tamborilero parecía perdido, sin darse cuenta de dónde estaba, con la mirada en el suelo, como si lo aplastaran las altas paredes de las casas de cinco pisos, y se parecía tan poco al soberbio Valmajour, que tocando su tamborin espantaba á las cigarras en la puerta del ruinoso castillo del monte de Cordoue, que Roumestan apartó la vista, sintiéndose sobrecogido de un remordimiento, que durante algunos minutos cubrió como con una sombra de tristeza el deslumbramiento de su triunfo.

## VII.

### El pasaje del Salmon.

Al fin fueron á París los Valmajour, y provisionalmente, mientras llegaban los muebles, mandados por pequeña velocidad, se apearon en el famoso pasaje del Salmon, al que van de tiempo inmemorial los viajeros de Aps y sus cercanías, y del que la tía Portal había conservado recuerdo tan sorprendente.

Una pieza y un gabinete aguardillados servían de habitación á toda la familia. Los dos hombres se embutían en el gabinete, que parecía una leñera, donde no entraban luz ni aire; pero la salita, que era un poquito más grande, les parecía soberbia con su cómoda de caoba roída por la polilla, su alfombra raída, que dejaba ver los ladrillos gastados, y su ventana aguardillada, por la que se veía un poco de cielo, tan amarillento, tan confuso como la larga montera de cristales que cubría el pasaje. En aquel nicho la familia conservaba el recuerdo del país, con el olor de ajos y de cebollas, y guisando ellos mismos en un fogoncillo su exótico alimento. Al viejo Valmajour, que era gloton, le gustaba la compañía y hubiera preferido bajar á la mesa redonda, porque le exaltaba ver el blanco mantel y las vinagreras y saleros de plaqué, y mezclarse en la ruidosa conversacion de los representantes del comercio, á quienes oía reir desde su quinto piso á las

altas horas de comer. Si el viejo no se daba este gusto, era porque la pequenilla provenzala se oponía formalmente.

Ésta habíase naturalmente admirado al llegar á Paris de no ver realizadas las brillantes promesas de Numa, aquellos doscientos francos diarios, que desde la visita de los parisienses trastornaban su ardiente cabecilla, haciéndole ver montones de escudos. Espantada al ver el precio exorbitante de todas las cosas, sobrecogióse desde el primer día, produciéndose en su ánimo esa especie de loca inquietud á que el pueblo de Paris llama « el miedo de que no alcance. » Por su parte se hubiera contentado con dos sardinas y algunas aceitunas, como en la cuaresma; pero sus hombres tenían dientes de lobo, más largos en Paris que en su tierra, porque aquí, decía ella, hace menos calor; y á cada instante tenía que abrir el saquillo, enorme bolsillo de indiana, que ella misma cosió para meter los tres mil francos que le produjo la venta de lo que poseían. Así era que cuando tenía que cambiar una moneda de oro sentía una emoción como si le arrancáran un diente, como si diera las piedras de su casa y los sarmientos de la última viña. Su rapacidad de campesina desconfiada, el temor de que la robaran, que la había decidido á vender la hacienda en lugar de arrendarla, se aumentaba ante la incógnita, la oscuridad de Paris, de aquel gran Paris que desde las alturas de su guardilla oía rugir sin verle, y cuyo rumor en aquel rincón tumultuoso de los mercados no cesaba de día ni de noche, haciendo que tembláran continuamente sobre un viejo azafate el vaso y la botella de agua.

Nunca el viajero perdido en bosque mal afamado se agarró más enérgicamente á su maleta que la provenzala á su saquillo, que nunca abandonaba cuando atravesaba la calle luciendo su saya verde y su gorra arleciana, que los transeuntes se detenían á mirar cuando entraba en las tiendas, donde su ademán desenvuelto y la manera de dar nombres extraños

á las cosas, llamando por ejemplo *api* al apio, y á las berenjenas *meringanas*, la hacían pasar, á ella, francesa del Mediodía, por mujer tan desorientada, tan extranjera en la capital de Francia, como si llegára de Stokolmo ó de Nidjinoogorod.

Al principio se mostraba humilde; despues insinuante; pero de repente, ante la sonrisa de un tendero ó la brutalidad de otro irritado por su regateo, le daban accesos de furor, que terminaban en convulsiones, que desfiguraban su linda cara de virgen morena, en gestos de poseída, en vanidad fanfarrona y estrepitosa. Entónces la historia del primo Puyfourcat y su herencia; los doscientos francos diarios; su protector Roumestan, del que ella hablaba y del que disponía como si le perteneciera, ora llamándole Numa, ora *ministro*, con énfasis más grotesco que su familiaridad; todo esto y más salía mezclado en confusa algarabía en su lengua del *oil* afrancesada, hasta el momento en que la desconfianza, volviendo á dominarla, detenía á la campesina, sobrecogida de temor supersticioso por su charla inconsiderada, y callándose brusca-mente, apretaba los labios como los cordones de su saquillo.

Al cabo de ocho días era ya legendaria en la entrada de la calle de Montmartre, tan llena de tiendas, que ella frecuentaba para hacer sus mezquinas y siempre regateadas compras. Los tenderos le hacían preguntas ó alusiones al estreno de su hermano, que nunca llegaba, y á la herencia del beduino, y estas heridas de su amor propio, más aún que el temor á la miseria, excitaban á Oliverta contra Numa, contra sus promesas de que al principio había tan justamente desconfiado, como buena hija de ese Mediodía, donde las palabras vuelan más rápidamente que en otras partes á causa de la ligereza del aire.

— ¡ Ah! exclamaba; si le hubieran hecho firmar un papel....

Esta era ya su idea fija, y todas las mañanas, cuando

UNIVERSIDAD DE GUANO LAMA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"AL PÁIS DE NUESTRO"  
1-66. 1928 Montevideo, Uruguay

majour salia para ir al Ministerio, ella tenía cuidado de asegurarse de que el pliego de papel sellado iba en el bolsillo del paletó. Pero Roumestan tenía papeles muy distintos que firmar, y en la cabeza otras preocupaciones que las del tamborin. Establecióse en el Ministerio con el estruendo, con la fiebre del derrumbamiento, con los ardores generosos producidos por la toma de posesion. Todo era nuevo para él; los extensos salones del Palacio ministerial, lo mismo que las anchas vías abiertas ante él por su alta situacion. ¡ Llegar á la primera fila, conquistar la Galia, como él decia, no era lo difícil, sino el conservarse, el justificar su fortuna con reformas y tentativas de progreso que justificáran su capacidad!.....

Lleno de celo, informábase, consultaba, hablaba y se rodeaba literalmente de luces. Con Bechut, el eminente profesor, estudiaba los vicios de la educacion universitaria y los medios de extirpar de los liceos el espíritu volteriano; con ayuda de la experiencia de su encargado de las Nobles Artes, Mr. de la Calmete, que contaba veintinueve años de oficina con Cardaillac, el director de la Ópera, en pié sobre sus tres quiebras, contaba tambien para refundir el Conservatorio, las Exposiciones anuales y la Academia de Música, segan nuevos planes. Desgraciadamente el Ministro no escuchaba á aquellos señores; hablaba horas enteras y de repente, mirando el reloj, se levantaba y los despedía á toda prisa, porque era hora de ir al Consejo ó á la Cámara.....

— ¡ Maldita suerte! ¡ Qué existencia! No tengo ni un minuto mio!..... Entendido, caro amigo..... Enviadme pronto vuestro informe.

Los informes se amontonaban en la mesa de Mejean, quien, á pesar de su inteligencia y de su buena voluntad, no tenía tiempo de más para las cosas corrientes y dejaba dorar las grandes reformas. Como todos los ministros nuevos,

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA  
 DE LA HISTORIA Y GEOGRAFÍA  
 DE LA AMÉRICA LATINA  
 1951

Roumestan habia llevado al Ministerio á toda su gente; el brillante personal que le rodeaba en la calle de Scribe. El Baron de Lappaza, el Vizconde de Rochemaure, que daba cierto aroma aristocrático al nuevo Gabinete; pero todos estaban fuera de su puesto, porque ignoraban todas las cuestiones.

La primera vez que Valmajour se presentó en el Ministerio de la calle de Grenelle fué recibido por Lappaza, que se ocupaba especialmente en las Nobles Artes, mandando á cada momento estafetas con dragones ó coraceros, que en grandes sobres ministeriales llevaban á las actrices de los teatros de tercer orden invitaciones para cenar, ménos cuando no llevaban nada dentro, no siendo más que un pretexto para mostrar al dia siguiente de un plazo no pagado el tranquilizador coracero del Ministerio. El Baron recibió al tamborilero con afabilidad, que no excluía la altanería del gran señor que recibe á los arrendatarios de sus tierras. Con las piernas extendidas, por no hacer rodilleras á su pantalon de azul frances, le hablaba á medias palabras, sin dejar de pulir y de limar sus uñas.

— Es muy difícil en este momento, decia.... el Ministro está muy ocupado.... Pronto, dentro de algunos dias.... Ya os avisarán, buen hombre.

Y como el músico confesaba ingenuamente que la cosa urgía, que sus recursos no durarian siempre, el Baron, con su aire más grave y dejando la lima en la mesa, lo indujo á meter un torniquete á su tamborin.

A la visita siguiente Valmajour tuvo que habérselas con el Vizconde de Rochemaure, quien de entre los papelotes empolvados sacó su cabellera rizada al fuego, y mirando al campesino, hizo que le explicára concienzudamente el mecanismo del flautín; tomó apuntes, procuró comprender, y para concluir, dijo que él estaba más especialmente ocupado de los cultos. Desde entónces el desgraciado ya no encontró á nadie, por-

que todo el personal del gabinete se había retirado á las regiones inaccesibles en que se ocultaba Su Excelencia. Sin embargo, ni perdió su calma ni se desanimó; á las respuestas evasivas de los ujieres, que se encogían de hombros, abría siempre los mismos grandes ojos, que revelaban su admiración, y en los que lucía una intención maliciosa, característica de la manera de mirar de los provenzales.

— Va bien, va bien; yo volveré.

Y en efecto, volvía. Sin sus polainas y el instrumento, que siempre llevaba colgado, hubieran podido tomarle por empleado de la casa; hasta tal punto llegaba su exactitud en volver, aunque la entrada era para él más dificultosa cada mañana.

Sólo la vista de la alta puerta cintrada bastaba ya para que palpitara su corazón. En el fondo de la bóveda estaba el antiguo palacio de Angereau con su gran patio, donde ya amontonaban la leña para el invierno, con sus dos escalinatas, por las que subía penosamente bajo las miradas burlonas de la lacayería; todo contribuía á aumentar su emoción: las cadenas de plata pendientes del cuello de los ujieres; las gorras galoneadas; los infinitos accesorios de aquel majestuoso aparato, que lo separaba de su protector; pero aquellas emociones eran para él menos temibles que las escenas de su hogar, que la terrible Oliverta, y por esto volvía siempre á casa desesperado. Compadeciéndose de él el conserje del Ministerio, y le aconsejó, si quería ver al Ministro, que lo esperase en la Estación de San Lázaro al partir el tren para Versalles. No dejó de ir y de ponerse de centinela en la gran sala del primer piso, animada á la hora de los trenes parlamentarios con un aspecto especialísimo. Diputados, senadores, ministros, periodistas; la izquierda, la derecha, todos los partidos se codeaban allí con tintes tan distintos, tan numerosos como los carteles azules, verdes, encarnados que cubren las paredes, y gritaban, murmuraban, se vigilaban de grupo á grupo, apar-

tándose éste para rumiar su próximo discurso; otro, orador del salón de conferencias, haciendo temblar los vidrios con las tempestades de su elocuencia, que la Cámara no debía oír jamás.

Oíanse allí los acentos del Norte y del Mediodía, opiniones y temperamentos diversos; hormigueaban las ambiciones y las intrigas; subía el rumor de la multitud febril, y la política se encontraba como en su centro, en la incertidumbre de la espera, en el tumulto del viaje á hora fija, que un silbido de la máquina precipitaba sobre la perspectiva de los rails, de los discos, de la locomotora, sobre un suelo movedido, lleno de accidentes y de sorpresas.

Al cabo de cinco minutos Valmajour veía llegar, apoyado en el brazo de un secretario, cargado con su cartera, á Numa Roumestan, con el ancho sobretodo abierto, la faz expansiva, tal como le apareció el primer día en la estrada de las Arenas, y desde lejos reconocía su voz, sus buenas palabras, sus protestas de amistad.... «Contad con aquello.... Fíad en mí... Es como si lo tuvierais ya....»

El flamante Ministro estaba aún en la luna de miel del mando. Aparte de las hostilidades políticas, con frecuencia menos violentas en el Parlamento que lo que pudiera creerse, rivalidades de parlanchines, querellas de abogados que defienden causas contrarias, él no conocía enemigos, porque en tres semanas de poder no había tenido tiempo para cansar á los pretendientes: todavía le daban crédito. Apenas si dos ó tres empezaban á impacientarse y á salirle al paso. A éstos, al verlos, les lanzaba en voz alta y de lejos, apresurando el paso: «Buenos días, amigo», con lo que se anticipaba á los reproches que pudieran hacerle, refutándolos al mismo tiempo, parando familiarmente y á distancia las reclamaciones y dejando á los reclamantes burlados y contentos. Aquel «Buenos días, amigo» era de una duplicidad instintiva.

A la vista del músico, que se le acercaba contoneándose, con la sonrisa que dejaba ver sus blancos dientes, Numa estuvo á punto de lanzarle sus buenos días en retirada; pero cómo tratar de amigo á aquel rústico con sombrero de fieltro, con chaqueta parda, de la que resaltaban sus morenas manos como en las fotografías de aldea! Prefirió, pues, echarla de Ministro y pasar muy tieso, dejando al pobre diablo estupefacto, anonadado, estrujado por la turba que se arremolinaba detrás del gran hombre.

Valmajour reapareció, sin embargo, al otro día y no faltó en los siguientes; pero sin atreverse á acercarse, sentado en un banco, semejante á esas figuras resignadas y tristes que suelen verse en las estaciones de los caminos de hierro: cabezas de soldados ó de emigrantes, dispuestos á correr todos los azares de un destino malo y oscuro. Roumestan no podía evitar esta muda aparición, que siempre se atravesaba en su camino; y en verdad que hubiera preferido una reclamación brutal, una escena de gritos, en la que hubiesen intervenido los agentes de orden público, que lo desembarazaran del campesino. Él, el Ministro, llegó á cambiar de estación, á tomar algunas veces el camino de la orilla izquierda, para librarse de aquel remordimiento viviente. Así suelen verse en las más elevadas existencias cosas que parecen no tener más importancia ni inconveniente que una chinilla dentro de una bota de siete leguas, pero que atormenta como si fuera una montaña.

El campesino no se desalentó.

— Acaso esté enfermo, se decía á sí mismo aquellos días, y obstinadamente volvía á su puesto mientras la hermana lo esperaba en el alojamiento, febril é irritada.

— ¡Y bien! ¿has visto al fin al Ministro? ¿Ha firmado el papel?

Lo que más la exasperaba era el eterno «no.... áun no....»: era la flema de su hermano, que dejaba caer la caja en un

rincon; flema de indolencia y de abandono, tan característica en los meridionales como la vivacidad. Entonces la mujercilla se enfurecía: «¿Tienes horchata ó sangre en las venas?.... ¿Es que esto no va á acabar nunca?.... Tened cuidado, que si yo llego á mezclarme en ello....» Valmajour, muy tranquilo, dejaba pasar el huracán; sacaba el flautin del estuche; la baqueta, que remataba en una bolita de marfil; los frotaba en un pedazo de tela de lana, temeroso de la humedad, y sin dejar de frotar, prometía hacerlo mejor al día siguiente, y si no podía ver á Roumestan, preguntar por su señora.

— ¡Por su señora!.... ¿No sabes que no le gusta la música?.... Si fuera la señorita.... ésta, por ejemplo, es otra cosa; y al decir esto movía la cabeza á uno y otro lado.

— Lo mismo la señorita que la señora se burlan de vosotros, decía el padre Valmajour, encogido delante de un fuego miserable, que su económica hija cubría con ceniza, con escándalo del padre, y con riñas interminables entre ambos. Por celos del oficio, al viejo tamborilero no le disgustaba el contratiempo de su hijo. Como todas aquellas complicaciones y trastornos de su vida cuadraban bien á sus gustos de bohemio aventurero, había empezado por alegrarse del viaje con la idea de ver París, paraíso de las mujeres é infierno de los caballos, como dicen allá abajo los carreteros. Al llegar tuvo frío, privaciones y lluvia; mas por temor á Oliverta, por respeto al Ministro, se contentó con gruñir irritado de frío en su rincón, con deslizar algunas palabras por lo bajo y con hacer guiños con los ojos; pero la defeción de Roumestan y la cólera de su hija abrieron también para él la vía á las recriminaciones. El viejo se vengaba de las heridas de su amor propio, producidas por el éxito de su hijo, no interrumpido durante diez años, encogiéndose de hombros y escuchando el flautin.

— ¡Música, música! Bien, anda.... eso no te servirá para gran cosa.

Y luego, en alta voz, preguntaba si no daba lástima haber llevado á un hombre de su edad á aquella *Siberilla*, para dejarlo morir de miseria y de hambre, é invocaba el recuerdo de su pobre y santa mujer, á quien él, en verdad, había matado á disgustos, convirtiéndola en cabra, según la expresión de Oliverta, y pasaba las horas lamentándose, con la cabeza en el hogar, encendido el rostro y haciendo contorsiones, hasta que su hija, fatigada de oírlo, se desembarazaba de él con dos ó tres sueldos, para que fuera á beber un vaso de vino en la taberna inmediata. Allí se aplacaba su desesperación; la atmósfera estaba cálida, y el calorífero chisporroteaba. El viejo pito se calentaba y se reanimaba, recobrando su verbo charlatan de personaje de la comedia italiana, narigudo y con labios delgados y barba puntiaguda, sobre un cuerpecillo seco y derrengado; en aquél estado, el viejo divertía al público con sus gasconadas, se burlaba del tamborin de su hijo, al que debían toda clase de disgustos en la fonda; porque Valmajour, esperando su estreno, ensayaba su instrumento hasta las altas horas de la noche, y los vecinos se quejaban de los agudos sonidos del flautin y del continuo ruido con que el tamborin hacía estremecer la escalera, como si en el quinto piso hubiera un torno que diera vueltas sin cesar.

Cuando la propietaria de la fonda reclamaba, decía Oliverta á su hermano:

—Adelante..... adelante siempre. Sólo faltaba que en este París, cuyo ruido no deja dormir á la gente ni de día ni de noche, se prohibiera la música.

Y él continuaba tocando; pero los despidieron, y la idea de abandonar el pasaje del Salmon, célebre en Aps, y que les recordaba la patria, los afligía agravando su voluntario destierro, por imaginar que iban más al Norte.

Un día, despues de la salida cotidiana é infructuosa de su

hermano, Oliverta dió de comer á sus hombres más que de prisa, con el mayor silencio, contra su costumbre; pero con los ojos relucientes y con el ademan resuelto de quien ha tomado una resolución extrema. Acabada la comida, les dejó el cuidado de quitar la mesa, echó sobre sus hombros su larga manta de color de plomo, y dijo, apretando los dientes:

—Pronto hará dos meses que estamos en París..... Me parece que bastan..... Yo misma, yo, voy á ver á ese Ministro.....

Ajustó la cinta de su terrible, aunque pequeña cofia, que sobre lo alto de sus cabellos, con largas ondas, hacia los movimientos de un casco de guerra, y salió bruscamente.

El padre y el hijo se miraban espantados, sin atreverse á detenerla, sabiendo por experiencia que no harían más que exasperar su cólera, y pasaron la tarde juntos cambiando apenas tres palabras, mientras la lluvia corría sobre los vidrios de la montera del pasaje. Uno frotaba la baqueta y el flautin, y el otro freía lo que habían de comer, en un fuego vivo, para calentarse de veras una vez por todas, durante la larga ausencia de Oliverta. Al fin resonaron en el corredor sus apresurados pasos, y entró radiante de júbilo.

—¡Qué lástima que la ventana no dé á la calle! dijo, quitándose el pañolón que estaba seco á pesar de la lluvia.

—¿Y por qué?

—Para que viérais el magnífico coche en que he venido.

—¡Un coche!..... Vaya, te burlas.

—Y lacayos con galones..... lo que ha pasmado á toda la gente de la fonda.

Entónces, en medio de un silencio admirador, ella les contó minuciosamente su expedición. Ante todo, en lugar de preguntar por el Ministro, que no la hubiera recibido, se procuró la dirección de su hermana, la señorita que había ido con él á Valmajour, y que no vivía en el Ministerio, sino en casa de

sus padres, en un barrio de callejuelas mal empedradas, que oía á farmacia ó droguería, lo que recordaba á Oliverto su provincia. El barrio estaba léjos y tuvo mucho que andar; al fin encontró la casa en una plaza rodeada de arcadas.... ¡ Ah, qué buena señorita ! ; qué bien la había recibido, sin orgullo, aunque todo en tonos suyo tenía la apariencia de la riqueza, con magníficas molduras doradas y cortinas de seda por todas partes! ; Ah, Dios mío!.... ; Estais, pues, en París? ; De donde venís? ; Desde cuándo? » Y cuando ella había sabido cómo Numa los hacía ir y venir, llamó á su dueña, una señora con sombrero también, y las tres fueron en coche al Ministerio.

Era digno de verse el apresuramiento y la reverencia hasta el suelo de todos aquellos viejos bedeles, que corrían ante ella para abrirle las puertas.

—¿ Entonces has visto al Ministro? preguntó tímidamente Valmajour, mientras ella cobraba aliento.

— ¡ Sí, lo he visto!.... ; Y muy político, muy fino; te lo aseguro!.... ¡ Ah, cuando yo te lo decía, pobre tonto, que era necesario poner de tu parte á la señorita! Sólo ella podía arreglar rápidamente y sin réplica el asunto.... Dentro de ocho días habrá una gran fiesta musical en el Ministerio, para presentarte á los directores de los teatros, y en seguida.... ¡ *pata-pum!* el papel y la firma.

Lo mejor de todo era que la señorita acababa de llevarla hasta la fonda en el coche del Ministro.

—Con buena gana de subir se ha quedado.... añadió la provenzala guiñando el ojo á su padre y haciendo una mueca significativa con su linda cara.

Toda la cara del viejo, su pellejo arrugado como higo seco, se encogió para decir: « Comprendido.... » ; Ah, ya no se burlaba del tamborin!

Valmajour, muy tranquilo, no comprendía la pérdida alu-

sion de su hermana. Ya no pensaba más que en su próximo estreno, y descolgando la caja se puso á ensayar todas las tocatas; á enviar, como despidiéndose, de un extremo á otro del pasaje, los mejores redobles de su baqueta, los más agudos sonidos de su flautín.

## VIII.

## Rejuvenecimiento.

El Ministro y su mujer acababan de almorzar en el comedor del primer piso, salon tan majestuoso y tan grande que no bastaban á calentarlo ni lo espeso de los tapices, ni los caloríferos de todo el palacio, ni siquiera los vapores de una abundante comida. Casualmente aquella mañana estaban solos. Entre los postres, que siempre son muy variados en una mesa meridional, habia una caja de cigarros, una taza de verbena, que es el té de los provenzales, y ademas otra caja con grandes casilleros, donde estaban hacinadas las fichas multicolores, en las que estaban inscritos los nombres de los senadores, diputados, rectores, profesores, académicos, simples particulares, en fin, la clientela ordinaria y extraordinaria de los saraos ministeriales. Entre los cartones descollaban algunos correspondientes á los diputados privilegiados, indispensables en la primera *soirée* de reuniones íntimas. Madama Roumestan los revolvia, deteniéndose en ciertos nombres, vigilada por Numa, que miraba la operacion con el rabillo del ojo, mientras escogia sus cigarros, buscando en la tranquila fisonomía de su esposa un gesto de desaprobacion, que nada tendria de extraño, por el modo un poco aventurado con que siempre se hacen las primeras invitaciones. Pero Rosalía no preguntaba nada: todos aquellos preparativos le eran indiferentes.

Desde su instalacion en el Ministerio, parecia estar más separada que ántes de su marido, por las obligaciones incessantes, por un personal demasiado numeroso, por una anchura de existencia que dificultaba el recogimiento y la intimidad. A todo esto se agregaba el sentimiento siempre penoso de no tener hijos, de no oír en torno de ella los pasos infatigables, las risas infantiles que hubieran quitado á su comedor el glacial aspecto de una mesa de fonda, á la que parecia que sólo de paso se sentaban, con la impersonalidad de la ropa de mesa, de la vajilla, de los muebles, de todo el suntuoso aparato de las situaciones públicas.

El silencio embarazoso que reinaba en el vasto comedor, al acabar el almuerzo, era interrumpido por sonidos ahogados, soplos de armonía cortados por el ruido de los martillazos dados en la estrada que construian en el patio para la fiesta de aquella noche, mientras los músicos ensayaban las piezas que habian de tocar. Abrióse la puerta y entró el Jefe del Gabinete, con papeles en la mano.

— ¡Más peticiones!.... exclamó Roumestan incomodado. ¡Basta, ¡basta! Ni para el Papa tengo ya un empleo que dar.

Mejean, sin conmoverse, puso delante de él una porción de cartas y de billetes perfumados, diciéndole:

— Dificil será que rehuseis, porque habeis prometido....

— Yo?... Si no he hablado con nadie....

— No, ¿eh?... Pues ved esto.... « Mi querido Ministro: estas líneas tienen por objeto recordaros la palabra que me disteis.... » Oid esta... « El General me ha dicho que habiais tenido á bien ofrecerle.... » Aun no he concluido.... « Recuerde al señor Ministro su promesa.... »

— Vamos, yo estoy sonámbulo, dijo Roumestan estupefacto.

La verdad era que, apenas decidido á llevar á cabo la fiesta

en el Ministerio, él había dicho á cuantas personas encontraba en el Congreso ó en el Senado: «Ya sabéis que cuento con vos para el día diez....» Y como añadía: «Será una reunión de íntimos.....», nadie olvidó tan halagadora invitación.

Contrariado de verse cogido *in fraganti* delicto delante de su mujer, la pegó con ella, según costumbre en tales casos.

—También tu hermana con su tamborilero..... ¿Qué necesidad tenía yo de todo ese tintín, tonten?..... Yo no me proponía inaugurar tan pronto los conciertos; pero esa chiquilla estaba tan impaciente, que no cesaba de repetir: «No, no, de seguida, de seguida.....» Y tú no tenías menos prisa que ella.... ¡El diablo me lleve si ese tamborilero no os ha vuelto á todas la cabeza!

—Lo que es á mí, no; dijo Rosalía sonriendo.... Lo que tengo es miedo de que esa música exótica no la comprendan los parisienses.... Sería necesario traer con ella los horizontes provenzales, los vestidos, las farándulas.... Pero ante todo.... y su voz tomaba entonación más grave.... «se trata de cumplir la palabra empeñada.»

—¿La palabra empeñada!.... ¡la palabra empeñada! repetía Numa: pronto no se podrá hablar una palabra.

Volvióse entonces á su secretario, porque necesitaba desahogarse con alguien, y añadió:

—Por supuesto, querido, todos los meridionales no son como vos, frios y mesurados, avaros de palabra.... Vos sois un falso meridional, un renegado, un franchute, como dicen allá abajo; pero meridional.... ¡cá! ¡Un hombre que nunca ha mentado, ni toma verbena! añadió con cómica indignación.

Mejean, sin abandonar su calma, respondió á su amigo:

—No tan franchute como parezco, señor Ministro... A mi llegada á Paris, hace veinte años, yo era como todos los meridionales.... mucho aplomo, mucho acento, muchos gestos.... hablador é imaginativo como...

—Como Bompard.... dijo Roumestan por lo bajo: pues aunque no le agradaba que se burlase del amigo de su corazón, él no dejaba de hacerlo.

—Sí, á fe mía, yo era casi como Bompard.... el instinto me llevaba á no decir nunca palabra de verdad.... Una mañana me avergoncé y procuré corregirme.... Bajando la voz y los codos se corrige la exageración exterior; pero no así la interior, que hierve y quiere salir... Entonces tomé un partido heroico. Cuando me sorprendía á mi mismo largando una mentira, me condenaba á no hablar más en todo el día.... Así pude reformar mi naturaleza.... Mas, sin embargo, el instinto está aquí, en el fondo de mi silencio y de mi aparente frialdad... Algunas veces tengo que detenerme en medio de una frase, no porque me falten palabras, sino porque me sobran.... Me detengo porque veo que voy á mentir.

—¿Terrible Mediodía! No hay medio de escapar de él.... —dijo el bueno de Numa dirigiendo hacia el techo la bocanada de humo de su cigarro, con un gesto que revelaba la más filosófica resignación.... —A mí me tiene cogido sobre todo por la manía de prometer, por este afán de querer hacer feliz á la gente á su pesar.

El ujier de servicio lo interrumpió diciendo, con aire confidencial y sobreentendido, desde el dintel de la puerta: «Bechut ha llegado....»

El Ministro hizo un gesto de mal humor, y dijo:

—Estoy almorzando....; que me dejen en paz!

El ujier se excusó, añadiendo: «Monsieur Bechut creía que era Su Excelencia quien lo llamaba.»

Roumestan se ablandó mucho al oír esto, y respondió:

—Bien, bien; ya voy.... Que espere en mi gabinete.

—No puede ser, dijo Mejean.... Vuestro gabinete está ocupado.... por el Consejo superior; demasiado lo sabéis.... Vos mismo habeis fijado la hora.

—Entonces, en el despacho de monsieur Lappaza....

—He hecho entrar en él al Obispo de Zulle—dijo tímidamente el ujier—porque el señor Ministro me había dicho....

En todas las habitaciones había gente, porque el Ministro había dicho en confidencia á cuantos encontraba que fueran á verle á aquella hora si querían verle, y la mayor parte eran personas notables, á quienes no se les puede dejar en la antesala como á cualquier ganapan.

—Dispon de mi saloncito, puesto que voy á salir—dijo Rosalia levantándose.

Mientras que el ujier y el secretario iban á instalar á los pretendientes ó á hacerles tener paciencia, el Ministro bebía rápidamente su verbena y se quemaba, repitiendo:

—Estoy desbordado.... desbordado....

—¿Qué es lo que quiere todavía ese triste personaje?—dijo Rosalia, refiriéndose á monsieur Becht, bajando la voz, porque detras de cada puerta había un extraño.

—¿Qué quiere?.... su Direccion.... Es el tiburón de Dansaert.... Espera que se lo arrojen por la borda para devorarlo.

Ella se acercó rápidamente á su marido y le dijo:

—Monsieur Dansaert sale del Ministerio?

—¿Le conoces?

—Mi padre me hablaba de él con frecuencia.... es un compatriota, un amigo de infancia.... Él lo tiene por hombre honrado y de mucho talento.

Roumestan balbuceó algunas palabras.... «Malas tendencias.... volteriano....» Su salida entraba en un plan de reformas, y además está muy viejo.

—¿Y vas á poner á ese Becht en su lugar?

—¡Oh! Ya sé yo que ese pobre hombre no tiene el don de agradar á las señoras....

Ella se sonrió desdenosamente y dijo:

—No me preocupan más sus impertinencias que sus ho-

menajes.... Lo que no le perdono son sus farsas clericales; esa ostentacion de religiosidad.... Yo respeto todas las convicciones, todas las creencias.... Pero si hay en el mundo algo repugnante que deba odiarse, Numa, es la falsedad, es la hipocresía.

A pesar suyo, la voz de la jóven se elevaba con calor, con elocuencia; su faz, un poco fria, tomaba un resplandor de honradez, de rectitud; el brillo de la indignacion generosa.

—¡Silencio, silencio!—dijo Roumestan, señalando á la puerta. Sin duda reconocía que no era muy justo con el viejo Dansaert, que prestaba grandes servicios en su puesto. ¿Pero qué hacer? Había dado ya su palabra....

—Pues recógela—dijo Rosalia....—Vamos, Numa.... hazlo por mí.... te lo suplico.

Era aquella órden tan tierna y tan oportunamente apoyada por la presión de una manecita sobre el hombro del Ministro, que Su Excelencia se conmovió. Hacia mucho tiempo que su mujer parecia mirar con indiferencia la vida, contentándose con ser indulgente cuando él le confiaba sus proyectos, que modificaba sin cesar, y aquella peticion le sedujo.

—¿Qué se os puede negar, querida mia? Y así diciendo, cogióle la mano y le besó la punta de los dedos; ¡qué lindo brazo tenía!.... No obstante, la obligacion de decir cara á cara, á quien quiera que fuese, algo desagradable costaba mucho á Numa, quien hizo un esfuerzo y se levantó.

—Cuidado que yo estaré allí, detras de la puerta.... añadió Rosalia en són de amenaza haciendo un gracioso gesto.

Él entró en la salita inmediata, dejando entornada la puerta para infundirse valor con la idea de que ella lo escuchaba; y en efecto, la introduccion fué categórica, enérgica.

—Estoy desesperado, querido Becht.... Lo que yo queria hacer por vos es imposible....

De las respuestas del sabio no se oía más que la entonacion

lloricon, suplicante, entrecortada con los ruidosos resoplidos de su hocico de huron; pero, con gran sorpresa de Rosalia, Roumestan no cedió; continuó defendiendo á Dansaert con una conviccion sorprendente en hombre á quien los argumentos acababan de serle sugeridos. Sin duda le era penoso el retirar la palabra dada; mas ¿no era esto mejor que cometer una injusticia?

Era el pensamiento de su mujer modelado, puesto en música y ejecutado con grandes gestos y conmociones, que hacian ondular los tapices de la sala.

— Por lo demas, añadía, cambiando bruscamente de tono, yo espero indemnizaros de este pequeño contratiempo.

— ¡ Ah, Dios mio.....! — murmuró Rosalia.

Una vez soltada la válvula, aquello fué un torrente de promesas estupendas: ofrecióle la cruz de Comendador de la Legion de Honor para el día de Año Nuevo, y la primera plaza que vacara en el Consejo superior, la..... la..... El otro procuraba protestar, aunque sólo por la forma..... — ¡ Pero, Numa, eso es demasiado!

— Dejadme hacer, dejadme hacer..... Es un acto de justicia..... Los hombres como vos son muy raros.

Embriagado de benevolencia, balbuciente de afecto, si Bechut no se hubiera ido, el Ministro hubiera acabado positivamente por ofrecerle su propia cartera. Ya estaba el pretendiente en la puerta, y aún oía al Ministro que le repetía:

— Cuento con vos para el domingo, mi querido maestro..... Voy á inaugurar una serie de reuniones de confianza..... entre los intimos, ya sabeis.....

Y volviéndose hácia donde estaba Rosalia, añadió:

— ¡ Y bien! ¿ qué dices ahora?..... Ya ves que no he cedido en nada.

Era tan cómico todo aquello, que ella le respondió con una carcajada; pero cuando él supo el por qué de aquella aco-

gida, y todos los nuevos compromisos que acababa de echar sobre sí, pareció espantarse, y ella, para tranquilizarle, le decia:

— Vamos, vamos..... De todas maneras se os agradece lo que habeis hecho. Y en seguida se retiró con la dulce sonrisa de otros tiempos, satisfecha de su buena accion, contenta acaso tambien de sentir agitarse en su corazon algo que creía extinguido hacia ya mucho tiempo.

« ¡ Angel mio! » pensaba Roumestan enternecido viéndola irse, á tiempo que entraba Mejean diciéndole que el Consejo le esperaba.

— Ya veis, amigo mio, que cuando se tiene la felicidad de poseer como mujer aquella..... El matrimonio hace de la tierra un paraíso..... Casaos en seguida.»

Mejean meneó la cabeza y no respondió.

— ¡ Cómo! ¿ Acaso nuestros asuntos no van bien?

— Mucho lo temo. Madama Roumestan me habia prometido hablar á su hermana; pero no me dice palabra y temo.....

— ¿ Quereis que yo me encargue? Yo me entiendo muy bien con mi cuñadita, y apuesto á que la decido.....

Aun quedaba verbena en la tetera, y sirviéndose una taza de ella, Roumestan hacia mil protestas al jefe de su gabinete. Su elevacion no lo habia cambiado en nada. Mejean continuaba siendo su excelente, su mejor amigo. Colocado entre Rosalia y Mejean, él se encontraba más sólido..... más completo.....

— ¡ Ah, amigo mio! ¡ esta mujer, esta mujer!..... ¡ Si supierais qué amable ha estado, cómo me lo perdona todo!..... ¡ Cuando pienso que he podido.....

Sin duda le costó un esfuerzo el no hacer á su secretario la confidencia que se le venia á los labios con un hondo suspiro.

« ¡ Si no la amára sería muy culpable! »

El Barón de Lappaza entró en aquel momento con paso rápido y aire misterioso.

—La señorita Bachellery está ahí.

Al oír esto se colorearon vivamente las mejillas de Numa. Un relámpago sacó en sus ojos el desbordante enternecimiento, y lleno de emoción dijo á Lapaza:

—¿Dónde está?... ¿en vuestro despacho?

—Ya tenía allí á monsieur Lipmanne....—dijo el Barón en tono algo sarcástico por la idea de que pudieran encontrarse la señorita y el prelado. La he metido allá abajo.... en el gran salón.... El ensayo ha concluido.

—Muy bien, allá voy.

—No olvidéis que el Consejo espera, dijo Mejean; pero Roumestan, sin oírle, se precipitó por la escalerilla que conduce á las habitaciones particulares del Ministro, en el piso bajo del palacio.

Desde la aventura de madama de Esparbés, Numa había procurado huir de compromisos serios, amorios de corazón ó de vanidad, que hubieran podido destruir para siempre la paz del hogar doméstico. No era sin duda un marido modelo; pero no quería romper el contrato matrimonial, que estaba ya agujereado como una criba. Aunque advertida la primera vez, Rosalia era demasiado recta y honrada para entregarse al espionaje de los celos, y aunque llena de inquietud, no buscaba las pruebas. En cuanto á él, si hubiera podido sospechar las consecuencias que aquel nuevo capricho había de producir en su existencia, se hubiera apresurado á subir la escalera más deprisa que la bajaba; mas parece que nuestro destino se goza siempre en llegar á nosotros embozado y enmascarado, doblando con el misterio el encanto de las primeras citas. ¡Cómo podía Numa desconfiar de aquella mozoela, que desde su coche había visto algunos días ántes atravesando el patio del palacio, á saltitos para no mojarse en los char-

cos, levantando las faldas con una mano con desenvoltura parisiense! Dos grandes cejas arqueadas sobre una nariz desvergonzada; una cabellera rubia anudada por detrás á la americana, cuya extremidad rizaba la humedad del aire; una pierna llena, elegante y fina, recta, sobre altos tacones, era todo lo que había visto de ella, preguntándole á Lappaza si la conocía, y con apariencia de no darle grande importancia.

—Apostaría cualquier cosa á que venía á buscaros esa chica, á quien encontré en el patio esta mañana.

—Sí, señor Ministro; venía á mi despacho, mas no por mí, sino por vos.... y se llama la pequeña Bachellery.

—¿Cómo! ¿La que se estrena en los Bufos?... ¿Qué edad tiene? Parece una criatura.

Los periódicos hablaron mucho aquel invierno de Alisa Bachellery, á la que el capricho de un maestro á la moda había buscado en un teatrillo de provincia, y á quien todo París quería oír cantar la canción del *Petit Mitron*, porque decía el refrán con una gracia canallesea irresistible.... Era una de esas *divas* de las que los teatros del Boulevard consumen media docena cada año; glorias de papel, henchidas de gas á fuerza de reclamos que recuerdan los globillos de colores que no viven más que un día al sol y entre el polvo de los jardines públicos. ¿Y qué iba á solicitar del Ministro? La gracia de figurar en el programa del primer concierto. ¡La Bachellery en el concierto del Ministerio de Instrucción pública!.... A la idea no le faltaba gracia; era tan extravagante, que nunca quiso que ella en persona le hiciera la demanda, y con un besalamano ministerial, que olía á la badana de los guantes del corazón que lo llenaba, le hizo saber que la recibiría al día siguiente; pero la artista no acudió á la cita ministerial.

—Habrá cambiado de idea, dijo Lappaza.... Es una chiquilla. El Ministro se picó; no habló de ella en dos días, y al tercero le mandó buscar.

Ahora ella esperaba en el salon de las fiestas, tapizado de grana y oro, imponente con sus altas ventanas, que daban al jardín; sus tapices de los Gobelinos, y el gran Molière de mármol, sentado en su pedestal, y soñando allá en el fondo. Un Pleyele, algunos pupitres para los ensayos ocupaban apenas un rincón de la extensa sala, cuyo aspecto frío de museo desierto hubiera impresionado á cualquiera otra que no fuera la pequeña Bachellery. ¡ Pero era tan niña! ¿ Pues no se entretenía en resbalar sobre el engrudo maderamen del suelo, envuelta en sus pieles, con las manos metidas en el manguito, la nariz al aire bajo su toca, con ademanes de corifea, cual si danzára sobre el hielo en el *Profeta*?

Roumestan la sorprendió haciendo este ejercicio.

— ¡ Ah! señor Ministro.

Quedóse sobrecogida, moviendo las cejas y algo sofocada. Él habia entrado con la cabeza erguida y grave ademan, como para hacer notar lo que podia tener de extraña la entrevista y dar una lección á aquella chiquilla, que así plantaba á las excelencias; pero en seguida quedó desarmado. ¿ Qué quería?... Ella explicaba también su negocillo; el ambicioso deseo que habia sentido repentinamente de figurar en aquel concierto de que tanto se hablaba, y que era una ocasion favorable para hacerse oír más dignamente que en la opereta, que no habia podido resistir á la tentacion; mas despues, reflexionando, un temor la habia sobrecogido....

— ¡ Oh! pero uno de esos temores.... ¿ No es verdad, mamá?

Roumestan se apercibió entónces de que habia en el salon una grave dama con manteleta de terciopelo, sombrero con plumas, que se acercaba haciendo reverencias en tres tiempos. La madre de la Bachellery era una artista jubilada de los cafés cantantes, con acento bordelés, con una nariella como la de su hija, ahogada en una caraza pintada y barnizada; en fin, era una de esas mamás terribles, que se apa-

recen al lado de sus hijas, como presagiando el porvenir desastroso que aguarda á su belleza. Numa no estaba en tren de hacer estudios filosóficos, sino atraído por la gracia de aquella juventud aturdida, rebosando en un cuerpo ya formado y de formas adorables, de aquella charla borboteando en una risa infantil é ingenua, risa de los diez y seis años, decian aquellas señoras.

— ¡ Diez y seis años!.... ¿ Pues á qué edad entró en el teatro?

— Nació en él, señor Ministro.... Su padre, hoy retirado, era director de las *Folies Bordelaises*....

— Una chiquilla de la calle, dijo Elisa con frescura, mostrando sus treinta y dos dientes brillantes, perfectamente alineados y rectos, cual soldados en la parada.

— ¡ Alisa! ¡ Alisa!.... Estás faltando á Su Excelencia.

— Dejadla.... Es una niña.

Luégo la hizo sentar en el sofá junto á él, con aire benévolo, casi paternal, cumplimentándola á propósito de su ambicion, de sus gustos artisticos, de su deseo de librarse de los triunfos de la opereta, tan fáciles como desastrosos; mas era preciso mucho trabajo, mucho; estudios muy serios....

— ¡ Oh! en cuanto á eso, dijo la niña blandiendo un lío de papeles de música.... Todos los dias paso dos horas con la Vauters....

— ¿ La Vauters? Perfectamente.... Excelente método.

El Ministro deslió el papel como á título de conocedor.

— ¿ Y qué es lo que cantamos?.... El vals de *Mireille*.... la cancion de *Magali*....; pero todo esto es de mi país. Y balanceando la cabeza y medio cerrando los ojos, se puso el Ministro á recitar los siguientes versos:

¡ Oh Magali! Mi bien amada,  
Huyamos á la enramada,  
A la selva silenciosa....

Ella continuó la copla empezada por el Ministro, diciendo :

La noche tiende su velo,  
Y tus bellos ojos.....

Y Roumestan, alzando más la voz, la interrumpió añadiendo :

Harán palidecer las estrellas.

Ella le interrumpió con viveza, y dijo :

— Esperad, esperad..... Mamá nos acompañará.

Apartó los pupitres, abrió el piano, y quieras que no quieras, instaló en él á su madre. ¡ Vaya una niña resuelta!..... El Ministro, que tenía el dedo en la página del duo, vaciló un momento. ¡ Si alguien nos oyera!..... ¡ Bah! Tres días hace que están ensayando aquí todas las mañanas..... Y comenzaron. Ambos en pié, codo con codo y con la vista en el papel, seguían la música, que madama Bachellery tocaba de memoria, con las frentes casi tocándose y confundidos los hálitos. Numa se apasionaba; acentuaba la expresion; tendía el brazo cuando daba las notas altas, para que salieran más airosas. Desde hacia algunos años que se había dado á la política hablaba más que cantaba, y su voz se había enmohecido y hecho pesada como su persona; pero aún sentía gran placer al cantar, sobre todo con aquella niña.

Entre tanto, había olvidado completamente al Obispo de Tulle, y el Consejo Superior de Instrucción pública refunfunaba y se aburría en torno de la gran mesa con tapete verde. Una ó dos veces la pálida figura del ujier de servicio había aparecido en el dintel de la puerta del gran salon, mas para retroceder asustado al ver al Ministro de Instrucción pública y de Cultos cantando á duo con una actriz de los teatrillos de tres al cuarto. ¡ Ministro! Numa ya no lo era en aquel momento; era Vincent el quinquillero que perseguía á la incontestable Magali, la coqueta que se trasformaba segun los ca-

prichos de su voluntad. ¡ Qué bien huía, qué bien se escapaba con su infantil malicia, ocultando el brillo de su faz sonrosada y sus blancos dientes, hasta el momento en que, vencida, se entregaba, apoyando su cabecita, loca y aturdida por la carrera, en el hombro de su amigo!.....

La mamá Bachellery deshizo el encanto de la escena volviéndose en cuanto sonó la última nota.

— ¡ Qué voz, señor Ministro, que voz!

— Si..... Yo canté en mi juventud....., dijo Su Excelencia con cierta entonacion de fatuidad.

— ¡ Aun cantáis magníficamente..... ¡ Eh, Bébé, qué diferencia con Mr. de Lappaza!

Bebé, que liaba su papel de música, se encogió de hombros, como significando que verdad tan indiscutible no merecía respuesta.

Roumestan preguntó algo inquieto :

— ¡ Ah! ¿ Monsieur de Lappaza?.....

— Si; algunas veces va á comer con nosotras la *bouillabaisse*, y despues Bébé y él cantan á duo.....

En aquel momento el ujier, no oyendo ya la música, se decidió á entrar, aunque con no ménos precanciones que las que toma el domador al entrar en una jaula de fieras.....

— Ya voy..... ya voy....., dijo Roumestan; y dirigiéndose á la chiquita, recobrando toda su actitud de ministro para hacerle sentir bien la distancia jerárquica que le separaba de su secretario Lappaza, le dijo :

— Recibid mis felicitaciones, señorita. Teneis mucho talento, mucho; y si os place cantar aquí el domingo, os concedo con gusto este favor.

Al oír esto lanzó ella un grito infantil y exclamó :

— ¿ De véras?..... ¡ Oh, qué bondad!..... Y dando un grito, se colgó al cuello del Ministro.

— ¡ Alisa! ¡ Alisa! gritaba la madre; pero ella estaba ya

lénos, y corría por los salones, en los que parecía tan pequeña, una verdadera criatura alocada.

A él le conmovió profundamente aquella caricia, y esperó algunos momentos ántes de subir al piso principal. Ante él, en el húmedo jardín, se deslizaba sobre la hierba un rayo de sol friolengo, que entibiaba, si no vivificaba, el invierno. Numa sentíase penetrado hasta el corazón por una dulzura semejante, como si aquel cuerpo vivo y ligero, razándose con el suyo, le hubiera comunicado un poco de su calor primaveral. ¡Ah! pensaba él, ¡qué linda es la juventud!.... Miróse maquinalmente á un espejo inspirado por una preocupación que no sentía desde hacía ya muchos años.... ¡Qué cambio, Dios mío!.... Su oficio sedentario le había hecho engordar; las vigiliabas habían descolorido sus mejillas; su frente, medio calva y gris, agrandaba la anchura de sus mofletes....

— ¡Si yo dejara crecer la barba para ocultar esta carnaza!.... No sería malo; pero la barba sería blanca.... Sin embargo, apenas contaba cuarenta y cinco años. La política envejece.

Pensó en todo esto durante un minuto: la espantosa tristeza de la mujer que se encuentra vieja al espejo, incapaz de inspirar amor cuando aún puede sentirlo, se reflejó en su semblante. Sus ojos enrojecidos se hincharon, y en aquel palacio del poderoso, esta amargura profundamente humana, que la ambición no podía consolar, tenía aún algo de más amargo.... No obstante, la movilidad de sus impresiones hizo que se consolara pronto pensando en la gloria, en su talento, en su elevada posición. ¿Acaso todo esto no valía tanto como la belleza y la juventud, necesarias para hacerse amar?

Encogióse de hombros, arrojó su pena, que lo entontecía, y subió para despedir al Consejo, porque ya no le quedaba tiempo para presidirlo.

— ¿Qué tenéis hoy, señor Ministro?.... parecéis rejuvenecido.

Más de diez veces, durante el día, oyó repetir este cumplimiento, dirigido á su buen humor, á su verbo, que llamó la atención en los corredores del Congreso, donde él se sorprendía á sí mismo murmurando: « ¡Oh Magali, mi bien amado!... » Sentado en el banco de los Ministros, escuchaba, con atención halagadora para el orador, un interminable discurso sobre los aranceles de Aduana, con los párpados á medio cerrar, sonriendo, en una especie de beato arrobamiento; y las izquierdas, á las que asustaba su reputación de astuto, murmuraban estremeciéndose: « Estrechemos las filas.... Roumestan prepara alguna emboscada.... » Pues todo se reducía á que su imaginación se divertía en evocar en el vacío del discurso susurrante del orador economista el perfil de la pequeña Bachelery, que se imaginaba ver trotando delante del banco ministerial, mostrándole todos sus atractivos, sus rubios cabellos, que hacían destacar su blanca frente y sus actitudes provocadoras de la niña adelantada que empieza á ser mujer.

Sin embargo, al oscurecer sintió todavía un acceso de tristeza al volver de Versalles con algunos de sus colegas de Gabinete. En la estrechura y el ahogamiento de un wagon lleno de fumadores, se hablaba en el tono alegre y familiar que Roumestan llevaba doquiera consigo, de cierto sombrero de terciopelo nacarado que servía de marco á una palidez criolla en la tribuna diplomática, produciendo una diversion muy oportuna contra los aranceles de Aduana, haciendo levantar las narices de todos los padres de la patria como la de los escolares en la clase, cuando palpita una mariposa perdida en lo alto, en medio de un tema griego. ¿Quién era? Nadie lo sabía.

— Preciso será preguntarlo al General, dijo Numa alegremente, volviéndose hácia el Marqués de Espailon de Aubord, ministro de la Guerra, viejo verde.... Bien.... bien.... No os defendais; sólo en vos ha fijado sus miradas.

El General hizo una maeca, que remontó, como movida por un resorte, su amarillenta perilla de viejo macho cabrío hasta la punta de la nariz, y dijo:

—Tiempo hace que las mujeres no me miran.... Ellas no tienen ojos más que para esos guapos.

La persona que él designaba con este lenguaje soldadesco, particularmente agradable á los militares nobles, era el joven Lappaza, que estaba sentado en un rincón, con la cartera del Ministro en las rodillas, guardando un silencio respetuoso en aquella sociedad de personajes. Roumestan se sintió mordido, sin saber precisamente en dónde, y respondió con vivacidad que, según él, había otras cosas que las mujeres preferían á la juventud de un hombre.

—Sí; ellas os dirán eso....

—Yo apelo á estos señores.

Todos estos señores eran trastos viejos; sus levitas brillaban sobre sus estómagos protuberantes ó envolvían sus secos esqueletos; unos eran calvos; otros canos; éstos no tenían dientes; aquéllos tenían desordenados los perfiles de la boca por falta de salud, y, sin embargo, ministros ó subsecretarios, todos fueron de la opinión de Roumestan. La discusión se animó, aumentando el estruendo de las ruedas y las vociferaciones del tren parlamentario.

Nuestros ministros se pelean, decían en los coches inmediatos.... Y los periodistas procuraban oír algunas palabras á través de los compartimentos de los coches.

—El hombre conocido, el del poder, el hombre, gritaba Numa, es lo que les gusta. Y decir que el que está allí delante de ellas, con la cabeza sobre sus rodillas, es un personaje ilustre, todo un poderoso, una de las palancas del mundo, esto es lo que más las conmueve y las satisface.

—¡Muy bien! Estais en lo cierto....

—¡Justamente!

—Pienso como vos, querido colega.

—Sí, ¿eh? pues yo os digo que cuando pertenecía al Estado Mayor y no era más que alférez, y me iba por la tarde, los domingos, con el uniforme de gala y mis veinticinco años, recogía á cada paso miradas de esas con que las mujeres os envuelven como con un latigazo desde la nuca á los talones, miradas de esas que ellas no dirigen á los tres entorchados cuando los lleva un mozo de mi edad.... Así, ahora, cuando quiero sentir el calor, la sinceridad de una de esas miradas, una de esas mudas declaraciones en medio de la calle, ¿sabeis lo que hago?.... Pues hago que me acompañe un ayudante joven, con el bigote retorcido y el uniforme reluciente, y hago que me dé el brazo....

Roumestan se calló hasta que llegaron á París. Su melancolía de por la mañana volvió á apoderarse de él; pero mezclada con cólera, con indignación contra la ciega estupidez de las mujeres, que pueden perder la cabeza por tontos y presumidos pagados de buenos mozos. ¿Qué hay de raro en ese Lappaza? Veamos.

Sin mezclarse en la conversacion, el joven acariciaba su barba rubia, pareciendo pagado de sí mismo. Su traje era correcto, aunque escotado en demasía. Al verlo tan estirado, daban deseos de estrujarlo. Tal es el aire que debía tomar para cantar el dúo de *Miraille* con la pequeña *Bachelery*, que de seguro era su querida.... Esta idea lo sublevaba; pero al mismo tiempo hubiera querido saberlo á punto fijo, convenirse.

Apénas estuvieron solos en el coche que los conducía al Ministerio, dijo á Lappaza brutalmente, sin dignarse mirarlo:

—¿Hace mucho tiempo que conocéis á esas mujeres?

—¿Qué mujeres, señor Ministro?

—Las *Bachelery*.

Como absorbían su pensamiento, él creía que todos pensaban en ella como él; pero Lappaza se echó á reír.

¡Oh! sí, hacía mucho tiempo; eran paisanas snyas. La familia Bachellery, las *Folies Bordelaises*, todos aquellos gratos recuerdos de los diez y ocho años.... su corazón de estudiante había palpitado por la mamá, con fuerza capaz de hacer saltar todos los botones del uniforme....

—¿Y hoy palpita por la hija? preguntó Roumestan con tono ligero, restregando el cristal de la portezuela con el guante, para mirar la calle mojada y negruzca.

—¡Oh! la hija.... Ese es otro par de mangas.... Con su airecillo infantil es una señorita muy fría y muy seria.... Yo no sé á lo que aspira; pero debe ser á algo que yo no puedo darle.

Oyendo esto, Numa se tranquilizó.

—¡Ah! ¿de veras?.... Y no obstante la visitais. ...

—Ciertamente.... Me agrada la manera de vivir de los Bachellery.... El padre, antiguo director, hace coplas cómicas para los cafés cantantes; la madre las canta mientras frie las cepas con aceite y la *baullabaisse*, como el mismo Roubion no sabe hacerla. Gritos, desórden, mimica, comilonas; en fin, las *Folies Bordelaises* en familia. La pequeña Bachellery es la capitana; ella danza, cena, canta; mas nunca pierde la cabeza.

—¡Ah picarillo! vos contais con que un día ú otro la perderá en provecho vuestro.

Repentinamente el Ministro se puso muy grave y añadió:

—Malas relaciones son ésas para vos, jóven. Hay que ser más serio que eso.... La locura bordelesa no puede durar toda la vida.

Y tomando una mano del jóven, añadió:

—¿No pensais en casaros?

—A fe mía que no, señor Ministro.... Me encuentro así muy bien.... y á ménos de una ganga extraordinaria....

—Ya encontraremos la ganga para vos.... Con nuestro nombre y nuestras relaciones.... ¿Qué os parecería la señorita Le Quesnoy?

A pesar de su audacia, el bordeles palideció de gozo.

—¡Oh, señor Ministro! nunca me hubiera atrevido á....

—¿Y por qué no?.... Sí, sí.... ya sabeis cuánto os amo.... Yo me tendria por feliz viéndoos en mi familia.... me sentiria más completo, más....

Detúvose bruscamente en medio de la frase, que recordaba por haberla dicho ya á Mejean por la mañana.

«¡Ah! tanto peor.... ya está hecho.» Encogióse de hombros y se recostó en el rincón del coche. «Después de todo, Hortensia es libre y escogerá.... y yo habré sacado á este jóven de esas malas relaciones.» Roumestan creía en conciencia que sólo este sentimiento lo inspiraba.

## IX.

## Un sarao ministerial.

La noche en que el nuevo Ministro daba la gran fiesta, el arrabal San German presentaba una fisonomía extraordinaria. Las callejuelas ordinariamente silenciosas mucho ántes que en las otras cese el ruido, se despertaban alborotadas con el estrépito de los ómnibus, obligados por la fiesta oficial á cambiar de itinerario. Otras, por el contrario, acostumbradas al ruido, al constante rumor de las grandes arterias parisienses, se asemejaban aquella noche al lecho de un río abandonado por las aguas, vacías, silenciosas, agrandadas y vigiladas á la entrada y á la salida por un guarda á caballo, por un cordón de agentes de orden público, que con la capucha echada sobre el quépis y con las manos dentro de las mangas á manera de manguito, daban el alto á los carruajes, diciendo :

— No se pasa.

— ¿ Hay fuego ?

— No, señor; hay sarao en el palacio de la Instrucción pública.

Entre los transeuntes trasnochadores no faltaban algunos que, á pesar del frío, se detuvieran formando filas de curiosos delante del palacio ministerial. Una *sombra pequeña*, extraña, envuelta de piés á cabeza en una manta de campesina, hasta

el punto de no dejar ver más de ella que unos ojos penetrantes y agudos, iba y venía, doblándose como una caña, rechinando los dientes, como dominada por la exaltación de la fiebre ó de la embriaguez. Ora se precipitaba hácia los carruajes, estacionados á lo largo de la calle de Grenelle, ora volvía hácia la puerta principal, donde, rompiendo la fila, entraba libremente la carroza de algun alto funcionario, y entónces, apartando la gente, decía : « Perdon, señores..... dejadme que vea un poco..... » Y la pequeña sombra se inclinaba hácia adelante, á riesgo de que la aplastáran las ruedas de los coches. Era Oliverta, que había querido darse cuenta de cómo todo aquello pasaba. ¡ Con qué orgullo miraba aquella multitud dorada, tantas luces, los soldados á pié y á caballo, todo aquel rincón de París trastornado y como fuera de sí para oír el tamborin de Valmajour ! Porque la fiesta se daba en honor suyo, y ella estaba convencida de que aquellos arrogantes señores y hermosas damas tenían el nombre de Valmajour en los labios. Desde la puerta de la calle de Grenelle corría á la de Bellechasse, por donde salían los carruajes; se acercaba á un grupo de guardias de París ó de cocheros, que procuraban calentarse en torno de un brasero puesto en medio de la calle, y se sorprendía al oírles hablar del frío, que era grande; de las patatas, que se helaban en los sótanos, de cosas absolutamente indiferentes á las fiestas y á su hermano. Sobre todo, Oliverta se irritaba al ver que la fila de carruajes, que no dejaba de adelantar entrando en el patio de palacio, no concluía nunca, porque ansiaba ver llegar la última, pensando que la fiesta no empezaría hasta entónces. Mas la noche adelantaba; el frío se hacía más penetrante; sus piés se helaban hasta hacerla llorar, á pesar de su contentamiento, que la embriagaba, al pensar en la gloria de su hermano y en la realización de sus ambiciones.... Al fin se decidió á volver á su casa, no sin dirigir una última mirada á

todos aquellos esplendores, cuyo recuerdo la acompañó por las calles desiertas en aquella noche glacial.

¡Qué hubiera dicho si viera todos aquellos salones de blanco y oro, aumentados por los espejos que reproducían el fuego de las arañas, multiplicaban el brillo deslumbrador de los diamantes y de las condecoraciones, que parecían soles artificiales retenidos por largas cintas coloradas!....

Allí había, en efecto, mezclados con los títulos más aristocráticos, ministros, generales, embajadores, miembros del Instituto y del Consejo superior de la Universidad. Nunca, ni aún en las Arenas de Aps, ni en el gran certámen de los tamborileros de Marsella, había tenido Valmajour auditorio semejante; aunque, á decir verdad, él ocupaba muy reducido espacio en el programa de esta fiesta, que él creía se daba en honor suyo. El programa, adornado con maravillosos adornos de pluma, anunciaba, en efecto: *Aires variados de tamborín*, con el nombre de Valmajour mezclado al de los más ilustres artistas; pero nadie miraba el programa. Sólo los íntimos de la casa, las personas que estaban al corriente de todo, decían al Ministro, que estaba en pie á la entrada del primer salón:

—¿Conque tenemos un tamborilero?

Y su Excelencia decía con aire distraído:

—Sí, es una fantasía de las señoras....

Nadie se preocupaba del pobre Valmajour. Para el Ministro había otro estreno que le preocupaba más. ¿Qué iban á decir de ella? ¿Obtendría un triunfo? El interés que la niña le inspiraba ¿no le había ilusionado respecto á su talento y facultades artísticas? Velase cogido, aunque aún no quería confesarlo, mordido como estaba hasta los huesos por una pasión de hombre de cuarenta años; y Numa sentía la angustia del padre, del marido, del amante, del tapicero, de la cantarina; una de esas dolorosas ansiedades como las que se ven desarrollarse detrás de los bastidores de los teatros en las noches de estreno.

Esto no le impedía ser amable, solícito, acoger á los invitados con suma amabilidad.... ¡Cuánta gente, Dios mío!.... ¡Cuántas caretas y caretillas! ¡Cuántas muecas, sonrisas, resoplidos, arrastramientos de piés, reverencias!.... ¡Cuántas efusiones!.... A pesar de la uniformidad, no faltaban, sin embargo, variantes, diversidad de tonos y de accidentes. Apartándose de repente, rechazando casi al querido invitado á quien estaba á punto de entregar su corazón, de prometer en voz baja multitud de favores inapreciables, el Ministro se adelantó á recibir á una gruesa señora, de encendido color y ademán autoritario, exclamando: «¡Ah! la señora Marisca!a.» Ofreció su brazo á un enorme brazo rojo, oprimido por un guante de veinte botones, y condujo á la noble señora de salón en salón, entre una doble fila de fracs, respetuosamente inclinado, hasta la sala del concierto, donde madama Roumestan y su hermana hacían los honores.... A la vuelta, Roumestan signió distribuyendo apretones de mano y palabras cordiales, repitiendo á derecha é izquierda: «Contad con ello.... Es cosa hecha.... ó lanzando rápidamente un «Buenos días, amigos.» Y para calentar la recepción y establecer una corriente de simpatía en aquella solemnidad mundanal, presentaba las personas, unas á otras, sin prevenirlas: «¡Cómo! ¿no os conocéis?.... El Sr. Príncipe de Anhalt.... El Sr. Bos, senador....» Sin apercibirse de que, apenas pronunciados sus nombres, aquellos señores, después de saludarse con una inclinación de cabeza y de decir: «Caballero.... caballero....» Esperaban apenas á que el Ministro volviera la espalda para volvérselas también ellos recíprocamente con aire feroz.

Como la mayor parte de los combatientes políticos, el bueno de Numa, una vez vencedor y en el poder, se había detenido. Sin dejar de pertenecer al partido del orden moral, el vendedano del Mediodía había dejado enfriar su fuego por la causa y dejaba dormir las grandes esperanzas de la reacción,

empezando á encontrar que la cosa pública no marchaba tan mal con la República como ántes creyera. ¿Por qué hemos de alimentar estos odios furibundos entre hombres honrados? Él deseaba la paz, la indulgencia general, y contaba con la música para operar una fusion entre los partidos; sus conciertos quincenales debian ser un terreno neutral de goces artísticos y de cortesía, donde los personajes más enemigos podrian encontrarse y apreciarse léjos de las pasiones y de las tormentas políticas. De esto resultaba una mezcla singular en las invitaciones, y tambien un malestar, cierto embarazo en los invitados, coloquios en voz baja vivamente interrumpidos, un ir y venir silencioso, miradas distraidas dirigidas al techo..... Sentían los huéspedes del Ministro frio y calor á un tiempo, pudiendo decirse que la helada de la noche, atravesando las gruesas paredes y los tapices, producía en los salones ministeriales un frio moral. Las carreras que daban Rochemaure y Lappaza, encargados de instalar á las señoras, interrumpian la monotonía ambulante de todas aquellas gentes que se aburrían; la sensación producida por la entrada de la hermosa madama Henbler, adornada con plumas, ostentando su seco perfil de muñeca; su sonrisa, estereotipada como la de las figuras de cera de las peluquerías, distraían un momento á los asistentes; pero el frio volvía pronto á recobrar su imperio.

«Ni el diáblo es capaz de deshelar estos salones de la Instrucción pública..... La sombra de Frayssinous se aparece aqui por las noches.....»

Esta reflexion, dicha en alta voz, salía de un grupo de jóvenes músicos, que rodeaban al director de la Ópera, á Car-dailiac, filosóficamente sentado en una banquetta de terciopelo colocada ante el pedestal de la estatua de Molière. Estaba muy grueso, casi sordo, con el bigote blanco, y no era ya fácil reconocer en él al listo y parlanchin empresario de las fiestas del

Nabab. En este idolo majestuoso, cuya faz inflada é impene-trable parecia adormecida; sólo sus vivos ojos recordaban al parisien hablador, su ciencia feroz de la vida, su espíritu, que pudo en un tiempo compararse á un baston de espinas rema-tado en puntiagudo hierro y endurecido al fuego de las candi-lejas del teatro; pero satisfecho, redondeado, temeroso de perder la direccion de la Ópera al llegar al término del con-trato, escondía las uñas y hablaba poco, contentándose con hacer en voz baja sus observaciones sobre la comedia oficial, y riendo silenciosamente.

—Boissarie, hijo mio, decía por lo bajo á un jóven intrigan-te tolosano, que acababa de lograr que pusieran en escena en la Ópera un baile suyo, despues de no haber esperado más que diez años, ganga en que nadie se atreveria á creer.... Boissarie, tú que lo sabes todo, dime cómo se llama aquel solemne personaje bigotudo, que habla familiarmente con todo el mundo, y que anda detras de su nariz con aire de re-cogimiento, cual si fuera al entierro de su apéndice.... Debe ser de la casa, porque me ha hablado de teatros con cierta autoridad.

—No lo creo, patron..... Más parece un diplomático. Hace poco, decía al representante de Bélgica, que habian sido co-legas durante mucho tiempo.

—Os equivocais..... debe ser un general extranjero. Hace un instante peroraba en un grupo de entorchados, y decía en voz alta: «Es preciso no haber ejercido nunca un mando militar.....»

—¡Cosa más extraña!

Consultaron á Lappaza, que pasaba, y respondió riendo:

—Es Bompard.

—¿Quién es Bompard?

—El amigo del Ministro..... ¿Cómo no le conocéis?

—¿Es del Mediodía?

—Pues ¿de dónde había de ser?

Era Bompard, en efecto, embutido en un frac negro con cuello y bocamangas de terciopelo, que procuraba animar el sarao de su amigo hablando con unos y con otros. Desconocido era en el mundo oficial, en el que se presentaba por la primera vez, y no dejaba de producir sensación yendo de grupo en grupo á lucir sus facultades inventivas, sus visiones fulgurantes, sus relaciones de amores reales, de aventuras y combates, de triunfos en los tiros federales, que producian en todas las fisonomías en torno suyo la misma expresion de sorpresa, de malestar y de inquietud. Sin embargo, la novedad de aquel tipo no bastaba á contrarestar el aburrimiento que empezaba á notarse hasta en la sala del concierto, que era inmensa y muy pintorescamente arreglada, con dos galerías sobrepuestas bajo una gran montera de cristales y decorada con palmeras, cocoteros, plátanos y otras plantas tropicales sobre cuyo fondo, de verde oscuro, que daba una apariencia de frescura, se destacaban los vestidos de colores claros de las señoras, alineadas en innumerables filas de sillas. Aquello parecía un bosque ondulante de gargantas, de hombros, de brazos desnudos, mezclados, revueltos con plumas, cintas, brillantes, encajes, cabellos rubios, castaños ó negros y perfiles indecisos; aquí, dejando ver las líneas curvas de la obesa; allá, las rectas y agudas de la flaca.... Sobre aquella variada confusión se agitaban los abanicos, cual mariposas sobre las flores, esparciendo toda clase de aromas y perfumes.

El espectáculo era brillante; pero el malestar se reflejaba en todas las fisonomías, no sólo por el aburrimiento presente, sino por la expectativa de las dos horas que debía permanecer cada espectador en su puesto, ante la estrada donde, formados en medio círculo los coristas, lucian sus negros fracs, y las coristas sus vestidos de muselina blanca, impasibles como si estuvieran en actitud de fotografiarse. La orquesta es-

taba oculta detras de una espesa línea de arbustos, aunque no tanto que no la denunciáran los mangos de los contrabajos. ¡Oh! ya conocian los espectadores el suplicio de la música, que figuraba entre las fatigas de su invierno y sus crueles carreras mundanales; así es que, fijándose un poco, no se hubiera encontrado más cara verdaderamente satisfecha y sonriente que la de madama Roumestan. No porque su sonrisa fuera de esas que la dueña de la casa está obligada á mostrar á sus huéspedes, sin perjuicio de cambiarla en expresion de fatiga y de ódio cuando cree que no la miran, sino porque era realmente feliz, porque se creía amada, porque recomenzaba la vida para ella. ¡Oh ternura inagotable de un corazón que no ha palpitado más que una vez! Rosalia volvía á creer en su Numa, tan bueno, tan amante desde hacia algun tiempo. Pareciale que sus dos corazones volvian á encontrarse despues de larga ausencia. Sin preocuparse del origen del renacimiento de su ternura, ella volvía á encontrarlo amante y jóven como cuando se conocieron.

Tambien Hortensia estaba muy linda con su vestido azul, todo cubierto de tul del mismo color, inclinando algo hacía adelante su esbelto talle; pero el estreno de su músico le preocupaba, preguntándose á sí misma si á aquel público refinado agradaría la música campestre y de carácter local, y si no hubiera valido más, como decia Rosalia, encuadrar el tamborin en un marco de sombríos olivares y de colinas accidentadas.... Silenciosa, conmovida, la jóven contaba en el programa del concierto todo lo que debía tocarse y cantarse ántes de que llegara el turno á Valmajour....

Al fin el concierto comenzó; los coristas se pusieron en pié con sus papeles en la mano y entonaron el coro de Glük....

¡Ah! en este bosque funesto y sombrío....

El gusto de la música se ha generalizado en Francia desde

hace algunos años. En París sobre todo, los conciertos dominigueros, los de la Semana Santa, y una porción de sociedades particulares, han sobreexcitado el sentimiento público y vulgarizado las obras clásicas de los grandes maestros, poniendo á la moda la erudición musical; pero en el fondo, París es demasiado vivo, y, por decirlo así, cerebral, para ser muy apasionado por la música, que nos absorbe é inmoviliza, dejándonos sin voz y sin pensamiento, meciéndonos y adormeciéndonos, magnetizándonos con una pasión que no tiene realidad, vacía hasta el aburrimiento. ¡El aburrimiento! Tal era la nota dominante en el concierto del Ministerio de Instrucción pública. A pesar y bajo la falsa admiración exigida por el bien parecer, el aburrimiento subía poco á poco, apagaba la sonrisa y el brillo de los ojos, deshacía las lindas y lánguidas posturas, las actitudes de atención, y las largas filas de sillas se removían, como fatigadas de no poder cambiar de postura, como para reanimarse, en medio de los «bravo..... divino..... delicioso.....!», acabando por sucumbir al adormecimiento invasor que se desgajaba, elevándose como la nieve, hasta extenderse á lo lejos, mezclándose en la indiferencia de los artistas, que desfilaban unos tras otros sobre la estrada.

Sin embargo, el Ministro había reunido allí á los más famosos é ilustres de París. La Vanters canta como nadie el *Apaisement*, bella romanza de Beethoven; pero hace ya treinta años que la canta, y las cuerdas de su instrumento se han gastado á fuerza de usarse, y la garganta de una cantatriz no puede renovarse como las cuerdas de una guitarra. Su arte, su método, sus actitudes, son siempre las de la gran artista; pero su voz se ha extinguido y no puede dar ya las notas de otros tiempos.

¿Quién otro que Mayol, el hermano Mayol, sabría cantar la serenata de *Don Juan* con tanta delicadeza, con tanta pasión?

Desgraciadamente ya no se le oye, por más que se levante sobre las puntas de los piés, con el cuello extendido, hilando la voz hasta el fin y acompañándola con el gesto desenvuelto de la hilandera, que estruja la lana entre el índice y el pulgar.... Nada sale.... nada. París, que agradece sus pasados placeres, los aplaude sin embargo; pero sus voces usadas, sus fisonomías envejecidas y demasiado conocidas, especie de medallas cuya constante circulación ha borrado la efigie, no bastan á disipar la niebla del aburrimiento que se cierne sobre la fiesta ministerial, á pesar de los esfuerzos que hace Roumestan para reanimarla lanzando bravos de entusiasmo en medio del grupo de los fracs negros, y tratando de hacer callar á los que hablan en los salones contiguos sin preocuparse del concierto.

Alisa Bachellery aparece en la escena, y su presencia despierta y remueve á todo el mundo. La masa de los fracs negros que llenaba ambas puertas de la sala invade ésta, empujada por la que llena los salones, excitada por la curiosidad de ver á la pequeña *diva*, que se presenta en la estrada con la faldamenta corta de una niña, con la boca entreabierta, como si la sorprendiera la presencia de tanta gente.... «*Calientes, calientes, á los panecillos de harina de flor*», cantaban entre dientes los jóvenes de los clubs, con el gesto canallesco exigido por el fin de la copla. Los viejos profesores de la Universidad se acercaban impacientes, alargando el cuello y torciendo la cabeza para oír mejor y no perder la más mínima intención de la canción picaresca puesta en moda. La desilusión fué completa cuando la *chiquilla*, con una vocecilla corta, entona un gran aire de *Alceste*, que acompaña la Vanters, animándola desde los bastidores. Las caras se alargan, los fracs desertan y recomienzan á errar, tanto más libremente, cuanto que el Ministro ya no los vigila, por haberse ido al fondo del último salón, llevando del brazo á Mr. de Boo, aturdido de recibir tal honor.... ¿Qué se habían hecho veinte años de

tribunal y quince de tribuna parlamentaria? Habian hecho á Numa ser bastante dueño de sí mismo para guardar en medio de las sesiones más agitadas y de las interrupciones más violentas la idea fija y la sangre fría del *jacland*, que pesca en plena tormenta; pero en cuanto la pasión se mezcló, se encontró débil entre los débiles, temblando y cobarde hasta el punto de buscar apoyo en el brazo de un imbécil antes que escuchar la menor crítica de su ídolo.

—Perdonad, os dejo.... ya estamos en el entreaeto.... dijo devolviendo á su oscuridad al jóven funcionario del tribunal de Cuentas, que no volverá á salir de ella.

Todo el mundo corre hácia el aparador; todos aquellos desgraciados, á quienes han devuelto el movimiento y la palabra, parecen rejuvenecidos y procuran hacer creer á Numa que su protegida ha obtenido un éxito completo. Lo rodean y lo felicitan; el uno le dice que ha estado divina; el otro que deliciosa; mas nadie le habla de lo que le interesa; y viendo á Cardaillac que pasa cerca de él, andando de lado para hacerse camino entre la apretada multitud, sirviéndose de su ancho hombro, cual pudiera de una palanca, le dice:

—¡Y bien! ¿Qué os ha parecido?

—¿Quién?

—La pequeña, dijo Numa, procurando aparecer indiferente.

El otro, que era listo, comprendió y respondió sin vacilar:

—¡Es una revelacion!....

Al enamorado Ministro le subian los colores al rostro, como si tuviera veinte años, y añadió:

—De manera que la creéis buena para la ópera....

—Sin duda.... Pero necesita quien sepa mostrarla; esto lo dijo Cardaillac riendo maliciosamente, como quien dice: «Eso depende de mí.» El Ministro corrió á llevar la buena nueva á la señorita Alisa, mientras Cardaillac continuó en la direc-

ción del aparador, que se veía en el fondo de una sala, cuyas paredes ostentaban adornos de oro sobre fondo oscuro. A pesar de la severidad sombría de la sala, del ademan tieso y majestuoso de los maestresalas, el mal humor y el fastidio se disiparon ante el inmenso mostrador cargado de cristalerías, de frutas, de pirámides de emparedados y de toda clase de golosinas apetitosas y suculentas. La humanidad recobraba sus derechos.... Las actitudes eran ansiosas; las miradas voraces. Entre el menor espacio libre, entre dos *coursés*, entre dos cabezas inclinadas sobre la tajada de salmón ó el ala de pollo, un brazo se adelantaba buscando un tenedor ó un panecillo, rozando la manga negra ó la reluciente charratera con el polvo de arroz que blanqueaba el redondo hombro ó el largo cuello. Se hablaba con animación; brillaban los ojos; las risas resonaban bajo la influencia de los vinos espumosos. Cruzábanse palabras sueltas, frases interrumpidas, respuestas á preguntas ya olvidadas. De un rincón salían gritos indignados. «¡Qué horror!.... ¡Es espantoso!....» decían en torno del sabio Buhul, el enemigo de las mujeres, que continuaba hablando mal del sexo débil....

Una querrela de músicos:

—¡Ah! querido, tened cuidado.... Negais lo que veis....

—¿Es verdad que no tiene más que quince años?

—Diez y seis años de cureña y otros cuantos de botella.

—¡Mayol!.... ¡Vamos allá, Mayol! Eso acabó; está vacío. Y sin embargo, la ópera le da todas las noches dos mil francos....

—Sí, pero gasta mil en que los alabarderos le aplaudan, y el empresario Cardaillac le gana los otros mil al tresillo.

—Burdeos.... Chocolate.... Champagne....

—....que venga á explicarse en el seno de la Comisión.

La señorita Le Quesnoy, que estaba muy rodeada de adoradores, recomendaba su tamborilero á un periodista

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS  
FÍSICO-MATEMÁTICAS  
CALLE 25 DE MAYO, 210

jero, cara impudente y aplastada, suplicándole que no se fuera hasta el fin; reñía á Mejean, que no la apoyaba, tratándolo de falso meridional, de renegado. En el grupo inmediato se agitaba acalorada discusión política. Una boca que no respiraba más que odio se avanzaba con espumarajos entre los dientes, machacando las palabras para emponzoñarlas, y decía:

—Aquí hay todo lo que la demagogia tiene de más subversivo....

—Ese es un Marat conservador, dijo una voz que se perdió entre el confuso rumor de las conversaciones, del choque de los platos y de los vasos, que el timbre de la voz resonante de Roumestan dominó inopinadamente diciendo: «¡Señores, señoras, pronto!.... Vais á perder la sonata en fa.»

Signió á estas palabras profundo silencio, y la larga procesion de los aburridos, que más parecían arrastrarse que andar, recomenzó á lo largo de los salones. Las mujeres parecían desesperadas, como cautivas á quienes se vuelve á la mazmorra despues de una hora de paseo en el campo. Los conciertos, las sinfonías se suceden; el hermoso Mayol recomienza á gesticular, y la Vauters á tentar las cuerdas de su voz. De repente hubo un movimiento de vida, de curiosidad, semejante al que produjo la presencia de la Bachellery; produciolo el tamborin de Valmajour; la aparicion del soberbio campesino, con su chambergo inclinado sobre la oreja, la faja encarnada ceñida á la cintura, y la chaqueta colgada al hombro, idea de Oliverta, producida por su instinto de mujer, que esperaba produjera efecto por el contraste con los nuevos fracs. Que sea enhorabuena; al ménos todo esto es nuevo, imprevisto; así el artista como su tambor y su pito, y los lindos aires de sus dos instrumentos, producen un estremecimiento despertador de las sensaciones de todas aquellas señoras. Al público, fatigado con la música y los artistas que ya está cansado de oír, le conmueven las notas frescas y embalsamadas

de aromas silvestres de los estribillos de la Francia antigua, y por todas partes resuenan en la sala los «¡Bravo! ¡Bravo!.... ¡Que se repita!....» Y cuando comienza la *Marcha de Turena* con un ritmo amplio y guerrero, que la orquesta acompaña á la sordina, el delirio llega á su colmo. Oblíganle á repetirla hasta diez veces; Numa toma entónces por su cuenta la fantasía de las señoras, y cuenta cómo ha descubierto aquel genio, explica la maravilla del flautin, y da detalles sobre el antiguo castillo de los Valmajour.

—¿Se llama de véras Valmajour?

—Seguramente.... Es el último vástago de los principes de Baux.

La leyenda corre los salones; se poetiza; en fin, una verdadera novela de Jorge Sand.

—Yo tengo los pergaminos, dice Bompard con tono que no admite réplica. En medio de aquel entusiasmo más ó ménos ficticio, un corazón se conmueve, una cabecilla se embriaga tomando por lo serio aquellos bravos y aquellas leyendas. Sin decir palabra, sin aplaudir, con los ojos fijos, extraviados, sigue, balanceando su esbelto y ligero talle, cual si soñára, las cadencias de la heroica marcha.... Era Hortensia, que soñaba encontrarse allá abajo, en la Provenza, en la alta plataforma del castillo, dominando la campiña iluminada por el sol poniente, mientras el músico le daba la bienvenida, como á una dama de las cortes de amor, que con ruda gracia ponía en las cuerdas de su tamborin la flor del granado silvestre. Este recuerdo la conmovia deliciosamente, y apoyando la cabeza en el hombro de su hermana, le decía en voz baja: «¡Oh, qué bien me encuentro!»

Profundo era el sentimiento que la dominaba, pero á Rosalia no le llamó la atención por entónces.

—¡Hola, hola! ¡bravo, Valmajour!.... ¡Cuando yo os lo decía!.... ¡Qué éxito! ¿eh? exclamaba Roumestan en el

saloncito en que habian preparado una cena para los artistas, que encontraban muy exagerados los aplausos al pito y al tamborin. La pequeña Bachellery no se encontraba enfadada; representaba su papel de niña entre un grupo de jóvenes *gomosos*, riendo, mariposeando y mordiendo como un colegial, sin ceremonias, un panecillo y una lonja de jamon. Luego ensayaba el flautin de Valmajour.

—Ved, señor Ministro, qué bien toco el pito; pero aperci- biendo á Cardaillac detras de Su Excelencia, haciendo una pirueta, le ofreció su frente de *chiquilla* para que la besara, diciéndole:

—Un beso, tito.

Aquel era un parentesco fantástico, una adopcion de basti- dores,

—Bien haces el papel de falsa aturdida, murmuró el Em- presario, aunque no tan alto que ella pudiera oírle, pues ya veía en ella una pensionista influyente.

Valmajaour mostraba su necesidad rodeado de mujeres y de periodistas, en pié, delante de la chimenea. El corresponsal de un periódico extranjero lo interrogaba brutalmente, mas sin lograr turbarle. El campesino le respondia repitiendo su estereotipada relacion. *Así es como se me ocurrió, durante la noche, oyendo cantar el ruiseñor.* Interrumpióle la señorita Le Quesnoy, ofreciéndole un plato y una copa, llenados á su intencion, y diciéndole:

—Buenos dias, señor.... Yo tambien os traigo la merien- da. Ella habia interrumpido y cortado el efecto de la relacion del artista, quien se contentó con responderle inclinando lige- ramente la cabeza y mostrándole la chimenea para que de- positara en ella su ofrenda, diciéndole brutalmente: «Bien, bien.... Poned eso allí....», y continuó su historia. Sin des- alentarse, Hortensia esperó que concluyera para preguntarle por su hermana.

—; Qué contenta se pondrá!

—Sí, esto no ha ido del todo mal.

El pobre hombre estaba infatuado y retorcia el negro bi- gote, dirigiendo en torno snyo miradas inquietas. Habíale dicho que el Director de la Ópera queria hacerle proposicio- nes, y lo buscaba con la vista, sintiéndose ya mordido por los celos de actor, sorprendiéndole que pudieran ocuparse duran- te tanto tiempo de una cantarina tal como la Bachellery. Preocupado con este pensamiento, apenas se dignaba prestar atencion á su jóven protectora, que estaba delante de él con el abanico en la mano, en esa graciosa actitud de confiada desenvoltura que produce el roce del gran mundo. Ella, sin embargo, lo amaba así; desdeñoso y frio para todo lo que no era su arte. Ella lo admiraba al ver la altanería con que es- cuchaba el bombardeo de cumplimientos con que trataba de aturdirlo el tuno de Cardaillac.

—Sí.... sí.... os lo digo como lo pienso.... Teneis talen- to.... y muy original .... muy nuevo.... Yo quiero que sea el teatro de la Ópera donde os estreneis ante el público.... Yo buscaré ocasion para presentaros. Desde hoy os podeis consi- derar como de la casa.

Valmajour pensaba en el papel sellado que tenia en el bol- sillo; pero el otro, como si adivinara esta preocupacion, le tendió su mano ligero y le dijo:

—Querido; hé aquí nuestro compromiso.... Y señalándole con el dedo á Mayol y á la Vanters, felizmente ocupados en otra cosa, añadió: «Preguntad á vuestros camaradas lo que vale la palabra de Cardaillac.»

Diciendo esto, volvióle la espalda y se fué al baile. Los sa- lones no estaban ya tan llenos de gentes, pero sí más ani- mados, y la admirable orquesta se vengaba de las tres horas de música clásica con los valeses más vivos.

Los graves y elevados personajes se habian marchado, de-

jando el campo libre á la juventud, ansiosa de bailar á sus anchas aturdiéndose, dando vueltas y más vueltas, que la excitaba hasta el delirio; pero ni aun entónces perdió la política sus derechos, ni pudo realizarse la fusión soñada por Roumestan. De los dos salones en que todavía se bailaba, al uno le llamaron del centro izquierdo, y al otro del blanco de lis más puro, á pesar de los esfuerzos de Hortensia para ligar los dos campos. La cuñada del Ministro, hija del primer Presidente, era por todos muy obsequiada, gracias á su arte y á su influencia. Lappaza, muy excitado, mientras bailaba con ella le recordaba que Su Excelencia le había permitido esperar.... Concluido el vals, ella lo abandonaba sin darle tiempo para concluir, y se dirigía á Mejean, que no bailaba, diciéndole:

— ¡Vaya un aspecto de hombre grave y razonable que tenéis!

El le tomaba una mano y le decía: «Sentaos aquí; tengo algo que deciros.... Autorizado por mi Ministro....» El sonreía conmovido, y en el temblor de sus labios Hortensia comprendía, y se levantaba sin dejarle concluir: «No, no.... esta noche yo no puedo escuchar nada; bailo....» Y se salvaba en los brazos de Rochemaure, que acababa de invitarla para el cotillon. Enamorado de ella también, aunque no fuese más que por imitar á Lappaza, el joven se atrevió á pronunciar una palabra, á la que Hortensia respondió con una carcajada que, á pesar del ruido, se oyó en todo el salón; y cuando la figura de las bandas terminó, se acercó á su hermana y le dijo en voz baja:

— Estoy lucida.... Numa me ha ofrecido en matrimonio á sus tres secretarios.

— Y tú ¿con cuál te quedas?

Antes de que respondiera se oyó un redoble del tamborin... «¡La farandola.... la farandola!....» El Ministro había

preparado una sorpresa á sus invitados: la farandola para concluir el cotillon.... «Pero ¿cómo se baila esto?» decían los que no eran meridionales.... Las manos se atraen unas á otras y se agarran, y esta vez al ménos se mezclan y se confunden los blancos y los azules. Bompard explica á las señoritas que lo ignoran lo que han de hacer para ser grandes farandoleras; Hortensia se pone á la cabeza, y la farandola se desarrolló á través de los grandes salones, seguida de Valmajour, que tocaba con gravedad soberbia, orgulloso de su éxito y de las miradas que le valen su varonil y robusto contorno y su vestido original. «¿No es verdad, decía Roumestan, que es todo un real mozo?.... ¡Parece un pastor griego!» De sala en sala la rústica danza gana prosélitos, se aumenta la rapidez de su movimiento, de manera que á los bailarines les parece que las figuras de los tapices que adornan las paredes bailan también, aunque andando en sentido contrario, hasta convertirse en marcha su carrera desenfrenada y loca como la de ellos.

Allá abajo en el fondo, Cardillac, pegado al aparador, con un plato y un vaso en las manos, oye, come y bebe, henchido de ese calor que produce el placer, á pesar de su frío escepticismo: «Recuerda, chico, decía á Boissarie.... Cuando se va á un baile se debe permanecer hasta el fin.... Hay en el aire algo de música, y el polvo huele bien; todos sienten una casi embriaguez que afina las sensaciones y que debemos saborear con un trozo de ave fiambre regada con vino helado.... ¿Qué te parece?.... Mira aquello....»

En el espejo se veía desfilan la farandola; los brazos extendidos formaban un cordon alternado de negro y claro.... «¿No es verdad que vale la pena de verse?... ¡Y el fantasma que cierra la marcha!.... ¡Vaya un perfil!....» Luego añadió friamente poniendo el vaso en el aparador: «Sin embargo, el dinero que ése gane que me lo claven en la frente.»

## El Norte y el Mediodía.

Entre el presidente Le Quesnoy y su yerno nunca hubo grandes simpatías. Ni el tiempo, ni las frecuentes relaciones, ni los lazos de parentesco bastaron á disminuir la distancia que separaba á aquellas dos naturalezas, á vencer el frío temor que sentía el meridional ante aquel gran silencio, con altiva y pálida cabeza, cuya mirada profunda bastaba para helar su charlatanería. Numa, móvil, flotante, desbordado siempre por su palabra, á un tiempo ardiente y complicada, se sublevaba contra la lógica, la rectitud y la rigidez de su suegro; y aunque envidioso de sus cualidades, las atribuía á la frialdad del hombre del Norte, del extremo Norte, de donde el Presidente procedía.

—Tras él sigue el oso blanco..... y despues..... nada, el polo y la muerte.

Sin embargo, le adulaba, procuraba seducirlo, engolosinarlo con anzuelos bien provistos; pero el galo, más sutil que él, no se dejaba engañar. Cuando los domingos hablaban de política en el comedor del viejo Le Quesnoy; cuando Numa, enternecido por la buena mesa, procuraba hacer creer al suegro que en realidad no diferían tanto en opiniones; que ambos querían la misma cosa, es decir, la libertad, era digna de ver la resolución con que el Presidente se sublevaba contra él negando sus afirmaciones.

—; Ah! vuestra libertad no es la mia.

Y con cuatro argumentos claros y duros restablecía las distancias, desenmascaraba las palabras y mostraba que no se dejaba sorprender por sus añagazas; el abogado salía del apuro echándolo á broma, aunque ofendido en el fondo, sobre todo á causa de su mujer, que oía y miraba, aunque sin mezclarse nunca en las cuestiones políticas. Entónces, al volver por la noche á casa en su carruaje, él se esforzaba en probarle que su padre carecía de sentido comun. «; Ah! si no hubiera sido por ella, ya le hubiera puesto él entre la espada y la pared.» Para no irritar á su marido, Rosalia se guardaba bien de tomar la defensa de su padre, diciendo:

—Sí, es una desgracia que no podáis entenderos.....

En lugar de disminuirla, la elevacion de Roumestan al Ministerio aumentó la frialdad entre aquellos dos hombres. Le Quesnoy se negó resneltamente á presentarse en las soirées del Ministerio, explicándose á este propósito categóricamente con su hija:

—Dícelo á tu marido..... él puede venir á verme, y con la mayor frecuencia que le sea posible; haciéndolo así me dará gusto; pero no iré nunca al palacio del Ministro, porque yo sé lo que esas gentes preparan y no quiero que me tomen por su cómplice.

Por lo demas, la inconveniencia de que el suegro no asistiera á los saraos del yerno se disimulaba á los ojos del mundo por el luto del corazón que tenía á los Le Quesnoy alejados del mundo hacía ya mucho tiempo. Por otra parte, el Ministro de Instrucción pública se hubiera visto probablemente muy embarazado al ver en sus salones á aquel vigoroso contradictor, ante el cual él parecía un chiquillo; pero mostrábase, sin embargo, ofendido de la resolución de su suegro, y como buen cómico, se colocó en una actitud de dignidad, tomándola por pretexto para no acudir exactamente á las co-

midas de los domingos. Rosalía iba con frecuencia sola y procuraba disculpar á su marido con cualquiera de los mil pretextos, tales como las comisiones, las reuniones, los banquetes obligatorios, que dan á los hombres políticos tanta libertad.

En cambio ella no faltaba ningun domingo, gozosa de desquitarse en el hogar de sus padres, satisfaciendo ese gusto de la vida de familia, que su existencia oficial no le dejaba tiempo para satisfacer en el suyo. Cuando Rosalía llegaba, su madre solia estar todavía en la iglesia con Hortensia, y estaba segura de encontrar solo á su padre en la biblioteca, larga pieza, cubierta de libros de arriba abajo, encerrado con aquellos amigos mudos, confidentes intelectuales, únicos compatibles con su sombrío dolor.

El Presidente no se sentaba para leer; inspeccionaba los estantes, abria un libro para hojearlo, y sin apercibirse leia en pié y sin fatiga durante horas enteras. Cuando entraba su hija, él sonreia ligeramente; cambiaban pocas palabras, porque no eran habladores, y ella también, al lado de su padre, pasaba revista á sus autores queridos, escogiéndolos y hojeándolos, á pesar de la escasa claridad que habia en la biblioteca. Algunas veces él le daba un libro entreabierto, diciéndole:

— Lee eso — marcándole el sitio con la uña; y cuando ella habia leído, él continuaba diciendo:

— ¿ No es verdad que es muy bueno ?

Tal era el mayor placer para aquella jóven, á quien la vida ofrecia cuanto puede dar de brillante y de suntuoso. Aquella hora pasada junto á su padre, viejo y triste, aumentaba su adoracion filial con intimos lazos intelectuales. Ella le debia la rectitud de sus pensamientos, el sentimiento de justicia que le daba tanto valor, al mismo tiempo que su gusto artístico, su amor á la pintura y á los buenos versos; porque el continuo manejo del Código no habia en Le Quesnoy osificado al

hombre. A su madre la amaba Rosalía, la veneraba, aunque se sublevaba un poco contra la sencillez de su carácter, demasiado blando, que la anulaba hasta en su misma casa, y á quien el dolor, que eleva á ciertas almas, la encorvaba hasta la tierra, sumergiéndola en las más vulgares preocupaciones femeninas, en la devocion y en las menudencias domésticas. Era más jóven que su marido, y la hacia parecer más anciana su conversacion de pobre mujer, conversacion que envejecia, entristeciéndose como ella, buscando los cálidos rincones de sus recuerdos de la infancia, pasada en una posesion del Mediodía. Mas la iglesia, sobre todo, se habia enseñoreado de ella, y desde la muerte de su hijo iba á adormecer su pena en el silencio y oscuridad del templo, como en la paz del claustro, defendido del estrépito de la vida por las macizas puertas, con ese egoismo devoto y cobarde de las desesperaciones que, absortas al pié del altar, se desligan de los cuidados y deberes de la vida.

Rosalía era jóven cuando murió su hermano, y no dejó de sorprenderla la manera distinta con que sus padres sentian desgracia tan grande: la madre renunciaba á todo y se abismaba en una religion llorosa; el padre sacaba fuerzas de flaqueza, cumpliendo con sus deberes, y esta diferencia produjo, por una eleccion de su razon, la preferencia por su padre. El casamiento, la vida comun, las exageraciones, las mentiras, las locuras de su meridional, aumentaban el encanto y hacian que le pareciera más dulce el abrigo de la biblioteca silenciosa, en la que se refugiaba huyendo de los grandiosos y frios palacios oficiales, en los que viven los ministros como los transeuntes en espléndidos hoteles. En medio de la tranquila conversacion oian el ruido de una puerta, los crujidos de la seda, y Hortensia entraba.

— ¡ Ah ! ya sabia yo que te encontraría aquí....

A Hortensia no le gustaba leer; hasta las novelas la abur-

rian; nunca le parecían bastante románticas á su exaltada mente.

Después de dar vueltas por la biblioteca durante cinco minutos sin quitarse el sombrero, decía :

—¿No te parece, Rosalía, que con todos esos papelotes aquí huele mal?.... Vaya, vénteme conmigo.... Ya has estado bastante con papá; ahora me perteneces.

Conducíala á su habitación, en la que también había vivido Rosalía hasta los veinte años, y gozaba durante una hora de conversacion, viendo los objetos que le habían pertenecido: su lecho, su pupitre, la biblioteca, en la que recordaba algo de su infancia leyendo los títulos de los libros, y en la puerilidad de mil cosillas insignificantes, cuidadosamente conservadas. En aquella habitación de niña, más elegantemente adornada que en su tiempo, ella volvía á encontrar sus pensamientos en todos los rincones. Ahora había más elegancia y ménos orden; veíanse dos ó tres obras de costura, empezadas y abandonadas, en el respaldo de las sillas; estaba abierto el pupitre, cubierto de papeles; siempre, cuando entraba, había que emplear un minuto para restablecer el orden en la habitación.

—Es el viento, decía Hortensia riéndose; sabe que lo adoro y habrá entrado para ver si yo estaba.

—Habrán dejado la ventana abierta, respondió Rosalía tranquilamente.... Pero no sé cómo puedes vivir aquí.... yo no puedo ni pensar cuando cada cosa no está en su sitio. Y se levantaba para poner derecho un cuadro colgado en la pared, que fatigaba su vista, tan amiga de la simetría como su espíritu.

—Pues á mí me sucede todo lo contrario.... el desorden me agrada porque me parece que estoy de viaje.

Esta diferencia de caracteres y de gusto se revelaba en la fisonomía de las dos hermanas. La de Rosalía era regular, de

gran pureza en las líneas; sus ojos eran serenos y de color cambiante, como las olas cuando la mar es profunda; las facciones de la otra eran desordenadas; tenía el color mate de la criolla y la expresión espiritual. El Norte y el Mediodía, del padre y de la madre; dos temperamentos muy distintos, que se habían unido sin confundirse, perpetuaban cada cual su raza, á pesar de la vida en común, de la educación recibida por ambas en un gran colegio, donde Hortensia recibía de los mismos maestros, pocos años después, la educación escolar que había hecho de su hermana una mujer seria, reflexiva, ocupada de lo presente, y que se absorbía en sus menores actos, y á ella la dejaba atormentada, quimérica, inquieto el espíritu, y siempre removiéndose. Viéndola tan agitada, Rosalía exclamaba algunas veces :

—Yo soy muy feliz porque no tengo imaginación.

—Yo no tengo otra cosa, decía Hortensia, y recordaba que en la clase de Mr. Baledony, encargado de enseñarles á tener estilo y á desarrollar el pensamiento, á lo que él llamaba pomposamente su clase de imaginación, Rosalía no adelantaba y expresaba todas las cosas con algunas concisas palabras, mientras que con lo que ella decía podrían llenarse muchos volúmenes. «El premio de imaginación es el único que obtuve en el colegio», solía decir Hortensia. A pesar de todo, estaban tiernamente unidas con una de esas afecciones naturales entre hermana mayor y menor, en las que entra algo del sentimiento filial y del maternal. Rosalía la llevaba á todas partes, al baile, á casa de sus amigas, á las tiendas, que tanto afinan el gusto de las parisienses. Aun después de salir del colegio continuó siendo su madrecita, y por el momento se ocupaba en buscarle marido que fuera compañero tranquilo y seguro, necesario para aquella loquilla, brazo sólido que la impidiera caer. Para esto Mejean era el hombre indicado; pero Hortensia, que al principio no dijo

que no, mostró por él de repente gran antipatía. Al día siguiente del sarao ministerial, donde Rosalia descubrió con sorpresa la emoción, la turbación de su hermana, ambas tuvieron una explicación.

— ¡Oh, sí, él es bueno y yo le quiero, decía Hortensia.... es un amigo leal, de esos que quisiera una tener á su lado toda la vida; pero no es el marido que me conviene.

— ¿Por qué?

— Te vas á reír.... pues no es más sino porque no habla bastante á mi imaginación.... Casarme con él me produce el efecto de una casa burguesa, rectangular, al final de una alameda recta como una L.; y tú sabes que á mí me gusta lo imprevisto, la sorpresa....

— Entónces te gustará Mr. Lappaza.

— Mil gracias; él preferiría su sastre á mí.

— ¿Acaso Mr. de Rochemaure?

— ¿El papelista modelo?..... A mí me causan horror los papeles.

Y como la inquietud de Rosalia la estrechaba, queriendo saber é interrogándola, Hortensia acabó por decir:

— ¿Qué es lo que yo quisiera? dijo la jóven, cuyas mejillas se colorearon súbitamente.... ¿Lo que yo quisiera?.... Su voz cambió, y con expresión muy cómica agregó: «Quisiera casarme con Bompard; sí, Bompard es el marido de mis sueños. Al ménos ese tiene mucha imaginación.... recursos contra la monotonía».

Al decir esto se levantó y recorrió á grandes pasos el cuarto, pareciendo preocupada. Según ella, no conocían á Bompard.

— ¡Qué fiereza, qué dignidad y qué lógica en su locura! Numa quería darle un empleo cerca de él y no lo quiso, prefiriendo vivir con sus quimeras. ¡Y se acusa á la gente del Mediodía de no ser práctica, industriosa.... Él hace mentir la

leyenda.... Mira, en este momento, según me contaba en el baile de la otra noche, se ocupa en hacer empollar huevos de avestruz.... Nada ménos que una empolladura artificial.... Está seguro de ganar muchos millones.... y es más feliz que si los tuviera.... Ese hombre es una fantasmagoría perpetua.... ¡Qué me casen con Bompard; no quiero más que á Bompard.

— Vaya, hoy ya no podré saber nada, pensaba la hermana mayor, que creía adivinar algo oculto tras de aquella palabrería.

Un domingo encontró Rosalia, al llegar á casa de sus padres, á la madre, que la esperaba en la antesala, y que le dijo con ademán misterioso:

— En el salón hay una señora del Mediodía.

— ¿Es la tía Portal?

— Vas á ver....

No era la tía Portal, sino una engalanada provenzala, cuya rústica reverencia terminó con una risotada chillona.

— ¡Hortensia!

Las faldas le llegaban apenas á los zapatos escotados; á la cintura la hacían parecer más ancha los pliegues de tal del gran pañuelo, y la fisonomía de Hortensia, encuadrada en las ondas de la cabellera retenida por la cofia de terciopelo picoteado y bordado con mariposas de azabache, la habían transformado en una perfecta provenzala.

— ¿No te parece que está muy linda? decía la madre, encantada con aquella personificación viviente del país en que pasó la juventud.

Rosalia, lejos de entusiasmarse como su madre, se estremeció sobrecogida de una tristeza inconsciente, como si aquel vestido le arrebatara á su hermana, llevándosela lejos, muy lejos.

— ¡Vaya una fantasía!....

—Te sienta muy bien; pero me gustas más vestida á la parisiense.... ¿Quién te ha vestido así?

—Oliverta Valmajour, que acaba de marcharse.

—¿Cómo! ¿Viene con frecuencia? dijo Rosalía, pasando á su habitacion para dejar el sombrero..... ¡Qué amistad!.... Voy á tener celos.

Hortensia se defendió sin poder ocultar su turbacion, diciendo que á su madre le gustaba verla en casa vestida al uso del Mediodía.

—¿No es verdad, mamá? gritó desde una á otra habitacion. Además, esa pobre mujer estaba tan aislada en Paris, é interesa tanto su ciega adhesión al genio de su hermano....

—¿Al genio?.... dijo la hermana mayor meneando la cabeza.

—¿Qué te extraña? ¿No viste en el sarao de la otra noche el efecto que produjo? En todas partes lo produjo igual. Y como Rosalía respondiera que debía tenerse en cuenta para apreciar el verdadero valor de esos éxitos mundanos, su carácter de particulares, el deseo de complacer al anfitrión, la excitación y el capricho de una fiesta, la otra respondió:

—En fin, él está ya en la Opera.

La cinta de terciopelo se agitaba sobre la sublevada cofia, como si verdaderamente cubriera una de las cabecillas exaltadas, cuyo fiero perfil rodea allá abajo. Además, los Valmajour no eran campesinos como los otros, sino los últimos representantes de una noble familia caída....

Rosalía, en pié delante de la cabecilla caliente de su hermana, volvióse riendo, y dijo:

—¿Cómo! ¿Tú crees en esa leyenda?

—¡Ya lo creo!.... Proceden directamente de los Príncipes de Baux.... Allí tienen los pergaminos y las armas de piedra sobre la puerta rústica, que dan fe. El día que quieran....

Rosalía se estremeció. Detrás del campesino que tocaba el

flautin asomaba el Príncipe. Para la que habia ganado el premio de imaginación en el colegio aquello podia ser peligroso.

—Nada de eso es verdad, dijo, dejando de reír.... En los arrabales de Aps hay diez familias que usan el mismo apellido, de origen noble. Los que te han dicho otra cosa han mentido por vanidad, por....

—Pues era Numa, tu marido, quien la otra noche, en el Ministerio, lo contaba con todos sus pormenores.

—¡Oh! Con él, ya sabes.... siempre hay que poner los puntos sobre las íes....

Hortensia ya no la escuchaba: habíase ido al salón, y sentada al piano, entonaba con voz vibrante la conocida canción provenzal:

*Moun'as passa la nativado  
Mourbicá, Marioua....*

La jóven cantaba con aire grave, con tono de canto llano, una antigua canción, popular en Provenza, que Numa le había enseñado, y que él se divertía en hacérsela cantar con su acento parisiense, que resbalando sobre las articulaciones meridionales, se parecía al italiano pronunciado por una inglesa. La canción que Hortensia cantaba, decía así:

«¿Dónde has pasado la mañana, voto á cribas, Mari-cuela?

» En la fuente, á buscar agua, santo Dios, amigo mio.

» ¿Con quién hablabas allí, voto á cribas, Maricuela?

» Con una de mis camaradas, santo Dios, amigo mio.

» Las mujeres no gastan bragueta, voto á cribas, Mari-cuela.

» Era su ropa arrugada, santo Dios, amigo mio.

» Las mujeres no gastan espada, voto á cribas, Maricuela.

» Era su rueca que le colgaba, santo Dios, amigo mio.

- » Las mujeres no tienen bigote, voto á cribas, Maricuela.
- » Era que comía moras, santo Dios, amigo mio.
- » En el mes de Mayo no hay moras, voto á cribas, Maricuela.
- » Era una rama del otoño, santo Dios, amigo mio.
- » Pues anda y traeme un puñado, voto á cribas, Maricuela.
- » Los pajarillos se las han comido, santo Dios, amigo mio.
- » ¡ Maricuela!.... Te cortaré la cabeza, voto á cribas, Maricuela.»

Al llegar aquí, Hortensia se interrumpió para lanzar un gesto, diciendo con la entonación con que Numa acostumbraba á hacerlo cuando se exaltaba: «Esto.... ya lo veis, hijos míos, es tan hermoso como lo mejor de Shakespeare.»

— Sí; es un cuadro de costumbres, dijo Rosalía acercándose á su hermana.... Un marido grosero, brutal; una mujer falsa y embustera.... Un verdadero matrimonio meridional.

— ¡ Oh, hija mía! dijo madama Le Quesnoy con tono de dulce reconvención, propio de viejas querellas olvidadas. Tornóse bruscamente el taburete del piano, y apareció cara á cara, frente á Rosalía, el indignado bonete de la falsa provenzala.

— ¡ Eso es demasiado! ¿ Qué mal te ha hecho el Mediodía? Sabe que yo lo adoro. Yo no lo conocía; pero el viaje que me hiciste hacer me ha revelado en él mi verdadera patria. Aunque me hayan bautizado en San Pablo, yo soy de allá abajo.... una hija de la plazoleta.... Mamá, uno de estos días dejaremos plantados á estos frios septentrionales, y las dos nos iremos á vivir en nuestro bello y cálido país del Mediodía, donde se canta, se baila y sopla el viento; donde brilla el sol, donde hay espejismos y todo lo que poetiza la vida. *Allí es donde yo quisiera vivir.*

Sus dos ágiles manos volvieron á caer sobre el teclado,

dispersando el final de su sueño en un torbellino de notas resonantes, mientras Rosalía murmuraba en sus adentros:

— ¡ Y no decir ni una palabra del tamborilero. Esto es lo grave!

En efecto, era más grave que ella imaginaba.

Desde el día en que Oliverta vió á la señorita poner una flor de granado silvestre en los cordones del tamborin de su hermano, se formó en su espíritu ambicioso una espléndida visión, que iluminaba su porvenir y que no había contribuido poco á su emigración del monte de Cordue. La acogida que le hizo Hortensia cuando se fué á quejar, y su apresuramiento para llevarla al palacio en que Numa vivía, la afirmaron en su esperanza todavía vaga. Desde entonces, lentamente, sin descubrirse á sus hombres más que con medias palabras, había preparado el camino con su duplicidad de campesina casi italiana, deslizándose, arrastrándose como gata que acecha su presa. Desde la cocina de la casa, donde empezaba por esperar tímidamente en un rincón, sentada en el borde de una silla, se escurría hasta la sala, donde se instalaba, siempre limpia y bien peinada, en el sitio desviado propio para una parienta pobre. Hortensia, gozosa, la enseñaba á sus amigas como un lindo juguete traído de aquella Provenza, de la que hablaba con tanto apasionamiento. La astuta provenzala se hacía más simple de lo que era, exageraba su timidez salvaje, sus cóleras contra el cielo nublado de París, lanzando exclamaciones con ingenuidad teatral, con el esmero con que pudiera una dama joven representando la niña cándida. Hasta el mismo Presidente sonreía. ¡ Hacer reír al Presidente! Mas era en el cuarto de la joven, sola con ella, donde Oliverta ponía en juego todas sus artimañas. Arrodillábase de repente á los pies de Hortensia; tomábale las manos; se extasiaba en las menores gracias de su persona y vestidos, en el modo de anudar una cinta, de peinarse, y dejaba escapar sus

alabanzas cara á cara, lo que no deja de agradar siempre al alabado cuando cree en la espontaneidad del elogio. «¡Oh! cuando la señorita descendió del carruaje delante del viejo castillo arruinado, ella habia creído ver á la misma Reina de los Angeles en persona: tan sobrecogida quedó, que no podia hablar. ¡Y su hermano! ¡pecador! Oyendo á la carroza que se llevaba á la parisiense rodar por los pedruscos de la cuesta, creía que éstos le caian uno á uno sobre el corazón.» La astuta campesina hacia jugar á su hermano el papel de enamorado, y hablaba de su orgullo, de sus inquietudes.... ¿Y por qué de sus inquietudes?... ¿Después del sarao del *Ministro* hablaban de él en todos los periódicos, ponian su retrato en todas partes; recibia tantas invitaciones del arrabal de San German, que no podia asistir á todas. Duquesas y condesas le escribian billetes en papel que olia muy bien, con coronas como las de las carrozas que mandaban para conducirle á su palacio.... Sin embargo, el pobre no se daba por contento.

Todo esto, murmurado cerca de Hortensia, le comunicaba la fiebre y el magnético entusiasmo de la campesina; y sin mirarla, le preguntaba si Valmajour no tenia una novia que lo esperaba en su país.

— ¡Él una novia! Bien se ve que no le conoceis. Él se tiene en mucho para contentarse con una campesina. Las más ricas del pueblo andan tras él; la de Combette, y tambien las Galantes. ¡Ya sabeis!... ni siquiera las ha mirado.... ¿Quién sabe lo que anda rodando por su cabeza! ¡Oh! esos artistas....

Esta palabra, nueva para ella, tomaba en sus labios una indefinida expresion, como el latin de la misa ó alguna fórmula eclesiástica recogida en algun libro de horóscopos. Tambien la herencia del primo Payfourcat se mezclaba con frecuencia en la astuta palabreria de la campesina. Pocas familias hay en el Mediodia, artesanas ó burguesas, que no tengan su primo Payfourcat, jóven aventurero, que se marchó á lejanas

tierras, y que se imaginan riquisimos aunque carezcan de noticias suyas. Es como si tuvieran un billete de loteria que no saben cuándo se ha de jugar, ilusion quimérica, esperanza de una fortuna en lontananza, en la que acaban por creer á pié juntillas. Oliverta creia en la herencia del primo, y hablaba de ella á la jóven, ménos para deslumbrarla que para disminuir las distancias sociales que las separaban. Cuando muriera el primo y cobrara la herencia, su hermano volveria á comprar Valmajour, reconstruiria el castillo, y haria valer sus títulos de nobleza, puesto que todos afirmaban la existencia de los pergaminos.

Después de aquellas conversaciones, que solian prolongarse hasta el crepúsculo, Hortensia permanecia silenciosa, con la frente apoyada en los cristales del balcon, imaginándose que veia entre la roja bruma de un sol poniente levantarse las altas torres del castillo reconstruido, la plataforma iluminada por la luz del crepúsculo, y los homenajes rendidos en honor de la castellana.

— ¡Dios mio, qué tarde es ya! exclamaba la campesina al ver á la jóven remontada adonde ella queria llevarla. Con la concurrencia he olvidado ir á preparar la comida para mis hombres. Yo me escapo.

Valmajour sabia ir á esperarla, pero ella no le dejaba subir. Tenialo por tan torpe y grosero, tan indiferente ademas á toda idea de seduccion, que para realizar sus planes no tenia necesidad de él. Tambien le estorbaba Rosalía, á quien comprendia no engañaban sus zalamerías y falsas inocentadas. Cuando ella estaba delante, Oliverta fruncia sus negras cejas y no decia palabra; y tras su mutismo habia un odio de raza, la cólera del débil, disimulado y vindicativo, contra el obstáculo más serio en que tropezaban sus proyectos. Tal era la verdadera causa de su odio contra la hermana mayor; pero no era ésta, sino otras, las que confesaba á Hor-

tensia. «A Rosalía no le gustaba el tamborín, y además no cumplía con las prácticas religiosas.... y una mujer que no tiene religión.... ya veis.» Ella, Oliverta, tenía religión; nunca faltaba á la misa ni á la comunión los días de precepto y áun otros que no lo eran. Esto no impedía que fuera chismosa, falsa, embustera, hipócrita, violenta hasta el crimen, y que sólo tomara de los textos sagrados pretextos de venganza y de odio; pero, eso sí, en el sentido femenino de la palabra, la campesina era honrada. Con sus veinte y ocho años y su linda cara, conservaba la castidad severa del espeso pañuelo de campesina, apretado contra su corazón, que nunca palpité más que por la ambición maternal, á pesar de las tentaciones y de las provocaciones del medio social en que vivía entonces.

—Hortensia me trae inquieta.

Rosalía, á quien su madre hacía esta confidencia en un rincón del salón del palacio ministerial, creyó que madama Le Quesnoy participaba de sus inquietudes; pero la observación de la madre se refería á la salud de Hortensia, que no lograba curarse de un fuerte resfriado. Rosalía miraba á su hermana, que conservaba el tinte deslumbrante de su tez, su vivacidad y alegría. Verdad es que tosía un poco; pero eso sucede á todas las parisienses después de la estación de los bailes: la vuelta del buen tiempo las cura.

—¿Has hablado á Jarrás?

Jarrás era un médico amigo de Roumestan, y decía que la enfermedad no era nada, y que la llevarán á tomar las aguas de Arvillard.

—Pues llevadla inmediatamente, dijo con viveza Rosalía, encantada con aquel pretexto para alejar á Hortensia de París.

—Bueno; pero tu padre se quedará solo....

—Yo iré á verle todos los días.

La pobre madre confesó, sollozando, el terror que le inspi-

raba aquel viaje, recordando que durante un año había recorrido también todos los baños medicinales para el hijo que habían perdido. ¿Volvería á comenzar la misma peregrinación con el mismo espantoso desenlace en perspectiva? La primera la soportó á los veinte años, llena de salud y de fuerza.

—¡Oh mamá, mamá!.... ¡Quieres callarte!

Y Rosalía le reñía con dulzura. Hortensia no está enferma, el médico lo dice bien claro. El viaje no será más que una distracción. Arvillard está en los Alpes del Delfinado, que es un país muy sano. Ella hubiera acompañado á Hortensia de buena gana, pero desgraciadamente no podía por causas graves....

—Sí; ya comprendo.... Tu marido, el Ministerio....

—¡Oh! no es eso....

Y acercándose más á su madre, en la intimidad del corazón, en la que tan raras veces se encontraban la madre y la hija, le dijo:

—Escucha; mas para tí sola, porque nadie lo sabe, ni siquiera Numa.

Y entonces le confesó la esperanza, frágil todavía, de lograr la gran felicidad que ya había dejado de esperar y que la enloquecía de gozo y de temor; la esperanza de ser madre.

## XI.

## Una estación balnearia.

*«Arvillard-les-Bains, 2 de Agosto de 1876.»*

»Es muy curioso el sitio desde donde te escribo. Imagínate una sala cuadrada, con techo muy alto, enlosada, estucada y sonora, en la que la luz que penetra por dos grandes ventanas está velada por cortinas azules, aumentando la oscuridad una especie de lejía flotante que huele á azufre, que se pega á la ropa y quita el brillo á las alhajas de oro, y en esta atmósfera espesa, mucha gente sentada junto á la pared, en bancos, sillas ó taburetes, en torno de mesitas, y mirando á cada momento el reloj, levantándose y saliendo para dejar el puesto á otro. Cada vez que la puerta se abre, se ve una multitud de bañistas, que circulan en el claro vestíbulo, y los blancos delantales de las sirvientas que van y vienen con paso ligero. A pesar de tanto movimiento, sólo se oye el continuo murmullo de conversaciones en voz baja, de periódicos desdoblados, de malas plumas oxidadas que arañan el papel; en fin, aquí hay el recogimiento de una iglesia bañada, refrescada por el gran chorro de agua mineral, que se eleva hasta estrellarse en un disco metálico, de donde se esparce deshaciéndose y pulverizándose, por decirlo así, hasta caer en anchas pilas sobrepuestas, de las que va cayendo en lucientes chorros hasta las más bajas. Tal es la sala de inhalación.

»Debo decirte, querida mía, sin embargo, que no todos inhalan de la misma manera. Así el viejo señor que tengo enfrente sigue á la letra las prescripciones del médico: yo las conozco todas. Tiene los piés sobre un taburete; el pecho echado adelante, apartados los codos, y la boca abierta para facilitar la aspiración. ¡Pobre señor! ¡Cómo aspira! Con qué confianza, con qué ojillos redondos, devotos y crédulos parece decir á la fuente: «¡Oh manantial de Arvillard, cúrame bien ya ves cómo te aspiro, qué fe tengo en ti!...»

»Después tenemos el escéptico que inhala sin inhalar; vuelto de espaldas á la fuente, encogiéndose de hombros y mirando al techo. También hay los desanimados, los que están enfermos de véras, que comprenden la inutilidad y el vacío de todo esto... Sin embargo, no deja de encontrarse aquí el medio de estar alegre. Señoras que viven en la misma fonda acercan sus sillas, se agrupan, bordan y murmuran por lo bajo; comentan el periódico de los bañistas y la lista de los extranjeros que llegan. Las jóvenes arbolan sus novelas inglesas, encuadernadas en papel encarnado, y los curas leen sus breviarios.... Entre paréntesis, te diré que en Arvillard hay muchos curas, sobre todo misioneros, con grandes barbas y mejillas pálidas, con voces casi extinguidas á fuerza de haber predicado la palabra de Dios.... En cuanto á mí, bien sabes que no me gustan las novelas, sobre todo las de ahora, en las que todo pasa como en la vida ordinaria; por eso me entretengo en escribir á dos ó tres víctimas preferentes; á María Berurier, á Aurelia Dausaert y á ti, hermana, á quien adoro. ¡Contad con verdaderos periódicos! ¡Imagínate lo que escribiré en dos horas de inhalación!... Nadie inhala tanto como yo; soy un verdadero fenómeno. Sin duda por eso me miran mucho, lo que me enorgullece.

»Aquí no hay más tratamiento, aparte del vaso de agua mineral que bebo en la fuente por la mañana y por la tarde, y

que debe triunfar del obstinado velo que el picaro reuma ha dejado sobre mi voz. Esta es la especialidad de las aguas de Arvillard, y sin duda por eso se dan citas para estos baños los cantantes y las cantatrices. El hermoso Mayol acaba de irse con la garganta renovada. La señorita Bachellery, ya sabes, la pequeña diva de nuestras fiestas, se encuentra tan bien, después de las tres semanas reglamentarias, que va á empezar otras tres, por lo que el periódico de los bañistas la elogía mucho. Tenemos el honor de vivir en la misma fonda que esta jóven é ilustre artista, que tiene por apéndice una tierna madre bordelesa, que en la mesa redonda pide cosas excitantes en la ensalada, y habla del sombrero de ciento cuarenta francos que llevaba su hija en las últimas carreras de caballos de Longchamps. Forman una pareja deliciosa y que nos causa admiración. Las niñadas de Bebé, como llama su madre á sus risotadas y á sus gorgoritos, y á los movimientos desordenados de su faldamenta, hacen que la gente estupefacta se pasme y corra al patio enarenado de la fonda para verla jugar con los niños más pequeños, correr, saltar y jugar á la pelota como un chiquillo: «Tened cuidado, Mr. Pablo, que os voy á enrocar.»

»Todo el mundo dice: «¡Si es una niña!» Yo creo que esas falsas niñerías no son más que un papel de comedia, como sus faldas con anchos nudos y su moño de postillon. ¡Además, tiene una manera tan extraordinaria de besar á la gorda bordelesa, de colgarse á su cuello, de hacer que la mezca y dar vueltas delante de todo el mundo! Tú sabes hasta qué punto me gusta á mi hacer caricias, y sin embargo, la verdad, me encuentro embarazada para besar á mamá. Hay también otra familia muy curiosa, pero ménos divertida, compuesta del Príncipe y de la Princesa de Anhalt, la señorita su hija, la gobernanta, las doncellas y el séquito, que ocupan todo el primer piso de la fonda, en la que viven los personajes

más importantes. Con frecuencia encuentro á la Princesa en la escalera, subiendo lentamente colgada al brazo de su marido, buen mozo, deslumbrante de salud, bajo su sombrero rodeado de un velo azul. Ella no va al establecimiento de los baños sino en silla de manos, y da pena ver su cara demacrada y pálida detras de los vidrios, y al padre y á la hija al lado de la silla. La hija es raquítica y tiene todos los rasgos de la madre, y acaso padece el mismo mal. Esta pobre niña, de ocho años, se aburre, porque le está prohibido jugar con los otros niños, y mira tristemente desde el balcon las partidas de croquet y las cabalgatas. Encuentran su sangre demasiado azul para permitirle esos desahogos de la gente comun, y prefieren guardarla envuelta en la lúgubre atmósfera de su madre espirante, junto á ese padre que pasea á su enferma, con la cabeza erguida, ó abandonarla á los domésticos. ¡Dios mío, podría decirse que esto es una epidemia, un mal que roe á la nobleza! Esta familia come aparte en un saloncito; inhala aparte.... ¿Comprendes toda la tristeza del encerramiento de esta mujer y de esta niña en un gran subterráneo silencioso?

»La otra noche estábamos en gran número en la sala del piso bajo, donde se reúnen para jugar, cantar y también para bailar algunas veces. La mamá Bachellery acababa de acompañar una cavatina de ópera que habia cantado su Bebé: «Queremos entrar en la Ópera, y hemos venido á Arvillard para recobrar la voz», según la elegante espresion de la madre. De repente se abre la puerta y entra la Princesa con el gran aire que le es propio, espirante, pero con elegancia, liada en un chal de encaje, que disimulaba algo la estrechez terrible y significativa de sus hombros. La niña y el marido entraron tras ella.

»—Os suplico que continúeis, dijo la pobre mujer tosiendo.

»Y á la estúpida cantadorcilla se le ocurrió escoger, entre todo su repertorio, la romanza más triste y sentimental, *Vor-*

*rei morire*, que se parece á nuestras *Hojas quertas*; una enferma que fija la fecha de su muerte para el otoño, haciéndose la ilusión de que toda la Naturaleza va á espirar con ella envuelta en la primera niebla como en un sudario.

»*Vorrei morir ne la estagion dell'anno.*

»El aire es gracioso, pero muy triste; y en medio del gran salon, en el que penetran por las ventanas abiertas los olores, los ligeros ruidos, la frescura de una hermosa noche de estío, ese deseo de vivir todavía hasta el otoño, esta tregua, este plazo pedido al mal, tenían algo de conmovedor. Sin decir nada, la Princesa se levantó y salió bruscamente. Yo oí en la oscuridad del jardín un sollozo prolongado, la voz de un hombre que reñía con dulzura, y quejas mezcladas con el llanto de la niña, que sentía la pena de su madre.

»Tales son las tristezas de las estaciones balnearias; las miserias de la salud con que se tropieza; toses fatigosas y pertinaces; inútiles precauciones de tapar la boca con el pañuelo para evitar el aire; conversaciones, confidencias, en las que se adivina, por los gestos doloridos que muestran siempre el pecho ó el hombro, hácia la clavícula, y los pasos lentos, pesados, arrastrados; todo, en fin, lo que revela la idea fija del padecimiento. Mamá, que conoce todas las estaciones balnearias, donde se *curan* las enfermedades del pecho ¡pobre mamá! dice que en Agnas Buenas, ó en el Monte Dorado, el espectáculo es mucho más penoso que aquí, donde sólo viven los convalecientes como yo, ó los que están ya en caso tan desesperado que no se espera salvarlos. Felizmente, en nuestra fonda de los Alpes del Delfinado no hay gabinete de consulta; gabinetes que suelen ser tan pequeños, que los pacientes se amontonan en ellos y desbordan hasta la escalera y llegan hasta la calle. Así, el médico no descansa y os larga una receta sin dejar de hacer cabriolas, como un bañista en el periodo de la reaccion.

»¡La reaccion!.... ¡Gravísimo asunto! Como yo no tomo duchas, no conozco por mí misma lo que es la tal reaccion; pero algunas veces que permanezco un cuarto de hora bajo los tilos del bosquecillo, me entretengo en ver á estos *reaccionarios* yendo y viniendo, andando á grandes pasos regulares, ensimismados y cruzándose sin decirse una palabra. Mi viejo señor, el de la sala de inhalacion, el que parece que enamora á la fuente, emplea en este ejercicio, hecho con toda conciencia, la misma exactitud y puntualidad. A la entrada de la alameda se detiene, cierra su blanca sombrilla, abre y dobla el cuello de la levita, mira el reloj y se pone en marcha, con la pierna recta, los codos pegados al cuerpo, y con un movimiento que parece que va diciendo entre sí: «¡una, dos!», hasta llegar al fin de la alameda. Allí se detiene, levanta los brazos tres veces y vuelve de la misma manera, repitiendo quince veces el mismo paseo. Se me figura que la seccion de los locos agitados en Charenton debe parecerse algo al aspecto que ofrece esta alameda á las once de la mañana.»

»6 de Agosto.

»¿Conque es verdad? ¿Numa viene á vernos? ¿Qué contenta me ha puesto la noticia! Tu carta ha llegado por el correo de la una, cuya distribucion se hace en el despacho de la fonda. ¡Minuto solemne, decisivo para el aspecto que durante el resto de la jornada ofrecerá la sociedad de los bañistas! El despacho está lleno; los que esperan cartas forman medio círculo en torno de la gruesa madama Langeron, que está imponente con su bata de franela azul, mientras que con su voz autoritaria, un poco amanerada, que recuerda á la antigua dama de compañía, lee los sobres de las cartas que ha traído el correo. Cada cual se adelanta al oírse nombrar, y debo decirte que muestran cierto amor propio cuando reciben muchas cartas y paquetes. ¡En qué no se muestra el amor

propio en este perfecto frote de estúpidas vanidades! ¡ Cuando pienso que hasta yo misma estoy orgullosa porque aguanto impávida mis dos horas de inhalación! « El señor príncipe de Anhalt,.... Monsieur Vasseur.... Monsieur Vasseur.... La señorita Le Quesnoy,.... » ; Decepción! No es más que mi periódico de moda. « La señorita Le Quesnoy,.... » Miro si hay algo más para mí y me escapo hasta el fondo del jardín, me siento en un banco rodeado de grandes avellanos, con tu carta en la mano. Este es mi asiento favorito, el rincón donde me aislo para soñar y hacer mis novelas; porque para inventar bien, para desarrollar la imaginación según las reglas de monsieur Baudouy, para soñar cosas sorprendentes, no me conviene tener delante lejanos horizontes. Cuando el espacio es demasiado grande, me pierdo, me desanimo.... La única cosa que me fastidia en este banco es la vecindad de un columpio, en el que la pequeña Bachellery pasa la mitad del día haciéndose columpiar por un joven. ¡ Qué gritos da Bebé! ¡ qué gorgorilos!.... « ¡ Más alto, más todavía!.... » ¡ Dios mío! esa muchacha me ataca los nervios. Quisiera que el columpio la lanzara hasta las nubes y que no bajara más. ¡ Me encuentro tan bien sola, sentada en este banco cuando ella no está ahí columpiándose! He saboreado tu carta, y la postdata me ha arrancado un grito de alegría.

» Oh, bendito sea Chambery, su nuevo Liceo y esa primera piedra que debe poner el Ministro de Instrucción pública! Aquí estará muy bien para preparar su discurso paseándose en la alameda de la *reacción*.... ¡ Vamos; ahora se me escapa un juego de palabras; ó si no, bajo los avellanos, cuando la señorita Bachellery no los sacude columpiándose! ¡ Oh, mi querido Numa! ¡ Qué bien me entiendo yo con él, tan vivo, tan alegre! Juntos hablaremos de nuestra Rosalia y de esa gravísima causa que le impide viajar en este momento.... ¡ Ah, Dios mío, es un secreto!.... ¡ Y mamá que me ha hecho jurar que no se

me escaparía!.... Ella sí que estará contenta al saber que viene su querido Numa. Porque has de saber que mamá ha perdido toda su timidez y habitual modestia; era de ver la majestad con que entró en el despacho de la fonda para mandar que preparasen habitaciones para el Sr. Ministro que va á llegar.

»— ¡ Cómo, señoras! ¿ sois.... erais....

»— Lo fuimos.... y lo somos....

» Su cara tomó el color de las lilas, del bermellón; parecía una paleta de pintor impresionista. ¿ Y el Sr. Laugeron y toda su servidumbre? Desde nuestra llegada reclamábamos en vano una palmatoria suplementaria, y ahora acabo de encontrar cinco sobre la chimenea. Numa estará aquí bien instalado y servido; te lo aseguro. Le reservan todo el primer piso, que desocupará dentro de tres días el Príncipe de Anhalt. Parece que las aguas de Arvillard son funestas para las Princesas, y hasta el mediquillo es de opinión de que debe irse enseguida; mas no es por la salud de su Alteza, sino porque, si se muriera aquí, la fonda de los *Alpes del Delfinado* se desacreditaría.

» Da lástima ver la manera con que empujan á esa familia desgraciada, echándola con esa hostilidad magnética que se desgaja de los lugares en que se es importuno. ¡ Pobre Princesa de Anhalt, cuya llegada fué tan festejada en esta fonda! Por poco que tarde en irse, son capaces de llevarla hasta la puerta entre dos gendarmes. ¡ No consiente otra cosa la hospitalidad de las estaciones balnearias!.... A propósito ¿ y Bompard? No me dices si será de la partida. ¡ Peligroso Bompard! Si viene, soy capaz de trepar con él á la nevera más alta. ¡ Qué desenvolvimientos encontraríamos entre los dos allá, en las cumbres heladas!.... Pensándolo me río; ¡ soy tan feliz!.... Y yo inhalo, y yo inhalo, aunque un poco contrariada por la vecindad del terrible Bouchereau, que acaba de entrar y de sentarse dos asientos más allá delante de mí.

» ¡ Qué aire tan duro tiene este hombre! Con las manos so-

bre el puño del baston y la barba sobre las manos, habla en alta voz, mirando adelante y sin dirigirse á nadie. ¿Debo yo tomar como dicho para mí lo que dice de la imprudencia de los bañistas, de sus vestidos de batista clara, de la tontería de salir al jardín despues de cenar, en este país donde es mortal la frescura de las noches? ¡Mal hombre! Imagino que sabe que esta noche debo yo pedir para la propagacion de la fe en la puerta de la iglesia. El Padre Olivieri debe referir en el púlpito su mision en el Thibet, su cautiverio, su martirio, y la señorita Bachellery cantará el *Ave Maria* de Gounod. Cuando esta fiesta religiosa concluya, comenzará la mia, pues volveré á la fonda en procesion por todas las callejuelas negras del pueblo, rodeada de linternas; será una verdadera retreta con hachones. Si es un consejo lo que monsieur Bouche-reau me da, no quiero tomarlo; es demasiado tarde. Ademas, caballero, yo tengo carta blanca de mi mediquillo, que es mucho más amable que vos, y me ha permitido que para concluir dé una vuelta de vals en el salon de la fonda. ¡Oh! ¿nada más que una? Ya veremos.... Cuando yo bailo demasiado, todo el mundo anda detras de mí: no comprenden cómo puedo bailar tanto siendo tan delgada como un junco, y que una parisiense nunca enferma por bailar mucho. «Tened cuidado....» «No os fatigéis más....» Uno me trae el chal, otro cierra las ventanas para que no me resfrie; pero el más obsequioso es el jóven que columpia á la jóven Bachellery.... Entre nosotras, te diré que imagino que este señorito, desesperado con la frialdad de Alisa, ha puesto los ojos en mí y me hace la corte. ¡Desgraciado! pierdes el tiempo; mi corazón no me pertenece; es de Bompard.... Pues bien; no, no es de Bompard, y ya sé yo que tú lo sospechas; no es Bompard el personaje de mi novela. Es.... es.... más no; tanto peor, mi hora de inhlacion ha pasado. Ya te lo diré otro día, adusta señorita.»

## XII.

## Una estacion balnearia.

(CONTINUACION.)

La mañana que el *Periódico de los Bañistas* anunciaba que Su Excelencia, el Ministro de Instrucción pública, y su agregado monsieur Bompard, con todo su acompañamiento, se habian apeado en los *Alpes del Delfinado*, la emocion fué intensa en las fondas inmediatas. Justamente la *Lacta* guardaba hacia dos dias á un obispo católico de Ginebra, para mostrarlo en el momento oportuno, ademas de un consejero general, de un juez de Chandernagore, un arquitecto de Boston, y en fin, toda una hornada: en la fonda de *La Chevreille* esperaban á un diputado del Rodano con su familia; pero el diputado, el juez, todo desapareció arrebatado, perdido en la estela inflamada, gloriosa, que seguia por doquiera á Numa Roumestan: nadie se ocupaba ni hablaba más que del Ministro. Todos los pretextos se empleaban para introducirse en los *Alpes del Delfinado* para pasar delante del saloncillo del piso bajo, y para entrar en el jardín donde el Ministro comia entre las señoras de su familia y su agregado, para verle jugar á las bolas, juego á que son tan aficionados los meridionales, con el Padre Olivieri de las misiones, santo varon velludo como un oso, que á fuerza de vivir entre salvajes habia tomado sus costumbres, lanzando gritos formidables al apuntar las bolas, que levanta

bre el puño del baston y la barba sobre las manos, habla en alta voz, mirando adelante y sin dirigirse á nadie. ¿Debo yo tomar como dicho para mí lo que dice de la imprudencia de los bañistas, de sus vestidos de batista clara, de la tontería de salir al jardín despues de cenar, en este país donde es mortal la frescura de las noches? ¡Mal hombre! Imagino que sabe que esta noche debo yo pedir para la propagacion de la fe en la puerta de la iglesia. El Padre Olivieri debe referir en el púlpito su mision en el Thibet, su cautiverio, su martirio, y la señorita Bachellery cantará el *Ave Maria* de Gounod. Cuando esta fiesta religiosa concluya, comenzará la mia, pues volveré á la fonda en procesion por todas las callejuelas negras del pueblo, rodeada de linternas; será una verdadera retreta con hachones. Si es un consejo lo que monsieur Bouche-reau me da, no quiero tomarlo; es demasiado tarde. Ademas, caballero, yo tengo carta blanca de mi mediquillo, que es mucho más amable que vos, y me ha permitido que para concluir dé una vuelta de vals en el salon de la fonda. ¡Oh! ¿nada más que una? Ya veremos.... Cuando yo bailo demasiado, todo el mundo anda detras de mí: no comprenden cómo puedo bailar tanto siendo tan delgada como un junco, y que una parisiense nunca enferma por bailar mucho. «Tened cuidado....» «No os fatigéis más....» Uno me trae el chal, otro cierra las ventanas para que no me resfrie; pero el más obsequioso es el jóven que columpia á la jóven Bachellery.... Entre nosotras, te diré que imagino que este señorito, desesperado con la frialdad de Alisa, ha puesto los ojos en mí y me hace la corte. ¡Desgraciado! pierdes el tiempo; mi corazón no me pertenece; es de Bompard.... Pues bien; no, no es de Bompard, y ya sé yo que tú lo sospechas; no es Bompard el personaje de mi novela. Es.... es.... más no; tanto peor, mi hora de inhlacion ha pasado. Ya te lo diré otro día, adusta señorita.»

## XII.

## Una estacion balnearia.

(CONTINUACION.)

La mañana que el *Periódico de los Bañistas* anunciaba que Su Excelencia, el Ministro de Instrucción pública, y su agregado monsieur Bompard, con todo su acompañamiento, se habian apeado en los *Alpes del Delfinado*, la emocion fué intensa en las fondas inmediatas. Justamente la *Lacta* guardaba hacia dos dias á un obispo católico de Ginebra, para mostrarlo en el momento oportuno, ademas de un consejero general, de un juez de Chandernagore, un arquitecto de Boston, y en fin, toda una hornada: en la fonda de *La Chevreille* esperaban á un diputado del Rodano con su familia; pero el diputado, el juez, todo desapareció arrebatado, perdido en la estela inflamada, gloriosa, que seguia por doquiera á Numa Roumestan: nadie se ocupaba ni hablaba más que del Ministro. Todos los pretextos se empleaban para introducirse en los *Alpes del Delfinado* para pasar delante del saloncillo del piso bajo, y para entrar en el jardín donde el Ministro comia entre las señoras de su familia y su agregado, para verle jugar á las bolas, juego á que son tan aficionados los meridionales, con el Padre Olivieri de las misiones, santo varon velludo como un oso, que á fuerza de vivir entre salvajes habia tomado sus costumbres, lanzando gritos formidables al apuntar las bolas, que levanta

ba sobre su cabeza con movimientos violentísimos. La hermosa figura del Ministro, la natural nobleza de sus maneras, le ganaron todos los corazones; sobre todo, su simpatía por los humildes. Al siguiente día de su llegada los dos camareros que le servían anunciaron al dueño de la fonda que el Ministro los llevaba á París para su servicio personal. Eran buenisimos servidores, y la señora Laugeron hizo una muñeca, aunque disimulando para que Su Excelencia no se apercibiese, ya que su estancia honraba tanto su establecimiento. Llegaron de Grenoble el prefecto y el rector vestidos de gala para ofrecer sus homenajes á Roumestan. El Abad de la Gran Cartuja, en la que se fabrica el famoso *chartreuse*, le envió con mucha pompa una caja de su sibarítico licor extrafino. Roumestan habia ganado contra los remonstratenses el ruidoso pleito que ambas órdenes religiosas sostuvieron sobre la propiedad de su licor. Por último, el prefecto de Chambéry llegó para tomar sus órdenes respecto á la ceremonia de poner la primera piedra del nuevo liceo, que le daba ocasion para un discurso-manifiesto y para hacer una revolucion en los usos universitarios. El Ministro les pedía un poco de reposo; los trabajos parlamentarios lo habian fatigado y necesitaba tomar aliento, esparcirse en medio de los suyos, y preparar despacio el discurso que habia de pronunciar en Chambéry, cuyas consecuencias serian considerables. El señor prefecto, que comprendia esto perfectamente, sólo pedía cuarenta y ocho horas de tiempo para dar á la ceremonia el brillo necesario. La falta de piedra habia esperado dos meses y podia aún aguardar la buena voluntad del ilustre orador.

La verdad era que Roumestan no se detenía en Arvillard por estar agobiado de fatiga, ni por la necesidad de preparar su discurso, pues era un improvisador maravilloso, sobre quien el tiempo y la reflexion producian el efecto de la humedad sobre el fósforo: lo que le detenía era la presencia de

Alisa Bachellery. Despues de cinco meses de conversacion apasionada, Numa no habia adelantado con su «chiquita» más que el día de su primera cita. Frecuentaba la casa, saboreaba la *bouillabaisse*, guisote en cuya confeccion sobresalia madame Bachellery, y tambien las coplillas del antiguo director de las *Folies Bordelaises*, agradeciéndoles todos estos favorcillos con una porcion de regalos, tales como ramos, palcos ministeriales en los teatros, billetes para asistir á las secciones del Instituto y de las Cámaras, y hasta las palmas de oficial de Academia, que hizo dar al cancionero, sin que, á pesar de todo, adelantara en sus amorosas pretensiones. No era, sin embargo, uno de esos novicios que van á pescar sin saber ántes reconocido el agua y echo provision de carnada para el anzuelo. La causa de su mal éxito consistia en que tenia que habérselas con la dorada más sutil, que se divertia con sus precauciones, picaba el anzuelo, alimentando alguna vez su ilusion de haberlo cogido, y se escapaba muy lista dejándole la boca seca con el dedo, el corazon agitado con las emociones del roce ondulado y tentador. Nada más enervante que este juego; pero lo cierto es que sólo dependia de Numa el hacerlo cesar, dando á su chiquita lo que le pedía, y que no era mucho: el nombramiento de primera cantatriz de la ópera, un contrato para cinco años y la paga que se da á los grandes artistas á quienes llaman estrellas, beneficios, puesto preferente en los anuncios, y todo ello escrito en papel sellado, y no sobre palabra garantizada por un apretón de mano como los de Cardaillac. Ella no se fiaba ya en vanas palabras: eso de decir «Yo respondo.... es como si ya lo tuvierais....» con que Roumestan hacia cinco meses que la estaba engañando.

Este se encontraba entre dos exigencias. Cardaillac decia que sí, si el Ministro renovaba el contrato del teatro, lo que era imposible, porque su presencia al frente de la primera es-

cena lírica era un escándalo, una mancha, herencia de los vicios administrativos del Imperio. La prensa no dejaría de reclamar contra el jugador que había quebrado tres veces, que no podía ostentar en el pecho su cruz de oficial de la Legión de Honor, el único que dilapidaba sin vergüenza los dineros públicos. Fatigada, al fin, de no poder pescar, Alisa rompió la caña y se escapó arrastrando el anzuelo.

Un día llegó el Ministro á casa de los Bachellery, y se encontró con que las pájaras habían volado, y tuvo que contentarse con el padre, que le recitó su última canción:

Dame de lo que tienes,  
Y de lo que tengo te daré....

Esforzóse por tener paciencia todo un mes; pero volvió á ver al cancionero, que tuvo á bien recitarle el estribillo de su nueva copla:

Cuando el salchichon va, todo va....

y advertirle además que las señoras se encontraban tan bien en los baños, que pensaban quedarse otro mes. Entonces Roumestan se acordó de la primera piedra del liceo de Chambery que había prometido ir á poner él mismo, promesa que, como tantas otras, no cumpliera si Arvillard, por una circunstancia providencial, no se encontrara junto á Chambery.

El Ministro y la jóven artista se encontraron desde el primer día en el jardín de la fonda. Como si ella no supiera, lo mismo que todo el mundo, con ocho días de anticipación la próxima llegada del Ministro, hízose de nuevas al verle.

— ¿Vos aquí? exclamó.

Él, con su *aire ministro*, entre imponente y afable, le respondió:

— Vengo á ver á mi cuñada.

Mostróse él sorprendido de que la señorita Bachellery es-

tuviese aún en los baños; pero ella le dijo con marcada malicia:

— ¿Qué queréis? es necesario que me cuide, puesto que Car-dailiac se empeña en que mi voz no está buena.

Dicho esto, saludó á Su Excelencia, y se alejó haciendo un gorgorito con voz clara como la de un ruisenior; pero desde aquel día ya no fué la niña precoz que brincaba por la fonda y que jugaba con los niños, desarmando á las mamás más severas, á los eclesiásticos más suspicaces, con la ingenuidad de su risa y con su puntual asistencia á la misa. La alocada chiquilla se trasformó súbitamente en la chica de los Bufos, que se rodeaba de jóvenes adoradores, improvisaba fiestas y cenas, que la madre, siempre presente, no defendía más que á medias de las interpretaciones de las malas lenguas. Por las mañanas, un carruaje descubierto esperaba delante de la puerta de la fonda, una hora ántes de que las señoras se presentaran ostentando sus blancos trajes, y una alegre cabalgata las esperaba también: todo lo que había de libre, de jóven en los *Alpes del Delfinado* y en las fondas inmediatas era de la partida: el juez, el arquitecto americano, y sobre todo, el jóven que columpiaba á la Bachellery, y á quien ésta ya no desesperaba con sus inocentes salidas de niña. Lleno de chales para abrigarse á la vuelta, y con una gran canasta de provisiones en el pescante, el carruaje, rodeado de jinetes, atravesaba el país, al gran trote, camino de la Cartuja de San Hugon. Inégo trepaban hasta las cimas negras de las montañas, desde donde los pinos parece van á precipitarse en los torrentes espumosos. Mas el día no les parecía completo á los de la jira sino cuando una de esas tormentas tan comunes en las montañas, con sus relámpagos y granizos correspondientes que espantan á los caballos, no dramatizaba, por decirlo así, el paisaje, preparando una vuelta que produjera sensación, con la pequeña Bachellery en el pescante, cubierta con un sobretodo de

hombre, su toca adornada con una pluma de gallina, con las riendas en una mano y el látigo en la otra, arreando enérgicamente á los caballos para calentarse, y contando, en cuanto se apeaba, los peligros de la excursión, con vivo entusiasmo, la voz aguda y brillantes los ojos, efecto de la viva reacción de su juventud contra el frío del chaparrón y el escalofrío del miedo. ¡Si al menos ella hubiera sentido la necesidad de dormir bien, uno de esos sueños pesados con que el cuerpo descansa y se repone de las fatigas que produce el trepar á las montañas!.... Mas no: hasta el amanecer se oían en el cuarto de aquellas mujeres risas estrepitosas, canciones y el ruido que hacen al destaparlas las botellas de champagne. A aquellas horas impropias hacían que les subieran fiambres estimulantes, y rodaban las mesas hasta el centro de la habitación para jugar á las cartas.... y todo esto pasaba sobre la cabeza del Ministro, cuyas habitaciones caían precisamente debajo.

Muchas veces éste se había quejado á la dueña, que estaba indecisa entre el deseo de ser agradable á Su Excelencia y el temor de descontentar á clientes tan productivos. Después de todo, no hay mucho derecho para ser exigente en esas fondas de los pueblos de baños, siempre agitadas y en movimiento por los que se van y por los que llegan, de noche como de día, con los baules que arrastran, con las gruesas botas, los bastones herrados de los que suben á las neveras y que madrugan, y las toses de los enfermos, esas toses horribles, desgarradoras, que no cesan nunca....

Aquellas noches pasadas en blanco, noches pesadas de Julio, que Roumestan pasaba agitado por insomnios febriles, dando con el cuerpo vueltas en su lecho y con importunos pensamientos en la mente, mientras su vecina de arriba escandalizaba la casa, él hubiera podido emplearlos en preparar su discurso que debía pronunciar en Chambery; pero estaba muy agitado, demasiado furioso; costábale trabajo el conte-

nerse para no subir al segundo piso y echar á puntapiés del cuarto de las Bachellery al arquitecto americano, al joven columpiador, y al juez, deshonor de la magistratura francesa en las colonias; y cogiendo por su cuello de tórtola arrulladora á la maligna cantarina, decirle de una vez por todas: ¿Cuándo acabaréis de hacerme sufrir de esta manera? Entónces para tranquilizarse y desvanecer aquellas quimeras y aún otras más vivas y dolorosas, encendía su bujía, llamaba á Bompard, que dormía en una alcoba contigua como confidente íntimo, y juntos hablaban de la Bachellery. Para esto se lo había llevado como agregado, aunque no sin dificultad, haciéndole abandonar la instalación de su lleuca artificial; Bompard se consolaba hablando con el Padre Olivieri, de su máquina, pues éste conocía á fondo la cría de los avestruces, por haber vivido mucho tiempo en Cap-Tobbn. A Bompard le gustaba tanto oír como hablar, y escuchaba con tanta boca abierta al Padre Olivieri, que le contaba sus viajes, su martirio, las diferentes maneras con que le habían atormentado en diversos países; aquel cuerpo, fuerte como el de un pirata, quemado, aserrado, enrodado, era una carta de muestras del refinamiento de la crueldad humana; y todo ello con el fresco abanico de plumas sedosas, interesaban mucho más al imaginativo Bompard que la historia de la Bachellery, pero estaba tan bien enseñado á ejercer su oficio de acompañante, que hasta en aquellas horas Numa lo encontraba dispuesto á enternecerse é indignarse como él, á dar á su noble cabeza, expresiones de cólera, de ironía, de dolor, según que se trataba de las falsas cejas de la artificiosa niña, de sus diez y seis años, que podían muy bien ser veinticuatro, ó de la inmoralidad de una madre que tomaba parte en las escandalosas orgías de su hija. En fin, cuando Roumestan, cansado de declamar y de gesticular, mostraba al descubierto las debilidades de su amoroso corazón, apagaba la luz diciendo:

—Procuremos dormir....

Bompard se aprovechaba de la oscuridad para decirle antes de irse á su alcoba:

—En tu lugar, yo sé lo que haría,....

—¿Qué harías?

—Renovaría el contrato de la Ópera con Cardaillac.

—¿Jamás!

Y al decir esto se tapaba la cabeza con la ropa de la cama, como para no oír el estruendo que armaban sobre su cabeza.

Una tarde, á la hora de la música, que es la más agradable, y en la que más se habla en los baños, mientras todos los bañistas reunidos delante del establecimiento hablaban de todo y de algo más, el Ministro, viendo llegar á la señorita Bachelery luciendo un traje azul y rojo, escoltada por su estado mayor, él fué á perderse en una alameda desierta, y estaba solo, sentado en la esquina de un banco, sumido en sus preocupaciones por la melancolía de la hora y de la música lejana, cuando una sombra lenta, que se dibujaba en el suelo, hizo levantar la vista y ver á Bouchereau, el célebre médico, pálido, hinchado y arrastrando los piés. Como todas las personas visibles, el Ministro y el Médico se conocían; éste se sentó junto aquél y entablaron conversacion.

—¿Segun parece estais enfermo, doctor?

—Muy enfermo, dijo el otro con maneras de jabalí.... Un mal hereditario.... una hipertrofia del corazon. Mi madre y mis hermanos han muerto de esa enfermedad.... pero yo resistiré ménos que ellos á causa de mi odioso oficio; yo duraré un año, dos todo lo más.

Roumestan comprendió que era inútil tratar de consolar á aquel sabio, que sabia lo que se decia, y el enfermo doctor contiunó de esta manera:

—Nosotros los médicos, como tenemos este aire, pasamos

por gentes que no sienten nada, que no cuidan en el enfermo más que la enfermedad y no el sér humano que sufre. ¡Gran error! Yo he visto á mi maestro, Cupuytren, que pasaba por ser muy duro de cocer, llorar á lágrima viva ante un pobre niño enfermo, que decia con angelical dulzura que le fastidiaba el morir.... ¡Y esas interpelaciones desgarradoras, esas angustias maternas, esas manos que apasionadamente os aprietan el brazo diciendo: «¡Salvad á mi hijo, salvadle!» Y esos padres que se ponen muy serios para deciros con voz grave, con gruesas lágrimas que corren por sus mejillas: «Vos le sacaréis de este mal paso; ¿no es verdad, doctor?» Por más que uno trate de aguerrirse, estas desesperaciones parten siempre el corazon; y eso no puede ser bueno cuando el corazon está ya enfermo.... Cuarenta años de práctica lo hacen cada dia más vibrante, más sensible. Mis enfermos son los que me matan.... Yo muero de los sufrimientos de los demas.

—Yo creía que ya no practicabais, dijo el Ministro, que empezaba á conmoverse.

—¡Oh, no, nunca; para nadie ni por nadie! Aunque viera caer ahí mismo á un hombre, no me inclinaria para levantarlo.... Comprended que al fin es repugnante que yo mismo agrave mi mal, que he alimentado con los de todos los demas. Yo quiero vivir.... No hay más bien que la vida.

Su palidez era mortal; pero se animaba hablando, y exhalando un triste suspiro añadió:

—Ya no practico; mas no puedo librarme de ser médico, puesto que conservo este dón fatal del diagnóstico, esta horrible segunda vista que sin querer descubre el síntoma latente, el sufrimiento que quieren ocultar, que ve al moribundo de mañana, el cadáver inerte en la persona que pasa y que apenas miro; que anda, habla y se imagina ser fuerte y estar llena de vida.... Y esto es tan evidente como el síncope que veo

adelantarse, y en el que quedaré, con un desvanecimiento del que no habrá nada que me pueda hacer volver.

— ¡Espantoso! murmuró Numa palideciendo, y cobarde ante la enfermedad y la muerte, como todos los meridionales, se apartó del temible sabio, no atreviéndose á mirarlo cara á cara, temiendo que leyera en su rubicunda cara los síntomas de un próximo fin.

— ¡Ah, continuó diciendo el Doctor: ese terrible diagnóstico que todos me envidian, me entristece y descompono el resto de vida que me queda.... Escuchad: conozco aquí una pobre mujer, cuyo hijo murió hace diez ó doce años, de una laringitis. Yo lo habia visto dos veces, y solo entre todos, señalé la gravedad del mal. Hoy encuentro aquí á esa madre con una hija, y puedo aseguraros que la presencia de esas desgraciadas me causa más mal que bien me harán los baños. Ellas me persiguen, quieren consultarme, y yo me niego absolutamente.... No necesito ascultar á esa niña para saber que está condenada. Me basta con haberla visto el otro día arrojarle con voracidad sobre un plato de frambuesas, haber visto en la inhalacion su flaca mano, de la que se caen las uñas, levantándose por encima de los dedos como prontas á separarse. La pobre padece la misma tisis laríngea que su hermano, y morirá antes de un año.... Pero que se lo digan otros. Yo he dado ya bastante de esas puñaladas, que se vuelven contra mí, y no daré más.

Roumestan se habia levantado lleno de espanto y le dijo:

— ¿Sabeis el nombre de esa señora?

— No; me enviaron su tarjeta pero ni la quise ver. Sólo sé que están en esta fonda.

Y de repente, mirando hácia la extremidad de la alameda, exclamó:

— ¡Ah, Dios mio! ¡ Vedlas allí....! Yo me escapo.

Allá abajo, en la explanada donde la música tocaba su ale-

gro final, era de ver el movimiento de sombrillas, de vestidos de vivos colores, agitándose en la enramada al sonar las campanas de las fondas inmediatas, que llamaban á los bañistas á comer. De un grupo animado se separaban las señoras Le Quesnoy; Hortensia, alta, esbelta, vestida de muselina clara, cubierta con un sombrerillo guarnecido de rosas naturales, de las que también llevaba un ramo en la mano, al ver llegar á su cuñado le dijo:

— ¿ Con quién hablabais, Numa? Me pareció que era con el doctor Bouchereau.

Ella estaba delante de él deslumbrante, rebosando juventud, feliz; tanto, que la misma madre empezaba á tranquilizarse, dejando reflejar en su arrugada faz la alegría atractiva que le era natural.

— Sí, era Bouchereau, que me contaba sus miserias.... El pobre ha bajado mucho....

Mirando á su cuñada, Numa se tranquilizó, pensando que el doctor estaba loco. Como él se va á morir, piensa que todo el mundo se muere.

En aquel momento apareció Bompard, corriendo, con un periódico en la mano.

— ¿ Qué hay? preguntó el Ministro.

— ¡ Gran noticia! El tamborilero ha hecho su estreno....

Hortensia murmuró: « ¡ Al fin! », y Numa, lleno de gozo, dijo:

— Éxito completo, ¿ no es verdad?

— ¿ Qué piensas tú....? Ann no he leído el artículo; pero llena tres columnas del *Mensajero*.

— Ese es otro de los que yo he inventado, dijo el Ministro, que se habia sentado, y echando atrás las solapas de la levita, metió los pulgares por los costados del chaleco, y añadió:

— Vaya, lee.

Madama Le Quesnoy observó que la campana los llamaba

á comer; pero Hortensia replicó con viveza que no era más que el primer toque; y con una mano en la mejilla, en actitud de mucha curiosidad, escuchó lo que Bompard empezó á leer:

«Al ministro de Nobles Artes y al director de la Opera, debe el público parisiense la grotesca mixtificación de que anoche ha sido víctima.»

Al oír esto, todos se estremecieron ménos Bompard, quien, preocupado con leer bien, no se hacía cargo de lo que leía, y los miraba alternativamente, sorprendido con el disgusto que mostraban.

—Adelante, dijo Numa, adelante.

«En todo caso, hacemos responsable á Mr. Roumestan. Él es quien nos ha traído de su provincia ese extraño y salvaje flautin, ese pito bueno para hacer bailar á las cabras....»

—¿Qué gente más mala hay en el mundo.....! dijo la jóven palideciendo.

El lector continuó, abriendo desmesuradamente los ojos para ver las enormidades que seguían:

«..... Cabras, á las que nuestra Academia de Música ha debido reunir para festejarlas, una noche, á su vuelta de la feria de Saint Cloud. Verdaderamente, se necesitaba un famoso pito para creer que Paris.....»

El Ministro le arrancó de un manotón el periódico, diciendo:

—¿Hasta cuándo nos vas á estar leyendo esas tonterías....? ¿No te basta con haber traído el periódico?

Numa hojeó el periódico con la rapidez del hombre público acostumbrado á las invectivas de la prensa. «.....Ministro provincial.... lindo descubridor de danzantes.... el Roumestan de Valmajour, sellaba al Ministerio y desgarraba el cuero de su tamborin.....» No quiso leer más; ocultó el maldiciente periódico en el fondo de un bolsillo; levantóse bufando de

cólera, y tomando del brazo á madama Le Quesnoy, dijo:

—Vamos á comer, mamá.... Esto me enseñará á no comprometerme más por un atajo de miserables....

Los cuatro en fila se dirigieron al comedor; Hortensia iba con los ojos bajos y consternada. «Se trataba de un artista de mucho talento, decía, tratando de asegurar el timbre de su voz, un poco velada, y no debe hacerse responsable de la injusticia del público ni de la ironía de los periódicos.»

Roumestan se detuvo, diciendo: «Talento.... talento.... bien, si no digo lo contrario, pero demasiado exótico.....» Y levantando la sombrilla, añadió, dirigiéndose á su cuñada: «Guardémonos del Mediodía, hermanita, guardémonos. No abusemos, Paris se fatigaria»; y continuó andando á pasos contados, impasible y frío como un habitante de Copenhague. El silencio no fué ya turbado más que por el ruido que hacían sus pasos por la gruesa arena. Cuando estuvieron delante del hotel, de cuya inmensa sala salía por diez ventanas el ruido de las cucharas y de los platos, Hortensia se detuvo, y levantando la cabeza, dijo:

—¿De manera que ahora abandonaréis á ese pobre mozo?

—¿Y qué harémos? No hay medio de luchar, puesto que Paris no lo quiere....

La jóven lanzó una mirada de indignación, casi de desprecio.

—¿Oh, es espantoso lo que decís...! Pues bien, yo soy más orgullosa y fiel á mis entusiasmos; y así diciendo, subió en dos saltos la escalinata de la fonda.

—Hortensia, el segundo toque ha sonado, le dijo la madre.

—Sí, sí, ya bajo.

Subió á su cuarto; encerróse por dentro; sentóse ante el pupitre; sacó una de las fotografías que se había hecho con el vestido de provenzala; escribió debajo una línea, y la firmó. Mientras escribía el sobre, el reloj dió las seis. Hortensia

miró por la ventana el valle y las altas y sombrías montañas, y como si hablara consigo misma, decía en alta voz:

«Mi vida, toda mi vida la comprometo en este instante.» Ella tomaba como testigo de su compromiso la solemnidad de la noche, la majestad de la Naturaleza, el grandioso recogimiento de cuanto la rodeaba.

Había comprometido su existencia. ¡Pobre niña, si hubiera sabido qué poca cosa comprometía!

Algunos días después las señoras Le Quesnoy dejaban la fonda, y la madre, aunque más tranquila al ver la nueva apariencia de la hija, y lo que decía el mediquillo sobre el milagro operado por la ninfa de las aguas, deseaba salir pronto de los baños, porque todo en ellos le recordaba su antiguo martirio.

—¿Y vos, Numa?

—¡Oh! Él pensaba quedarse una ó dos semanas y aprovecharse de la tranquilidad en que lo dejaría la marcha de la familia para escribir su famoso discurso, verdadero acontecimiento político, del que tendrían conocimiento en París, pero que estaba seguro no agradaría á Mr. Le Quesnoy.

Aunque dispuesta para partir, y contenta de volver á su casa y de volver á ver á los queridos ausentes, que la distancia le hacía querer más, Hortensia se entristecía al dejar aquel hermoso país y sus amigos improvisados. ¡Oh criaturas amantes, vosotras que os entregais, que os sentís atraídas por la novedad, qué dolor sentís cuando teneis que romper esos lazos invisibles que excitan vuestra sensibilidad! ¡Habían sido tan buenos para ellas, tan atentos, y á última hora se tendían hácia ella en torno del carruaje tantas manos, tantas fisonomías enternecidas! Las jóvenes la abrazaban exclamando: «¡Oh, la alegría se va con vos!» Se prometían escribirse; cambiaban sus recuerdos, y mientras Mr. Langeron deslizaba en su saco de noche un frasco de chartreuse refinado, Hor-

tensia veía allá arriba, detrás del vidrio de la ventana de su cuarto, á la montañesa que le había servido, enjugarse las lágrimas con su pañuelo de malvas, y oía murmurar á su oído estas palabras:

—«Se va la alegría de la casa.»

Su amigo, el tísico, encaramado en los estribos del coche, le dirigía una mirada de despedida, y Hortensia, conmovida como cuantos la rodeaban, decía:

—¡Adios, adios todos!

El Ministro, que quería acompañar á las señoras hasta la próxima Estacion, se sentó frente á ellas en el coche. Ya se oían los chasquidos del látigo y el ruido de los cascabeles, cuando Hortensia exclamó: «¡Mi sombrilla! La tenía aquí hace un instante». Veinte personas corrieron á buscarla; pero ella decía:

—No la busqueis.... yo sé dónde está. Y saltando con gran rapidez á tierra, corrió al jardín.... La sombrilla estaba en el banco donde ella acostumbraba á sentarse. ¡Qué horas deliciosas había pasado en aquel rincón frondoso! ¡qué confianzas desaparecidas con las abejas y las mariposas que las habían escuchado! Sin duda ya no volveré más. Y este pensamiento le oprimía el corazón y la retenía; hasta los chirridos del columpio le parecían entonces agradables. De pronto oyó una voz que decía:

—¡Tú me fastidias!....

Era la voz de la señorita Bachelery, que, furiosa al verse abandonada, y creyéndose sola con su madre, le hablaba en su estilo habitual. Hortensia pensaba en las zalamerías filiales de la cantarina, que tantas veces le habían repugnado, y volvía riendo hácia el carruaje, cuando, al volver una alameda, se encontró cara á cara con el doctor Boucherau.

Ella se apartó, pero él la detuvo por un brazo.

—¿Segun eso nos abandonais, hija mia?

— Sí, señor.....

Ella no sabía qué responder, sobrecogida con el encuentro de aquel señor que le hablaba por primera vez. Él tomó entre las suyas las manos de la joven, y la estuvo mirando fijamente en silencio; pero sus labios, sus manos, todo él temblaba, y parecía que una oleada de sangre trasformaba en vivo rojo su palidez:

— Pues adios..... buen viaje; y así diciendo, la atrajo contra su pecho con la ternura de un abuelo, y luego se fué llevando ambas manos sobre el corazón.

### XIII.

#### El discurso de Chambéry.

No, no, yo me hago golondrina, y tomo el vuelo,  
Y tomo el vuelo batiendo las alas....

De buen humor y con su voz agrisulce y límpida se había levantado aquella mañana la pequeña Bachellery; y ya estaba envuelta en un gaban fantástico con capucha de seda azul, puesta una toquilla rodeada de un gran velo de gasa, y se abotonaba los guantes cantando delante del espejo, dispuesta para una excursión su alegre personita, que exhalaba un agradable olor de ropa fresca y de vestido nuevo. La corrección de su bien ajustado traje contrastaba con el desorden del cuarto, en donde se veían los restos de la cena sobre la mesa, en medio de las fichas, de las barajas y de las bujías, y cerca de la cama, medio deshecha, había una gran tina llena de suero de Arvillard, excelente para calmar los nervios y sartinar el cutis de las bañistas.

A la puerta de la fonda esperaba el carruaje; los caballos piafaban haciendo sonar los cascabeles, y los de la joven escolta caracoleaban delante de la escalinata.

Ya estaba lista para salir cuando llamaron á la puerta.

— Adelante.

Roumestan entró muy conmovido, y dándole un pliego cerrado, le dijo:

— Sí, señor.....

Ella no sabía qué responder, sobrecogida con el encuentro de aquel señor que le hablaba por primera vez. Él tomó entre las suyas las manos de la joven, y la estuvo mirando fijamente en silencio; pero sus labios, sus manos, todo él temblaba, y parecía que una oleada de sangre trasformaba en vivo rojo su palidez:

— Pues adios..... buen viaje; y así diciendo, la atrajo contra su pecho con la ternura de un abuelo, y luego se fué llevando ambas manos sobre el corazón.

### XIII.

#### El discurso de Chambéry.

No, no, yo me hago golondrina, y tomo el vuelo,  
Y tomo el vuelo batiendo las alas....

De buen humor y con su voz agrisulce y límpida se había levantado aquella mañana la pequeña Bachellery; y ya estaba envuelta en un gaban fantástico con capucha de seda azul, puesta una toquilla rodeada de un gran velo de gasa, y se abotonaba los guantes cantando delante del espejo, dispuesta para una excursión su alegre personita, que exhalaba un agradable olor de ropa fresca y de vestido nuevo. La corrección de su bien ajustado traje contrastaba con el desorden del cuarto, en donde se veían los restos de la cena sobre la mesa, en medio de las fichas, de las barajas y de las bujías, y cerca de la cama, medio deshecha, había una gran tina llena de suero de Arvillard, excelente para calmar los nervios y sartinar el cutis de las bañistas.

A la puerta de la fonda esperaba el carruaje; los caballos piafaban haciendo sonar los cascabeles, y los de la joven escolta caracoleaban delante de la escalinata.

Ya estaba lista para salir cuando llamaron á la puerta.

— Adelante.

Roumestan entró muy conmovido, y dándole un pliego cerrado, le dijo:

— Tomad, señorita... leed.... leed....

Era su contrato para cantar en la Opera durante cinco años, con todos los sueldos, beneficios y gangas que ella quería. Abriólo, descifró artículo tras artículo friamente, hasta la garrapata firma de Cardaillac, y cuando concluyó, sólo entonces dió un paso hácia el Ministro, y levantando su velo con su pico de rosa al aire, le dijo:

— Sois muy bueno.... os amo.

No se necesitaba más para que aquel hombre público olvidara todos los compromisos y disgustos que no podria ménos de producirle la debilidad que acababa de cometer. Contúvose, no obstante, y tieso, frio, ceñudo como una roca, dijo á la cantarina:

— Ahora he cumplido mi palabra, y me retiro.... no quiero estorbar vuestra jira....

— ¿ Mi jira ? ; Ah ! sí, es verdad.... ¡ Ibamos al castillo de Bayardo.... Y echándole ambos brazos al cuello, añadió con mucha zalamería :

— Vendréis con nosotros.... ¡ Oh ! sí.... sí....

Diciendo esto restregaba sus cejas por las mejillas del Ministro, y casi le rozaba su barba de estatua no muy sólida con sus diente-cillos de niño.

— ¿ Con esos jóvenes ?.... Imposible.... no penseis en eso.

— ¿ Esos jóvenes ?.... Buen caso hago yo de ellos.... Ahora veréis.... María, anda y despáchalos.... ¡ Oh ! ya están acostumbrados.... ¿ Lo oyes, mamá ?

— Ya voy, dijo madama Bachelery, que se dejaba ver en la otra habitacion, con el pié en una silla, esforzándose por calzar sobre sus viejas medias unos botines de cutil demasiado estrechos. Cuando terminó su fatigosa tarea, entró en la sala é hizo al Ministro su ceremoniosa reverencia al uso de las *Folies Bordelaises*, y bajó más que deprisa á despedir á aquellos señores.

— Guarda un caballo para Bompard, que vendrá con nosotros, gritó á la grande la pequeña Bachelery; y Numa, encantado por la atención, saboreó la dicha de oír, con la linda jóven entre los brazos, cómo se iba al paso, alicaída, la turba de jóvenes, cuyos caracoleos habian tantas veces mortificado su corazón. La chiquilla aumentó la deliciosa sensación del Ministro dándole un beso interminable, apoyado en una sonrisa, con la que se lo prometia todo ; despues se apartó de él y le dijo:

— Id pronto á vestiros.... Ya quisiera estar en el camino.

Cuando en la fonda vieron al Ministro con su gran chaleco blanco y el sombrero de paja que sombreaba su cara romana, sentado en el coche descubierto con la cantarina, ir de jira al castillo de Bayardo, se produjo un rumor de curiosidad ; ¡ qué movimiento detras de las persianas !.... Pero despues de todo y bien mirado, como decia el padre Olivieri, á quien sus viajes habian aguerrido mucho, ¿ qué mal habia en ello ? ¿ No los acompañaba la madre á visitar el castillo de Bayardo, que á título de monumento histórico entraba en las atribuciones ministeriales ? ; Dios mío ! ; Por qué hemos de ser tan intolerantes con hombres como Mr. Roumestan, que exponen su vida por defender las doctrinas conservadoras y nuestra santa religion ?

— ¿ En qué piensa Bompard que no acaba de llegar ? murmuraba Roumestan, impaciente de estar delante de la fonda expuesto á todas las miradas, que se hallaban fijas en él, cual fusiles dispuestos á dispararse. Bompard apareció al fin, pero en una ventana, diciendo :

— Id delante.... Yo os alcanzaré.

Como si sólo esperasen esta señal, las mulas echaron á correr, atravesando rápidamente el establecimiento de los baños.

— ¡ Tened cuidado ! Apartaos.

Los bañistas, atropellados, las sillas de mano, todo se apar-

taba formando línea para dejar pasar el coche; las criadas, con sus grandes delantales blancos, aparecían á la entrada de la galería; los frotadores desnudos como beduinos, bajo sus cobertores de lana, asomaban la cabeza por la escalera de las estufas; en la sala de inhalación se levantaban las cortinas azules.... Todo el mundo quería ver pasar al Ministro y á la cantarina.... más ya estaban léjos; lanzados al galope de las mulas, descendían las negras callejuelas de Arvillard, empedradas ó desempedradas con guijarros puntiagudos, con venas de azufre y de fuego, que hacían saltar el carruaje que iba echando chispas, estremeciendo las casuchas asquerosas, y haciendo aparecer en las ventanas llenas de anuncios, en las puertas de las tiendas de bastones herrados, de sombrillas, de pasamontañas, de piedras calcáreas, de minerales, de cristales y de toda clase de atrapa-bañistas, cabezas que se inclinan y frentes que se descubren á la vista del Ministro. Las señoras, muy orgullosas, sentadas frente á él, comprenden perfectamente todo el honor que reciben, y no se encuentran á sus anchas sino cuando se ven fuera del pueblo y al pié de la torre de Tremil, donde debe incorporárseles Bompard; pero el tiempo pasa y Bompard no llega, aunque él se vanagloria de ser buen jinete. Su tardanza empieza por sorprender y acaba por irritar; sobre todo á Numa, que se impacienta al verse léjos de adelantar en aquella jornada que se abre ante él cual nueva vida llena de esperanzas y de aventuras. Al fin, entre una nube de polvo se oye una voz espantada que grita: «¡Ho.... la.... ho.... la....!» y se ve aparecer la cabeza de Bompard, cubierta con un casco de corcho envuelto en un velo blanco, semejante al que usa el ejército inglés en la India, y que el meridional lleva para dar más importancia y dramatizar su viaje, haciendo creer al sombrerero que partía para Bombay y Calcuta.

—¿Acabarás de llegar, sabio?

Bompard meneó la cabeza con aire trágico; sin duda le había ocurrido algo grave al salir de la fonda, porque traía manchas de tierra en la manga y en la espalda. «Mal caballo, dijo, saludando á las señoras, mientras el carruaje se ponía en marcha; mal caballo, pero al fin lo puse al paso.»

Tan al paso, que el animal no quería andar y daba vueltas sobre sí mismo como un gato enfermo, á pesar de todos los esfuerzos del jinete. El carruaje ya estaba léjos, y Numa le gritaba: «¿Vienes ó no vienes, Bompard?....»

—Id delante, yo os alcanzaré.... gritaba el pobre hombre; pero haciendo un gesto desesperado, volvió camino de Arvillard á todo galope. «Habrá olvidado algo», dijeron los viajeros, y ya no pensaron más en él.

La perspectiva era magnífica; la carretera daba vueltas por las alturas, rodeada de nogales, dejando á la izquierda bosques de castaños y de pinos, y á la derecha, pendientes inmensas, desarrollándose hasta perderse de vista en el fondo, donde las aldeas aparecían como encerradas entre viñedos cubiertos de trigo, de maizales, de moreras, de almendros y de tapices deslumbradores de hierbas, cuyas flores doradas parecían inflamadas por el sol.

Roumestan no recordaba paisaje comparable con aquel, ni aún en su querida Provenza, y no imaginaba que pudiera haber felicidad comparable con la suya. Ni sentía inquietud ni remordimiento. Su mujer, fiel y confiada; la esperanza de tener un hijo; la siniestra predicción de Bouchereau sobre la enfermedad de la pobre Hortensia; el efecto desastroso que no podría menos de producir la publicación del decreto de Cardailiac en el Diario oficial, nada de esto existía para él. Todo su destino estaba concentrado en la hermosa jóven, cuyos ojos se reflejaban en los suyos, cuyas rodillas estrechaban las suyas, y que bajo el azulado velo dejaba ver su rubio cutis, cantando con las manos del Ministro entre las suyas:

Ahora que me siento amada  
Huyamos á la enramada,....

El coche corría ya por la inmensa llanura que se desarrollaba en semicírculo, dejando ver lagos y aldeas, y más léjos las montañas de Saboya. «¡Qué hermosura, qué grandeza!» decía la cantarina,.... y él le respondía por lo bajo «¡Cuánto os amo!»

Cuando hicieron la última parada, encontraron á Bompard, á pié, con el aire más apenado imaginable, y con el caballo de la brida: «Este animal es sorprendente....» dijo, y las señoras le preguntaron si había caído: «No.... Es una antigua herida que se ha abierto de nuevo....» ¡Herido!.... ¿dónde, cuándo? Nunca, nunca había hablado de tal herida; pero con Bompard era preciso esperar la sorpresa. Hicieronlo montar en el carruaje; amarraron su pacífico caballo detras, y continuaron su camino hasta el castillo de Bayardo, cuyas dos torres, torpemente restauradas, se veían en una altura.

Adelantóse á recibirlos una criada, montañesa solapada, que estaba á las órdenes de un cura viejo, que vive en el castillo de Bayardo, á condición de dejar entrar libremente á los viajeros. Cuando se anunciaba una visita, el cura la recibía en su cuarto, á ménos que no se tratára de elevados personajes; pero en esta ocasion el Ministro se guardó bien de decir quién era, y él y la compañía fueron recibidos como simples viajeros, á quienes la criada enseñó, dándoles explicaciones con tono de salmodia, lo que quedaba del antiguo castillo del caballero sin miedo y sin reproche, mientras que el cochero ponía la canasta del almuerzo en un merendero del jardín. «Esta es la antigua capilla donde el buen caballero por la mañana y por la tarde,.... Suplico á las señoras y al caballero que consideren el espesor de estas murallas....» Ni las señoras ni el caballero consideraban nada. Como todos los de su género, el

interior del castillo era oscuro, y tropezaban en los cascotes de yeso caídos del techo. Numa daba el brazo á la cantarina, burlándose un poco del caballero Bayardo y de «su respetable madre, la señora Elena de los Alemanes.» Aquellos recuerdos de cosas viejas los aburría; y para conocer el eco de las bóvedas de la cocina, la criada entonó la última canción de su marido, que era un poco picante, sin que nadie se escandalizára; ántes bien al contrario, parecía que agradaba á todos:

*Yo tengo esto de papá.... Yo tengo esto de mamá....*

En el jardín, donde el almuerzo estaba servido, sobre pesada mesa de piedra, el buen humor de la compañía aumentó, y cuando estuvo el hambre satisfecha, llamó su atención el esplendor del horizonte que los rodeaba. A los postres abrió el Ministro la guía del viajero para refrescar la memoria y habló de Bayardo, «de la pobre señora, su madre, que tiernamente oraba» el día que su hijo, paje del Duque de Saboya, partía para Chambery, haciendo caracolear su caballito delante de la puerta del Norte, en este mismo sitio en que la sombra de la gruesa torre, majestuosa y débil, se extendía como el fantasma del viejo castillo desvanecido. Numa se excitaba leyéndoles las buenas palabras que Elena decía á su hijo al despedirse de él: «Pedro, amigo mío, os recomiendo que ante todo améis, temáis y sirvais á Dios, sin ofenderlo nunca si os es posible.» En pié sobre la terraza, con gesto maternal dirigido hácia Chambery, la dama añadía: «Esto es lo que debe decirse á los niños, lo que todos los padres, lo que todos los amos....»

—Numa se detuvo, dióse una palmada en la frente y exclamó:

— ¡ Mi discurso! hé aquí mi discurso... ya le tengo....

¡Soberbio! El castillo de Bayardo, una leyenda local....  
¡Quince días hace que le busco, y hélo aquí!

—Es providencial, dijo madama Bachellery llena de admiración, aunque encontrando un poco grave la conclusión del almuerzo.... ¡Qué hombre, qué hombre!

La pequeña Bachellery parecía también muy excitada; pero el impresionable Roumestan no se ocupaba de ella. El fuego de la oratoria hervía bajo su frente, en su pecho, y absorto en su idea, exclamaba, mirando en torno suyo.

—Lo bueno sería fechar la cosa en el castillo de Bayardo.

—Si el Sr. abogado quisiera un rincón solitario para escribir.... dijo la criada.

—¡Oh! sí.... sólo para tomar algunas notas.... Permitidme, señoras.... miétras os sirven el café.... Ya vuelvo....

La criada lo instaló en un cuartito del piso bajo, con redonda bóveda, en la que se veían fragmentos de dorados, y que pretendían haber sido el oratorio de Bayardo, así como la vasta sala inmediata, su alcoba. Al principio la pluma del orador no respondía con rapidez al entusiasmo de la idea.... De repente se detuvo; su cerebro vacío de palabras ó fatigado del camino y de los vapores del almuerzo, no respondía á su deseo: levantóse y se paseó del oratorio á la alcoba, hablando alto, excitándose, escuchando sus pasos que resonaban en las bóvedas como si fueran los de un aparecido ilustre, y volvió á sentarse sin poder llegar á escribir una línea.... Le parecía que todo daba vueltas en torno suyo; las paredes blanqueadas con cal, el rayo de luz que entraba por las ventanas.... Luego oyó ruido de platos y de risas en el jardín, lejos, muy lejos, y concluyó por dormirse profundamente sobre el borrador.

Un trueno terrible lo despertó.... ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? Algo confuso salió al jardín, en donde sólo vió á la criada que recogía la vajilla del almuerzo, y que dijo

á Numa que la señorita, sintiendo un gran dolor de cabeza despues de almorzar, habia ido á dormir un poco en la alcoba de Bayardo, cerrando ántes sin ruido la puerta del oratorio para no distraer al señor que trabajaba. La otra señora y el del casco blanco habian descendido al valle, donde de seguro se mojarían porque empezaba á llover....

En la dirección que ella indicaba, sobre la cresta desportillada de los montes calcáreos, se levantaba la gran Cartuja, envuelta en relámpagos cual misterioso Sinaí; el cielo se oscurecía rápidamente, reduciendo el espacio iluminado por el sol en la llanura. Á lo lejos descubrió Roumestan el casco de Bompard, luciente como el cristal de un faro herido por un rayo de sol. Volvió al oratorio, más no pudo trabajar; pero no era el sueño el que paralizaba su pluma; estaba, por el contrario, muy excitado pensando en Elisa Bachellery, que dormía en la alcoba inmediata.... «¿Pero estaba aún allí?» Entreabrió la puerta y no se atrevió á cerrarla por no despertar á la cantarina, que estaba echada en la cama, con el cabello suelto y medio desnuda, dejando ver á trechos su blanco cuerpo.

— Veamos, Numa, veamos.... ¡Qué diablos! ésta es la alcoba de Bayardo....

Como si álguien lo agarrára por el cuello, como un malhechor, volvió á sentarse ante la mesa, con la cabeza entre las manos, tapándose los ojos y las orejas para mejor absorber su mente en la última frase de su discurso, que repetía en voz baja:

— Y, señores, estas supremas recomendaciones de la madre de Bayardo, llegadas hasta nosotros en el tan dulce lenguaje de la Edad Media, quisieramos que la Universidad de Francia....

La tempestad lo enervaba con tal pesadez como las sombras de ciertos árboles de los trópicos á los desgraciados que se ponen bajo ellos. Su mente flotaba ebria con el exqui-

sito olor exhalado por las amargas flores de los tulipanes ó con el de la rubia cabellera de la cantarina esparcida por el lecho. ¡Desgraciado Ministro! En vano se colgaba de su discurso; invocaba al caballero sin miedo y sin tacha, la instrucción pública, los cultos, el rector de Chambéry; todo fué inútil. Necesario le fué volver á la alcoba de Bayardo y acercarse tanto á la dormida cantarina, que oía su respiración, palpaba las cortinas de la cama que servían de marco al sueño provocador, al nacarado color de aquel cuerpo voluptuoso, sonrosado de una sanguínea desvergonzada de Fragonard.

Aun allí, al borde de la tentación, el Ministro luchaba todavía y murmuraba maquinalmente entre sus labios las recomendaciones supremas que la Universidad de Francia.... cuando un trueno resonante despertó á la cantarina sobresaltada, exclamando:

— ¡Oh qué miedo!.... ¡Ah! ¿sois vos?

Ella lo reconocía sonriendo, sin mostrar turbación por el desorden de su vestido; y ambos permanecieron sobrecogidos, inmóviles, confundiendo la llama de sus deseos. La alcoba se oscureció súbitamente, porque el viento cerró con violencia las persianas.... oyeron crujir las puertas, caer al suelo una llave, torbellinos de hojas y de flores rodar sobre la arena, y el silbido de la borrasca....

— ¡Qué tempestad! dijo ella en voz baja, tomando entre las suyas la mano abrasada del otro y atrayéndole debajo de las cortinas....

*Y, señores, estas supremas recomendaciones de la madre de Bayardo, llegadas hasta nosotros en el tan dulce lenguaje de la Edad Media....*

Esta vez hablaba el gran maestro de la Universidad de Chambéry, delante del viejo castillo de los Duques de Saboya, y del maravilloso anfiteatro de verdes columnas y de nevadas montañas en que paseaba Chateaubriand contemplan-

do el Taygeto: rodeábanle bordadas casacas, palmas académicas, leonetes y charreteras, que dominaban á la multitud, sobreexcitada por la energía de su verbo, por el gesto de su mano robusta, en la que blandía la paleta con mango de marfil que le había servido para cimentar la primera piedra del Liceo.... *Quisiéramos que la Universidad de Francia las inculcara á cada uno de sus hijos: Pedro, amigo mío, os recomiendo ante todo....* Y mientras citaba estas tiernas palabras la emoción hacía temblar su mano, su voz, sus molletes, recordando la gran alcoba impregnada de embriagadores aromas, donde, en medio de la agitación de una tempestad memorable, había compuesto el discurso de Chambéry.

## XIV.

## Las víctimas de Roumestan.

Á las diez de la mañana se llenaba de pretendientes la antesala del Ministro de Instrucción pública. Al entrar, cada uno daba su tarjeta al ujier, que la tomaba, la examinaba, y sin decir palabra, la ponía cuidadosamente junto á él en la mesita colocada en el alfeizar de una ventana. El tal ujier parecía un hombre impasible; pero uno de los recién llegados tuvo el honor de conmover su angusta impasibilidad. Era un hombre grueso, tostado del sol, oliendo á brea, de cuyas orejas pendían dos anclitas, y que hablaba con voz de foca resfriada.....

— Decidle que es Cavantous el piloto..... Él sabe quien soy..... y me espera.....

— No sois el único, respondió el ujier sonriendo de su propia gracia.

Cavantous no le comprendió; pero rió también; abriendo la boca hasta las anclas; y atravesando por entre los pretendientes que llenaban la antesala, fué á sentarse junto á otro paciente tan curtido como él y que al verle exclamó:

— ¡Hola! es Cavantous..... Soy Valmajour; ¿no os acordais? Nos conocimos allá abajo, en las Arenas.

— ¡Es verdad!..... Pero bien puedes decir que en París te has transformado.

El tamborilero parecía, en efecto, un señor con apariencia de artista. Su larga y negra cabellera la llevaba echada atrás, y con su tinte moreno y su bigote de color de ala de cuervo, cuyas guías estaba constantemente retorciendo, parecía un personaje de feria. Su vanidad de buen mozo y de músico desbordaba dándole una apariencia de hombre superior y dueño de sí mismo. Su derrota en la Ópera no había enfriado su entusiasmo; como todos los actores en casos semejantes, la atribuía á envidiosas cábalas; y para su hermana, como para él, esta palabra tomaba proporciones extraordinarias, pareciéndole que envolvía la idea de un animal misterioso, mezcla de culebra de cascabeles y de caballo apocalíptico.

Valmajour contó á Cavantous que dentro de algunos días se estrenaba en un gran café-concierto del Boulevard, donde figuraría en los cuadros vivos mediante doscientos francos cada mes.

— ¡Doscientos francos cada mes! dijo el piloto abriendo tan desmesuradamente los ojos, que parecía se le iban á saltar de las órbitas.

— Y además, mi *biografía* se venderá en las calles, y mi retrato, de tamaño natural, se verá en todas las paredes de París, ostentando el traje de los antiguos trovadores, que estrenaré esta noche con mi música.

Lo que más le halagaba de todo ello era al traje, y sentía mucho no poder lucir su casquete y sus zapatos abiertos para mostrar al Ministro el brillante contrato que acababa de hacer y que esta vez estaba en buen papel sellado y firmado, aunque no en su presencia.

Cavantous miró el papel sellado, que ya estaba sucio por ambos lados, y dijo suspirando:

— Eres un hombre feliz .... Un año hace que yo espero mi condecoración.....

— Numa me había dicho que le enviara los papeles; se los

envié..... y desde entónces no he vuelto á oír hablar ni de la condecoracion, ni de los papeles, ni de nada..... Escribí al Ministerio de Marina y me repondieron que no me conocian..... escribí luego al Ministro, y el Ministro no me ha respondido..... Lo peor de todo es que ahora, sin mis papeles, cuando tengo una cuestion con los capitanes de los buques por el pilotaje, el tribunal no quiere oír mis razones..... Viendo esto, he varado la barea y he dicho: vamos á ver á Numa.

Diciendo esto, el pobre piloto casi lloraba. Valmajour le consoló, le tranquilizó, prometiéndole hablar al Ministro en su favor, con la seguridad del hombre á quien nada pueden rehusar. Por lo demas, esta actitud altiva no era suya solamente: todos los pretendientes ostentaban la misma actitud triunfante. Todos eran amigos particulares del Ministro, y seguros de ser bien recibidos, decian al ujier: «Él me espera.»

Cada cual está convencido de que si Roumestan supiera que estaba allí..... Todo esto da á la antesala del Ministro de Instruccion pública un aspecto especial; allí no se ven las palideces de la fiebre, los semblantes llenos de ansiedad, los sobreexcitados que tiemblan, como en las antesalas de los otros ministerios.

Valmajour se levantó, y dirigiéndose á la mesita, preguntó al ujier en alta voz:

—¿Con quién está?

—Con el Director de la Ópera.

—¡Cardaillac! Eso va bien; ya sé yo..... es para mi negocio.....

Despues del mal éxito del tamborilero en su teatro, Cardaillac le cerró la puerta. Valmajour quiso armarle un pleito; pero el Ministro, que teme á los abogados y á los periódicos, obtuvo del músico que no pasase adelante, ofreciéndole que sería indemnizado; sin duda era esta indemnizacion lo que discutian en aquel momento el Ministro y el Empresario, y

no debía ser sin alguna animacion, porque á cada instante se oía la voz de Numa, que sonaba como una trompeta, y por último, la puerta se abrió bruscamente, y Cardaillac salió lanzándole, al retirarse, esta andanada:

—No es mi protegida, sino vuestra.

El gordo Cardaillac atravesó la antecámara, con ademán furibundo, cruzándose con el ujier, que se adelantaba entre dos filas de recomendados.

—Basta con que le digais mi nombre.....

—Que sepa al ménos que estoy aquí.....

—Decidle que es Cavantous.

El ujier no escuchaba á nadie y se adelantaba muy grave con algunas tarjetas en la mano..... La puerta, que dejó entreabierta al entrar en el gabinete ministerial, permitió á los pretendientes entrar, al ménos con la mirada, en aquel sagrado recinto.

Con extrañeza, que se reflejaba en su semblante cadavérico, el ujier salió y dijo en voz alta:

—El señor Valmajour.

Al músico no le sorprendió que el Ministro le hiciera entrar el primero, porque ya era todo un personaje. Desde por la mañana, su retrato, de tamaño natural, pintado en grandes carteles, llena todas las paredes de Paris; es ya un personaje, y el Ministro no le hará ya languidecer entre las corrientes de aire de una estacion de ferro-carril. Pagado de sí mismo, sonriendo, entró en el suntuoso gabinete, donde los secretarios estaban muy atareados revolviendo todos los cajones, como quien busca algo importante que no encuentra. Roumestan, con las manos en los bolsillos, parecia furioso y rugia diciendo:

«Pero, en fin, ¡qué diablos! ¿parecen ó no parecen esos papeles?..... ¿Se han perdido, pues, esos papeles?..... En verdad, señores, que hay aquí un desórden.....»

En esto vió á Valmajour; y mientras los dos secretarios escapaban por las puertas laterales, cargados con paquetes de papeles, le dijo acercándosele y cogiéndole con violencia por la solapa: «¡Ah! ¿sois vos?.... ¿sois vos?.... Veamos; ¿es que no vais á acabar nunca de perseguirme con vuestra música de perros?.... ¿No tenéis bastante con una silba, que aún necesitáis otra?.... Ahora me dicen que os han retratado en grandes carteles.... ¿Y qué significa esta otra farsa que acaban de traerme?.... ¿Es ésta vuestra biografía?.... Un tejido de necedades y de mentiras.... Demasiado sabéis que sois tan príncipe como yo; que esos pergaminos de que se habla sólo han existido en vuestra imaginación.»

Con gesto discutidor y brutal, el Ministro tenía á su víctima agarrado por la solapa y lo sacudía con violencia mientras hablaba. «Por lo pronto, el empresario no tenía dinero y no cumpliría el contrato: no le pagarían, y pasaría por la vergüenza de ver por todo París el mamarracho á que llamaban su retrato, y comprometido el nombre de su protector. Los periódicos iban indudablemente á recomenzar sus ataques contra Roumestan y Valmajour, el pito del Ministerio.... Excitándose con el recuerdo de las injurias, gritaba con todas sus fuerzas: «¡Idos de aquí, miserable!.... ¡marchaos!.... Nadie quiere oír ya vuestro pito.»

Valmajour, aturdido, no resistía, y balbuceaba sin saber lo que se decía: «Va bien.... bien va....» y con mirada angustiosa imploraba á Mejean, único á quien la cólera del Ministro no había puesto en fuga, y al gran retrato de Fontanés, que parecía escandalizado de tales violencias, y que acentuaba más su aire autoritario cuanto más lo perdía su sucesor Roumestan. Al cabo el Ministro soltó al músico, y éste, atolondrado, echó á correr.... El ujier, impasible, presentó á Numa nueva lista de nombres, y Su Excelencia dijo: «Cavants pilot!.... Aquí tenemos otro Valmajour.... ¡Ah!

no, no... Ya estoy cansado de sus engaños.... He concluido por hoy.... Ya no recibo más....» Y continuó recorriendo á grandes pasos el gabinete, disipando lo que le restaba de la cólera que tan injustamente había desfogado sobre Valmajour.... ¡Qué imprudencia la de Cardaillac! reprocharle el contrato de la *niña* en su casa, en pleno Ministerio, delante de Mejean, delante de Rochemaure; «¡Ah! decididamente soy muy débil.... El nombramiento de este hombre para director de la Ópera fué una grave falta.» Su secretario era de la misma opinión; pero se guardaba muy bien de decírselo, porque Numa no era ya el buen amigo de otros tiempos, que se reía el primero de sus propias tonterías, aceptando las bromas y hasta las críticas severas. Llegado á jefe efectivo del Ministerio, gracias á su discurso de Chambery y á otras proezas oratorias, la embriaguez de su elevación, esa atmósfera real en la que naufragan las cabezas mejor organizadas, lo habían cambiado, desarrollando su sistema nervioso hasta hacer que se irritara por cualquier cosa.

Abrióse una puerta de escape y apareció madama Roumestan pronta á salir, y con el aire de serenidad que hacia cinco meses iluminaba su semblante, dijo: «¿Es hoy día de Consejo?.... Buenos días, señor Mejean.»

—Sí, sí.... Consejo.... sesión.... Todo.

—Yo venía á pedirte que vinieras á casa de mamá á almorzar con nosotros.... Hortensia se hubiera alegrado mucho.

—Ya ves, no es posible. Miró su reloj, y añadió: á las doce debo estar en Versalles.

—Entonces, te espero é iré contigo hasta la Estación.

Él vaciló un momento y dijo:

—Muy bien.... Firmaré esto y saldremos.

Mientras él escribía, Rosalia daba á Mejean noticias de su hermana. La vuelta del invierno la inquietaba, porque el médico le había prohibido salir de casa. ¿Por qué no iba él á

verla? Ella tenía necesidad de ver á sus amigos. Mejean hizo un gesto de desaliento, diciendo : « ¡ Oh ! yo..... »

— Si..... sí..... Todo no ha concluído para vos..... No es más que un capricho, y estoy segura de que no será durable.

Ella era feliz y quería que todo el mundo lo fuera en tórno suyo. Su felicidad era tan completa..... Roumestan por su parte hablaba á todo el mundo de la dicha que le esperaba; á los indiferentes como á los amigos decía con cómico orgullo : « Le llamaremos el hijo del misterio », y reía hasta llorar celebrando su gracia. Para los que conocían su existencia y la imprudencia con que había instalado su familia en el palacio ministerial, dando saraos y con mesa franca, este marido tan tierno para con su esposa, que hablaba con lágrimas en los ojos de su futura paternidad, parecía indefinible, impávido en la mentira, sincero en la efusión de sus sentimientos, y haciendo imposibles los juicios para los que no conocen las peligrosas complicaciones de los temperamentos meridionales.

— Decididamente te conduzco á casa de tus padres, dijo á su mujer al subir al coche.

— ¿ Pues no te están esperando ?.....

— Tanto peor para ellos..... Que me esperen..... Así estaremos juntos más tiempo.

Tomó el brazo de Rosalia bajo el suyo; y estrechándola como si fuera una niña, añadió :

— ¿ Ves tú? Yo no estoy bien más que así..... Tu dulzura me aplaca; tu sangre fría me reconforta..... Ese Cardaillac me ha puesto en un estado..... Es un hombre sin conciencia, sin moralidad.....

— Pues qué, ¿ no le conocías?

— Él dirige el teatro de manera que es una vergüenza.

— ¿ Es verdad que ha firmado el contrato con esa señorita Bachellery ?..... ¿ Por qué lo has consentido ?..... ¿ No sabía

que es una muchacha falsa en todo; en la juventud, en la voz y hasta en las cejas?

Mientras así hablaba su esposa, á Numa un color se le iba y otro se le venía..... Ahora era él quien, con el extremo de sus gordos dedos, pegaba las cejas postizas á la niña..... La gorda mamá le había enseñado este oficio.

— ¿ Por cuenta de quién corre ahora esa cabeza ?..... El *Mensajero* hablaba el otro día de altas influencias..... de protección misteriosa.....

— No sé..... Acaso por cuenta de Cardaillac.....

Diciendo esto, volvió á otro lado la cabeza para ocultar su confusión, y de repente se echó atrás espantado.

— ¿ Qué es eso? preguntó Rosalia mirando por la portezuela. Era el inmenso cartel lleno con el retrato mamarracheado de colorines del trovador tamborilero..... En la empalizada que cierra las obras del Hotel de Ville, ante la que pasaba su carruaje, había muchas copias de este reclamo grosero, llamativo, que dejaba estupefacto á los transeuntes.

Al verlo, Roumestan exclamó con aire desolado :

— ¡ Mi verdugo !

Rosalía, con dulzura, pero seria, le dijo :

— No, di tu víctima..... ¡ Y si fuera la única! Desgraciadamente, á otra se le ha pegado el fuego de tu entusiasmo.

— ¿ Á quién?

— Á Hortensia.

Rosalía le contó entonces lo que había descubierto á pesar del misterio en que su hermana envolvía su amor por el campesino. Lo que al principio creyó un capricho la llenaba ahora de inquietud, temiendo fuera una aberración moral.

Indignábase el Ministro, exclamando :

— ¡ Eso es imposible!..... ¡ Un rústico !.....

— Ella lo ve al traves de su imaginación, y sobre todo, de tus leyendas, de tus invenciones, que ha creído con la mejor

buena fe. Por eso, ese reclamo, ese mamarracho de cartel que te irrita me llena á mí de gozo, porque espero que su héroe le parecerá tan ridiculo, que ya no se atreverá á amarle. Si así no fuere, no sé lo que sería de nosotros. Imagina la desesperacion de mi padre.... Imaginate tú mismo cuñado de Valmajour.... ¡ Ah, Numa, Numa !.... Involuntario engañador....

El no se defendía ; irritábase contra sí mismo, contra su genio meridional, que no sabía dominar.

— Siempre deberias proceder como ahora contra mí, querida consejera, protectora santa. Sólo tú eres buena, indulgente ; sólo tú me comprendes y me amas.

Hablando así, Numa llevaba á los labios la manecita enguantada de su esposa ; parecia lleno de conviccion, y casi lloraba lágrimas sinceras que le escaldaban los párpados. Pasada esta efusion, se encontró mejor, se reanimó, y cuando llegaron á la plaza Real y ayudó, con delicadas atenciones, á que bajara del coche su mujer, con tono alegre, libre de remordimientos, dijo al cochero : « A la calle de Londres.... pronto »

Rosalía, que andaba despacio, oyó confusamente esta direccion, que le causó honda pena, no porque pensara nada malo, sino porque su marido le habia dicho que iba á la Estacion del ferro-carril de San Lázaro. ¿ Por qué sus actos no respondian nunca á sus palabras ?.... Otra inquietud la esperaba en el cuarto de su hermana, en el que al oírle entrar, suspendieron una acalorada discusion Hortensia y Oliverta, que no pudo disimular su agitacion al entrar Rosalía. La presencia de ésta la contenía ; para ocultar su emocion le preguntaba por su salud, y le hablaba con febril entusiasmo del café cantante, de las buenas condiciones del contrato que hacian á su hermano, y por último, sorprendida de la indiferencia con que la escuchaba, le preguntó con aire casi inso-

lente : « ¿ Vendrá la señora á oír á mi hermano ?.... La cosa vale la pena, aunque no sea más que para verlo con su traje de trovador. »

Hortensia, que no se atrevia á levantar los ojos del suelo para mirar á su hermana, parecia visiblemente atormentada al oír la descripcion pomposa que hacia Oliverta del ridiculo traje de su hermano. Rosalía se excusó diciendo que el estado de su salud no le permitia ir al teatro. Además, habia en Paris ciertos establecimientos públicos, á los que no todas las mujeres podian ir. La campesina la detuvo á las primoras palabras diciendo : « Perdonad ; pero yo voy, que valgo tanto como cualquiera otra, porque nunca he hecho nada malo y cumplo todos los días con mis deberes religiosos. » Levantaba la voz olvidada de su antigua timidez ; pero Rosalía era demasiado buena para humillar á la pobre ignorante, sobre todo al pensar en la responsabilidad de Numa ; y con toda la bondad de su corazon, con esa delicadeza de palabra, que curan aunque quemen, trató de hacerle comprender que su hermano no podia esperar el menor éxito en aquel Paris implacable, y que en vez de empeñarse en sostener una lucha humillante, descendiendo las últimas gradas de la escala artística, haria mucho mejor en volverse á su pais y comprar otra vez su casa, para lo cual se le procuraria los medios, olvidando, con su vuelta á la vida laboriosa del campo los sinsabores de su desgraciada expedicion.

La campesina la dejó terminar su arenga sin interrumpirla, pero lanzando sobre Hortensia penetrantes miradas como para excitarla á que replicara á su hermana ; mas viendo que la jóven no queria decir nada, declaró con frialdad que no se irian, que su hermano tenia en Paris compromisos de todos géneros, de todos.... de todos.... á los que le era imposible faltar. En seguida se echó al brazo la pesada manta húmeda, que habia colocado en la espalda de un sillón ; hizo una hipó-

crita reverencia á Rosalia, diciéndole : « Buenos días, señora... y al ménos recibid las gracias por vuestra bondad. » Y salió de la habitacion seguida de Hortensia. Una vez en la antesala, bajando la voz, añadió : « El domingo por la noche... á las diez y media sin falta. » Y con tono apremiante, autoritario, añadió : « Debeis hacerlo por vuestro pobre amigo... para animarle... ¿ Qué arriesgais en ello? Soy yo quien vendré á buscaros... Yo quien os acompañaré á casa. » Viéndola vacilar, añadió, levantando la voz en tono de amenaza :

— Veamos.... ¿ Sois ó no sois su prometida?

— Iré... iré... dijo la jóven espantada.

Cuando volvió á su habitacion, viéndola retraída y triste, Rosalia le preguntó :

— ¿ En qué piensas, querida?... ¿ Piensas acaso en la continuacion de tu novela?... Despues de tanto tiempo debe estar muy adelantada, añadió risueña, poniéndole las manos en la cintura.

— ¡ Oh ! si, si, muy adelantada....

Y con melancólica entonacion, despues de un corto silencio, Hortensia añadió :

— Es el desenlace lo que no encuentro.

Hortensia no amaba al músico, acaso no lo habia amado nunca. Trasfigurado por la ausencia y por el dulce brillo que la audacia daba al abencerraje, se le aparecia de léjos como el hombre de su destino. Habia encontrado digno de ella el comprometer su existencia por el que se veia abandonado por el éxito y por sus protectores. Pero al volver de los baños, á la implacable luz de la realidad, vió con terror cuánto se habia engañado. En la primera visita de Oliverta le extrañaron sus nuevas maneras, sus libertades demasiado familiares y las miradas de complicidad con que le advertia por lo bajo que él iba á subir á buscarla. Pareciale esto demasiado atrevido, repugnándole la idea de introducir á aquel hombre en

la casa de sus padres; pero la campesina queria precipitar las cosas. Hortensia comprendió aterrorizada, á la vista de aquel farsante, que echaba atras su melena con movimiento de inspirado, que sin querer removía sobre su cabeza el sombrero provincial, sin saber cómo ponerlo, procurando de la manera más visible lucir su varonil belleza, que no era el ideal que ella se habia forjado.

En lugar de humillarse un poco y de hacerse perdonar el arranque generoso que habia inspirado, él mostraba aire de vencedor pagado de la conquista, y sin hablar, porque no hubiera sabido qué decir, trataba á la fina parisiense cual lo hubiera hecho con una de las *combette* de su país; echóle una mano á la cintura con aire de soldado trovador y quiso atraérsela.... Pero ella lo rechazó con violencia dejándolo asustado, mientras Oliverta intervenia con viveza riendo á su hermano. « ¿ Qué maneras son ésas? Sin duda las habia aprendido en el arrabal de San German, en las casas de la aristocracia. Al ménos, espera á que sea tu mujer. »

Y volviéndose á Hortensia, añadió :

— ¡ Os ama tanto !.... Este pobre pecador tiene la sangre requemada.

Desde entónces, cuando Valmajour iba á buscar á su hermana, creyó debia tomar la actitud sombría y fatal que suelen tener las viñetas de los papeles de música. La jóven hubiera podido conmovirse; pero el pobre jóven le parecia ya demasiado nulo. No sabia más que alisar el pelo de su sombrero, contar el éxito que obtenia en los salones aristocráticos, ó sus rivalidades de actor. Un día le habló durante una hora de la grosería del hermoso Mayol, que se abstuvo de felicitarle despues de un concierto, y pasó todo el tiempo diciendo á su prometida :

— ¡ Ese es vuestro Mayol !.... ¡ Qué bien educado está vuestro Mayol !

Oliverta tomaba actitudes de vigilante, haciendo alarde de su severidad de gendarme de la moral ante aquellos dos enamorados que no lo parecían. ¡ Ah, si ella hubiese podido adivinar en el alma de Hortensia el terror, el disgusto de su terrible desprecio !

— Anda, capona, le decía alguna vez, aunque sus ojos rebotaban de cólera, porque le parecía que el asunto se prolongaba demasiado y que la joven le excitaba no atreviéndose á afrontar los reproches y las repugnancias de sus parientes. ¡ Cómo si esto pudiera tenerlo en cuenta aquella naturaleza fiera y libre, como si amara de veras ! pero, ¿ cómo decir yo le amo, y armarse, excitarse, combatir, cuando no se ama ?

Sin embargo, ella había prometido, y cada día la acorraban con nuevas exigencias; así la campesina quería á toda costa que fuera al estreno del tamborilero en el café-cantante, contando con que el éxito y los aplausos concluirían por decidirla; y al fin, después de prolongada resistencia, la pobre joven consintió en salir de noche, sin que su madre lo supiera, empleando la mentira y sujetándose á la complicidad humillante de la servidumbre. Había cedido de miedo, por debilidad, y quién sabe si también con la esperanza de volver á ver su visión primera, el espejismo desvanecido, que volviera á encender en su corazón la extinguida llama.

## XV.

### El Skating.

¿ Donde estaba eso ? ¿ A dónde iba ella ? El *fiacre* había caminado largo..... largo tiempo, y Oliverta, sentada á su lado, estrechándole las manos, tranquilizándola, hablaba con febril entusiasmo..... Nada veía ni oía, y el chirrido estridente de las ruedas nada significaba para ella; ni veía tampoco aquellas calles, aquellos bulevares, aquellas fachadas, que contemplaba como en su aspecto ordinario, porque bajo la viva emoción que experimentaba, los objetos tomaban formas incoloras, cual si aquel carruaje la llevase indistintamente á una boda ó un entierro.

Por último, unos pasos más y se detienen ante un espacioso andén inundado de luz clara, que dividía en negras sombras, difusas, la apiñada multitud allí reunida.

Veíase una ventanilla para el despacho de billetes; á la entrada de ancho corredor, una mampara forrada de terciopelo encarnado, y después la sala, una sala inmensa, que con su nave, sus contornos y el estuco de sus altas paredes le recordaba una iglesia anglicana, en donde ella había estado alguna vez para un casamiento; sólo que aquí estaban las paredes cubiertas de carteles de anuncios, mezclados con sombreros y camisas á la medida (á cuatro francos y cincuenta céntimos); los reclamos de los establecimientos de confección alternando

Oliverta tomaba actitudes de vigilante, haciendo alarde de su severidad de gendarme de la moral ante aquellos dos enamorados que no lo parecían. ¡ Ah, si ella hubiese podido adivinar en el alma de Hortensia el terror, el disgusto de su terrible desprecio !

— Anda, capona, le decía alguna vez, aunque sus ojos rebotaban de cólera, porque le parecía que el asunto se prolongaba demasiado y que la joven le excitaba no atreviéndose á afrontar los reproches y las repugnancias de sus parientes. ¡ Cómo si esto pudiera tenerlo en cuenta aquella naturaleza fiera y libre, como si amara de veras ! pero, ¿ cómo decir yo le amo, y armarse, excitarse, combatir, cuando no se ama ?

Sin embargo, ella había prometido, y cada día la acorralaban con nuevas exigencias; así la campesina quería á toda costa que fuera al estreno del tamborilero en el café-cantante, contando con que el éxito y los aplausos concluirían por decidirla; y al fin, después de prolongada resistencia, la pobre joven consintió en salir de noche, sin que su madre lo supiera, empleando la mentira y sujetándose á la complicidad humillante de la servidumbre. Había cedido de miedo, por debilidad, y quién sabe si también con la esperanza de volver á ver su visión primera, el espejismo desvanecido, que volviera á encender en su corazón la extinguida llama.

## XV.

### El Skating.

¿ Donde estaba eso ? ¿ A dónde iba ella ? El *fiacre* había caminado largo..... largo tiempo, y Oliverta, sentada á su lado, estrechándole las manos, tranquilizándola, hablaba con febril entusiasmo..... Nada veía ni oía, y el chirrido estridente de las ruedas nada significaba para ella; ni veía tampoco aquellas calles, aquellos bulevares, aquellas fachadas, que contemplaba como en su aspecto ordinario, porque bajo la viva emoción que experimentaba, los objetos tomaban formas incoloras, cual si aquel carruaje la llevase indistintamente á una boda ó un entierro.

Por último, unos pasos más y se detienen ante un espacioso andén inundado de luz clara, que dividía en negras sombras, difusas, la apiñada multitud allí reunida.

Veíase una ventanilla para el despacho de billetes; á la entrada de ancho corredor, una mampara forrada de terciopelo encarnado, y después la sala, una sala inmensa, que con su nave, sus contornos y el estuco de sus altas paredes le recordaba una iglesia anglicana, en donde ella había estado alguna vez para un casamiento; sólo que aquí estaban las paredes cubiertas de carteles de anuncios, mezclados con sombreros y camisas á la medida (á cuatro francos y cincuenta céntimos); los reclamos de los establecimientos de confección alternando

con los retratos del tamborilero, cuya biografía se dejaba oír con aquella voz chillona, válvula de los vendedores de programas, en medio de una algazara atronadora; el murmullo de la muchedumbre que circulaba; el zumbido de los trompos sobre el paño de los billares ingleses, y el vocerío de los vendedores de artículos de consumo. Las ráfagas de armonía, interrumpidas por las descargas patrióticas que salían del fondo de la sala, estaban dominadas por un perpétuo ruido de patines de ruedas, que iban y venían sobre ancho espacio asfaltado, rodeado de balaustrada, en una marejada de sombreros forma *Directorio*.

Azorada, desatinada, palideciendo unas veces y ruborizándose otras bajo su velo, Hortensia caminaba detras de la provenzala, siguiéndola difícilmente á través de un dédalo de pequeños veladores colocados caprichosamente, á los cuales habia sentadas varias mujeres, dos á dos, que bebían, con los codos sobre la mesa, fumaban cigarrillos, y tenían una rodilla sobre otra, con ademan displicente.

De trecho en trecho, junto á la pared, habia un mostrador con provisiones, y detras una jóven de pié, con los ojos y los labios pintados, adornada con lentejuelas de acero bruñido sobre una peluca negra enmarañada en la frente; y aquel blanco, aquel negro de carne pintada, aquella sonrisa de bermellón, se hallaba en todas ellas como si fuese una librea de apariciones nocturnas y ajadas.

Siniestro era también el lento pasear de aquellos hombres que se agrupaban, insolentes y brutales, entre las mesas, dirigiendo á derecha é izquierda el humo de sus enormes cigarrillos, y con el aire insultante que afectaban al hacer sus tratos comerciales, aproximándose para ver el muestrario más de cerca.

Y lo que más daba idea de su mercado era aquel público cosmopolita y fullero, público de hotel, desembarcado la vis-

pera, venido allí en *negligé* de viaje, con gorros escoceses; las faldas rayadas; las americanas impregnadas de las brumas del Canal de la Mancha, y las pieles moscovitas, que aún no habian sacudido el hielo del Norte; las largas y negras barbas; el aspecto arrogante, fiero, de los hombres de las orillas del Sprée, disimulando en la abertura de sus bocas de faunos la fiebre hambrienta de los tártaros, con sus gorros otomanos sobre rendigotes sin cuello, negros, con trajes relucientes como la seda de sus sombreros, pequeños japoneses á la europea, avellanados y correctos como figurines, y arrugados por la acción del fuego.

— ¡Buen Dios, qué feo es! — exclamaba repentinamente Oliverta ante un chino muy grave, con su larga trenza de cabello sobre la espalda, con una túnica azul; ó bien se detenía, y codeando á su compañera: — ¡Ve, ve la casada!.....

Y señalaba á una mujer que ocupaba dos sillas, sobre una de las cuales tenía los piés, calzados con botinas de raso blanco con los tacones de plata, vestida toda ella de blanco, con el traje abierto, y en cuyos cabellos se sujetaba con flores de azahar el velo de una mantilla corta.

Después, escandalizada de pronto con palabras que la edificaban respecto de aquel naranjo de casualidad, la provenzala añadió misteriosamente:

— *Une poison*..... ¡Ya sabeis!.....

Al momento, para retirar á Hortensia del contacto del mal ejemplo, Oliverta la condujo al recinto del centro, en cuyo fondo, y ocupando el lugar del coro en una iglesia, se levantaba el teatro bajo luces eléctricas intermitentes, que procedían de dos reflectores colocados en los frisos, cual si fueran los ojos de un Padre Eterno iluminando imágenes de santidad.

Allí se descansaba del tumultuoso escándalo de los paseantes: ocupaban las localidades familias de aldeanos y abaste-

cedores del barrio; había pocas mujeres; hubiera podido creerse que se estaba en la sala de un espectáculo cualquiera, sin la horrible zambra con que llenaba siempre la atmósfera un compás regular de mortificación, el patíneo sobre el asfalto predominando al sonido de los instrumentos de metal y aún de los tambores de la orquesta, haciendo posible únicamente la mímica de los cuadros vivos.

Descorriase el telón entónces, al representarse una escena patriótica en que aparecía el león de Belfort, enorme animal de cartón piedra, rodeado de soldados en actitud triunfante sobre murallas derruidas, con los kepís en las bocas de los fusiles, siguiendo el compás de una insoportable *Marsellesa* difícil de entender.

Aquella escena, aquel delirio excitaba á la provenzala, cuyos ojos se salían de sus órbitas, y hacia por colocar á Hortensia, y le decía:

— Aquí estamos bien; pero..... levantaos el velo..... no tembleis..... ¡Si conmigo nada teneis que temer!.....

La jóven nada respondía; su imaginación estaba preocupada con su lento paseo afrentoso, en que ella se había confundido con todas aquellas caras descoloridas... Y hé aquí que se encuentra de nuevo en frente de tan horribles máscaras, de labios sangrientos, de las muecas de dos *clowns* dislocándose, con pantalón ceñido, con una campanilla en cada mano, repicando un aire de *Marta* en medio de sus cabriolas; verdadera música de gnomos, informe y tartamuda, ocupando su legítimo puesto en el armónico babelismo del *Skating*.

Cae nuevamente el telón, y la aldeana, levantándose y sentándose diez veces, moviéndose en todas direcciones y arreglando su cofia, exclama de repente según el programa:

— *La Sierra de Córdoba..... Las Cigarras..... Farandola.....*  
¡ Eso comienza!..... ¡ Ve, ve!

Levantada otra vez la cortina, dejaba ver sobre el telón

del fondo una colina con lilas y edificios de formas caprichosas, medio castillos, medio mezquitas, terminados en minaretes y en terrazas, divididos por ojivas, troneras y almenas, y con álces y palmeras de zinc al pié de torres inmóviles, bajo un cielo de azul muy subido.

En los alrededores parisienses, entre las casas de recreo del comercio enriquecido, se ven esas arquitecturas chocarreras.

A pesar de todo, no obstante los tonos chillones de las pendientes floridas de tomillo, y las plantas exóticas esparcidas por la sierra de Córdoba, Hortensia experimentaba una emoción desagradable ante aquel paisaje de donde surgían sus más risueños recuerdos; y aquella ciudadela osmanlí sobre el peñasco de pórfiro rosa, aquel castillo reconstruido, le parecía la realización de sus ensueños, pero burlona y pesada como cuando el sueño está á punto de convertirse en pesadilla.

A la señal de la orquesta y á una explosión de luz eléctrica, grandes mariposas, figuradas por jóvenes vestidas con pantalones ceñidos, de seda verde esmeralda, se lanzaron al aire, agitando largas alas membranosas y rechinantes sonajas.

— ¡ Eso, las cigarras!..... ¡ No más!..... — dijo la provenzala indignada.

Pero ya se habían colocado todas formando semicírculo, á guisa de media luna color esmeralda, agitando siempre sus sonajas muy perceptibles ya, porque la algazara del *Skating* se aplacaba, y el zumbido se había detenido un minuto en un bosque de cabezas apiñadas é inclinadas, que miraban por bajo de toda clase de peinados.

La tristeza que atormentaba á Hortensia se aumentó todavía más al oír el lejano sonido del tamboril, que iba creciendo á medida que se acercaba. Ella hubiera deseado huir, no queriendo ver lo que iba á entrar.

El gaitero dejaba escapar á su vez sus notas agudas, y levantando con la cadencia de sus pasos el polvo del tapiz de

color de tierra, se desenvolvía la *farándula* con caprichosos trajes, enaguas salientes y cortas, medias encarnadas á cuadros de oro, chaquetas bordadas de lentejuelas, peinados de zequies, abrigos de formas italianas y currucas de un completo desprecio parisiense, para la verdad local.

Detras venía á pasos marcados, empujando con la rodilla un tambor farrado con papel dorado, el gran trovador de los anuncios, con pantalon ceñido y abierto por los costados, una pierna amarilla con calzado color azul, y otra pierna azul calzada de amarillo; la chupa, de raso con borlas; la gorra, de terciopelo recortado, haciendo sombra á un rostro que permanecía moreno á pesar del afeite, y del cual no se veía más que un bigote aguzado con la pomada de Hungría.

— ¡ Oh! — exclamó Oliverta extasiada.

Colocada la *farándula* á los dos lados de la escena, ante las cigarras de grandes alas, el trovador, solo, en medio, saludó, seguro y vencedor, bajo la mirada del Padre Eterno, que inundaba su chaqueta con una escarcha luminosa.

La alborada comenzaba rústica y fría, asomando apenas las candilejas sobre la rampa; dibujando un momento las banderolas del techo; cayendo, por último, en las columnas del vasto edificio, y perdiéndose en un silencio fastidioso.

El público miraba sin comprender.

Valmajour comenzó otro trozo, acogido desde los primeros compases por risas, murmullos y apóstrofes.

Oliverta tomó la mano de Hortensia.

— Esto es la trama.... ¡ atención!

La trama se resumió aquí por algunos: « ¡ Chito.... más alto!... », y chanzas como la de aquel que gritaba con una voz ronca de mujer á la complicada mímica de Valmajour:

— ¿ Has acabado ya, conejo sabio?

Después, el *Skating* tomó su curso de ruletas y billares ingleses, cuyo infernal movimiento eclipsaba los sonidos de la

gaita y el tamboril, que el músico se empeñaba en sostener hasta el fin de la alborada, y luego saludó y se adelantó hácia las candilejas, seguido siempre por la luz oculta que no le abandonaba.

Vióse á sus labios moverse y decir algunas palabras.

— Esto me ha sobrevenido.... un agujero.... tres agujeros.... El ojo del buen Dios....

Y comprendido por la orquesta, su ademan desesperado fué la señal de un baile, en que las cigarras se enlazaron con las huries de Canx, tomando actitudes plásticas, ejecutando danzas ondulantes y lascivas, iluminadas por rayos de bengala, que en forma de arco iris llegaban hasta los zapatos puntiagudos del trovador, el cual continuaba su mímica de tamboril ante el castillo de sus abuelos, como el héroe del apoteosis.

¡ Y su historia era ésa! Hé ahí lo que París había hecho de ella.

El sonoro timbre del viejo reloj colgado en su habitación dió la una, y Hortensia se levantó del confidente sobre que había caído anonadada. Al entrar de nuevo, dirigió una mirada á su dulce nido de virgen, á la comfortable tibieza del fuego de una lamparilla amortiguada.

— ¿ Qué es, pues, lo que he hecho? ¿ Por qué no estoy acostada?

No se acordaba ya, y sólo conservaba una penosa postración de todo su sér, y en la cabeza un ruido que oprimía sus sienas. Dió dos pasos, y observó que aún tenía puesto el sombrero y el abrigo, y entonces lo recordó todo.... Recordó la salida del lugar donde había estado después de caído el telon, su vuelta por el odioso mercado, los *bookmakers* embriagados golpeándose delante de un mostrador; las cínicas palabras que cuchicheaban á su paso; luego, la escena de Oliverta á

la salida, queriendo que ella fuese á felicitar á su hermano; su cólera en el *fiacre*, las injurias que aquella criatura le dirigía para humillarse en seguida y besarle la mano, excusándose. Todo esto se confundía y revoloteaba en su memoria, con las cabriolas de los *clowns*, los ecos discordes de las campanas, de los címbalos y de las sonajas, y la explosión de luces multicolores alrededor del ridículo trovador, á quien ella había entregado su corazón. ¡Horror físico la sublevaba á esta idea!

— ¡No, no, jamás!.... ¡Preferiría morir!—Y de pronto apercibió, en el espejo que tenía enfrente, un espectro con las mejillas hundidas y los hombros embebidos con un ademán de frío. Aquello se le parecía un poco, pero mucho más á aquella princesa de Anhalt, cuya compasiva curiosidad revelaba en Arvillad los tristes síntomas, y que acababa de morir á la entrada del invierno.

— ¡Toma, toma!....

Ella se inclinó, se aproximó, recordó la inexplicable bondad que todos le demostraban, el espanto de su madre y el enternecimiento del viejo Bouchereau á su partida, y comprendió....

En fin, ella tenía el desenlace.... Todo se explicaba por sí solo.... Hacía mucho tiempo que lo buscaba.

## XVI.

### A los productos del Mediodía.

— La señorita está muy mala.... La señora no quiere ver á nadie.

Era la décima vez que, desde hacia diez días, Oliverta recibía la misma respuesta. Inmóvil, con la mirada fija en el suelo ante aquella pesada puerta cimbrada, con aldabón, como sólo se encuentran bajo las arcadas de la Plaza Real, y que, cerrada, parecía impedirle para siempre el paso á la antigua morada de los Le Quesnoy.

— Va bien — dijo ella. — Ya no volveré más.... Ahora serán ellos los que me llamen....

Y se retiró muy agitada con la animación de aquel barrio de comercio, donde las carretas cargadas de fardos, de pipas y de barras de hierro se cruzaban con carros de mano, que circulan bajo los pórticos en el fondo de los patios, en donde se clavaban cajas de embalaje. Pero la aldeana no se apercibía de aquella batahola infernal, de aquella trepidación laboriosa, que conmovía hasta el último piso de las casas más elevadas; todo ello producía en su pobre cabeza un tropel distintamente estrepitoso de pensamientos brutales y de choques terribles de su voluntad contrariada, é iba, sin sentir la fatiga, caminando á pié para economizar el gasto del ómnibus, por la larga distancia del Marais á la calle de l'Abbaye-Montmartre.

la salida, queriendo que ella fuese á felicitar á su hermano; su cólera en el *fiacre*, las injurias que aquella criatura le dirigía para humillarse en seguida y besarle la mano, excusándose. Todo esto se confundía y revoloteaba en su memoria, con las cabriolas de los *clowns*, los ecos discordes de las campanas, de los címbalos y de las sonajas, y la explosión de luces multicolores alrededor del ridículo trovador, á quien ella había entregado su corazón. ¡Horror físico la sublevaba á esta idea!

— ¡No, no, jamás!.... ¡Preferiría morir!—Y de pronto apercibió, en el espejo que tenía enfrente, un espectro con las mejillas hundidas y los hombros embebidos con un ademán de frío. Aquello se le parecía un poco, pero mucho más á aquella princesa de Anhalt, cuya compasiva curiosidad revelaba en Arvillad los tristes síntomas, y que acababa de morir á la entrada del invierno.

— ¡Toma, toma!....

Ella se inclinó, se aproximó, recordó la inexplicable bondad que todos le demostraban, el espanto de su madre y el enternecimiento del viejo Bouchereau á su partida, y comprendió....

En fin, ella tenía el desenlace.... Todo se explicaba por sí solo.... Hacía mucho tiempo que lo buscaba.

## XVI.

### A los productos del Mediodía.

— La señorita está muy mala.... La señora no quiere ver á nadie.

Era la décima vez que, desde hacia diez días, Oliverta recibía la misma respuesta. Inmóvil, con la mirada fija en el suelo ante aquella pesada puerta cimbrada, con aldabon, como sólo se encuentran bajo las arcadas de la Plaza Real, y que, cerrada, parecía impedirle para siempre el paso á la antigua morada de los Le Quesnoy.

— Va bien — dijo ella. — Ya no volveré más.... Ahora serán ellos los que me llamen....

Y se retiró muy agitada con la animación de aquel barrio de comercio, donde las carretas cargadas de fardos, de pipas y de barras de hierro se cruzaban con carros de mano, que circulan bajo los pórticos en el fondo de los patios, en donde se clavaban cajas de embalaje. Pero la aldeana no se apercibía de aquella batahola infernal, de aquella trepidación laboriosa, que conmovía hasta el último piso de las casas más elevadas; todo ello producía en su pobre cabeza un tropel distintamente estrepitoso de pensamientos brutales y de choques terribles de su voluntad contrariada, é iba, sin sentir la fatiga, caminando á pié para economizar el gasto del ómnibus, por la larga distancia del Marais á la calle de l'Abbaye-Montmartre.

Hacia poco que, despues de una activa peregrinacion á traves de departamentos de toda clase, hoteles, cuartos amueblados, de que se les expulsaba á causa del tamboril, habian llegado á parar á una casa nueva, que ocupaba á precio reducido una turba de jóvenes ligeros, de bohemios, de agentes de negocios, de esas familias de aventureros que se ven en los puertos de mar pasando su holgazanería entre los balcones de los hoteles, esperando la llegada y la salida de los buques, acechando la oleada de que siempre esperan alguna cosa. Aquí es la fortuna lo que se espía.

El arrendamiento era muy caro para ellos, sobre todo entonces que el *Skating* estaba en quiebra, y era necesario reclamar con papel sellado el importe de las pocas representaciones de Valmajour; pero en aquella barraca recientemente pintada, con la puerta abierta á toda hora para los diferentes oficios dudosos de los vecinos, con las reyertas y el vocerío, el tamboril no molestaba á nadie.

El que se descomponía era el tamborilero. Los reclamos, los carteles, el pantalon ceñido abierto por los costados, y sus bellos bigotes, habian hecho estragos entre las damas del *Skating*, ménos gazmoñas que aquella bachillera.... Él conocia, sin embargo, actores de los Batignoles, cantantes de café, toda una escogida muchedumbre, que se encontraba en un chiribitil del boulevard Rochechouart, llamado el *Paillasson*.

Este *Paillasson*, donde se pasaba el tiempo en holgazanería crapulosa, jugando á las cartas, bebiendo *bocks* y comentando los acontecimientos de los pequeños teatros, era el enemigo, el terror de Oliverta, con motivo de la cólera salvaje, bajo la cual los dos hombres doblegaban la cabeza, como bajo una tempestad de los trópicos, dispuestos á maldecir junto á su tirana de guardapiés verde, hablando de ella en tono misterioso y rencoroso, de escolares ó de criados:

—¿Qué es lo que ha dicho?.... ¿Cuánto te ha dado?....—

y preparándose á desfilar detras de sus talones; y Oliverta lo sabia, les vigilaba, activaba sus asuntos en la calle, impaciente por volver á su casa, sobre todo aquel dia en que habia salido por la mañana.

Detúvose un segundo al subir, y no oyendo ni el tamboril ni el flautín, dijo:

—¡Ah! El mendigo.... está todavía en su *Paillasson*.... Pero desde la entrada, el padre se acercó á ella, y contuvo la explosion.

—¡Nada de gritar!... Hay quien se interesa por tí.... Un señor del *menisterio*....

Mejean la esperaba en el salon, porque, como sucede en aquellas habitaciones de pacotilla, hechas á la mecánica, cuyos pisos todos son exactamente iguales, habia un salon pintado, grasiento, parecido á un pastel de huevos batidos; un salon que ponía á la aldeana muy orgullosa. Y Mejean consideraba, lleno de compasion, el mobiliario provenzal perdido en aquella antesala de sacamuelas, á la luz clara de dos ventanas sin cortinas, unas cosas rotas, otras desportilladas; éstas cojas, aquéllas desvenecijadas; todo, en fin, destrozado con los viajes y las mudanzas, dejando su rústico polvo sobre los dorados y pinturas á la cola.

Al contemplar el altivo y puro perfil de Oliverta, que iba en traje de domingo, expatriado él tambien, acabó de apiadarse de aquellas víctimas de Roumestan, y entabló cuidadosamente la explicacion de su visita.

El Ministro, queriendo evitar á Valmajour nuevas trabancuentas, de que él se consideraba responsable hasta cierto punto, le remitía cinco mil francos para indemnizarle de los perjuicios y regresar á su patria.... Sacó, pues, los billetes de su cartera, y los puso sobre el viejo tablero de la artesa.

—¿Entonces tenemos que partir? — preguntó la aldeana pensativa, sin moverse.

— El señor Ministro desea que así suceda lo más pronto posible.... Se impacienta ya por saber que os hallais otra vez en vuestra casa, feliz como ántes.

El viejo Valmajour dirigió una mirada á los billetes.

— A mí me parece eso razonable.... ¿Nada se os ocurre?....

Ella nada decia; esperaba el resultado, lo que Mejean preparaba, dando vueltas á su cartera, y dijo:

— A estos cinco mil francos agregaremos otros cinco mil que van aquí por recobrar.... por recobrar....

La emocion le ahogaba.... Cruel comision la que Rosalia le habia encargado. ¡ Ah! muchas veces cuesta trabajo pasar por un hombre apacible y fuerte; se exige de vos mucho más que de los otros.

El añadió en voz baja y muy breve:

— El retrato de la señorita Le Quesnoy....

— ¡ En fin! ¡ Hénos aquí!.... ¡ El retrato.... bien lo sabia yo, pardiez!....

Ella acentuaba cada palabra con un gesto de impaciencia.

— De esa manera, ¿ creéis que se nos ha hecho venir del otro extremo de la Francia, prometiéndonos todo á nosotros, que nada pediamos, para que luego se nos despidiera como á perros vagabundos y asquerosos, que todo lo ensucian? Recoged vuestro dinero, señor.... Es seguro que no partiremos; podeis decirlo así, y que no se le devolvirá el retrato.... Esto es un papel.... Yo lo guardo en mi bolsillo.... Jamás me abandonará, y yo lo enseñaré en París, con lo que tiene escrito encima, para que todo el mundo sepa que todos estos Roumestan no son más que una familia de mentirosos.... de mentirosos.... de mentirosos....

Al decir esto, echaba espuma de rabia por la boca.

— La señorita Le Quesnoy está bastante mala — dijo Mejean muy grave.

— ¡ Picaro!....

— Va á salir de París, y probablemente no volverá.... viva.

Olivera nada respondió; pero la muda expresion de sus ojos, la implacable negacion de su frente, de molde estatuario, baja y testaruda, oculta en la pequeña cofia de puntas, indicaban bien la firmeza de su negativa.

Entonces tuvo Mejean tentacion de arrojarse sobre ella, arrancarle el bolsillo de indiana sujeto á la cintura y huir con él. Pero se contuvo; intentó algunas súplicas inútiles, y luego, temblando de rabia:

— ¡ Os arrepentiréis de ello! — dijo, y salió con gran pesar del padre Valmajour.

— Ten prudencia, muchacha.... Tú nos acarrearás alguna desgracia....

— Yo no.... Ellos son los que nos causaron disgustos.... Voy á consultar con Guilloche.

*Guilloche, abogado contencioso.* Detras de esta tarjeta amarillenta, clavada sobre la puerta de enfrente de la de Olivera, habia uno de aquellos terribles agentes de negocios, cuyo material todo de instalacion consiste en una enorme carpeta de cuero, conteniendo legajos de historias vetustas, papel sellado y tambien papel blanco para las delaciones y letras de cambio; restos de pasteles, una barba postiza, y aun algunas veces un martillo para *hacer cantar* á las lecheras, como se ha visto en un proceso reciente.

Este tipo, muy frecuente en París, no mereceria que le dedicásemos una linea, si el tal Guilloche (1), un nombre que cuadraba á las mil maravillas á aquella cara, llena de costurones y arrugas simétricas, no hubiera añadido á su profesion un detalle enteramente nuevo y característico.

(1) Téngase presente que *guillocher*, en frances, significa labrar una madera á torno simétricamente.

Guilloche, mediante retribucion, tenia la empresa de encargarse de los trabajos con que se recarga en los colegios á los desaplicados.

Un pobre diablo de amanuense iba á tomar nota de dichos trabajos á la salida de las anlas, y velaba mucho durante la noche para copiar los cantos de la *Eneida* ú otras cosas.

Cuando lo contencioso faltaba, Guilloche, que era bachiller, se ocupaba por sí mismo de este trabajo original, de que reportaba beneficios.

Puesto al corriente del asunto, lo declaró excelente. Se indicaria al Ministro y los periódicos hablarían. Sólo el retrato valia más que una mina de oro. Solamente necesitaba tiempo, algunas idas y venidas, y anticipos en especie sonante.

La herencia Pnyfourcat le parecia una pura ilusion que destruía la rapacidad de la aldeana, puesta ya cruelmente á prueba, tanto más cuánto que Valmajour, muy solicitado en los salones el primer invierno, no ponía ya los piés en el *faubourg Saint-Germain*.

—¡Tanto peor!..... Yo trabajaré..... ¡Yo economizaré, *zou!*.....

Y la enérgica dueña de la cofia de Arles se agitaba en la casa nueva, subía y bajaba la escalera, llevando de piso en piso su historia con el Ministro; se exaltaba, chillaba, brincaba, y de repente se detenía, y con misterio decía:

—Ademas, poseo el retrato.

Con la mirada furtiva y ambigua, como la de aquellos vendedores de fotografías en los pasajes, á quienes los viejos libertinos piden las reservadas, ella enseñaba el objeto, diciendo:

—¡Es una linda joven!..... Y ¿habeis leído lo que tiene escrito?.....

La escena pasaba en casas de contrabando, entre los gorgojos del *Skating* ó del *Paillason*, á quienes ella llamaba

ampulosamente «Madama Malvina..... Madama Heloisa.....», muy impresionada por sus trajes de terciopelo, sus camisas adornadas con puntilla de encajes, producto de su comercio, sin que por otra parte se ocupase de lo que era ese comercio.

Y el retrato de la pobre señorita, tan distinguida, tan delicada, pasaba por las manos de aquellas pervertidas curiosas y críticas. Se hacían comentarios, se leía riendo la cándida confesion, hasta el momento en que la provenzala, recuperando su tesoro, cerraba el cuello del saco de escudos con un ademán furioso:

—Yo creo que con esto ya lo tenemos.....

Y ¡*zou!* ella marchó á casa del ujier, para el asunto del *Skating*, el ujier para Cardillac, el ujier para Roumestan, y luego, como si esto no bastase á su temperamento belicoso, aún tenía historias que contar á los conserjes; la eterna cuestion del tamboril, que en esta ocasion se resolvía con el destierro de Valmajour en una de las cuevas de mercader de vinos, donde las tocatas de trompas de caza alternan con las lecciones de pugilato.

Desde entónces, pasábase el tamborilero las horas, alumbrado por un mechero de gas, á tanto por hora, mirando los zurrones, los guantes de gamuza, las trompas de metal, colgadas de la pared, y pasando las horas de ejercicio, pálido y solo como un cautivo, enviando por las rejias, colocadas al nivel del pavimento de la calle, las variaciones de su flautin, semejantes á las estridentes y quejumbrosas notas de un torno de hierro.

Un dia Oliverta fué invitada á pasar á casa del comisario de policia del barrio. Ella acudió al momento, persuadida de que se trataba del primo Pnyfourcat. Entró sonriendo, con la cabeza erguida, y salió, al cabo de un cuarto de hora, trastornada por el terror que le produjo el gendarme al intimarle, desde las primeras palabras, la entrega del retrato, y

firmar un recibo de diez mil francos, por el cual ella renunciaba á todo proceso. Pero ella se oponia obstinadamente á partir; se empeñaba en creer en el talento de su hermano, guardando siempre en el fondo de sus ojos el deslumbramiento de aquel largo desfile de carrozas, una tarde de invierno en el patio del Ministerio iluminado.

Al entrar nuevamente en su casa significó á sus hombres, más medrosos que ella misma, que no tenian que hablar más del asunto; pero nada dijo del dinero que habia recibido. Guilloche, que lo sospechaba, empleó todos los medios para coger su parte, y no habiendo conseguido más que una cosa insignificante, guardó un rencor terrible contra los Valmajour.

— ¡Y bien! — dijo una mañana á Oliverta, mientras ésta cepillaba sobre la mesa los lindos trajes del músico, que aún estaba acostado. — Y bien, ¿estais contenta?... Al fin ha muerto.

— ¿Quién?

— Pues..... Puyfourcat, el primo..... Así lo dice un periódico.....

Ella dió un grito, corrió por la casa llamando, casi llorando:

— ¡Padre mio!..... ¡Hermano mio!..... ¡Pronto..... la herencia!

Conmovidos todos, jadeantes, al rededor del infernal Guilloche, éste desplegó el diario oficial, y les leyó muy lentamente lo que sigue: «*Con fecha del 1.º de Octubre de 1876, el tribunal de primera instancia de Mostaganem, en vista de la información de la Administración de Propiedades, ha dispuesto la publicación y edictos de las sucesiones siguientes: Popelino (Louis), periodista..... Este no es..... Puyfourcat (Dosithée.....)*»

— Ése sí es..... — dijo Oliverta.

El anciano creyó deberse enjugar los ojos: «*¡Pecaire!..... ¡Pobre Dosithée!.....*»

«*Puyfourcat, muerto en Mostaganem el 14 de Enero de 1874, nacido en Valmajour, distrito de Aps.....*»

La aldeana, impaciente, preguntó:

— ¿Cuánto?

— ¡Tres francos treinta y cinco céntimos!..... gritó Guilloche, con una voz de camelote; y dejándoles el periódico, para que ellos pudieran cerciorarse de su decepcion, salió corriendo, dando una carcajada, que se esparció de piso en piso hasta la calle y divirtió á toda aquella gran poblacion de Montmartre, donde circulaba la historia de los Valmajour.

¡Tres francos treinta y cinco céntimos la herencia Puyfourcat!!!

Oliverta afectó reir más fuerte que los otros; pero el horrible deseo de venganza que alimentaba en su pecho contra los Roumestan, responsables á sus ojos de todos sus males, no hizo más que aumentarse, buscando una salida, un medio, la primera arma que estuviese á su alcance.

La fisonomía del papá era singular en medio de aquel desastre. Mientras que su hija se consumía de fatiga y de rabia, que el cautivo enfermaba en su cueva, él, florido, indiferente, no teniendo ya ni aún su antiguo orgullo de profesion, parecia haberse proporcionado por fuera una tranquila existencia, haciendo abstraccion de los suyos. El tomaba el tole con el ultimo bocado del desayuno, y algunas veces, por la mañana, cepillando sus ropas, caía de sus bolsillos algun higo seco, una nuez, un orejon, almendras, etc., cuya procedencia explicaba el viejo como mejor podia.

Él habia encontrado, segun decia, una paisana en la calle, alguna de la provincia, que habia venido á verle, ó cosas por el estilo.

Oliverta movía la cabeza: «¡Picaro, si yo te siguiera!...» decía para sí.

La verdad es que callejeando á través de París, él había descubierto, en el barrio de San Dionisio, un gran almacén de comestibles, adonde había entrado, aguijoneado por el rótulo y las tentaciones de un escaparate exótico, de frutos colorados, en papeles plateados y estampados, resplandecientes en la neblina de una calle populosa.

El lugar de donde había llegado á ser el comensal y el amigo, bien conocido de los meridionales convertidos en parisienses, se titulaba:

*Á los productos del Mediodía.*

Y jamás hubo rótulo más verdadero. Allí todos eran productos del Mediodía: desde los dueños, el señor y la señora Méfre, dos productos del Mediodía, gruesos, con la nariz remangada á lo Roumestan, los ojos encendidos, el acento, la locución, la acogida expresiva de la Provenza, hasta los dependientes de la tienda, familiares, tuteadores, sin incomodarse por gritar junto al mostrador, tartajeando: «Di, Méfre, ¿en dónde has puesto el salchichon?» hasta los pequeños Méfre, despeinados y sucios, amenazados á cada instante de ser maltratados, desollados, escaldados, mojándolo todo, lo mismo que sus dedos, en todos los barriles abiertos; hasta los compradores, gesticulando, charlando las horas enteras para la adquisición de un objeto de diez céntimos, ó colocándose en círculo sobre las sillas, discutiendo las cualidades del salchichon con ajo y el salchichon con pimienta. «¿No lo da V. ménos?» «Vamos, lo mismo da, etc.» Todo el vocabulario, en fin, de la tía Portal, cambiado estrepitosamente, mientras que un «querido hermano», con traje negro reteñido, amigo de la casa, compraba pescado salado, y que las moscas, en gran número, atraídas por la miel de aquellas

frutas, de aquellos bombones, de aquellos pasteles casi orientales, zumban aún en el rigor del invierno conservadas en aquel calor. Y cuando un parisiense extraviado se impacientaba de la cachaza en el servicio, de la indiferencia de aquellos tenderos, continuando su conversacion desde un banco á otro, siempre pesando y atando, unas veces bien y otras al revés, era de ver cómo le despedían con acento áspero: «Idos si estais de prisa; la puerta está abierta, y el tranvía pasa por delante; ya lo sabeis.»

En aquel centro de patriotas el padre Valmajour fué recibido con los brazos abiertos: Monsieur y madama Méfre recordaban haberlo visto en otro tiempo en la feria de Beaucaire, en un concurso de tamboriles.

De esta feria, hoy caída, sólo existe el nombre; ha quedado como un lazo de fraternidad masónica entre aquellas viejas gentes del Mediodía. En nuestras provincias meridionales era el acontecimiento, el encanto del año, la distracción de todas aquellas existencias maduras. Preparábase con mucho tiempo de anticipación, y sus recuerdos se prolongaban aún más. Prometiase como recompensa á la mujer, á los hijos, el ir á ella; y si no se les podía llevar, se les traía un regalo, como, por ejemplo, una mantilla española, un dije, un juguete.

La feria de Beaucaire representaba también, bajo el punto de vista comercial, quince días ó un mes de vida holgada, exuberante, imprevista; la de un campamento bohemio. Acostábanse por aquí, por allí, en casa de cualquier vecino; en los almacenes, sobre el mostrador, en la calle, bajo los toldos de las carretas, á la tibia luz de las estrellas de Julio. ¡Oh! los negocios sin el fastidio de las tiendas, tratados durante la comida, en la puerta, en mangas de camisa, en las barracas alineadas á lo largo del *Pré*, en la orilla del Ródano, en cuyas aguas mismas flotaba en continuo movimiento

otra feria, balanceándose en barcos de todas formas, como latídes de velas latinas llegados de Arlés, de Marsella, de Barcelona, de las islas Baleares, cargados de vinos, anehoas, corcho, naranjas, y adornados con oriflomas, banderolas, que cruzaban, azotadas por el viento fresco, reflejándose en la rápida corriente.

Y aquellos clamores, aquella muchedumbre revuelta de españoles, de sardos, de griegos con largas túnicas y babuchas bordadas, de armenios con sus gorras de pieles, de turcos con sus chaquetas galoneadas y sus anehos pantalones de tela gris, agrupándose en los restaurants, al aire libre, en los mostradores de juguetes de niños, bastones, sombrillas, pastillas del Serrallo, gorras de hombre....

Y ahora imaginémonos lo que se llamaba « El Hermoso Domingo », es decir, el primer domingo de la instalación, en el que todo era francachelas en los muelles, en los barcos, en los célebres hoteles, en la *Vignasse*, en el *Gran Jardín*, en el *Café Thebaud*.

Los que han visto aquello una vez no han podido menos de conservar su recuerdo hasta el último día de su vida.

En casa de los Méfre se estaba cómodamente; cualquiera creería hallarse en plena feria de Beaucaire, y, en efecto, la tienda se parecía mucho, en su pintoresco desorden, á un *capharnaüm* (1), improvisado y extraño, de productos del Mediodía. Aquí sacos de menuda harina, unos repletos y á medio llenar los otros; los garbanzos gordos y duros como balas; las castañas blancuzcas, arrugadas y polvorizadas, asemejándose á las pequeñas caras de las viejas rodrigonas; pipas de aceitunas verdes y negras, confites, latas de aceite fresco con el mal sabor que les es propio; barriles de dulce de Apt, hecho con cáscaras de melon, toronjas, higos, membrillos, todo el

(1) Lugar de desorden.

despojo, en fin, de un mercado, preparado con melaza, como el proverbial arropo de España.

En otra parte, en los estantes, entre las salazones, las conservas en mil clases de tarros y en otras tantas cajas de lata; las golosinas especiales de cada localidad, como las tortas y los barquillos de Nîmes, los almendrados de Montelimart y los bizcochos de Aix, envoltorios dorados con etiquetas y rotulados. Luego, las primicias de un verjel meridional, sin sombra, donde los frutos, colocados entre hojas verdes escar-chadas, ofrecen, como las facetas de la pedrería, sus colores á la luz; las duras azufaifas, de un hermoso brillo de anacardo nuevo, al lado de las pálidas acerolas; higos de todas las variedades, limones dulces, pimientos verdes y encarnados, melones, grandes cebollas con sus pulpas en flor, uvas moscateles de carne trasparente y movediza, cual tiembla el vino dentro de una odre; bananas con vetas negras y amarillas, pilas de naranjas y de granadas. Por todas partes, en fin, en las paredes, en los techos, en ambos lados de la puerta, circuidas de palmas secas, colgaban ristra de ajos y de cebollas, algarrobas, sartas de salchicha, mazoreas de maíz, gran porcion de pulpas doradas de vivos colores; en una palabra, todo lo que produce el estío, el sol meridional, en cajas, en sacos, en cubas, en pipas que enviaban sus destellos hasta la acera de la calle, á través de los cristales. El viejo iba hácia dentro con la nariz encendida, inquieto, muy sobrecitado. El, que en casa de sus hijos refunfuñaba al menor trabajo, y sólo por poner un boton á su chaleco se enjngaba la frente horas enteras, vanagloriándose de haber hecho « un trabajo de César », se hallaba siempre dispuesto en casa de Méfre á hacer algo, á ponerse en mangas de camisa para clavar ó desclavar las cajas, amenizando el trabajo con sus chistes y sus cuentos, y áun una vez en la semana, el día de la *brandade* (1), velaba

(1) *Brandade*, plato provenzal de bacalao.

hasta muy tarde en el almacén para ayndar á hacer las mesas.

El plato meridional entre todos, la *brandade*, no se encontraba fácilmente sino en los productos del Mediodía, y sobre todo, la verdadera, la blanca, la picada fina, cremosa y con el sabor de ajo, tal como se fabrica en Nîmes, de donde los Méfre la hacían venir. La *brandade* llega los juéves á las siete de la tarde por el tren *express*, y se distribuye el viérnes por la mañana en París á todos los buenos parroquianos inscritos en el gran libro de la casa.

En aquel libro de comercio, con las páginas manoseadas, oliendo á especias y manchado de grasa, está escrita la historia de la conquista de París por los meridionales, donde se colocan por orden las altas fortunas, las situaciones políticas, industriales, nombres célebres de abogados, diputados, ministros, Presidente de la Cámara, y entre todos el de Numa Roumestan, el vendeano del Mediodía, sosten del trono y el altar. Por sólo esa línea en que figura el nombre de Roumestan, dejarían los Méfre que arrojasen al fuego todo lo restante del libro. Él es el que mejor representa sus ideas en religión, en política, en todo, en fin. Como dice la señora Méfre, más apasionada aún que su marido: «Por ese hombre no tubearia en condenarme.» Y hay un placer en recordar el tiempo en que Numa, colocado ya en el camino de la gloria, no se desdeñaba de hacer por sí mismo sus provisiones, y que sabía muy bien escoger una buena sandía al tacto, y escoger un salchichon muy fresco.

Luégo, tanta bondad, aquella hermosa figura imponente, teniendo siempre en sus labios un cumplido para la señora, una buena palabra al que llamaba «querido hermano», haciendo una caricia á los pequeños Méfre, que le acompañaban hasta el carruaje llevando los paquetes.

Desde su elevación al Ministerio; desde que aquellos mal-

vados de rojos le daban tanto que hacer en las dos Cámaras, no se le veía ya: ¡Ingrato! pero permanecía siendo el constante abonado de los *productos*, y él era siempre el primero á quien se servía.

Un juéves por la noche, á las diez próximamente, despues de dejar completamente arreglados, puestos en orden y adornados los tarros, latas, cajas y demas que contenian los productos del Mediodía, la familia Méfre, los dependientes y el viejo Valmajour, jadeantes de cansancio y mojados de sudor, descansaban de su tarea, con aquel aire de personas que han llenado bien una ruda faena, y se refocilaban con lenguas de gato, bizcochos en vino caliente, jarabe de horchata; en una palabra, «algo de dulce», porque los meridionales no gustan de lo fuerte.

En la ciudad como en el campo, la embriaguez de alcohol es casi desconocida. La raza le tiene horror instintivamente. La embriaguez la siente desde el nacimiento: embriaguez sin beber; y es bien cierto que el viento y el sol destilan en ella el terrible alcohol de la Naturaleza, cuyos efectos experimentan más ó ménos todos los que allí han nacido. Los unos tienen solamente aquel pequeño gracejo que desata la lengua y los gestos; hace ver la vida de color de rosa y las simpatías por todas partes; alegra los ojos, ensancha las calles, allana los obstáculos, redobla la audacia y abate á los tímidos. Otros, más impresionables, como la pequeña Valmajour, la tía Portal, llegan en seguida al delirio tartamudo, tembloroso y ciego.

Es nesesarío haber visto nuestras fiestas votivas de Provenza; aquellos aldeanos de pié sobre las mesaa, aullando, pateando con sus fuertes zapatos amarillos, llamando: «¡Mozo, gaseosas!» Toda una poblacion embriagada, y rodando por el suelo con sólo algunas botellas de limonada.

Y aquellas súbitas postraciones de los embriagados; aque-

los abatimientos de todo el sér, sucediendo á la cólera, al entusiasmo, con la rapidez con que se sucede un rayo de luz ó de sombra sobre un puro cielo del mes de Marzo, ¿quién es el meridional que no las ha experimentado?

Sin tener el carácter delirante que imprimiera el Mediodía á su hija, el padre Valmajour habia nacido con un soberbio saborcillo á su país, y aquella noche su ración de horchata le trasportaba con una loca alegría que le hacia gesticular en medio de la tienda, con el vaso en la mano, la boca ahuecada, pagando el escote con sus chistes de viejo marrullero, en vez de pagarlo con monedas.

Los Méfres y sus dependientes se deshacían de risa tirados sobre los sacos de harina. « ¡Oh, qué Valmajour, nadie como él!... » De repente se eclipsó el buen humor del anciano con la aparición ante él de una cofia provenzalá temblando.

— ¿Qué hacéis ahí, padre mío?

La señora Méfre levantó los brazos hácia las salchichas que pendían del techo:

— ¡Cómo! ¿Es ésta vuestra hija?... No nos lo habíais dicho.... ¡Oh, y qué pequeñita es! pero muy guapa. Sentaos, pues, señorita.

Tanto por el hábito de mentir, como por tener más libertad, el anciano no habia hablado de sus hijos, vendiéndose por un viejo soltero que vivía de sus rentas; pero entre gentes del Mediodía no es fácil engañar con una invención.

Toda una caterva de pequeños Valmajour, que hubiera seguido á Oliverta, habria tenido la misma acogida, expresiva y calorosa. Todos se esmeraban en ofrecerle un sitio.

— ¿Nos acompañaréis también en nuestro regocijo? — le dijo la señora Méfre.

La provenzalá permanecía coartada. Ella venía de fuera con frío, estando la noche oscura, una noche de Diciembre, en que el movimiento febril de París continuaba, á pesar de

la hora, aumentando en la espesa niebla, interrumpida en diversas direcciones por las rápidas sombras, y las luces de colores de las linternas de los ómnibus y el ronco sonido de las trompetas de los tranvías. En una palabra, Oliverta llegaba del Norte, del invierno, y de pronto, sin transición, se entraba en plena Provenza, en aquel almacén Méfre, resplandeciente con la aproximación de la Navidad, con golosinas ricas en colores en medio de acentos y perfumes conocidos. Aquella era la patria encontrada repentinamente, la vuelta al país, después de un año de destierro, de pruebas, de remotas luchas entre los bárbaros. El tibio aire que respiraba llenaba su sér y excitaba sus nervios á medida que desmenuzaba su tostada en un dedo de vino de Cartagena, respondiendo á toda aquella gente, franca y familiar con ella, como si la hubieran conocido desde veinte años ántes.

Sentíase vuelta de nuevo á su vida, á sus hábitos, en términos que asomaban las lágrimas á sus ojos, aquellos ojos duros, surcados de fibras sanguíneas, que jamás lloraban.

El nombre de Roumestan, pronunciado á su oído, secó de pronto aquella emoción. Fué que la señora Méfre repasaba las direcciones de aquellas remesas que habia preparadas, y recomendaba mucho á los dependientes el no equivocarse, que no llevaran la *brandade* de Numa á la calle de Grenelle y sí á la de Londres.

— Parece — observó uno — que en la calle de Grenelle la *brandade* no está en olor de *santidad*.

— Así lo creo — dijo M. Méfre. — Una dama del Norte, del corazón del Norte.... Cocina de las que despiden ese olor peculiar de manteca.... ¡vamos!.... Mientras que la calle de Londres es el lindo Mediodía, con canciones, alegría y todo, hecho con aceite.... Yo comprendo que Numa se encuentre allí mejor, muy cómodo y muy próximo á la estación, en don-

de podía descansar de las tareas de la Cámara, libre de visitas y de las recepciones....

Bien seguro es que la señora Méfre hubiera puesto el grito en el cielo si semejante cosa hubiera pasado en su casa: solamente porque se trataba de Numa, era esto simpático y natural. Gustábale echar una cana al aire; pero por ventura, ¿no habían hecho lo mismo todos nuestros reyes, así como Carlos X y Enrique IV, el verde galán? ¡Pardiez!

Y á aquella ligereza, á aquel tono de frivolidad con que el Mediodía trata todos los asuntos amorosos, se mezclaba un odio de raza y antipatía contra la mujer del Norte, la extranjera y la de la cocina con olor á manteca.

Se excitaban, se detallaban anécdotas, los encantos de la pequeña Alicia, y sus triunfos en la Gran Opera.

—Yo he conocido á la mamá Bachellery en tiempo de la feria de Beaucaire, decía el viejo Valmajour.... Ella cantaba la romanza en el *Café Thibaut*.

Oliverta escuchaba sin respirar, sin perder palabra, reteniendo en su memoria el nombre y dirección, y sus pequeños ojos brillaban con una diabólica embriaguez, en que el vino de Cartagena no entraba para nada.

## XVII.

## La Canastilla.

Á un ligero golpe dado en la puerta de su habitación se estremeció la señora de Roumestan, como si hubiera sido cogida en un desliz; y cerrando el cajón, delicadamente hecho, de su cómoda Luis XV, ante la cual se hallaba arrodillada, preguntó:

—¿Quién está ahí?... ¿Qué queréis Polly?

—Una carta para la señora.... Es muy urgente— respondió la inglesa.

Rosalía tomó la carta y cerró la puerta precipitadamente.

Letra desconocida, tosca, en papel ordinario, y con el «en persona y urgente...» Peticiones de socorros. Jamás la hubiera molestado por tan poca cosa una doncella parisiense. Arrojó el papel sobre la cómoda, aplazando su lectura para después, y volvió inmediatamente á su gaveta, que contenía las maravillas de la antigua canastilla.

Desde hacía ocho años, desde el drama, no la había abierto temiendo despertar de nuevo sus temores, ni aún desde su embarazo, por una superstición maternal, por temor de acarrear desgracias nuevamente con aquella caricia anticipada hecha al nuevo hijo que ha de nacer, por medio de su pequeño ajuar. Esta valerosa mujer tenía todas las excitaciones nerviosas de la mujer, todos sus estremecimientos, las con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

de podía descansar de las tareas de la Cámara, libre de visitas y de las recepciones....

Bien seguro es que la señora Méfre hubiera puesto el grito en el cielo si semejante cosa hubiera pasado en su casa: solamente porque se trataba de Numa, era esto simpático y natural. Gustábale echar una cana al aire; pero por ventura, ¿no habían hecho lo mismo todos nuestros reyes, así como Carlos X y Enrique IV, el verde galán? ¡Pardiez!

Y á aquella ligereza, á aquel tono de frivolidad con que el Mediodía trata todos los asuntos amorosos, se mezclaba un odio de raza y antipatía contra la mujer del Norte, la extranjera y la de la cocina con olor á manteca.

Se excitaban, se detallaban anécdotas, los encantos de la pequeña Alicia, y sus triunfos en la Gran Opera.

—Yo he conocido á la mamá Bachellery en tiempo de la feria de Beaucaire, decía el viejo Valmajour.... Ella cantaba la romanza en el *Café Thibaut*.

Oliverta escuchaba sin respirar, sin perder palabra, reteniendo en su memoria el nombre y dirección, y sus pequeños ojos brillaban con una diabólica embriaguez, en que el vino de Cartagena no entraba para nada.

## XVII.

## La Canastilla.

Á un ligero golpe dado en la puerta de su habitación se estremeció la señora de Roumestan, como si hubiera sido cogida en un desliz; y cerrando el cajón, delicadamente hecho, de su cómoda Luis XV, ante la cual se hallaba arrodillada, preguntó:

—¿Quién está ahí?... ¿Qué queréis Polly?

—Una carta para la señora.... Es muy urgente— respondió la inglesa.

Rosalía tomó la carta y cerró la puerta precipitadamente.

Letra desconocida, tosca, en papel ordinario, y con el «en persona y urgente...» Peticiones de socorros. Jamás la hubiera molestado por tan poca cosa una doncella parisiense. Arrojó el papel sobre la cómoda, aplazando su lectura para después, y volvió inmediatamente á su gaveta, que contenía las maravillas de la antigua canastilla.

Desde hacía ocho años, desde el drama, no la había abierto temiendo despertar de nuevo sus temores, ni aún desde su embarazo, por una superstición maternal, por temor de acarrear desgracias nuevamente con aquella caricia anticipada hecha al nuevo hijo que ha de nacer, por medio de su pequeño ajuar. Esta valerosa mujer tenía todas las excitaciones nerviosas de la mujer, todos sus estremecimientos, las con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

mociones titilantes de la sensitiva. El mundo, que juzga sin comprender, la encontraba fría, como los ignorantes imaginan que las flores no viven. Pero ahora, que tiene seis meses su esperanza, es necesario desenvolver todos aquellos pequeños objetos, visitarlos, transformarlos tal vez, porque la moda cambia aun para los recién nacidos. No siempre se les engalana de la misma manera, y para esta ocupacion se habia encerrado Rosalla.

En un ministerio, con todo su ruido de papeles, y el febril vaiven de empleados, comisiones y subcomisiones, no hay verdaderamente nada tan serio ni tan interesante como aquella mujer arrodillada ante una gaveta abierta, latándole el corazón y temblándole las manos.

Sacó los encajes, un poco amarillentos, que preservaban con perfumes todo aquel arsenal de inocentes adornos, los capillos, las almillas colocadas por orden de edades y estaturas, la falda para el bautizo, las medias de muñeca....

Creia verse ya en Orsay, otra vez dulcemente lánguida, trabajando horas enteras á la sombra de la gran acacia, cuyas blancas flores caian en la canastilla de labor entre sus acéricos y sus finas tijeras de bordar, concentrando todo su pensamiento en un punto de costura que mesuraban sus ensueños y sus horas.

Entónces, ¡cuántas ilusiones! ¡qué creencias! ¡qué alegre gorjeo en las ramas que cubrian su cabeza! y en su interior, ¡qué renovacion de tiernas sensaciones y cuántas de ellas nuevas!

En un día, la vida se dejaba sentir de nuevo repentinamente, y su desesperacion le hacia recordar la traicion de su marido y la pérdida del hijo, á medida que desenvolvía la canastilla.

La vista del primer pequeño adorno, muy próximo á servir, aquel que se prepara sobre la cuna en el instante del na-

cimiento, las mangas, las gorras bordadas, le hacian verter lágrimas. Parecíale que su hijo habia vivido, que le habia conocido y abrazado. ¡Un niño! ¡Oh! ciertamente, sí, un niño robusto y lindo, y en su rostro, blanco como la leche, los ojos grandes y expresivos de su abuelo!

Ya tendria hoy ocho años, largos cabellos rizados cayendo sobre su hermoso cuello.

En esa edad, ellos pertenecen todavia á la madre que los pasea, los adorna y les hace trabajar. ¡Ah cruel, cruel vida!....

Pero, poco á poco, sacando y manoseando los pequeños objetos con aquellos lazos microscópicos, sus bordados de flores y sus encajes como la nieve, ella se tranquiliza. Pues bien; la vida no es tan detestable, y mientras dure, es necesario tener valor.

Ella habia perdido todo el suyo con aquel cambio funesto, imaginándose que se habia acabado para ella el creer, el amar, el ser esposa y madre; que sólo le restaba ver desaparecer el luminoso pasado, como una playa que se aleja.

Lnégo, despues de los años de tristeza, bajo la fría nieve de su corazón, la primavera habia germinado lentamente, y hé aquí que ella florecia de nuevo en aquel pequeño que iba á nacer, que ella sentia ya vigoroso en los fuertes movimientos de piés que le hacia sentir por las noches. ¡Y Numa, tan cambiado, tan bueno, curado de sus brutales violencias! Él conservaba aun debilidades que no le gustaban, aquellos rodeos italianos que él no podia evitar, pero «esto es la política....», como él decia. Por otra parte, habia perdido las ilusiones de los primeros dias; sabia que para vivir dichosa es necesario contentarse con el poco más ó ménos de todas las cosas, y confeccionarse felicidades completas con las medias felicidades que la existencia nos da....

Llamaron de nuevo á la puerta; era M. Mejean, que queria de nuevo hablar á la señora.

— Bien..... allá voy.....

Rosalía le encontró en el pequeño salon, paseando muy conmovido, de un lado á otro.

—Tengo una cosa que confesaros, dijo, con el tono de familiaridad un poco brusco, que autorizaba una amistad antigua ya, y que no dependía de él que no hubiese constituido un lazo fraternal..... —Hace algunos dias que he concluido este miserable asunto..... Yo no os lo decia, por reservaros este dolor más tiempo. — ¡Mirad! le dijo, y le entregó el retrato de Hortensia.

—En fin..... ¡Oh, cuán dichosa va á ser la pobre querida!.....—Y se enternecía ante la linda figura de su hermana, llena de salud y juventud bajo su disfraz provenzal, y leía por bajo del retrato con letra diminuta: *Yo creo en vos, y os amo.* —HORTENSIA LE QUESNOY.—Luégo, pensando que el pobre enamorado lo habia leído tambien, y que se habia encargado de una triste mision, le apretó la mano afectuosamente.

—Gracias.

—No me lo agradezcáis, señora. Si esto era penoso..... Pero hace ocho dias que, si vivo, es sólo debido á éstas palabras: *Yo creo en vos, y os amo.* En el primer momento yo me figuré que esto era por mí.....

Y añadió muy bajo y con timidez:

—¿Cómo está ella?

— ¡Oh! no muy bien..... Mamá la lleva al Mediodía..... Ahora quiere lo que quieren los demas..... Parece haber como un resorte roto en su corazon.

—¿Está cambiada?

Rosalía con un gesto exclamó:

— ¡Ah!.....

—Hasta la vista señora..... dijo Mejean con mucha precipitacion, alejándose á toda prisa. En la puerta se volvió, y

rozando con sus sólidas espaldas la *portière* medio levantada, exclamó:

—Es una verdadera fortuna que yo no tenga imaginacion..... si no, sería muy desdichado.....

Rosalía regresó muy entristecida á su habitacion. Mucho tenía que luchar para evitar esta tristeza, y al invocar la juventud de su hermana, al repetirse las palabras animosas de Jarras, que no veía en todo ello más que una crisis que salvar, le ocurrían negras ideas que contrastaban con los gratos pensamientos que le inspiraba su canastilla.

Apresuróse á separar, ordenar y encerrar los pequeños objetos diseminados, y cuando se levantó, aperció la carta que habia dejado sobre la cómoda; la tomó, la leyó maquinalmente, esperando encontrar en ella una de las peticiones que frecuentemente recibia de tantas personas; una de esas cartas, en fin, que hubiera llegado bien en alguno de esos momentos supersticiosos en que la caridad parece ser el ángel de la felicidad. Por esta razon no la comprendió desde luégo, y tuvo que leer de nuevo aquellos renglones escritos en un colegio por la tosca pluma de un estudiante, el jóven Guilloche:

«Si gustais de la *brandade*, esta tarde se come excelente en casa de la señorita Bachellery, calle de Lóndres. Vuestro marido es quien la regala. Dad tres golpes á la puerta y entrad sin vacilar.»

De estas frases groseras, de aquel pérfido y cenagoso fondo salía la verdad, ayudada por las coincidencias y los recuerdos: aquel nombre de Bachellery, tantas veces pronunciado desde hacia un año; los artículos enigmáticos sobre su contrata; aquellas señas que ella le habia oido dar; la larga permanencia en Avillard..... todo se lo explicaba. En un instante la duda de Rosalía se convirtió en realidad. Por otra parte, el pasado ¿no le aclaraba aquel presente con

todo su horror? ¡Mentiras y no otra cosa podía ni debía ser aquello!

¿Por qué aquel eterno confeccionador de farsas había de perdonarla? Ella era la que había sido loca con dejarse engañar por aquella palabra mentirosa, por sus venales ternezas, y recordaba detalles que en un mismo instante la hacían enrojecer y palidecer. En esta ocasión no era ya la desesperación, con abundantes y puras lágrimas, de las primeras decepciones; mezclábase la cólera contra sí misma, tan débil, tan fácil en haber podido perdonar la primera falta, á él, que la había engañado con menosprecio de las promesas y de los juramentos.

Ella hubiera querido convencerle en el acto; pero él estaba en Versalles en la Cámara.

Ocurrióle la idea de llamar á Mejean, pero le repugnó el obligar á aquel hombre honrado á que mintiese. Y reducida á sofocar la violencia de sentimientos contrarios, para no gritar y entregarse á la terrible crisis nerviosa que sentía apoderarse de sí, paseaba de aquí para allí, ciñendo con las manos el falle suelto de su peinador.

De repente se detuvo, estremeciéndose con un loco terror.

¡ Su hijo !

El también sufría y lo advertía á su madre, con toda la violencia de una vida que se esfuerza por crecer.

— ¡ Ah, Dios mío ! ¡ Si irá á morir éste como el otro, en la misma edad del embarazo, en circunstancias iguales !....

El destino, que se llama ciego, tiene á veces estas combinaciones feroces. Y ella razonaba con palabras entrecortadas por tiernas exclamaciones, repitiendo : « pequeño querido.... pobre pequeño.... », y procuraba ver las cosas con frialdad, para conducirse con dignidad, y sobre todo, para no comprometer aquel solo bien que le restaba.

Tomó una labor, aquel bordado de Penélope que mantie-

ne siempre en vigor la actividad de la parisiense, porque era necesario esperar la vuelta de Numa, explicarse con él, ó más bien por su actitud buscar la convicción de la falta ántes del irremediable escándalo de una separación.

¡ Oh ! ¡ Aquellas lanas brillantes, aquel cañamazo regular é incoloro, cuántas confianzas reciben, cuántos recuerdos, cuántas alegrías y deseos forman el reverso complicado, anudado, lleno de hebras rotas de aquellas obras femeniles de flores apaciblemente entrelazadas !

Al llegar de la Cámara, Numa Roumestan encontró á su mujer dándole á la aguja, á la escasa claridad de un solo quinqué encendido : y aquel cuadro tranquilo, aquel bello perfil dulcificado con una cabellera color castaña, en la sombra lujosa de colgaduras bordadas, en donde las mamparas encarnadas, los antiguos bronceos, los marfiles, las porcelanas, recibían las luces ondulantes y tibias del fuego de la chimenea, le afectó por su contraste con el murmullo de la Asamblea, los techos luminosos envueltos en el polvo flotante que se ciernen sobre los debates, como la nube de polvo que se levanta en un campo de maniobras.

— Buenos días, señora.... Bien se está en su casa.... — La sesión había sido acalorada. Siempre aquel horrible presupuesto; la izquierda colgada durante cinco horas del faldón de aquel pobre general Espailon, que no sabía hilvanar dos ideas seguidas si no decía S.... N.... D.... D.... En fin, el Gabinete obtenía la victoria esta vez también; pero después de las vacaciones de Año Nuevo, cuando la Cámara se traslade al Palacio de Bellas Artes, habrá que ver eso.

— Ellos cuentan mucho con el asunto Cardillac para debilitarme.... Hablará Ritter.... Nada más cómodo; ese Ritter.... él tiene estómago !....

Y con su peculiar movimiento de hombros, añadió :

— Ritter contra Roumestan.... El Norte contra el Me-

diodia.... Tanto mejor. Esto va á divertirme.... Habrá debate....

El hablaba sólo de los negocios, sin apercibirse del mutismo de Rosalia. Acercóse á ella, y sentado en una banqueta, le hizo soltar la labor; quiso besarle una mano, y le dijo:

—¿Es muy urgente lo que bordas? ¿Es el aguinaldo que me destinas?

—¿Yo? Ya he comprado el tuyo.... Adivina.

Desprendióse poco á poco, le miró fijamente hasta hacerle bajar los ojos sin responderle. Él tenía las facciones fatigadas. Aquel rostro abatido dibujaba, sin embargo, en lo recóndito de sus ojos y en las líneas de su boca una naturaleza á la vez dulce y violenta: todas las pasiones, y nada para resistirlas. Las caras del Mediodía son como sus paisajes; es necesario verlos con sol.

—¿Comes conmigo hoy? le preguntó su mujer.

—No; me esperan en casa de Durand. Es un fastidio comer allí.... Pero ya me estoy retrasando.... añadió levantándose. Por fortuna, no tengo que ponerme de frac para ir....

Su mujer le seguía con la vista. «Come conmigo», le decía. Y su voz cariñosa se endurecía por instantes, se hacía amenazadora, implacable. Pero Roumestan no era observador.... Y luego los negocios.... ¿no es así?.... ¡Ah! esta vida de hombre público no permite hacerla como uno quisiera.

—Adios pues....—dijo ella gravemente, terminando en su interior aquel adiós con «....puesto que tal es nuestro destino.»

Rosalía oyó alejarse el cupé, y guardando inmediatamente su labor, llamó con la campanilla.

—En seguida, un carruaje.... un fiacre.... Y vos, Polly, mi abrigo, mi sombrero.... voy á salir.

Dispuesta con prontitud, echó una ojeada á la habitación

que iba á abandonar y en la que nada suyo dejaba; verdadera habitación de una casa adornada con la pompa de su frío brocado amarillo.

—Bajad ese bastidor y ponedlo en el carruaje.

La canastilla era todo lo que ella llevaba de los bienes comunes.

A la portezuela del carruaje, la inglesa, muy preocupada, preguntó si la señora comería. No; comería y tal vez dormiría en casa de su padre.

En el camino le ocurrió una duda, ó más bien un escrúpulo.... Si nada de aquello era cierto.... Y si aquella Bachelery no vivía en la calle de Londres.... Ella dió al cochero la dirección, sin grandes esperanzas; pero necesitaba tener la certeza.

Detúvose el fiacre á la puerta de un pequeño hotel de dos pisos, coronados de una terraza con jardín de invierno, antiguo ventorrillo de un levantino del Cairo, que acababa de morir arruinado.

Tenía este ventorrillo el aspecto de una casita con palomar; estaba cercado, y tenía echadas las cortinas, despidiendo un fuerte olor á cocina que subía de la cueva, alumbrada y ruidosa. Con observar tan sólo la manera como la puerta obedeció á los tres campanillazos girando sobre sus goznes, Rosalia lo comprendió todo.

Una tapicería persa recogida por cordones en medio de la antecámara, dejaba ver la escalera, su blando tapiz y los mecheros en que el gas ardía con toda su brillantez.

Rosalía oyó reír; avanzó dos pasos, y vió lo que jamás pudo olvidar.

En la meseta del primer piso, Numa se hallaba recostado sobre el pasamano, encendido, en mangas de camisa, teniendo cogida por el talle á aquella jóven, muy desenvuelta también, con los cabellos á la espalda sobre los arameles de un

*deshabillé* de fular rosa. Él gritaba con desenfrenado acento :  
¡ Bompard, sube la *brandade!*

¡ Allí era donde tenía que verse al Ministro de Instrucción Pública y de Cultos, al gran comerciante de moral religiosa, al defensor de las sanas doctrinas! ¡ Allí era donde se dejaba ver, sin máscara y sin ademanes, todo su Mediodía á sus anchas, y descarado como en plena feria de Beaucaire!

— ¡ Bompard, sube la *brandade!*.... — repitió la bribona exagerando expresamente la entonación marsellesa.

Bompard era sin duda aquel marmiton improvisado, que salía de la cocina con la servilleta al hombro, rodeando con sus brazos un gran plato, y quien abrió la estridente hoja de la puerta.

## XVIII.

## El día de Año Nuevo.

« ¡ Los señores de la Administración central!.... »

« ¡ Los señores de la Dirección de Bellas Artes!.... »

« ¡ Los señores de la Academia de Medicina!.... »

A medida que el ujier, en traje de gala, con pantalón corto y espada al cinto, anunciaba con su pausada voz la entrada solemne en las salas de recepción, atravesaban el inmenso salón rojo numerosas filas de trajes negros, y venían á colocarse formando semicírculo ante el Ministro que se hallaba de espaldas á la chimenea, teniendo á su lado su subsecretario de Estado, Mr. de la Calmette, su jefe de despacho, sus expertos auxiliares y algunos directores del ministerio Dansert Bechut.

A cada Cnerpo constituido presentado por su presidente ó su decano, su Excelencia dirigía felicitaciones por las condecoraciones ó los premios concedidos á alguno de sus individuos. Despues, el Cnerpo constituido daba media vuelta, y cedia el puesto retirándose : llegaban otros á paso largo, tropezando muchas veces con las puertas del salón, porque era tarde y la recepción se había atrasado una hora, y cada cual pensaba en el desayuno de familia que le esperaba.

El salón de conciertos estaba convertido en vestuario : los grupos se impacientaban mirando sus relojes, abrochándose

*deshabillé* de fular rosa. Él gritaba con desenfrenado acento :  
¡ Bompard, sube la *brandade!*

¡ Allí era donde tenía que verse al Ministro de Instrucción Pública y de Cultos, al gran comerciante de moral religiosa, al defensor de las sanas doctrinas! ¡ Allí era donde se dejaba ver, sin máscara y sin ademanes, todo su Mediodía á sus anchas, y descarado como en plena feria de Beaucaire!

— ¡ Bompard, sube la *brandade!*.... — repitió la bribona exagerando expresamente la entonación marsellesa.

Bompard era sin duda aquel marmiton improvisado, que salía de la cocina con la servilleta al hombro, rodeando con sus brazos un gran plato, y quien abrió la estridente hoja de la puerta.

## XVIII.

## El día de Año Nuevo.

« ¡ Los señores de la Administración central!.... »

« ¡ Los señores de la Dirección de Bellas Artes!.... »

« ¡ Los señores de la Academia de Medicina!.... »

A medida que el ujier, en traje de gala, con pantalón corto y espada al cinto, anunciaba con su pausada voz la entrada solemne en las salas de recepción, atravesaban el inmenso salón rojo numerosas filas de trajes negros, y venían á colocarse formando semicírculo ante el Ministro que se hallaba de espaldas á la chimenea, teniendo á su lado su subsecretario de Estado, Mr. de la Calmette, su jefe de despacho, sus expertos auxiliares y algunos directores del ministerio Dansert Bechut.

A cada Cnerpo constituido presentado por su presidente ó su decano, su Excelencia dirigía felicitaciones por las condecoraciones ó los premios concedidos á alguno de sus individuos. Despues, el Cnerpo constituido daba media vuelta, y cedia el puesto retirándose : llegaban otros á paso largo, tropezando muchas veces con las puertas del salón, porque era tarde y la recepción se había atrasado una hora, y cada cual pensaba en el desayuno de familia que le esperaba.

El salón de conciertos estaba convertido en vestuario : los grupos se impacientaban mirando sus relojes, abrochándose

los guantes, ajustando sus corbatas blancas bajo un semblante adusto, bostezando de fastidio, de mal humor y de hambre.

También Roumestan sentía la fatiga de este gran día. Él había perdido el calor del año último en semejante época, su fe en el porvenir y las reformas, y dirigía sus discursos con flojedad, penetrado por el frío hasta la médula, no obstante los caloríferos y la enorme chimenea que ardía.

Aquella menuda nieve, cuyos copos se arremolinaban sobre los cristales, le caía sobre el corazón, ligera y helada como sobre la hierba del jardín.

« ¡ Los señores de la Comedia Francesa !..... »

Afeitados escrupulosamente, solemnes y saludando así como en tiempo del gran siglo, se colocaban con nobles actitudes al rededor de su decano, el cual, con voz cavernosa, presentaba la Compañía, hablaba de los esfuerzos, de los votos de la Compañía, la Compañía sin epíteto, sin calificativo, como se dice *Dios*, como se dice la *Biblia*, como si no existiera en el mundo más compañía que aquella. El pobre Roumestan debía estar muy postrado, para que ni aún ante aquella Compañía, de que parecía que él formaba parte con sus actitudes de una distinción convenida, no demostrase su elocuencia con frases teatrales. Y era que desde hacía ocho días, desde la ausencia de Rosalía, él se encontraba como un jugador que ha perdido el ídolo que le daba la suerte. Él tenía miedo, se sentía repentinamente inferior á su fortuna y muy próximo á ser aplastado por ella.

Las medianías á quienes la fortuna ha favorecido tienen esos trances y esos vértigos, acrecentados en su caso por el terrible escándalo que iba á producirse con el pleito de divorcio que su jóven mujer quería absolutamente, á pesar de las cartas, las gestiones, las súplicas y los juramentos.

Por el buen parecer, se decía en el Ministerio que la seño-

ra de Roumestan había ido á vivir con su padre, á causa de la próxima marcha de la señora Le Quesnoy y de Hortensia; pero nadie se engañaba, y sobre todo, en aquellos rostros que desfilaban por delante de él con cierta sonrisa marcada, en aquellos fuertes apretones de mano, demasiado expresivos, el desgraciado veía su aventura traducida en curiosidad, en piedad, en ironía. Ni aún el más infimo empleado de los que habían concurrido á la recepción ignoraba la ocurrencia, y dejaba de comentarla.

En las mesas circulaban canciones en que Chambery rimaba con Bachellery, y más de un portero descontento de su gratificación la entonaba para sí en voz baja, haciendo una humilde reverencia al jefe supremo.

Eran las dos, y las corporaciones constituidas seguían presentándose, y la nieve amontonándose, mientras que el ujier introducía mezcladamente, sin orden de jerarquías, á

« ¡ Los señores de la Escuela de Derecho !..... »

« ¡ Los señores del Conservatorio de Música !..... »

« ¡ Los señores directores y teatros subvencionados !..... »

Cardillac iba á la cabeza, por la antigüedad que le concedía el haber pasado tres veces por el Ministerio, y Roumestan tenía muchos más deseos de caer á puñetazos sobre aquel único enemigo, cuyo nombre le causaba tan graves embarazos, que de oír su bella abeccion desmentida por la feroz intención de la mirada, y haber de responderle con un cumplimiento forzado, cuya mitad se quedaba en los pliegues de su corbata.

« Muy conmovido, señores..... *mn..... mn..... mn.....* El progreso del arte..... *mn..... mn..... mn.....* harémos aún más..... »  
Y Cardillac, al retirarse, exclamó: « El pobre Numa está herido en las alas..... »

Retiradas las comisiones, el Ministro y sus adláteres hacían los honores al desayuno de costumbre; pero este desayu-

no, tan alegre y lleno de efusión el año precedente, se resentía de la tristeza del anfitrión y del mal humor de los amigos que participaban un poco de su situación comprometida.

Aquel escandaloso proceso, coincidiendo exactamente con el debate de Cardillac, iba á hacer á Roumestan imposible de continuar en el Gabinete. En la misma mañana, en la recepción del Eliseo, el Mariscal había dicho dos palabras con su brutal y lacónica elocuencia de viejo soldado:

—Un asunto sucio, mi querido Ministro; un asunto sucio.....

Y sin conocer precisamente aquella noble palabra, dicha al oído en el alfeizar de una ventana, aquellos señores veían llegar su desgracia detrás de la de su jefe.

—¡Oh mujeres, mujeres!— exclamaba gruñendo el sabio Bechut desde su asiento. Mr. de la Calmette y sus treinta años de bufete se entristecían pensando en la retirada, como Tircis y el gran Lappaza se divertían en consternar en voz baja á Rochemaure, diciéndole:

—Vizeconde, necesitamos proveernos; ántes de ocho días estarémos en la calle.....

A un brindis del Ministro en honor del nuevo año y de sus queridos colaboradores, dicho con voz conmovida y las lágrimas en los ojos, se separaron.

Mejean quedó el último; dió dos ó tres paseos con su amigo, sin que tuviesen valor para decirse una palabra, y en seguida se marchó.

A pesar del deseo vehemente que tenía Numa de conservar á su lado en aquel día á aquella naturaleza recta que le intimidaba como un reproche de conciencia, pero que le sostenía y confortaba, no podía impedir á Mejean que fuese á sus visitas á hacer su distribución de votos y regalos, y mucho menos impedir á su ujier que fuera á su casa para desprenderse de su espada y su calzon corto.

¡Qué soledad en aquel misterio! Un domingo, en una fi-

brica, el vapor apagado y mudo. Y en todas las piezas altas y bajas, en su despacho, donde en vano pretendía escribir; en su habitación, que se ocupaba en llenar de sollozos; en todas partes, sólo se veía aquella menuda nieve de Enero que azotaba las anchas ventanas, oscurecía el horizonte y acentuaba el silencio propio de las estepas de Siberia.

¡Oh angustia de las grandezas!.....

Un reloj dió las cuatro; otro le contestó, y otro más, en el desierto del vasto palacio, donde parecía que no había más horas que las de los vivientes. La idea de permanecer allí hasta la noche, frente á frente con su tristeza, le aterraba. Él hubiera querido derretir el hielo de su alma con un poco de amistad, de ternura. Tanto calorífero, los medios árboles ardiendo en la chimenea, no constituían un hogar. Hubo momentos en que pensó en la calle de Londres..... Pero él había jurado á su abogado defensor, cuando los abogados se retiraban, que permanecería tranquilo hasta que empezara el proceso.

De repente cruzó por su mente un nombre:

—Y Bompard, ¿por qué no ha venido?.....

Ordinariamente, en las mañanas de los días de fiesta, era el primero en ir con las manos llenas de ramos de flores, cartuchos de bombones para Rosalía, Hortensia, la señora Le Quesnoy, y en los labios una sonrisa expresiva de abuelo bondadoso. Es claro que Roumestan hacía el gasto de aquellas sorpresas; pero el amigo Bompard tenía bastanté talento para olvidarlo, y Rosalía, á pesar de su antipatía, no podía dejar de enternecerse pensando en las privaciones que tendría que imponerse el pobre diablo para ser tan generoso.

—Si yo fuese á buscarle, comeríamos juntos—se dijo Numa.

Tiró de la campanilla, se desprendió de su traje negro, de sus placas, de sus condecoraciones, y salió á pié por la calle de Bellechasse.

Los muelles y las fuentes estaban completamente blancos por la nieve; pero el Carrousel estaba franco; ni el piso ni el aire conservaban señales de la nieve. Esta desaparecía con el continuo rodar de los carrnajes, bajo el hormigüeo de gente que se agrupaba al rededor de los despachos de ómnibus.

Aquel tumulto de una noche de día festivo; las voces de los cocheros; las invitaciones de los camelotes en la luminosa confusion de las vidrieras; los fuegos de lilas de los Jablochhoff, inundando el amarillento titilar del gas, y los últimos reflejos del pálido día, distraían la tristeza de Roumestan, y le entretenía la agitacion de la calle, mientras se dirigía hácia el boulevard Poissonniere, en donde el anciano Teherkesse, sedentario como todas las personas de imaginacion, vivía hacia veinte años desde su llegada á París.

Nadie conocía el interior de la casa de Bompard, del cual, sin embargo, él hablaba mucho, así como de su jardín, de su mobiliario artistico, del cual iba á proveerse en las almonedas del hotel Drouot. «Venid, pues, una de estas mañanas á comer una tortilla!» Esta era su fórmula de invitacion; y la prodigaba, pero el que lo tomaba en serio, jamás encontraba á nadie; se encontraba con la consigna del portero de no poder entrar, las campanillas rellenas de papel ó sin tirador.

Durante un año entero, Lappaza y Rochemaure se empeñaron inútilmente en penetrar en casa de Bompard para desconcertar las prodigiosas invenciones del provenzal, ocultando el misterio de su habitacion hasta llegar á quitar un día los ladrillos de la entrada para poder decir á los invitados desde el otro lado de la barricada:

—Lo siento, amigos míos.... Un escape de gas.... Todo ha volado esta noche.

Después de haber subido innumerables pisos, cruzado por

vastos corredores, pisado sobre escalones invisibles, recorrido los conventículos y cuartos de dueñas, Roumestan, ahogado con aquella ascension á que no estaban acostumbradas sus angustas piernas, tropezó con una cubeta que servía para lavarse y estaba fija en la pared.

—¿Quién vive?—tartamudeó una voz desconocida.

Abrióse la puerta lentamente, por estar cargada con el peso de una percha, de la que pendía todo la ropa de invierno y de verano del inquilino, porque la habitacion era pequeña, y Bompard no perdía un milímetro de ella, reducido á instalar su gabinete de tocador en el corredor.

Su amigo le encontró acostado en una pequeña cama de hierro, adornada la frente con un tocado escarlata, una especie de gorra á lo Dante, que se erizó de admiracion á la vista de la ilustre visita.

—¡Pero qué es lo que veo! ¿Estás enfermo?—preguntó Roumestan.

—¡Enfermo!.... No.

—Entonces, ¿qué haces ahí?

—Ya lo ves, yo me compendí.... Y añadió para explicar su pensamiento:

—Es que tengo tantos proyectos en la cabeza, tantas invenciones! En algunos momentos me disperso, me pierdo.... y sólo en la cama vuelvo á reconcentrarme.

Roumestan buscaba una silla; pero sólo había la que servía de mesa de noche, llena de libros y periódicos, con una palmatoria desvencijada encima. Entonces se sentó á los pies de la cama.

—¿Por qué no se te ha visto ya?

—Tú te chanceas.... Después de lo que ha sucedido yo no podía ya encontrarme con tu mujer. ¡Piensa un poco! Yo estaba delante de ella con mi *brandade* en la mano.... He necesitado una gran sangre fría para no dejarla caer.

— Rosalia no está ya en el Ministerio — dijo Numa consternado.

— ¿No está, pues, arreglado ese asunto?.... Tú me asombras.

No le parecía posible que la señora de Numa, una persona de tan buen juicio.... Porque, en fin, ¿qué es todo ello? Una tontería.... Vamos.... Nada.

El otro le interrumpió:

— Tú no la conoces.... Es una mujer implacable.... Es un vivo retrato de su padre.... Raza del Norte, querido mío.... No es como la nuestra, cuya más grande cólera se evapora en gestos, en amenazas, y nada más. Ellos lo guardan todo; esto es terrible.

Él no decía que ya había perdonado ella en otra ocasión; y después, para escapar de aquellas tristes preocupaciones, añadió:

— Vístete.... Vienes á comer conmigo....

Mientras Bompard procedía á vestirse, el Ministro inspeccionaba la buhardilla, alumbrada por una pequeña ventana en forma de cigarrera, por donde se deslizaba la nieve derretida. Él compadecía á Bompard á la vista de aquella pobreza; aquellos techos húmedos, cubiertos con papel blanco; aquella pequeña sarten, picada por el orin, sin fuego, á pesar de la estación, y se preguntaba, acostumbrado á la suntuosa comodidad de su palacio, cómo se podía vivir así.

— ¿Has visto el jardín? — preguntaba alegremente Bompard desde su barreño.

El jardín era la copa deshojada de tres árboles, que sólo podían verse subiendo sobre la única silla de la habitación.

— ¿Y mi pequeño museo?

El llamaba así á algunos despojos con etiquetas que tenía sobre una tabla: un ladrillo, una pipa de madera dura, una hoja enmohecida, un huevo de avestruz. Pero el ladrillo pro-

cedía de la Alhambra; el cuchillo había servido á las venganzas de un famoso bandido corso, y la pipa tenía inscrito: *Pipa de un galeote marroquí*, y por último, el huevo endurecido representaba un sueño abortado; lo único que quedaba con algunas latas y pedazos de fuentes amontonados en un rincón, de la incubadora Bompard y de la cría artificial. ¡Oh! ahora tenía cosas mejores que todo eso. Una idea maravillosa de millones que él no podía decir todavía: «¿Qué es lo que miras?.... ¿Esto?.... ése es mi título de Jefe.... Ve, sí, jefe del *Aioli*» Esta Sociedad del *Aioli* tenía por objeto el hacer comer ajo una vez por mes á todos los meridionales residentes en París, medio de no perder el humillo ni el acento de la patria. La organización era formidable: presidente de honor, presidentes, vicepresidentes, mayordomos, cuestores, censores, tesoreros, todos con su nombramiento en papel rosa, con bandas de plata con la flor del ajo en un dije.

Este precioso documento se colocaba en la pared, al lado de anuncios de todos colores, ventas de casas, reclamos de caminos de hierro, que Bompard necesitaba tener á la vista, para darse importancia, decía él ingenuamente. Allí se leía: *Castillo de venta; ciento cincuenta hectáreas, prados, caza, río, estanques con peces.... Linda pequeña propiedad en Turena, viñas, pastos, molino sobre el río Cize.... Viaje circular á Suiza, Italia, al lago Mayor, á las islas Borromeas....* Esto le exaltaba, como si hubiera tenido bellos paisajes colgados de la pared. El creía hallarse en ellos, y en ellos estaba.

— ¡Mastin! — decía Roumestan con visos de envidia por aquel miserable quimérico, tan dichoso entre sus pingajos.... Tú tienes una gran imaginación.... ¿Estás dispuesto? Vamos.... Bajemos.... En tu cuarto hace un frío del diablo.

Dieron algunas vueltas, codeándose con la alegre multitud del boulevard, y los dos amigos se instalaron al calor reful-

gente de un gabinete de gran restaurant, donde se hallaban las ostras abiertas y el Chateau-Iguens cuidadosamente preparado para servirse.

— Á tu salud, camarada.... Yo te la deseo buena y feliz.

— ¡Ah! es verdad — dijo Bompard — aún no nos hemos abrazado.

Ellos se estrecharon por cima de la mesa, con los ojos humedecidos, y por más áspero que sintiese el cútis del Teherkesse, Roumestan tuvo un gran placer. Desde por la mañana tenía grandes deseos de abrazar á algúien. Y luégo, despues de tantos años de conocerse, treinta años de su vida ante ellos, sobre aquel mantel, y con el vapor de los buenos platos y aquel vino de lujo, invocaban á una los días de su juventud, sus recuerdos fraternales, sus juegos, sus diabluras, en fin....

— ¿*J'en souvenes, digo?* ¿Te acuerdas, digo?

En un salon inmediato se oían risas y voces.

— Al diablo las mujeres — dijo Roumestan; — no hay más que la amistad.... — Y volvieron á chocar los vasos; pero al mismo tiempo tomó nuevo giro la conversacion.

— ¿Y la pequeña? — preguntó Bompard guiñando el ojo. — ¿Cómo está?

— ¡Oh! No la he vuelto á ver; ya comprenderás....

— Sin duda.... sin duda — dijo Bompard muy grave y con ironía.

Oíanse en un piano, detras de las colgaduras, fragmentos de valeses de moda y algunos trozos de operetas, alternativamente precipitados ó lánguidos. Ellos callaron para oír mejor, picando cosas de la mesa, y Numa, cuyas sensaciones parecían girar sobre un gozne, se puso á pensar en su mujer, en su hijo, en la felicidad perdida, y se lamentaba en alta voz, con los codos sobre la mesa.

— ¡Once años de intimidad, de confianza, de ternura!....

Todo ello reducido á cenizas, desaparecido en un minuto....

¿Y es esto posible?.... ¡Ah Rosalia, Rosalia!....

Nadie sabria jamas lo que ella habia sido para él, y ni aún él mismo lo habia sabido bien hasta que ella se habia marchado. ¡Un espíritu tan recto, un corazon tan honrado!

— ¡Y qué espalda, y qué brazos! Y luégo, ve tú, amigo mio; no hay que decir que cuando uno es jóven es preciso tener aventuras.... Las citas al escape, por temor de ser cogido, ó bajar las escaleras de cuatro en cuatro escalones, etc.; todo esto forma parte del amor. Pero á nuestra edad lo que se desea sobre todo es la paz; lo que los filósofos llaman la segriedad en los placeres, y sólo el matrimonio la proporciona.

Levantóse dando un salto; arrojó su servilleta, y dijo:

— ¡Desfilemos!

— ¿Vamos? — preguntó Bompard impasible.

— Á pasar por bajo de su ventana como hace once años.... Ve allí, donde está el gran maestro de la Universidad....

Bajo las arcadas de la Plaza Real, cuyo jardín cubierto de nieve formaba un cuadro blanco entre las verjas, los dos amigos pasearon largo tiempo, buscando por entre los claros de los tejados á lo Luis XIII las chimeneas, los balcones y las ventanas altas del palacio de Le Quesnoy.

— ¡Pensar que ella está ahí — decia Roumestan suspirando — y que no la puedo ver!....

Bompard tiritaba con los piés en el lodo, no comprendiendo mucho aquella excursion sentimental. Para ponerle fin, se valió de un ardid. Sabiendo que Numa era aprensivo y temeroso de la menor enfermedad, le dijo con astucia:

— Te vas á constipar, Numa.

El meridional tuvo miedo, y se volvieron en carruaje.

Ella estaba allí, en el salon donde la vió por vez primera, y cuyos muebles continuaban siendo los mismos, en los

mismos sitios, llegados á esa edad en que el mobiliario, como los temperamentos, no se renueva ya. En los espejos se reflejaba ese azulado propio de los estanques desiertos, cuyas aguas nada turba. Los retratos de los viejos parientes colgados de la pared, y al lado de ellos los de sus esposas, también habían adquirido el color que les da la antigüedad. La señora de Le Quesnoy, con sus facciones hinchadas y lacías, como si no tuviesen fibras; en el rostro del Presidente se acentuaba aún más la palidez y la soberbia revolución que se ocultaba bajo el azul de sus ojos, acentuando aún su palidez y la noble resistencia que conservaba en el turbio azul de sus ojos.

Rosalía se hallaba sentada junto á una gran poltrona, en que su hermana, acostada, continuaba en voz baja la lectura que aquella le había hecho en voz alta, en medio del silencio del *whist*, interrumpido sólo con medias palabras ó interjecciones de los jugadores.

Aquel era un libro de su juventud, uno de aquellos poetas amantes de la Naturaleza, en que su padre le había enseñado á leer, y en cuyas estrofas veía todo su pasado de niña, la fresca y penetrante impresión de las primeras lecturas:

«La bella hubiera podido sin cuidados comer sus fresas léjos de aquí, á la orilla de una clara fuente, con un alegre segador que la hubiera encerrado en su corazón. Ella hubiera tenido muchas menos penas» (1).

El libro cayó de sus manos; los últimos versos resonaban como una triste canción, en lo más profundo de su sér, recordándole su desdicha, olvidada por un momento. Tal es la crueldad de los poetas; os mecen, os tranquilizan, y luego, con una sola palabra avivan la herida que querían curar. Rosalía se consideraba en aquel sitio once años ántes, cuan-

(1) Traducimos en prosa estos versos.

do Numa le hacía la corte con grandes ramos de flores, y que, adornada, con sus veinte años, y el deseo de ser bella para él, le veía llegar desde aquella ventana, como se aguarda el destino.

Parecía oír en todos los rincones del salón el eco de su voz, suave y tierna, tan pronta á mentir. Acaso, buscando entre la música que se hallaba sobre el piano, se hubieran encontrado los duos que ellos cantaban, y todo lo que la rodeaba le parecía cómplice del desastre de su vida. Ella pensaba en lo que hubiera podido ser aquella vida al lado de un hombre honrado, de un compañero leal, no brillante ni ambicioso, pero de una existencia sencilla y oculta, donde se hubieran soportado con valor por los dos las penas y las fatigas hasta la muerte....

«Ella hubiera tenido muchas menos penas.»

Y de tal manera se absorbía en su ensueño, que, terminado el *whist*, los concurrentes se habían marchado sin que ella casi se hubiera apercibido, respondiendo maquinalmente al saludo amistoso de cada uno, ni advertido que el Presidente, en lugar de despedir á sus amigos hasta la puerta, como lo tenía de costumbre en todo tiempo, se paseaba á grandes pasos en el salón, y deteniéndose al fin delante de su hija, le preguntó con un acento que hizo estremecer á ésta:

—Y bien, hija mía, ¿qué piensas? ¿qué has decidido?

—Siempre lo mismo, padre mío.

El Presidente se sentó junto á su hija, le tomó la mano, y procurando hacerse persuasivo, le dijo:

—He visto á tu marido.... Él consiente en todo.... Tú vivirás aquí conmigo todo el tiempo que tu madre y tu hermana estén ausentes, y más aún, si tu resentimiento durase todavía.... Pero, te lo repito, ese proceso es imposible. Yo espero que tú no lo harás.

Rosalía movió la cabeza.

—Vos no conoceis á ese hombre, padre mio.... Él empleará su astucia para envolverme, para que nos reunamos, para hacer de mí su juguete, un juguete voluntario, aceptando una existencia envilecida, sin dignidad.... Vuestra hija no es de esas mujeres.... Yo quiero un rompimiento completo, irreparable, altamente público para el mundo....

Desde la mesa en que arreglaba las cartas y las fichas, sin volverse, la señora Le Quesnoy intervino dulcemente:

—Perdon, hija mia, perdon.

—Sí, eso es fácil de decir cuando se tiene un marido leal y recto como el tuyo; cuando no se conoce esa sofocacion de la mentira y de la traicion tramada en contra de uno.... Es un hipócrita, yo os lo digo. Él tiene la moral de Chambery y la de la calle de Londres.... Las palabras y los hechos siempre desacordes. Dos palabras; dos caras.... Toda la mojigatería y la seducción de su raza.... ¡El hombre del Mediodía, en fin!

Y olvidándose, en la explosión de su cólera:

—Por otra parte, yo habia perdonado otra vez.... Sí, dos años despues de mi casamiento.... Nada de esto os he dicho, ni con nadie he hablado de ello.... He sido muy desdichada. Desde entónces sólo hemos permanecido reunidos al precio de un juramento.... Pero él sólo vive de perjuros. Ahora todo ha concluido, y concluido para siempre.

El Presidente no insistió más; se levantó lentamente y se aproximó á su mujer. Habo entre ellos un cuchicheo, como un debate extraordinario entre aquel hombre, lleno de autoridad, y aquella humilde criatura aniquilada. «Es necesario decirselo; sí, sí, quiero que se lo digas....» Y sin añadir palabra, M. Le Quesnoy se retiró, atravesando con su sonoro paso regular de todas las noche las arcadas del salon.

—Vén aquí....—dijo la madre á su hija con expresion cariñosa.—Más cerca.... más.... más aún....—Jamás se atreve-

ria á hablar en alta voz.... Y aún estando tan cerca, todavía dudaba.—Escucha, él lo quiere.... Él quiere que te diga que tu destino es el de todas las mujeres, del que no ha escapado tu madre.

Rosalía se aterraba de aquella revelacion, que adivinó desde las primeras palabras, mientras la querida anciana, con la voz entrecortada por las lágrimas, articulaba apénas una historia muy triste, semejante en todo á la suya; el adulterio del marido desde los primeros tiempos del matrimonio. Como si la divisa de aquellos pobres seres unidos fuese «engáñame ó te engaño», el hombre se apresuraba á comenzar por guardar su rango de superioridad.

—¡Oh! Basta, basta, mamá; me haces daño....

¡Su padre, á quien tanto admiraba ella, á quien colocaba por cima de los demas, el magistrado integro y firme!.... Pero ¿qué cosa son los hombres? En el Norte, en el Mediodía, todos son iguales; traidores y perjuros.... Y Rosalía, que no habia llorado por la traicion de su marido, derramaba un mar de amargas lágrimas por aquella humillacion del padre.... ¡Y se lo referian entónces para aplacarla!.... No, y cien veces no; ella jamas perdonaria.

—¡Ah! ¿Este es el matrimonio? Pues bien; ¡vergüenza y desprecio para el matrimonio!

¿Qué importaba el temor al escándalo, ni las conveniencias sociales, puesto que éstas son para quien las desprecia mejor?

Su madre la estrechaba contra su corazon, tratando de aplacar la sublevacion de aquella jóven conciencia, herida en sus creencias, en sus más queridas ilusiones, y la acariciaba como á una recién nacida.

—Sí, tú perdonarás.... Tú harás como hice yo.... Ese es nuestro destino; ya lo ves.... ¡Ah! yo tambien, en el primer momento, tuve un gran pesar, un vehemente deseo de arrojarle por la ventana.... Pero pensé en mi hijo, en mi pobre

pequeño Luis, que nacía á la vida, que despues ha crecido, que ha muerto queriendo, respetando á todos los suyos..... Tú perdonarás lo mismo, para que tu hijo tenga la dichosa tranquilidad que os proporciona mi valor, para que él no sea uno de esos semihuérfanos que se reparten los padres, y que estos educan en el aborrecimiento del uno contra el otro..... Tú pensarás tambien en que tu padre y tu madre han sufrido mucho, y que les amenazan otros padecimientos.....

Detúvose oprimida, y despues, con solemne acento, prosiguió :

—Hija mía, todas las penas se mitigan; todas las heridas pueden curarse..... Sólo hay una cosa irreparable, y ésta es la muerte de aquellos á quienes amamos.....

En el abatimiento que siguió á estas últimas palabras, Rosalia veía engrandecerse la figura de su madre, tanto como perdía el padre á sus ojos. Pesábale mucho el haberla desconocido tanto tiempo, bajo aquella aparente debilidad, formada á golpes dolorosos de abdicacion sublime y resignada. Así, por su madre, y sólo por su madre, renunció á su proceso de venganza, con palabras cariñosas, casi de perdon.

—Solamente no me exijais, madre mía, que yo vuelva á vivir con él..... Yo tendria mucha vergüenza..... Acompañaré á mi hermana al Mediodía..... Luégo, más tarde, verémos.....

El Presidente entró, vió la agitacion de la anciana madre echando los brazos al cuello de su hija, y comprendió que su causa habia triunfado. ¡ Á precio de qué sacrificio!

—Gracias, hija mía.....—murmuró muy conmovido. Y luégo, despues de haber titubeado un poco, se aproximó Rosalia para darle las buenas noches segun costumbre. Pero la frente, tan cariñosamente ofrecida de ordinario, se esquivó, y el beso se estampó en los cabellos.

— Buenas noches, padre mio.

Éste nada dijo, y se retiró con la cabeza baja y con cierto temblor. ¡ Él, que durante su vida habia acusado y condenado tanto, encontraba un juez á su vez; él, que era el primer magistrado de la Francia!

## XIX.

Hortensia Le Quesnoy.

Por uno de esos golpes teatrales, tan frecuentes en la comedia parlamentaria, aquella sesión del 8 de Enero, en que parecía deber eclipsarse la fortuna de Roumestan, le valió un triunfo completo.

Cuando subió á la tribuna para contestar á la acusación de Ritter sobre la administración de la Ópera, el lodazal del palacio de las Bellas Artes y la nulidad de las reformas, tan cacareadas por los asalariados del ministerio Sacrista, Numa acababa de saber que su mujer había partido, renunciando al proceso, y esta buena noticia, conocida únicamente de él, dió á su discurso brillante seguridad. Mostróse altivo, familiar y solemne; hizo alusión á las calumnias propaladas, al escándalo que se esperaba.

«¡No habrá escándalo, señores !...»

Y el tono con que dijo estas palabras desconcertó completamente en las tribunas, engalanadas, á todas aquellas lindas curiosas, que, ávidas de fuertes emociones, habían concurrido allí para devorar al vencedor.

La interpelación de Ritter había sido pulverizada; el Mediodía sedujo al Norte; la Galia había sido nuevamente conquistada, y cuando Roumestan descendió de la tribuna, fatigado, sudando, sin voz, tuvo el orgullo de verse entu-

siastamente aclamado, vitoreado por su partido, que pocos momentos ántes se mostraba tan frío, casi hostil, y por sus compañeros de gabinete, que le acusaban de comprometerles.

En la embriaguez del éxito, Roumestan veía como supremo triunfo el desistimiento de su mujer. Sentíase aligerado, ágil, expansivo; tanto, que, al volver á París, tuvo la idea de pasar por la calle de Londres. ¡ Oh! solamente como amigo, para tranquilizar á aquella pobre niña, tan inquieta como él por las consecuencias de la interpelación, y que soportaba su mutuo destierro con tanto valor, enviándole sus ingenuas cartas, enjutas con polvos de arroz, en que le contaba su vida día por día, exhortándole á tener paciencia y ser prudente.

—No, no...., no vengas, pobre querido....—le decía.—Escribeme; piensa en mí.... Yo seré constante.

Casualmente no se representaba ópera aquella noche, y durante la corta travesía desde la estación á la calle de Londres, Numa, que tocaba en su bolsillo la llavecita que más de una vez le había tentado, se decía:

«¡Qué feliz va á ser!»

Abierta la puerta, y vuelta á cerrar sin hacer el menor ruido, Numa se encontró de pronto en la oscuridad; no se había encendido el gas. Esta negligencia daba á la casita un aspecto de luto, de viudedad, que le lisonjeó. Amortiguando el tapiz de la escalera su ligero paso, llegó sin ser anunciado por nadie al salón, tapizado con alfombra japonesa de colores, deliciosamente imitados por el oro ficticio de los cabellos de la joven.

—¿Quién está ahí?—preguntó desde el diván una linda voz alterada.

—¡Yo, pardiez !...»

Oyóse un grito, un brinco, y dejándose ver el relámpago blanco de una falda que se desdoblaba, la cantante se puso

de pié, asustada, mientras el bello Lappaza, inmóvil, hundido y hasta sin ánimos para reparar su desden, fijaba la vista en las flores de la alfombra para no mirar á su jefe.

Nada se podía negar; el divan aún tenia las señales; estaba hundido.

—¡Canallas!— exclamó Roumestan, ahogado por uno de esos furros en que ruge el hombre cual si fuese una fiera, con deseos de desgarrar, de morder, mejor que de pegar.

Numa se encontró fuera de allí sin saberlo, arrastrado por miedo á su propia violencia. En el mismo sitio, á la misma hora, algunos días ántes, su mujer habia recibido, como él, aquel golpe de la traicion; aquella herida injuriosa y baja, más cruel, más inmerecida que la suya. Pero él no pensó en ello un instante; sólo se daba cuenta de la injuria personal.

No; jamas se vió villania igual en todo lo que alumbra el sol. ¡Aquel Lappaza á quien queria como á un hijo; aquella bribona, por la que él habia comprometido hasta su fortuna política!

—¡Canallas!..... ¡Canallas!..... —repetia muy alto en la desierta calle bajo una penetrante llovizna, que le calmó mejor que los más bellos razonamientos.

—¡Conque he sido engañado!..... Pero..... estoy mojado..... dijo, y se dirigió á la parada de carruajes de la calle de Amsterdam, y en la aglomeracion que causan en aquel barrio las frecuentes llegadas de la Estacion, tropezó con la pechera rigidamente almidonada del general Marqués de Espaillon.

—Bravo, mi querido colega..... Yo no estaba en la sesion; pero me han dicho que habiais cargado como un b..... á fondo y contra todos.

Bajo su paraguas, que conservaba derecho, el viejo tenia un diabólico ojo vivamente encendido, y la perilla retorcida hácia adelante en forma de gancho, lo cual le daba una apariencia de sátiro.

—N..... d..... D.....—añadió inclinándose al oido de Numa con un tono de confianza excesiva;—podeis lisonjearos de conocer á las mujeres.

Y como Numa le mirase creyendo que aquello era una ironía:

—¡Oh! si, bien sabeis nuestra discusion sobre el amor, añadió el General; vos teniais razon..... No hay como los chulos para agradar á las bellas..... Yo tengo una en este momento..... la reina de las mozelas..... F..... n..... de D..... Ann no tenia yo veinticinco años, cuando al salir de la escuela.....

Roumestan, que le escuchaba con la mano en la portezuela de su fiacre, creyó de su deber sonreír á las palabras del apasionado viejo; pero sólo logró hacer una mueca. Sus teorías sobre la mujeres estaban tan singularmente trastornadas..... ¡La gloria!..... ¡el genio!..... frustraría, no es eso lo que concede el derecho absoluto sobre las mujeres. Él se sentia contrariado, disgustado, con ganas de llorar, y despues dormir para no pensar más, y sobre todo, para no ver más la brutal sonrisa de aquella bribona, siempre recta ante él, cínicamente escotada, con las carnes eréctiles y estremecidas por el placer interrumpido.

Pero en la agitacion de nuestros dias las horas se pasan y se atropellan como las olas. En lugar del reposo que Numa creia encontrar á su regreso, le esperaba en el Ministerio un nuevo golpe.

Mejean, con mano trémula, le entregó un telégrama que habia abierto en la ausencia de aquel. El telégrama decia:

*«Hortensia se muere y quiere verte, Ven pronto.»*

VIUDA PORTAL»

Todo el horrible egoismo de Roumestan se manifestó en la frase angustiada: «Voy á perder una verdadera amiga.....»

Después pensó en su mujer, presente á aquella agonía, y que dejaba firmar el telegrama á su tía Portal. Su rencor no se doblegaba, ni probablemente se doblegaría jamás. Y sin embargo, si ella hubiera querido, él habría comenzado de nuevo la existencia al lado de ella, olvidando imprudentes locuras; existencia familiar, honrada, casi austera; y no pensando más en el mal que él había hecho, le reprochaba su dureza como una injusticia.

Roumestan pasó la noche corrigiendo las pruebas de su discurso, interrumpiéndose de vez en cuando, para escribir borradores de cartas furiosas ó irónicas, represivas é insultantes á la malvada Alicia Bachellery.

Mejean velaba también en la Secretaría, transido de pena, buscando el olvido en un trabajo excesivo. Y Numa, incitado por aquella vecindad, experimentaba un verdadero suplicio por no poder confiarle su decepcion. Pero hubiera sido necesario confesar que él había vuelto á aquella casa, y lo ridículo de su papel.

No lo hizo, y al otro día por la mañana cuando le acompañaba á la estación, le dejó, entre otros encargos, el de despedir á Lappaza.

—; Oh, lo merece bien.... Le he cogido en flagrante delito de negra ingratitud!.... Cuando pienso en que he sido tan bueno para con él, que hasta le hubiera querido hacer.... — Y se detuvo aquí, porque no era prudente decir al enamorado que él había prometido dos veces la mano de Hortensia.

Sin dar, pues, más explicaciones, dijo que no quería volver á encontrar en el Ministerio á una persona tan desdichadamente inmoral. Por lo demás, la duplicidad del mundo le daba asco. ; Ingratitud, egoísmo!.... Era cosa de abandonarlo todo: honores, sueldo, consideracion.... abandonar á París, para irse á vivir sobre una roca desierta en plena mar.

—Habeis dormido mal, mi querido jefe....—dijo Majean con aquel ademán bondadoso que le distinguía.

—No, no.... Es como lo digo.... París me produce náuseas....

De pié sobre el muelle, Numa dirigió una mirada despreciativa sobre la gran ciudad, en donde la provincia vierte todas sus ambiciones, su codicia, su hervor malsano, y á quien ella acusa después de perversidad y de infeccion. De pronto, interrumpiéndose con una amarga sonrisa, dijo:

—Creed que se encarniza conmigo.

En una esquina de la calle de Lyon, sobre una pared sucia, llena de tragaluces, y á la altura de un segundo piso, velase aún manchado con horribles chorreones azules, amarillos y verdes, causados por la humedad del invierno y las inundicias de una casa de pobres, la figura de un miserable trovador pretencioso y vencedor.

Los carteles se suceden rápidamente en el reclamo parisiense cubriendo los unos á los otros. Pero cuando tienen dimensiones descomunales, siempre queda descubierto algún extremo de ellos, y desde hacía quince días se encontraba por todos los ángulos de París, en frente de un brazo, de una pierna, una parte de la gorra ó de un zapato á la *poulaine*, que le perseguían, le amenazaban, como en aquella leyenda provenzal, en donde la víctima descuartizada perseguía al asesino con sus miembros despedazados.

Aquí la víctima se enderezaba entera, y el siniestro colorido visto á retazos por la mañana, condenado á sufrir sin moverse del cartel todas las manchas ántes de destruirse, resumía completamente el destino del desdichado trovador, rodando siempre en los arrecifes de aquel París que ya no podía abandonar, dirigiendo siempre la farandola compuesta de marineros expulsados de la matricula y de locos; de aquellos

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"AL PASADO ME VISTE"  
1955 MAR 23 1955

hambrientos de gloria á quienes aguardan el hospital, la fosa comun ó la losa de diseccion.

Roumestan subió al tren, penetrado hasta los huesos por aquella aparicion y el frio de la noche pasada en vela, tiritando al ver por las ventanas las tristes perspectivas del arabal; aquellos puentes de hierro á traves de las calles mandando humedades; aquellas elevadas casas, cuarteles de la miseria, de innumerables ventanas adornadas con andrajos; aquellos rostros de la mañana, pálidos, tristes, sórdidos; aquellas espaldas doblegadas; aquellos brazos estrechándose sobre los pechos para taparse ó para calentarse; aquellas posadas de todas clases y aquel bosque de chimeneas de fábricas, vomitando el humo que arrebató el viento. Luégo, los primeros verjeles del suburbio, negros por el mantillo, la argamasa de las casuchas bajas, las fincas cerradas en medio de sus huertecillos muertos por el invierno, de arbustos secos como el bosque desprovisto de kioscos y de encañados; más léjos caminos llenos de pantanos, por donde pasaban las carretas salpicando el lodo de los baches inmundos; un horizonte de color de herrumbre, y el vuelo de los cuervos por los desiertos campos.

Numa cerró los ojos ante aquel aflictivo invierno del Norte, que el silbido de la locomotora inundaba con sus llamadas angustiosas. Pero bajo aquellos párpados cerrados, no fueron más risueños sus pensamientos.

Roto completamente el lazo que tan de cerca le unia á aquella bribona, aún le oprimia el corazon, pensando en lo que habia hecho por ella, en lo que le costaba el sostenimiento de una estrella desde hacia seis meses. Todo es falso en esta vida de teatro, sobre todo el éxito, que no vale más que aquello porque se compra. Gastos de *claque*, billetes al censor, comidas, recepciones, regalos á los revisteros, la publicidad bajo todas sus formas, aquellos magnificos ramos ante

los cuales la artista se sonroja, se conmueve, cargando con ellos sus brazos, ocultándolos dentro de su pecho, en el satinado bolsillo de su traje; las ovaciones, las marchas triunfales hasta el hotel, las serenatas oidas desde el balcón, aquellas continuas excitaciones á la taciturna indiferencia del público..... ¡Todo eso se paga, y se paga muy caro!

Durante seis meses, Roumestan habia tenido caja abierta sin regatear jamas sus triunfos á la jóven.

Él asistia á las conferencias con el jefe de la *claque*, los gacilleros, las vendedoras de flores, á quienes la cantante y su madre compraban tres veces los ramos sin decirselo, renovando las cintas, porque habia en casa de esas judías bordalesas una grasienta rapacidad, un amor al oficio, que las hacia permanecer en casa dias enteros cubiertas de andrajos, con camisas sucias encima de sus trajes de volantes, con los piés calzados por viejos zapatos de baile.

Numa las encontraba así muy frecuentemente, en actitud de jugar á las cartas y de injuriarse como en una galera de saltimbanquis.

Desde hacia mucho tiempo, no tomaban ya precauciones contra él. Conocia todas las arterias, todas las muecas de la diva; su groseria nativa de mujer del Mediodia afectada y desaseada, que tenia diez años más que su edad de bastidores, y que, para fijar su eterna sonrisa amorosa, dormia todas las noches con los labios levantados por los extremos, provistos de coralina.

Al fin Numa se durmió, pero no con la boca abierta, yo os lo juro; por el contrario, con las facciones contraídas de disgusto, de fatiga, con las sacudidas y los choques producidos por los botes de un tren marchando á toda velocidad.

—¡*Valeince!*..... ¡*Valeince!*.....—gritaron los empleados.

Numa entónces abrió los ojos, como un niño á quien llama su madre, cuyo acento le es conocido. Ya comenzaba el me-

diodia; el cielo se llenaba de abismos azules entre las nubes que impulsaba el viento. Un rayo de sol caldeaba los cristales, y los áridos olivos blanqueaban por entre los pinos. Efectuóse entónces un cambio apacible en todo el sér del meridional, un cambio de polo en sus ideas. Sentía ya haber estado tan duro para con Lappaza. Destruir así el porvenir de aquel pobre jóven, desconsolar á toda una familia..... y ¿por qué? Por una tontería, como decía Bompard. Sólo había un medio de reparar aquel mal, de quitar á aquella salida del Ministerio su apariencia de desgracia, á saber: la concesion de una cruz.

Y el Ministro se echó á rair á la idea del nombre de Lappaza, *oficial*, con la mención de *servicios excepcionales*. En verdad que, despues de todo, tenía uno: el de haber libertado á su jefe de aquel lazo degradante.

—¡Orange!..... ¡Montelimart y sus nogales!.....—Las voces vibraban subrayadas con expresiva gesticulación; los mozos de las fondas, los vendedores de periódicos y guarda-barreras, se precipitaban con los ojos fuera de sus órbitas. Aquel era un pueblo bien distinto del de treinta leguas más arriba, y el Ródano, el ancho Ródano, tempestuoso como el mar, reluciente con el sol, doraba las murallas almenadas de Avignon, cuyas campanas, en movimiento desde Rabelais, saludaban con sus sonoros repiques al grande hombre de la Provenza.

Numa se sentaba á la mesa ante un panecillo blanco, una tostada, una botella de aquel vino de la Nerte, madurado entre las piedras, capaz de achispar á cualquier parisiense. Pero donde el aire natal le regocijaba más fué cuando, habiendo dejado la gran línea de Tarascon, tomó asiento en el pequeño ferro-carril patriarcal de una sola vía, que penetra en plena Provenza, entre las ramas de las moreras, y de los olivos, y los penachos de las cañas silvestres, que rozaban las portezuelas.

Cantábase en todos los wagoes; deteníase el tren á cada momento para dejar pasar un rebaño, para que embarcarse un retrasado, ó para tomar un paquete que traía corriendo un muchacho del *mas*. Y al paso se cambiaban los saludos y las conversaciones entre los viajeros del tren y las labriegas con cofias de Arles, que estaban en sus puertas ó lavando sobre la piedra inmediata al pozo. En las estaciones abundaban la gritería, los empujones, porque allí concurre toda una poblacion para conducir á un quinto ó á una jóven que va á la ciudad para servir.

—¡Ea! véte, muchacha, y procura por lo ménos ser honrada—le decían, sin añadir el adios.

Se lloraba, se daban abrazos sin cuidarse del ermitaño mendicante que murmuraba su *Pater noster* apoyado en la barrera, y que, furioso de no recibir cosa alguna, se retiraba con su alforja al hombro.

—¡Otro *Pater noster!* le gritaban los viajeros al verle marchar. Todos se reían ante las ocurrencias de los viajeros, y el ermitaño seguía su camino más furioso.

Embutido en su cupé, para eludir las ovaciones, se deleitaba Roumestan con todo aquel buen humor, á la vista de aquellos rostros morenos, alumbrados por la pasión y por la ironía; aquellos zagalones con humos señoriales; aquellos pisaverdes frotados de ámbar, como los granos entrelargos de la uva moscatel, que, al envejecer, negros y marchitos por el sol, sacuden polvo de tumbas á cada uno de sus estúpidos gestos.

El tren seguía adelante. Numa encontraba allí su pueblo, su Provenza móvil y nerviosa; raza de grillos pardos, siempre á la puerta de sus casas y siempre cantando. El mismo era el prototipo, curado ya de su gran desesperación de la mañana, de sus disgustos, de su amor, barridos con la primera ráfaga del mistral, que zumbaba con fuerza en el valle

del Ródano, combatiendo al tren, impidiéndole marchar, y que hacia zozobrar á los árboles encorvándolos, como en ademán de buir.

A lo léjos, la ciudad de Aps, bajo un rayo de luz azotado por el viento, agrupa sus monumentos al pié de la antigua torre de los Antoninos, como una manada de bueyes se apiña en plena Camarga alrededor del toro más viejo, para hacer frente al vendaval. Y al són de aquella grandiosa sinfonia del mistral hizo Numa su entrada en la estacion.

Por un sentimiento de delicadeza, conforme á la suya, la familia había guardado secreto de su llegada, para evitar los orfeones, las banderas, diputaciones, y, en fin, toda demostracion, y sólo le aguardaba la tia Portal, pomposamente instalada en la butaca del jefe de la Estacion, con una estufilla á los piés.

Al momento que aperció á su sobrino, el semblante sonrosado de la gruesa dama, dilatado con su reposo, tomó una expresion desconsolada, se inflamó bajo sus blancas cocas, y con los brazos tendidos, prorumpió en sollozos y lamentos.

—¡Ay de nosotros! ¡Qué desgracia!..... ¡Una jóven tan linda, y tan honrada..... tan dulce..... que se hubiera quitado uno el pan de la boca para ella!.....

—¡Dios mio!..... ¡Ha muerto, pues!..... —pensó Roumestan, recordando el verdadero objeto de su viaje.

La dama interrumpió de pronto su lamentacion, para decir en un tono duro al criado, que olvidaba la estufilla: «Menicle, la banquetta!» Y luégo reanudó, en un diapason de dolor frenético, la enumeracion de las virtudes de la señorita Le Quesnoy, preguntando con grandes voces al cielo y á sus ángeles por qué no la habían llevado á ella en lugar de aquella niña, al tiempo que sacudia con sus explosiones de gemidos el brazo de Numa, en que se apoyaba para alcanzar su vetusto carruaje á paso de procesion.

Los caballos avanzaban lentamente bajo los árboles deshojados de la avenida de Berchère, en medio de un torbellino de ramas y cortezas secas, que el mistral arrojaba como dura cama al ilustre viajero, y Menicle, al volver donde los mozos tenían la costumbre de desenganchar, se vió obligado á cruzar la fusta muchas veces, porque parecian sorprendidas sus caballerías de aquella indiferencia para con el grande hombre.

Roumestan sólo pensaba en la horrible noticia que acababa de dársele; y teniendo cogidas las manos macizas de la tia, que continuaba enjugándose los ojos, preguntó con daltura:

—¿Cuándo ha sucedido?

—¿El qué?

—Pregunto que cuándo ha muerto la pobre niña.

La tia Portal brincó de su asiento, diciendo:

—¡Muerta!..... ¡Buen Dios!..... ¿Quién te ha dicho que ella ha muerto?.....—Y en seguida añadió dando un profundo suspiro:—Pero ¡pecadora! no vivirá mucho tiempo.

¡Oh! no por mucho tiempo. Ahora no se levantaba; no abandonaba las almohadas de encaje, sobre las cuales su cabecita enflaquecida se ponía de dia en dia más desfigurada, teñidas las mejillas con unas chapetas abrasadoras, y los ojos y la nariz rodeados de un tinte azul.

Con las manos de marfil, adelgazadas, sobre las sábanas de batista, é inmediato á ella un peine y un espejo para alisar de vez en cuando sus hermosos cabellos oscuros, permanecia las horas enteras sin hablar, á causa de la dolorosa ronquera de su voz, la mirada perdida entre las copas de los árboles y el cielo deslumbrador del viejo jardín de la casa Portal.

En aquella tarde su inmovilidad meditabunda duraba mucho tiempo á los reflejos del poniente, que sonrosaba la habitacion, cuando su hermana, alarmada, le preguntó:

—¿Duermes tal vez?

Hortensia movió la cabeza como para alejar alguna idea.

—No, no duermo; pero soñaba.... Soñaba que iba á morir. Encontrábame precisamente á la orilla de este mundo, inclinada hácia el otro, ¡oh! inclinada como para caer.... Te veía aún y algunas partes de mi habitación; pero yo estaba ya al otro lado, y lo que me admiraba era el silencio de la vida, junto al gran rumor que hacían los muertos, un zumbido de colmena, de alas batientes, un encogimiento de hormiguero, aquel ruido sordo que deja el mar en el fondo de las grandes conchas, como si la muerte estuviese poblada, acumulada de una manera distinta que la vida.... Y esto era tan intenso, que me parecía que mis oídos recibían una primera impresión y que yo descubría en mí un sentido nuevo.

Hortensia hablaba pausadamente, ronca la voz y con silbidos. Después de un corto silencio, prosiguió con todo el sonido que puede quedarle á un instrumento roto:

—Siempre mi cabeza viajando.... Primer premio de imaginación: Hortensia Le Quesnoy, de París!....

Se oyó un gemido ahogado por el ruido de una puerta.

—¿Ves? —dijo Rosalía— es mamá que se aleja.... Tú la afliges....

—Expresamente.... Cada día un poco, para que tenga menos que sufrir de una vez —respondió en voz baja la enferma.

Por los corredores de la vetusta morada corría el mistral, azotando las puertas, que se zamarreaban con violencia. Hortensia sonreía diciendo:

—¿Oyes? ¡Oh, cuánto me agrada eso!.... Parece que uno está lejos.... viajando.... Pobre querida mía —añadió cogiendo la mano de su hermana y llevándola hasta su boca con gran trabajo: — ¡Qué disgusto te he proporcionado sin quererlo!.... Hé ahí que tu hijo será del Mediodía por mi causa.... Tú no me lo perdonarás jamás, Francisca.

De repente, y en medio del ruido que producía el viento, llegó á los oídos de Hortensia el silbido de una locomotora, y le hizo estremecer.

— ¡Ah—dijo—el tren de las siete!....

Como todos los enfermos y todos los cautivos, la jóven conocía los menores ruidos de los alrededores y los mezclaba á su existencia inmóvil, lo mismo que el horizonte que estaba enfrente de ella, los bosques de pinos y la antigua torre romana almenada sobre la costa.

Desde aquel momento estuvo llena de ansiedad, agitada, acechando la puerta, en la que apareció un aya.

— Está bien — dijo Hortensia con viveza — y sonriendo, añadió á la hermana: — Permíteme un minuto, ¿quieres?... yo te llamaré.

Rosalía creyó que era una visita del sacerdote, que vendría con sus oraciones y sus consuelos terroríficos, y se marchó al jardín. Era un cercado del Mediodía, sin flores, con calles de bojés, abrigado por altos y resistentes cipreses. Desde que hacía de enfermera iba allí para respirar, para ocultar sus lágrimas y dar rienda suelta á todas las concentraciones nerviosas de su dolor. ¡Oh, y cuán bien comprendía ahora las palabras de su madre! «No hay más que un mal irreparable: la pérdida de lo que se ama.»

Sus demas penas, su dicha destruida de mujer, todo desaparecía ante la idea de la muerte. Ella no pensaba más que en aquella cosa horrible, inevitable, más próxima de día en día. ¿Era aquella la hora, aquel sol encendido que huía dejando el jardín en la sombra, y deteniéndose en los cristales, aquel viento que soplabá de lo alto, que se oía sin sentirlo? Pero ella experimentaba aquella tarde una tristeza, una angustia inexplicables. ¡Hortensia.... su Hortensia!.... Más que una hermana para ella casi una hija; sus primeras alegrías de maternidad anticipada.

Los sollozos le ahogaban sin lágrimas. Hubiera querido gritar, llamar en su socorro.... pero ¿á quién? El cielo, á donde miran los desesperados, estaba tan alto, tan lejano, tan frío.... Un ave de paso volaba por el espacio, sin que se oyeran sus gritos ni el ruido de sus alas. ¿Cómo había de llegar la voz humana á aquellas alturas mudas é indiferentes?

Rosalía procuró rezar, sin embargo, y vuelto el rostro hácia la luz, que se remontaba y que se alejaba completamente del tejado, oró al que ha querido ocultarse, huir de nuestros dolores y de nuestras quejas; aquél á quien adoran los unos con confianza, inclinada la frente á la tierra, á quien otros buscan perdidos con los brazos abiertos, y á quien muchos, en fin, amenazan con sus puños, rebelados y negándole para perdonarle sus crueldades.

Y esta blasfemia y esa negación son aún oraciones....

Llamáronla de la casa, y corrió temblando, con aquella ansiedad en que el menor ruido resuena hasta en el fondo de nuestro sér.

Con una sonrisa la enferma la atrajo á su lecho, sin fuerza y sin voz, como si hubiera estado hablando largo tiempo.

—Tengo—le dijo—una gracia que pedirte, querida hermana mia.... Tú sabes.... Aquella última gracia que se concede al condenado á muerte.... Perdona á tu marido. Él ha sido muy perverso é indigno contigo; pero sé indulgente, vuélvete con él. Haz esto por mí, hermana mia, por nuestros padres, á quienes consterna tu separación, y que van á tener necesidad de que se les estreche, que se les rodee de ternura. Numa es tan á propósito.... Sólo él puede reanimarlos un poco.... Esto es hecho: ¿no es así?.... Tú perdonas....

Rosalía contestó:

—Yo te lo prometo....

¿Qué valia aquel sacrificio de su orgullo al precio de una desgracia irreparable?....

De pié, y cerca de la cama, ella cerró los ojos un instante, bebiéndose las lágrimas que corrían por sus mejillas. Una mano temblorosa se puso sobre la suya. Numa estaba allí delante de ella, conmovido, lastimero, atormentado por una efusión que le coartaba.

—¡Abrazaos!—dijo Hortensia.

Rosalía acercó su frente, sobre la cual Numa puso sus labios timidamente.

—No, no.... Así no.... Abrazaos bien, como cuando se ama....

Numa cogió á su mujer; la estrechó exhalando un prolongado suspiro, mientras las sombras de la noche invadían la habitación, compadecida, sin dada, de la que los había unido....

Esta fué su última señal de vida. Ella quedó desde entonces absorta, distraída, indiferente á todo lo que pasaba en su alrededor, sin responder á aquellos desconuelos de la partida en que no hay respuesta, conservando sobre su jóven rostro aquella expresion de sordo y altivo rencor de los que mueren muy temprano para su deseo de vivir, y á quienes las ilusiones no habían dicho aún su última palabra.

de las casas; se desborda sobre las calzadas, y remueve los olores cálidos de las cuadras y los aromas de las hierbas y de los frutos nuevos.

Al despertar la ciudad se encuentra cercada en todas partes por un inmenso mercado, animado y ruidoso, como si toda la Provenza campestre, hombres y animales, frutos y semillas, se hubiera levantado y agrupado por una inundación nocturna.

Osténtase entonces un maravilloso golpe de vista de riqueza rústica, que varía según la estación. En sitios designados por una costumbre inmemorial, las naranjas, las granadas, los dorados membrillos, las servas, los melones, amontonados en millares de cestos; melocotones, higos y uvas aplastados en sus banastas de transporte, al lado de las legumbres metidas en sacos. Los carneros, cabritos y cerdos, con aspecto de disgustados, se ven junto a la verja de sus empalizadas; los bueyes, uncidos al yugo, caminan delante de su comprador; los toros, cuyas narices despiden vapor, procuran soltarse de la argolla de hierro que les sujeta al muro.

Más lejos, los caballos de alzada común, los pequeños caballos de transporte, los árabes bastardeados, retozan, mezclando sus crines de diversos colores, y se aproximan, al oír sus nombres: «Eh, *Lucifer*.... Eh, *Esterel*....», á comer la avena en la mano de sus guardas, verdaderos gauchos de las pampas, calzados con botas altas hasta media pierna.

Las pintadas aves, atadas por las patas de dos en dos, yacen al pié de sus alineados vendedores, aleteando sobre la tierra de vez en cuando. Siguen los pescados, las anguilas vivas aún, colocadas sobre tallos de hinojos; las truchas de la Sorgue y de Durance, de brillantes escamas y color de arco iris.

Últimamente, en una pradera seca de invierno enueñen-

## XX.

## Un Bautismo.

El gran día en Aps es el lunes, el día del mercado. Mucho antes de la aurora los caminos que conducen á la ciudad, aquellas grandes vías desiertas de Arles y de Avignon, en donde el polvo tiene el aspecto de una nevada, se agitan con el lento rechinar de las carretas; el cacareo de las gallinas en sus cestos; el ladrido de los perros que recorren cien veces el camino con sus idas y venidas; el sordo ruido, parecido á un turbión, que hace el paso de una manada de ganado, con la gran carreta del pastor, que parece, andando sobre el camino, un navío impulsado por las olas. Y las roncas voces de los boyeros, fatigados junto á sus bestias, golpeando de vez en cuando sobre el yugo con su larga vara, para aguijonear á aquéllas, y las siluetas ecuestres, en fin, armadas de sus garrochas. Todo esto se introduce á tientas por las puertas de los muros, cuyas almenas se dibujan en el estrellado cielo; se esparce por las calles, que rodean á la ciudad dormida, recobrando en aquella hora su carácter de antigua ciudad romana y sarracena, de techos irregulares, de puntas extrañas y raras, por encima de las escaleras desportilladas y que crujen. Aquel bullicio confuso de personas y de animales soñolientos se instala con ruido entre los plateados troncos de corpulentos plátanos; se extiende hasta por los corrales

transe las palas de madera, las horquillas y las redes entre los arados y los rastrillos.

Al lado opuesto, en la calle y contra la muralla, se colocan los carruajes desenganchados en dos filas, y en el espacio libre circula con trabajo la multitud, se llaman los unos á los otros, discuten y trafican con distintos acentos; el acento provenzal refinado y amañerado, que requiere un acompañamiento de movimientos de cabeza y de hombros, una mímica animada; el acento del Languedoc más duro, más detenido, de una articulación casi española.

De tiempo en tiempo aquella aglomeración de sombreros de fieltro, de cofias arlesianas ó aldeanas; aquella dificultosa circulación de todo un pueblo de compradores y vendedores, se apartan á las voces de un carretero atrasado, que avanza con gran esfuerzo.

La población acomodada concurre poco, llena de desden por aquella invasión campestre, que constituye, sin embargo, su originalidad y su fortuna. Desde la mañana hasta la noche los campesinos recorren las calles, se detienen en las tiendas, en los puestos de guarnicioneros, zapateros, relojeros, contemplando los adornos de la casa del Ayuntamiento, los escaparates de los almacenes, deslumbrados por los dorados y los espejos de los cafés, como los vaqueros de Teócrito ante el palacio de los Ptolomeos.

Unos salen de las farmacias cargados de paquetes, de botellas; otros, toda una familia de boda, entra en una joyería para escoger, despues de un porfiado regateo, los pendientes ó la cadena del cuello para la prometida. Y aquellas toscas sayas, aquellos rostros tostados y montaraces, hacen pensar en alguna población de la Vendée tomada por los chouanes en tiempo de las grandes guerras.

Aquella mañana, el tercer lunes del mes de Febrero, la animación era excesiva y a multitud compacta como en los

más bellos días de estío, en que un cielo sin nubes, alumbrado por un benéfico sol, podía causar ilusión.

Hablábase, gesticulábase en los grupos; pero se trataba ménos de compras ó de ventas que de un acontecimiento que dejaba en suspenso el tráfico y obligaba á dirigir todas las miradas y volver la cabeza de hombres y animales hácia la iglesia de Santa Perpétua. Y es que acababa de extenderse por el mercado, donde causó la emoción de una alza extraordinaria la noticia de que en aquel día se bautizaba el hijo de Numa, aquel pequeño Roumestan, cuyo nacimiento había sido acogido tres semanas ántes con trasportes de alegría en Aps y en todo el Mediodía provenzal.

Desgraciadamente, el bautismo, retardado á causa del luto de la familia, debía, por la misma razón de conveniencia, guardar un carácter de incógnito; y á no ser porque algunas viejas hechiceras del país de los Baux ponen los lunes sobre las gradas de Santa Perpétua un pequeño mercado de hierbas aromáticas cogidas en los Alpillés, la ceremonia hubiera pasado probablemente desapercibida.

Al ver el carruaje de la tía Portal detenerse ante la iglesia, las viejas revendedoras dieron el aviso á los vendedores de ajos que van y vienen por todas partes con los brazos cargados de sus brillantes rosarios; y los revendedores comunicaron la noticia á los pescaderos, y así de unos en otros llegó en breve á la plaza, poniendo en conmoción á todo el mercado.

Rodeaban á Menicle, que se hallaba erguido en su puesto, de rigoroso luto, con el crespon en el brazo y en el sombrero, y que contestaba á las preguntas con un movimiento mudo é indiferente de hombros.

A pesar de todo, las gentes se obstinaban en esperar; se agolpaban, se estrechaban, y los más curiosos se subían sobre los marmolillos, con la vista fija en la puerta, que al fin se abrió.

Entonces se produjo un « ¡ Ah ! » de fuegos artificiales, que se fué aplacando hasta cesar, á la vista de un respetable anciano vestido de negro, muy afectado, demasiado lúgubre para un padrino, dando el brazo á la señora Portal, muy orgullosa por haber servido de comadre al primer Presidente, y que sus dos nombres se encuentren juntos en el registro parroquial; pero entristecida por su reciente luto y las tristes impresiones que acababa de recordar en aquella iglesia.

En la muchedumbre hubo una decepcion al aspecto de aquella severa pareja, á quien seguia, completamente enluta-do tambien, el grande hombre de Aps, apenado por lo desierto y frio de aquel bautismo verificado entre cuatro cirios, sin otra música que el llanto del bautizado, á quien el latin del sacramento y el agua bautismal sobre su pequeño cerebelo de pájaro implume habia causado la más desagradable impresion.

Pero la aparicion de una mofetuda nodriza, ancha, pesada, engalanada como un premio de los comicios agricolas, y el brillante paquetillo de encajes y blancos bordados que llevaba cruzado sobre su pecho, disiparon aquella tristeza de los espectadores y levantaron un nuevo grito de efusion y una alegría espareida en mil exclamaciones de entusiasmo.

« ¡ Aquí están..... aquí están ! » — gritaban de todas partes.

Sorprendido, deslumbrado y guiñando el ojo á influjos del sol, Roumestan se detuvo unos instantes en la grada más alta, para ver aquellos rostros morenos, aquel apiñamiento apretado cual rebaño negro, desde el cual subia hasta él una loca ternura; y aunque acostumbrado á las ovaciones, experimentó en aquello una de las más vivas de su existencia de hombre público; una embriaguez orgullosa que ennoblecia un sentimiento de paternidad completamente nuevo y muy acentuado ya. Numa quiso hablar; pero luégo pensó en que aquel no era sitio á propósito, ni la ocasion oportuna.

— Subid, nodriza..... — dijo Roumestan á la apacible burgonesa, cuyos ojos de vaca lechera se abrian extraordinariamente; y mientras ella se embutia con su carga ligera en el carruaje, él encargaba á Menicle que fuese deprisa por la travesía; pero un inmenso clamor se levantó, diciendo:

— ¡ No, no..... un gran rodeo..... el gran rodeo ! — Es decir, que debía pasar por toda la extension del mercado.

— ¡ Sea por donde quieren ! — dijo Roumestan despues de haber consultado con la vista á su suegro, á quien él hubiera querido evitar aquel alegre paseo: y bamboleándose el coche á los crujidos de sus antiguas ballestas, se dirigió por la calle, y luégo por el mercado, en medio de los hurras de la muchedumbre, que exaltándose con sus propios gritos, llegaba á tal entusiasmo, que detenia á cada instante la marcha de los caballos. Con los cristales descerridos, el carruaje marchaba al paso, en medio de aquellas aclamaciones, aquellos sombreros levantados en alto, aquellos pañuelos que se agitaban, aquellos olores, aquella atmósfera caldeada por el aliento de la multitud.

Las mujeres adelantaban sus cabezas bronceadas hasta dentro del coche, y sólo por haber visto el capillo del niño, exclamaban:

— ¡ Qué picarillo, qué bonito es el niño !

— Se parece á su padre.

— Ya tiene su nariz de Borbon y sus buenas maneras.....

— ¡ Déjate ver, miaja mia; deja ver tu hermosa cara de hombre !.....

— ¡ Es lindo como un huevo !.....

— ¡ Se le beberia en un vaso de agua !.....

— ¡ Eh, tesoro mio !.....

— ¡ Perdigon mio !.....

— ¡ Mi angelito !.....

— ¡ Mi gallinita !.....

—¡ Mi perla fina!....

Y le envolvían y hacían toda clase de extremos.

El, el niño de un mes, no estaba completamente asustado. Despierto en aquella zambra, apoyado en el cojín de color de rosa, miraba con sus ojos de gato, la pupila dilatada y fija, con dos gotas de leche en las comisuras de los labios, y permanecía tranquilo, visiblemente dichoso con aquellas apariciones de cabeza á las portezuelas, con aquellos clamores en que con frecuencia se mezclaban los balidos y los mugidos de las bestias afectadas de una nerviosa imitación, formidable conjunto de cuellos extendidos, de bocas abiertas y embobadas, con la gloria de Roumestan y de su progenie.

Aun entonces, y mientras que todos los que ocupaban el coche llevaban tapadas con ambas manos las orejas, harto atormentadas, el hombrecito permanecía impasible, y su sangre fría alegraba hasta al viejo Presidente, que decía: «¡ Si esto no ha nacido para el foro!....»

Ellos esperaban quedar tranquilos al salir del mercado; pero la multitud les siguió, acrecentándose con la afluencia de los tejedores del camino nuevo, las bandas de urdidores y los mozos de la avenida Berchère.

Los mercaderes acudían, al pasar el carruaje, por delante de las tiendas, el balcón del Círculo de los blancos se cargaba de gente, y bien pronto los orfeones con banderas desembocaban por todas las calles, entonando coros, cantatas, como á una llegada de Numa, con alguna cosa de más agradable, de improvisado, fuera de las prácticas del festival ordinario.

En la mejor habitación de la Casa-Portal, cuyas blancas ensambladuras y las brillantes sedas databan de un siglo, Bossalia, recostada en una butaca, paseando su mirada de la cuna vacía á la calle desierta, se impacientaba esperando la vuelta de su hijo. En sus finas facciones, faltas de sangre,

hundidas por las penas y las lágrimas, donde se mostraba, sin embargo, como un aplacamiento dichoso, se podía leer la historia de su vida durante aquellos últimos meses de inquietudes, sus quebrantos, su ruptura con Numa, la muerte de su Hortensia, y al fin, el nacimiento del hijo que sobrepnjaba á todo.

Cuando le sobrevino esta gran dicha no contaba con ella, atormentada con tanto golpe, juzgándose incapaz de dar la vida.

En los últimos días, hasta se imaginaba no sentir los impacientes movimientos del pequeño sér aprisionado, y por un temor supersticioso ocultaba la cuna y la canastilla, que ya se hallaban dispuestas, advirtiendo únicamente á la inglesa que la servía:

—Si os piden los vestidos del niño, ya sabéis dónde están.

Abandonarse sobre un lecho de torturas, cerrados los ojos y apretados los dientes, durante largas horas, interrumpidas cada cinco minutos por un grito desgarrador, y que obliga á sufrir el destino de víctima, cuyas alegrías todas deben pagarse caras, no es nada estando la esperanza al cabo; pero con la esperanza de un desencanto supremo, último dolor en que las quejas casi animales de la mujer se mezcláran con los sollozos de la maternidad burlada.... ¡qué espantoso martirio.....!

Medio muerta, sangrienta desde el fondo de su aniquilamiento, ella repetía:

—¡ Está muerto.... está muerto!

Cuando oyó aquel ensayo de voz, aquella respiración manifiesta, aquella llamada á la luz del hijo que nace, ella respondió, ¡oh, con qué ternura!

—¡ Hijo mío!

El vivía. Se le presentaron. Era suyo aquel pequeño sér de corta respiración, dealumbrado, perdido, casi ciego; aquella cosa de carne la ligaba á la existencia, y con sólo apoyarla

contra si toda la fiebre de su cuerpo se convertía en una sensación de frescura consoladora. ¡No más duelo, no más miserias! Su hijo, su niño, aquel deseo, aquel pesar que ella había soportado diez años, que le quemaba los ojos con las lágrimas cuando veía los hijos de los demás; aquel niño á quien ella había abrazado anteriormente en tantos otros de mejillas sonrosadas, estaba ya allí y le causaba un nuevo arrobamiento, una sorpresa, cada vez que desde su cama se inclinaba hácia la cuna, apartaba las colgaduras sobre el sueño apenas oído, las posturas frióleras y encogidas del recién nacido.

Ella lo quería siempre á su lado. Cuando salía estaba impaciente, contaba los minutos; pero nunca con tanta ansiedad como en la mañana del bautismo.

—¿Qué hora es? preguntaba á cada instante... ¡Cuánto tardan! ¡Dios mío, qué larga es la ceremonia!

La señora Le Quesnoy, que se había quedado con su hija, la tranquilizaba, no sin participar también del mismo temor, porque aquel nieto, el primero, el único, había sido esperado mucho por toda la familia; aquel niño iluminaba su luto con una esperanza.

Un rumor lejano que se iba aproximando, aumentó la impaciencia y la inquietud de aquellas dos mujeres.

Prestóse atención; oíanse cantos, clamores, repiques, y de repente la inglesa, que observaba desde una ventana, exclamó:

—¡Señora, es el bautismo...!

Era el bautismo, aquel tumulto, aquellos aullidos de caníbales alrededor de la cuna.

—¡Oh, esta gente del Mediodía!—repetía la joven madre asustada; temblaba de que ahogasen á su hijo en aquella tremolina.

Pero no; vedle aquí muy vivo, soberbio, moviendo sus pequeños miembros, y los ojos bien abiertos, en el largo faldón

de bautismo, cuyos festones había bordado Rosalía, y cosido por sí misma los encajes á la ropa del otro; y así son dos niños en uno, el muerto y el vivo, á quienes la madre posee en aquel instante.

—No ha llorado ni impacientádose una sola vez en el camino, aseguraba la tía Portal, que refería á su manera imaginaria el triunfante paseo por la ciudad, mientras que golpeaban las puertas en el viejo hotel, convertido en la casa de las ovaciones, y los criados corrían á los pórticos, donde se obsequiaba á los músicos con la «gaseosa». Estallan las cantatas, y los cristales se estremecen. Los ancianos Le Quesnoy descienden al jardín lejos de aquella alegría que les lastima, y cuando Roumestan se presenta en el balcón, la tía Portal y la inglesa Poly pasan al salón para oírle.

—¿Si la señora quisiera tener un momento en sus brazos al niño?—preguntó la Nounon, curiosa como una salvaje.

Rosalía se considera dichosa al quedarse sola con su hijo sobre las rodillas. Desde su ventana veía ondear las banderas, la multitud apiñada, atenta á la palabra de su grande hombre.

Algunas veces llegaban á su oído algunas palabras del discurso; pero ella oía sobre todo el timbre de aquella voz penetrante, conmovedora, y acudía á su recuerdo un doloroso estremecimiento de todo el mal que le había acarreado aquella elocuencia tan fácil para mentir y engañar. Ahora todo ha concluido; ella se siente al abrigo de las decepciones y de las heridas; ¡tiene un hijo! Este resume toda su dicha, todos sus ensueños, y haciéndose un escudo de la criaturita que estrechaba contra su pecho, le preguntaba en voz baja y muy de cerca, como si esperase una respuesta, ó buscando una semejanza en el bosquejo de aquella cara informe, sus delgadas líneas, que parecían formadas por una caricia en la cera, y marcando desde luego una boca sensual, violenta, una nariz corva y una barba suave y cuadrada:

—¿Serás tú un mentiroso? ¿Pasarás la vida vendiendo á los demás y destrozando á los corazones ingenuos que no hayan hecho otro mal que creerte y amarte? ¿Tendrás acaso la inconstancia ligera y cruel, tomando la vida á lo maestro de música, á lo cantante de cavatinas? ¿Traficarás con las palabras sin inquietarte por su valor y la uniformidad de ellas con tu pensamiento, con tal de que brillen y hagan ruido?

Y aplicando su boca á los oídos del niño:

—¿Serás, en fin, dime, un pequeño Roumestan?

En el balcón, el orador se exaltaba; llegaba á las grandes efusiones de que sólo se oían las salidas acentuadas á lo meridional. «¡Mi alma..... Mi sangre..... Moral..... Religion..... Patria.....», subrayadas por los hurras de aquel auditorio hecho á su imagen, que él resumía en sus cualidades y en sus vicios: un pueblo del Mediodía, efervescente, móvil, tumultuoso como un mar de múltiples olas, cada una de las cuales le reflejaba.

Dióse el último viva, y despues se disipó la muchedumbre con lentitud. Roumestan se volvió á la habitación, enjugándose la frente y embriagado con su triunfo y poseído de aquella inagotable ternura de todo un pueblo, se aproximó á su mujer y la abrazó con una efusion sincera. Él se sentía bueno para con ella, cariñoso como en el primer día, sin remordimientos y sin rencor.

—*Bebé*, ¿crees que te festejan á tí?

De rodillas ante el canapé, el gran hombre de Aps jugaba con su hijo, buscaba aquellos deditos, que se cogían á todo; aquellos piecitos que se agitaban en el aire. Rosalia le miraba con una arruga en la frente, tratando de definir aquella naturaleza contradictoria, incomprensible. Y de repente, como si lo hubiera descifrado, le preguntó:

—¿Qué es, por fin, aquel proverbio vuestro que tia Portal decía el otro día?... *Alegria de calle*.... ¿Qué es?

—¡ Ah, sí!... *Alegria de calle*, dolor de casa.

—Exactamente; eso es —dijo Rosalia con una expresion profunda.

Y luego, dejando caer las palabras una á una, como piedras en un abismo, repitió pausadamente, encerrando allí las quejas de su vida, aquel proverbio en que toda una raza está pintada y formulada:

—*Alegria de calle*, dolor de casa.

FIN.



*deshabillé* de fular rosa. Él gritaba con desenfrenado acento :  
¡ Bompard, sube la *brandade*!

¡ Allí era donde tenía que verse al Ministro de Instrucción Pública y de Cultos, al gran comerciante de moral religiosa, al defensor de las sanas doctrinas! ¡ Allí era donde se dejaba ver, sin máscara y sin ademanes, todo su Mediodía á sus anchas, y descarado como en plena feria de Beaucaire!

— ¡ Bompard, sube la *brandade*!.....— repitió la bribona exagerando expresamente la entonación marsellesa.

Bompard era sin duda aquel marmiton improvisado, que salía de la cocina con la servilleta al hombro, rodeando con sus brazos un gran plato, y quien abrió la estridente hoja de la puerta.

## XVIII.

### El día de Año Nuevo.

« ¡ Los señores de la Administración central!..... »

« ¡ Los señores de la Dirección de Bellas Artes!..... »

« ¡ Los señores de la Academia de Medicina!..... »

A medida que el ujier, en traje de gala, con pantalón corto y espada al cinto, anunciaba con su pausada voz la entrada solemne en las salas de recepción, atravesaban el inmenso salón rojo numerosas filas de trajes negros, y venían á colocarse formando semicírculo ante el Ministro que se hallaba de espaldas á la chimenea, teniendo á su lado su subsecretario de Estado, Mr. de la Calmette, su jefe de despacho, sus expertos auxiliares y algunos directores del ministerio Dansaert Bechut.

A cada Cuerpo constituido presentado por su presidente ó su decano, su Excelencia dirigía felicitaciones por las condecoraciones ó los premios concedidos á alguno de sus individuos. Despues, el Cuerpo constituido daba media vuelta, y cedía el puesto retirándose : llegaban otros á paso largo, tropezando muchas veces con las puertas del salón, porque era tarde y la recepción se había atrasado una hora, y cada cual pensaba en el desayuno de familia que le esperaba.

El salón de conciertos estaba convertido en vestuario : los grupos se impacientaban mirando sus relojes, abrochándose